

Arca con Arte

Oficios tradicionales de Cantabria



sociedad
cántabra de
escritores

Título: **Arca con Arte** - *Oficios tradicionales de Cantabria*

Autor: Obra colectiva

Coordinación: Delia de los Ángeles Laguillo G.

Portada y contraportada: Víctor Abascal Acebo

© De esta edición: Sociedad Cántabra de Escritores

© De los textos: Los autores

© De las ilustraciones: Los autores

ISBN: 978-84-091-1353-8

Depósito Legal: SA-350-2019



ÍNDICE

PRESENTACIONES	7
Pablo ZULOAGA MARTÍNEZ. Vicepresidente y consejero de Universidades, Igualdad, Cultura y Deporte	9
Isidro CICERO Presidente de la Sociedad Cántabra de Escritores	11
Delia de los Ángeles Laguillo G. Coordinadora de esta Colección	13
AUTORES.....	15
Víctor ABASCAL ACEBO. Entre vacas	17
Zayra ABASCAL MÚGICA. La teta de la vida	23
Mª Encarnación AGUILERA CAVIA. Las obreras de la mies	29
Pedro ÁLVAREZ FERNÁNDEZ. Oficios tradicionales de Liébana.....	33
José Antonio ÁLVAREZ GÓMEZ. Un artesano gallego en los Valles Pasiegos	41
Javier APARICIO RUIZ. El empecinado molinero de Santolaja	47
Pedro ARCE DÍEZ. Albarcas de madera.....	55
Fidel ASTUY SAIZ. Unos ajos cambiaron la historia.....	63
Ana BEDIA ANDRÉS. La hija del albarquero.....	69
Marisa CABALLERO RUIZ. Ferreteros de ayer	79
Marisa DEL CAMPO POLO. La pescadora	87
Luis CAMPOS PUENTE. Óscar y el molinero maquilero.....	91
Isidro CICERO. Asicuntó. Los trabajos de Modesta Camarga	99
Ramón CONEJERO GARCÍA-QUIJADA. La carpintería	107
Juan Carlos CORNIERO LERA. Oficios de ensueño.....	113
Carmen CUEVAS CRESPO. El ebanista.....	119
Luis DE ESCALLADA GONZÁLEZ. Los artífices de Trasmiera	127
Digna Mercedes FERNÁNDEZ GONZÁLEZ. Personas tesoro	135
Aquilino FONSECA COSÍO. Oficios de mi tierra	143
Alfonso GARCÍA ARANZÁBAL. El campanero de Isla	151
Jesús GARCÍA PÉREZ. Raíces con tradición cántabra en Ampuero: Los torneros del pasabolo	159
María del Mar GÓMEZ GUERRA. Lolín, el ruiseñor de Liébana	167
Juan Andrés GÓMEZ RUIZ. Científicos con arte.....	173
Francisco Javier GONZÁLEZ MALAGÓN. Carreteros de Buena.....	179





David GUTIÉRREZ DÍAZ. El último día 185

Rosa Eva GUTIÉRREZ MIRANDA. Enredadas 193

José HERNÁNDEZ ÚRCULO. Los oficios artesanos y la música popular 201

Delia de los Ángeles LAGUILLO G. Argimira 207

Angelina LAMELAS OLARAN. Inolvidable tía Celia 215

Olav MAZARRASA MOWINCKEL. La inacabada de Villardefrades 223

Aurori MIRANDA SANTIBÁÑEZ. Tierra de rabel 231

Fernando MORENO RODRÍGUEZ. Conciencia de soledad 239

Ángel OCEJO HERRERO. El techado con materias vegetales, un oficio perdido 247

Marino PÉREZ AVELLANEDA. Hermanos Portilla: Una saga cántabra de fundidores de campanas 251

Agustín PORTILLA. Temple Real 259

María Luz QUIROGA FEIJÓO. Mi ama 265

Isidro RODRÍGUEZ CASTANEDO. Félix el molinero 271

Ludovico RODRÍGUEZ LIAÑO. El guía de cuevas. La magia de la prehistoria 279

Gilda RUILOBA GUTIÉRREZ. Juana "la molinera" 283

Ángeles SÁNCHEZ GANDARILLAS. Abel y Caín 291

José Luis SÁNCHEZ LANDERAS. El mítico oficio de carbonero 299

Joaquín SANTIAGO GUTIÉRREZ. El albarquero 309

Valeriano TEJA ORUÑA. De profesión, peregrino 317

Pablo TRESGALLO VALLEJO. El bisabuelo Pablo 325

Amado ZABALA SANTAMARÍA. Memoria. Oficios vigentes en Cantabria antes de finalizar el siglo XVIII 333

BIOGRAFÍAS 343

Javier APARICIO RUIZ 345

Aurori MIRANDA SANTIBÁÑEZ 346

Ludovico RODRÍGUEZ LIAÑO 348

Víctor ABASCAL ACEBO 352

ÍNDICE DE ILUSTRADORES 355

VI CERTAMEN DE RELATO CORTO 359

1^{er} Premio: Daniel ANGULO PICÓ. El viaje de Céfitro 361

2^o Premio: Javier Díez CARMONA. La galerna 369

3^{er} Premio: Pedro ENRÍQUEZ GÓMEZ. Lluvia en la encrucijada 377



ARGENTINA
COMUNIDAD
ARABIA

Presentaciones



J. Miranda



Saluda

La Sociedad Cántabra de Escritores nos presenta un nuevo volumen de la colección literaria que iniciaron en el año 2010 y que ya forma parte de las novedades editoriales que, cada año, ven la luz en nuestra región.

En esta ocasión, es protagonista de este libro nuestro rico patrimonio inmaterial y, de manera más específica, los oficios tradicionales de Cantabria; labores que, en muchos casos, se están perdiendo, pero que han ocupado un lugar preponderante en el paisaje de nuestras zonas rurales y en la memoria de este pueblo.


Un legado frágil que, en determinadas ocasiones, no puede superar el vendaval que conlleva el presente, en muchos casos cruel depredador de tiempos y usos tradicionales, elementos que han ido cincelandos una manera de entender la conexión con el entorno y la vida. Una cultura que nos singulariza y estrecha nuestra relación con la historia.

Por ello, 'Arca con Arte' nos ofrece la posibilidad de volver la mirada a estampas repletas de paisajes y oficios que forman parte de nuestros recuerdos. Relatos nacidos del talento de cuarenta y cinco escritores y escritoras que nos abren las puertas a un viaje hacia el pasado; a recuperar sabores, sonidos e imágenes que están en extinción, pero, gracias a sus textos, vuelven a cobrar vida.

Se trata de autores que siguen la estela de los grandes, como Concha Espina, Manuel Llano o José María de Pereda, cuyas obras han sido testigos de un legado que nutre nuestra idiosincrasia y define una forma de ser y de estar.

Por ello, quiero reconocer la excelente labor a favor de la creación literaria, proporcionando a nuestros autores una cuidada publicación donde una vez más se combina a la perfección los textos con las imáge-





nes realizadas por artistas que nos ofrecen su personal visión sobre los oficios tradicionales.

Pablo Zuloaga

*Vicepresidente y consejero de Universidades,
Igualdad, Cultura y Deporte.*





Oficios perdidos, tesoros humanos vivos

“España vaciada”, “Cantabria vaciada” es el efecto de un barrido social que arrancó las familias del campo, dejó los pueblos despoblados (no existe oxímoron más penoso); las antiguas aldeas, convertidas en cascarones vacíos, el uso de las herramientas patrimoniales y los oficios tradicionales, olvidados, oxidados.


Un amigo que emigró a la ciudad desde los Picos de Europa, trajo los viejos aperos de su pueblo y los colgó en las paredes del bar. Los jóvenes, más tarde, le preguntaban qué era aquello y para que se usaba. Mi amigo, que se lo explicaba con detalle, sentido, sensibilidad y añoranza, me dijo un día: “Nuestra generación fue la última que aprendió a manejar esos instrumentos y la primera que los pudo colgar en una pared como si fuera un museo. La generación de nuestros padres los usó, pero no pudo colgarlos, mientras que hoy ya nadie los sabe usar”.

¿Cuántas veces habrá ocurrido esto en la historia de la Humanidad? Vemos en los museos instrumentos para tejer el lino con 5.000 años de antigüedad, herramientas de cuando empezaron a explotarse minas de cobre en el Sinaí, taladros para la piedra con cabezales de diamantes o rubíes, instrumentos para hacer cerveza, útiles del escriba, que conocía un millar de jeroglíficos distintos.

Platón observó los oficios de los griegos con meticulosa curiosidad y reflexión. Viendo como un carnicero adiestrado despieza la carne por las juntas naturales de la pieza, puso en el “museo” de la historia del pensamiento que de esa misma manera actúa nuestra mente respecto al conocimiento. La mente del buen analista, viene a decir, despieza los conceptos como el cuchillo afilado del carnicero.

A finales del año 44 antes de Cristo, Cicerón terminó de componer un tratado “Sobre los Oficios”, “De officiis”. El filósofo pensaba en el futuro de su hijo Marco, pero también en los oficios de la futura generación de responsables de la Administración pública. Debían desempeñar su





oficio sobre todo con honestidad, conocimiento, justicia, templanza y grandeza de ánimo.

En el olvido, en los museos, en la historia y en la literatura yace también el sistema de oficios de los monasterios medievales. el camarero, que repartía la ropa personal y la de cama, el cillerero, el refitolero; el custos vini, que guardaba bajo llave el garrafón; el agostero que controlaba el trigo, el sacristán, el sochantre, que cuidaba los libros del coro.

Fuera de los muros del monasterio y del castillo, colonos y siervos, desde abarcas hasta zapatos y yesos. Herraban las caballerías, atendían sus molinos, producían cal, amolaban cuchillos y tijeras, preparaban lana, la tejían, construían carretas, albardas, vasijas de arcilla. Hacían carbón, arreglaban los caminos y los puentes, extraían piedra de las canteras, la tallaban...Aparte de los museos tradicionales, estos oficios se conservan en una especie de "museo" virtual, el catálogo de muchos apellidos.

Ya no hay scriptores de scriptorium, ni copistas, ni miniadores para colorear las páginas de pergamino con el rojizo pigmento extraído de las orillas del Minio. Pero no ha desaparecido el oficio de escribir. No falta, sin embargo, quien barrunte el advenimiento de una nueva era en la que, según dicen, el escritor de carne, sentimientos y huesos, quizá sea sustituido por máquinas animadas por inteligencias artificiales. Por ahora, el oficio de escribir, que también es arte y vocación, se sigue aprendiendo y practicando. Hoy, los escritores de Cántabra, la SCE, hemos querido poner nuestro foco de atención sobre los oficios desaparecidos y sobre las escasas personas, tesoros humanos vivos, que todavía los dominan.

Isidro Cicero

Presidente de la Sociedad Cántabra de Escritores





Introito

¡Qué bello oficio el de ser un hombre sobre la tierra!

Máximo Gorki

“Esquilados” en estos renglones literarios, cuarenta y cinco artesanos de la palabra nos hemos otorgado la licencia de desempolvar oficios tradicionales de Cantabria y formas diversas de trabajo, en lo que se ha basado durante mucho tiempo nuestra economía. Y nos han conducido a esta explosión de Arte redimido en el Arca diseñada para la evocación. El olvido, mal peregrino. Amigo de casa ajena. No le permitamos hospedarse en la memoria. Nuestros dedos, a veces, ya rugosos, siguen empeñados en reconducirse en este viejo y perezoso oficio de explorador, inherente a otro eterno y solitario: “escribidor”. Levantamos acta al desvelar los tesoros refugiados en este Arca con Arte: campanero, albarquero, carretero, afilador, pregonero, ollero, lavandera, ama de cría, obrera de la mies...

Relatos, crónicas, cuentos, ensayos y versos invaden estas páginas deseosas de mostrar literatura sin miedos, atrevida, ambiciosa, lozana; hecha de experiencias personales, ficticias, otras escuchadas en el tiempo; sostenida en la complicidad, en la libertad. Acompañada de palabras saltarinas, gozosas, siempre retadoras. El recuerdo tiene sabor. Arca con Arte tiene sabor.

La palabra, refugio y germen de la escritura; constituye el tesoro con el que los humanos venimos al mundo; la herramienta natural del escritor y con ella hemos ido, en esta narración monográfica, desgranando el patrimonio de nuestros predecesores.

Esta creación literaria posee la inspiración, la creatividad, la disposición, la iniciativa, la pasión y el placer de los cuarenta y cinco engarzadores de estas historias añoradas. Pues sirva para rendir homenaje a los maestros de esta nómina de oficios engendrados e ilustrados en nuestra tierra.





Melancolía de un prosista poético, nuestro Manuel Llano que, con su herramienta, la palabra, cincela su labor artesanal: “Todo el arte del pueblo estampado en un trozo de madera, en un pedazo de lienzo; en un asta que resuena con estrépito. En estas cosas puso el anciano su paciencia, la vieja su ocio de invierno, el mozo su esmero, el niño su afán vivaracho, impaciente. Después se quedaron allí, abandonados, cautivos en un arca, en una alacena abierta en el muro. Indiferencia hacia esos recuerdos en los que quedó lo esencial de los ingenios, de los gustos, del arte popular, que caracterizaron una época, un pueblo, una costumbre”.

Siempre un saludo de gratitud al legado de un pueblo.

Querido lector, te emplazamos a imbuirte en este libro coral escrito por la Sociedad Cántabra de Escritores, desde el intelecto y el corazón, para retrotraerte a ese pasado que te ayudará a entender tu presente.

Sumamos a esta nueva creación literaria los textos ganadores del VI Certamen Literario de Relato Corto, inspirados en Cantabria, que se organiza desde la SCE, y en esta edición, la Costa Oriental de Cantabria como protagonista.

Delia de los Ángeles Laguillo G.

Socia de Honor

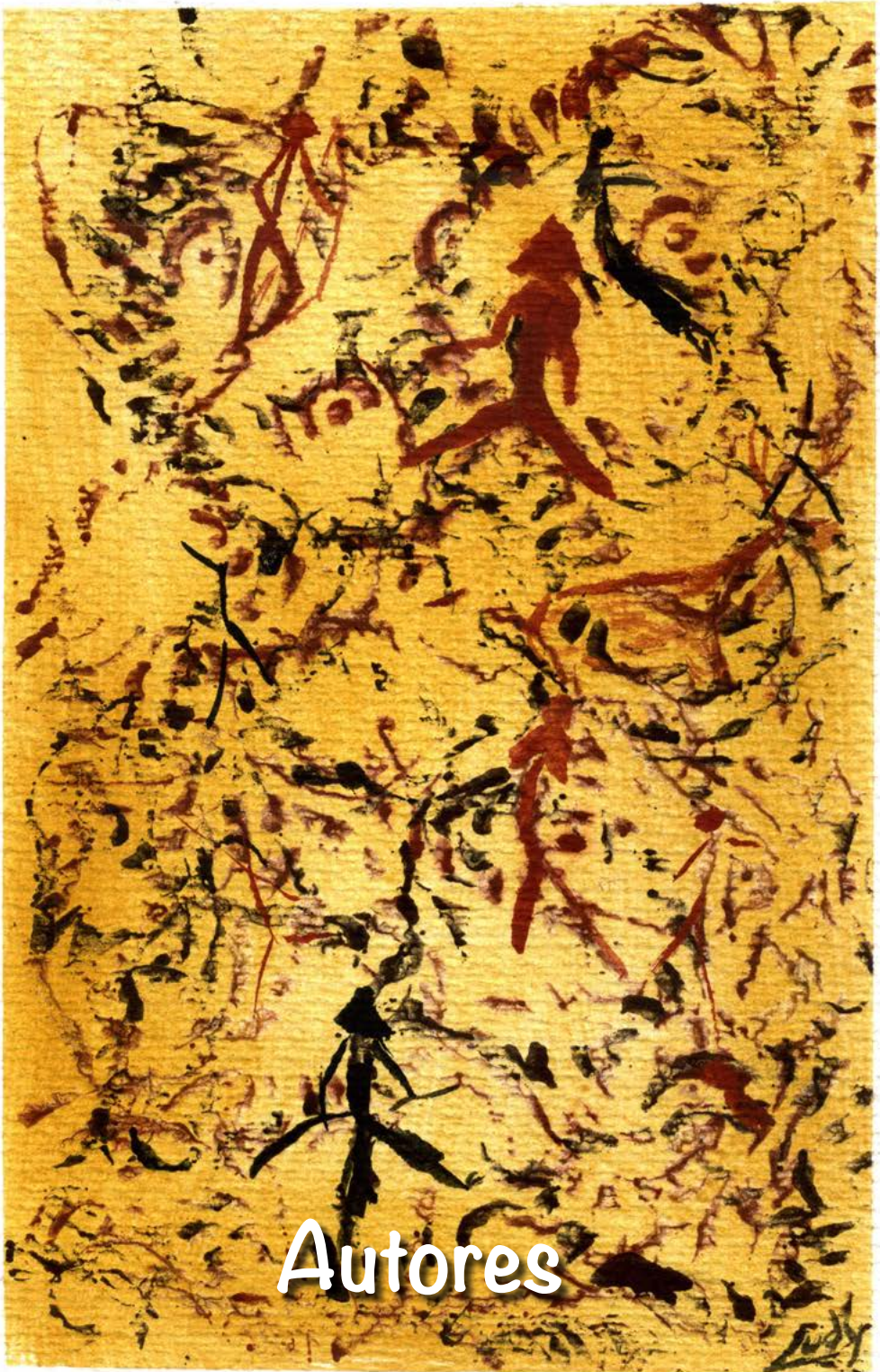
Vicepresidente de la Sociedad Cántabra de Escritores.

Coordinadora de esta Colección.

PD: Alcemos nuestra gratitud para brindar por las personas e instituciones inscritas en esta sucesión de palabras: autores, ilustradores, Consejería de Educación, Cultura y Deporte e Imprenta Regional.

Un sentimiento que se repite es un sentimiento que se eterniza.





Autores



Miranda



Entre vacas



Victor Abascal Acebo





Hijo de un maestro de obras, habituado de niño a tratar con albañiles y trabajar él mismo con sus manos, Ignacio Abel conservaba un apogeo práctico y sentimental por los saberes específicos de los oficios que se convertían en rasgos de carácter en cada hombre que los cultivaba.

La noche de los tiempos. 2009. Antonio Muñoz Molina.



uando yo nací en los años 40 del pasado siglo casi nada era igual a la actualidad, y no digamos, si el lugar de nacimiento era un pueblo. Un pueblo situado en un verde valle de la zona pasiega: Villacarriedo.

En aquel tiempo, la mayor parte de lo consumido y usado en la vida diaria era cultivado o creado por el hombre y la mujer. Por tal motivo, la mayor parte de los utensilios utilizados tenían el sello de artesanales.

Casi toda mi familia, como la gran mayoría que habitaban los pueblos de la provincia, se dedicaban a la ganadería. Sé que esta profesión, en sí, podría no encajar exactamente en lo que da título al presente libro, "Oficios tradicionales de Cantabria", si como oficio nos ceñimos únicamente a la creación de utensilios artesanales. Pero no se puede negar que, entonces, una buena parte de la gente tenía como "oficio" ser ganadero. Bien es verdad, que en el caso de mis padres no fue así por motivos de carácter excepcional, aunque huerta y gallinas sí que hubo.

De aquella niñez tengo muy buenos recuerdos. Me gustaba visitar al herrero del pueblo y me quedaba durante horas mirando cómo forjaba, por ejemplo, una herradura a golpe de martillo sobre el yunque. O también al albarquero, que de un tronco de madera ("tajo") obtenía una perfecta y decorada albarca. No menos trascendental, para mi curiosidad, era observar la fabricación del cuévano, ese inmenso y profundo cesto que, a modo de mochila, se porta a la espalda repleto de hierba. En cierta ocasión, fui con mi madre a comprar uno de esos utensilios a Selaya. Un hombre enjuto, de mediana edad, sentado junto al portal de su casa, manipulaba con verdadera habilidad las varillas de avellano, previamente dejadas a remojo durante unos días, a fin de conseguir una mayor flexibilidad. Ver sus manos tejer aquellos "hilos", me dejaba boquiabierto. Mi madre escogió uno de los que ya tenía expuestos y magistralmente terminados, allí mismo, junto al cobanero. Previo un corto regateo, quedó concluida la operación. Yo quise portar aquel voluminoso objeto de carga a mis espaldas, pero era demasiado grande para mi pequeño cuerpo, tanto, que lo arrastraba por el suelo. Fue, definitivamente mi madre, quién portó satisfecha la impecable adquisición.





Pero, como he dicho, mi familia era esencialmente ganadera. Un hermano de mi madre, el tío *Pepín*, tenía en Sarón una hermosa vaquería. Cada vez que íbamos a visitarle, significaba para mí un aliciente muy especial, ya que me entusiasman los animales. El tío *Pepín* era un enamorado de las vacas. Con una colilla en el extremo de la boca, casi siempre apagada, y mientras atendía nuestra visita, no dejaba de observar a su ganado, el cual rumiaba la hierba seca sin descanso. Su semblante era de una apacible y continua sonrisa al manifestar tanta felicidad de encontrarse rodeado de sus hermosas “pintas”, del aroma a heno, de los aperos de labranza y, en general, de ese ambiente tan peculiar que envuelve la tenue luz y el aire templado de una cuadra. A veces se interrumpía la conversación al observar cualquier anormalidad que ocurría a su alrededor, como empujar la hierba para aproximarla más a los animales y estos pudieran acceder a ella de forma más cómoda, o simplemente, colocar un apero que no estaba en su sitio, acciones estas, que para nosotros, los visitantes, pasaban totalmente desapercibidas. Una vez resuelto el “problema” se acercaba de nuevo para proseguir la conversación, no sin dejar de observar al ganado.

En una de esas visitas al tío *Pepín*, previo el saludo meramente protocolario, me hizo un gesto con la mano para que me adentrara con él en la cuadra.

–¡Mira, mira lo que hay aquí!– exclamó con verdadera ilusión.

Miré hacia donde señalaba su dedo índice y mis ojos estallaron de sorpresa. Un *jato* recién nacido se mantenía ya en pie sobre un montón de paja. Creo que nunca había visto una criatura tan tierna, inofensiva y bella. Acerqué mi mano a su boca e inmediatamente comenzó a lamerla. Quise besarla, y de hecho, creo que lo besé. Habría deseado llevármelo a casa para cuidarlo y acariciarlo de continuo. Sin duda, el tío *Pepín* me había adivinado el pensamiento al comentar de inmediato:

–Si no fuera porque en casa no lo puedes tener, te lo habría dejado...





Aquella tarde había sido distinta para mí; tanto fue así, que antes de despedirme, ya estaba pensando cuándo podría volver.

En realidad, la profesión de ganadero traspasó los límites de la *tierruca*, hasta el punto de que algunos ganaderos, incluidos también de mi familia, emigraron a Madrid donde se establecieron con sus vaquerías. No era de extrañar, que en las décadas 50 y 60 del pasado siglo, se ocuparan espacios dentro de la misma capital con esa clase de negocio.

Recuerdo perfectamente la primera vez que viajé a la capital de España. Fue con motivo de visitar a dos tíos, Pedro y Manuel, hermanos también de mi madre, los cuales tenían en el mismo centro de la capital sus vaquerías. Al igual que en la cuadra del tío Pepín en Sarón, yo disfrutaba igualmente aquí. Los vecinos cercanos iban con sus recipientes a comprar la leche y aprovechando la visita se quedaban un buen rato charlando sobre los aconteceres diarios. En realidad, el ambiente no se diferenciaba demasiado al de mi pueblo. El mismo aroma del ganado y el de la leche recién ordeñada y, en fin, de todo aquello que forma parte de una vaquería. Eché algo en falta: en ninguno de los dos establos había un ternero recién nacido, y me hubiera gustado tanto ver otro...

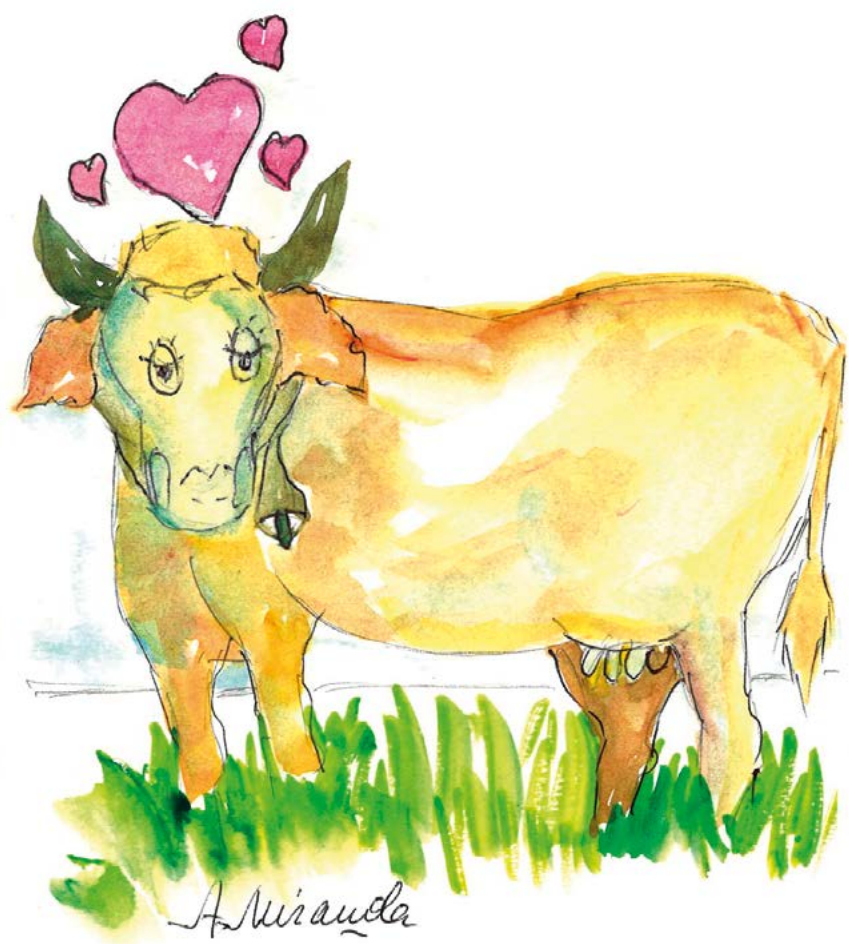
De esa manera, transcurrieron buena parte de los años de mi niñez. Admirando a aquellos artistas que “fabricaban” con sus manos la mayoría de los utensilios necesarios para la vida diaria, pero, sobre todo, cuando visitaba alguno de los establos de la familia.

Hoy en día todo aquello ha terminado. Los objetos necesarios ya no se “fabrican”, se compran, todo se compra. Sólo algunos instrumentos de antaño se construyen artesanalmente para fines turísticos. Y la vida del vaquero se ha reducido a mínimos. Cuando visito mi pueblo, me acerco hasta la casa del primo Prudencio. Él también tuvo vacas. Allí permanece el espacioso hueco de lo que fue la cuadra, sirviendo ahora de almacén y garaje. Al adentrarme en ese lugar, siento aún el imborrable aroma de la nostalgia.





La teta de la vida



Zayra Abascal Múgica





La solidaridad es la ternura de los pueblos.

Gioconda Belli, escritora y poeta nicaragüense.



uanita!, no te muevas que me vas a derramar la leche. ¡Juanita, qué mayor estás!

Juanita no contestaba, sólo bajaba la cabeza y soltaba un leve y cariñoso mugido.

Ella llevaba en la familia más de quince años. La habíamos visto llegar un día de octubre de 1935 con una entrada solemne que a todos nos cambió la vida.

Mi familia, por aquel entonces, artesanos covaneros y ganaderos a tiempo obligatorio, sólo tenía un pequeño cobertizo donde guardábamos tres gallinas que ponían los huevos con los que Madre me alimentaba, algún conejo despistado que Padre lograba cazar y cuando la tierra nos permitía, contábamos con una ración de patatas y otra de tomates o judías.


A Juanita la queríamos como una abuela, pues como solía decir mi madre, "Esa teta, Santos, ¡es la teta de la vida! Frase que nos recordaba cada vez que mi hermano y yo la ordeñábamos para llenar todas las ollas que teníamos que repartir por el pueblo.

Mi hermano llegó un 25 de julio de 1935, en pleno verano, con un calor que no dejaba respirar, con los campos yermos y sin nada que llevarnos a la boca.

Madre, como cada mañana, se preparaba para ir al campo, pero en su cara vi un gesto de dolor que nunca había visto antes. Esa mañana, cuando me lavó la cara y me peinó, sentí que estaba ausente y murmuraba una frase todo el tiempo: "Que no venga de nalgas". Que Dios le proteja y no le falte el pan"

Yo, por aquella época, no entendía mucho y cuando la pregunté qué susurraba, como contestación me llevé un pescuezo y otro de Padre. Definitivamente, preferí preguntarle a mi amigo Pedrito, al que llamábamos el "Morilo".





¡Qué cosas tienes Santos!, venir de nalgas solo vienen los niños feos que no quieren enseñar la cara y prefieren enseñar el culo cuando nacen; yo se lo he oído a mi abuela, aseguró Pedrito todo confiado mientras se encaramaba a una higuera.

A la hora que Madre solía pararse para rezar y recoger el agua del pozo, escuché un grito ensordecedor que provenía del cobertizo. Me asusté tanto que salí corriendo y me subí al monte más alto a pedir a Dios que mi hermano fuera el niño más guapo del pueblo.

Unos quejidos profundos dieron paso a un llanto roto del que había oído que se llamaría Julio, si fuese un niño, como quería Padre o Julia como aseveraba mi madre que iba a ser porque las mayores del pueblo le decían que traía una niña por la forma de su panza.

Corrí entonces a la habitación de mi madre de donde no paraban de entrar y salir mujeres corriendo con agua y sábanas. Entré llorando y preguntando a Madre si podía verle. Cariñosamente, me revolvió el pelo y pidió que le diera un beso a mi nuevo hermano, Julio. Yo le retiré la manta que envolvía su diminuta cabeza y vi que no solo no era feo, sino que parecía un ángel lleno de paz, indefenso. Nacer de nalgas no era tan grave.

Julio lloraba día y noche. Madre y Padre no paraban de pasear por el cobertizo con él en brazos. Mi madre rezaba a todas horas y todo el pueblo se volcó con mi familia que no teníamos muchas veces ni un trozo de pan que llevarnos a la boca. La madre de "Morilo" venía todos los días para asistir a mi madre a limpiar gasas y ayudarle con el pecho, porque Julio no quería comer. Madre cada día estaba más enferma, pálida y apenas hablaba. Sólo miraba a Julio y le susurraba al oído: angelito mío, si el amor alimentara serías el niño más lozano del pueblo.

Ramón, el médico del pueblo también se acercó a nuestra humilde casa. Recuerdo que cerró la puerta del cobertizo con ese maletín gigante y mirando a Padre le dio una palmada en la espalda diciéndole:





–Lo siento, la vida a veces nos sorprende, pero reza porque los milagros existen. Corría el veranillo de San Miguel cuando apareció todo el pueblo en nuestro cobertizo. El alcalde, Esteban, tiraba de una vaca enorme de grandes ubres con paso elegante y sobrio. Juanita pasó a ser una más de la familia.

Madre, que no pudo hablar de la emoción en muchos días, pudo al final calmar los llantos de mi hermano y ver cómo poco a poco salía a la vida, convirtiéndose en un buen mozo querido por todo el pueblo. Gracias a Juanita, mis padres pudieron ir vendiendo la mejor leche de la zona a la vez que calmaban el hambre de su familia. Juanita fue la mejor Ama de Cría que podía haber entrado en casa.

Madre guardaba siempre la mejor producción para elaborar los mejores quesos y cuajadas de la zona, que regalaba a todas las parturientas en señal de agradecimiento. Cada vez que le miro, veo en mi hermano el milagro de la vida, el milagro de haber podido luchar hasta el último aliento gracias a un pueblo solidario que nos regaló “la teta de la vida”

¡Juanita, no te muevas que me tiras la leche!, qué mayor estás ya. ¡Cómo te queremos!

Y Juanita se paseó muchos años con elegancia por los “praos” que olían a una mezcla de mantequilla de sobao pasiego y hierba recién cortada sobre el arrullo del Pas.





Las obreras de la mies





Busquen otros sus amores
del mundo en las áureas salas.
Yo le busco en estos campos
ornado de verdes galas.

Canción popular.



a clarea el alba sobre el ondulado horizonte. Poco a poco, una tras otra, empiezan a humear las chimeneas de las casas. Pronto, la campana de la iglesia comenzará a tañer su suave y monótono repiqueteo para anunciar el comienzo de la misa.

Algunas mujeres del pueblo, colocándose un pañuelo negro a la cabeza, salen presurosas. Cuando vuelvan, ya será hora de despertar a los niños para que vayan a la escuela y poder dedicarse a las necesidades del hogar: recoger la ropa sucia del día anterior para lavarla en el río, poner las alubias en el puchero o, tal vez, sólo pulientas... Todo debe quedar hecho y bien dispuesto porque, al comenzar la tarde, cuando los niños vuelvan a la escuela, tendrán que ir a trabajar en la mies, unas en su propio terreno y otras, como obreras contratadas.

La labor de la mies se realizaba en familia si se podía. Cuando había impedimentos, se contrataban obreras no obreros, que los hombres tenían otros quehaceres. La tierra era trabajada, tradicionalmente, por mujeres que aprendían el oficio cuando dejaban la escuela. Estas obreras eran contratadas desde las primeras horas de la tarde, en la actividad que fuera necesaria, después de haber sido arada la tierra. Su trabajo consistía en hacer los surcos, plantar las semillas (maíz y alubias conjuntamente), el sallo, el resallo y, finalmente, la recogida de la cosecha.

La contratante iba a sus casas y ajustaba con ellas el salario, el tiempo y las condiciones de trabajo. Normalmente, las obreras llevaban sus propias herramientas y la contratante se comprometía a llevarles la merienda y el agua a media tarde, de ese modo, descansaban un rato y volvían luego a la tarea hasta la caída del sol o del Ángelus.

Está cayendo la tarde. El sol comienza a posarse en el horizonte. Las obreras limpian y recogen sus aperos mientras dejan en el aire un eco de alegres tonadas que amenizaron su labor. La cesta en una mano y la azada echada al hombro con la otra, van repartiendo sus alegrías por las calles entre bromas y cantares mientras, una a una, poco a poco, van recogándose en sus casas y sus voces se van apagando como los arboles que embellecen, aún, el horizonte.





Y quedan en la memoria suspendidas las notas de una canción...

*Montañesuca,
flor de la aldea
del vistoso vergel de la tierra
cuyo sol enamorado
en ti se recrea.
Montañesuca,
lozana planta,
floración de la tierra de Cantabria
cuyo viento susurrante
tu belleza canta.
Vibra el mar
de placer
mientras cantas
en la mies.*



Oficios tradicionales de Liébana



Pedro Álvarez Fernández





Los lebaniegos, hechos a la lucha constante con los elementos (la naturaleza, las piedras y los hielos, las intemperies, las largas noches, aún los largos periodos de aislamiento total, los jabalíes, los lobos y los osos), obligados a contar con sus solas fuerzas, aunque acostumbrados también a cooperar con sus vecinos en esfuerzos colectivos imprescindibles, constituyen un tipo bastante característico de fortaleza, de sobriedad, de austeridad, pero a la vez de optimismo, de aptitud cooperativa y de iniciativa.

Eduardo García de Enterría.
Liébana. Tierra para volver. 1994.



os vecinos de la comarca de Liébana, debido a su aislamiento durante siglos, tuvieron que aprender a subsistir sacando el máximo provecho de todo aquello que les proporcionaba el entorno. Han sido muchos los oficios tradicionales que han permitido a los lebaniegos sacar adelante a sus familias o complementar con ellos el duro trabajo diario, en una tierra donde la agricultura y la ganadería eran fundamentales para poder ganarse el sustento. Vamos a conocer tres de estos oficios artesanales: albarquero, tejedora y el pisador.

El oficio del albarquero ha permanecido hasta nuestros días. Cuando el verano llegaba a su fin, con los prados ya segados y las cosechas recogidas, era el momento para acudir al interior del monte cercano a la aldea para, con la ayuda del hacha y del tronizador, derribar los árboles que se consideraban más apropiados para después poder hacer las albarcas, que generalmente se realizaban con madera de haya, aunque el abedul o la alisa eran también muy apropiados para la labor.

Oficio tradicional el del albarquero, que ya se cita en el siglo XVIII cuando se realiza el Catastro del Marqués de la Ensenada, donde en localidades como Aniezo, en el municipio de Cabezón de Liébana, en el año 1753, un total de 21 vecinos del pueblo declaraban hacer albarcas, trabajando durante 180 días del año, lo que nos indica la importancia que para los lebaniegos tenía este oficio, con el que se ganaba un jornal que iba a ser muy necesario para la familia.

Ya en el siglo XIX cuando se escribe el Diccionario Madoz, en muchas localidades de la comarca se cita la producción de albarcas entre los vecinos, que sirve para ser utilizadas principalmente durante los duros meses invernales.

Generalmente, cuando se cortaba el árbol, si este era grueso, con la ayuda del hacha se partía en dos y así se podían fabricar los pares de albarcas, ya que allí mismo se comenzaba a dar la forma, antes de trasladar los troncos ya preparados inicialmente al potro o banco de ma-





dera, que, la mayoría de las veces, se encontraba en un portal anexo a la vivienda del pueblo. Allí, se comenzaba a hacer la marca de lo que se denominaba la “casa de la albarca”, ayudados con una azuela de petu, encajada la futura albarca en el taju, que era convenientemente sujetado con la ayuda de las cuñas, para así poder facilitar la labor al albarquero. La azuela de petu se llamaba así porque posibilitaba poder realizar dos cortes en la madera utilizada.

Al monte siempre se iba cargado con las herramientas que se consideraban imprescindibles para poder realizar la labor a pie de árbol, como era el hacha, el tronizador, la azuela, la “legra” y los barrenos.

La madera siempre había que cortarla en la luna menguante. Una vez derribado el árbol, se trasladaba con la ayuda de la pareja de vacas, y luego se hacían los tacos que eran llevados hasta el interior del carro. La madera de haya no tenía que tener nudos y generalmente de un taco se podían hacer un par de albarcas.

Finalizado el proceso de preparar lo que iba a ser la “casa” de las albarcas, comenzaba el barrenado, con la ayuda del barrenno, que disponía de una boca ancha para así poder sacar la madera convenientemente. De esta forma se iba poco a poco ahuecando la parte interior de la albarca. Otra herramienta imprescindible para poder realizar bien el proceso era la “legra”, chapa de acero afilada, estrecha y curva, con la que se procedía a retocar la parte interior de cada una de las piezas trabajadas.

Era entonces el momento de ponerse a preparar lo que se denominaban las “pezoneras”, donde luego irían alojados los “tarugos”, en cada uno de los huecos que se hacían en ellas. ¿A qué se denominaba tarugos? Se trataba de unas piezas postizas de madera, con forma cónica, habitualmente de escoba que, con la utilización de las albarcas, a medida que se iban desgastando, se reponían por otras nuevas.

Al albarquero siempre le gustaba dar su toque personal al acabado de cada una de las albarcas, y para ello utilizaba un cuchillo, que se hacía





de una antigua navaja barbera, con la que se realizaban precisos y bonitos dibujos en la albarca, formados por flores, círculos o grecas.

Pero aquí no finalizaba el trabajo de la elaboración, ya que comenzaba una tarea importante y fundamental para su consistencia y calidad, como era el proceder a tostarlas convenientemente, utilizando con frecuencia leche, ajo y el humo de las árgomas. ¿Para qué se hacía? Con el fin de poder barnizarlas, impregnándolas de esta mezcla.


Las albarcas una vez construidas se bajaban a vender al tradicional mercado de los lunes en la villa de Potes, donde en el año 1950 un par de ellas valía cinco duros. Pero también sabían los lebaniegos que eran muy apreciadas en los pueblos palentinos o leoneses. Concretamente, en la zona palentina había dos citas anuales imprescindibles que eran el 29 de septiembre, festividad de San Miguel, cuando se acudía a la feria que se celebraba en Aguilar de Campoo, y el 11 de noviembre, cuando se iba a la feria de San Martín, en la localidad de Cervera de Pisuerga.

En aquellos años de principios del siglo pasado, un par de albarcas se vendían a tres pesetas, y cuando el albarquero preparaba el carro para poder trasladarlas para su venta, podía cargar hasta 500 pares. Con el dinero obtenido de su venta, compraban vino, aceite o harina, productos básicos con los que regresaban de nuevo al pueblo.

Había albarcas que se denominaban de "garbanzo", porque en la zona alta delantera tenían forma como de un pequeño pitorru, y otras tenían la correspondiente cresta. La boca de la albarca se ajustaba muy bien al pie, con el fin de evitar la entrada del agua o de la nieve en el interior de la misma. Los vecinos las calzaban llevando en los pies los "escarpines", realizados con el sayal, para así poder tener el pie caliente y seco.

Cuando llegaba la nieve en invierno a los pueblos, para trasladarse con las albarcas se utilizaban los "barajones" que eran unas tablas con tres agujeros, en forma de planta de barco, donde se introducían los tres tarugos que tenía la albarca. Estos barajones se sujetaban con la ayuda





de cintas de cuero o de correas, facilitando a los vecinos el poder moverse con facilidad por las calles del pueblo y sus alrededores.

El telar y la pisa

Otros dos elementos etnográficos que durante siglos fueron utilizados en la comarca lebaniega, han sido el telar y la pisa o batán, y con ellos convivieron dos oficios artesanos que eran muy demandados por los lebaniegos. Conocí el último telar en funcionamiento que había en Liébana, en la localidad de Cabezón de Liébana. Rosario Martínez, fue la última tejedora hasta la década de los años 80.

Era un oficio que requería mucha práctica y que comenzaba cuando llegaban a la localidad los ovillos de lana que habían sido hilados en los hogares de las aldeas, junto al calor del fuego, por las mujeres lebaniegas. El proceso se iniciaba pesándoles con la ayuda de una "romana". Entonces, el peso era calculado en libras, para así calcular cuántas varas de 80 centímetros de longitud salían una vez realizado el tejido.

La lana, después de ser pesada tenía dos destinos, la trama y la urdidumbre. Ésta, se rebobinaba en los "canillos", que eran carretes de sauco, con la ayuda de un torno, hasta poder permitir que con la cantidad adecuada girase en la "lanzadera", que era como una pequeña barca de madera donde se colocaba en su interior la canilla sobre un eje que giraba al extenderse sobre los hilos de la trama. Había otros ovillos que se colocaban sobre los "urdidores", que eran dos bastidores de madera rectangulares, donde se llevaba a cabo el palo de cruz o cruzado de los hilos de la urdidumbre. Se metían doce ovillos de lana en el interior de un casillero o cajón de madera con doce apartados, donde al entrar los hilos, los ovillos iban girando. Estos hilos pasaban entonces por el interior de un listón provisto de doce agujeros y al salir se anudaban. Seguidamente, se cortaban los hilos, se anudaban sobre el primero de los listones y se repetía el proceso. Un recorrido completo era depositar 24 hilos, que era un "niñuelo".





En el centro del telar se encontraban los "tirantes" y allí giraban dos poleas sobre las que iban las cuerdas, que levantaban de forma alternativa a los "peines", elevando la mitad de los hilos de la urdidumbre, que al ser levantados permitían introducir transversalmente la lanzadera, que era devuelta en dirección contraria, cuando bajaba la otra mitad de los hilos.

El telar estaba formado por cuatro pilares y la urdidumbre se recogía en rodillos llamados "enjuros", que giraban con ayuda de unas poleas a medida que se daba forma al tejido. Había un telar para piezas anchas y otro para las más estrechas, confeccionándose escarpines, monteras, costales, mantas y alforjas, entre las más demandadas por los vecinos. La tejedora cobraba el trabajo por varas. Con una vara se hacía más de un escarpín. Era un trabajo manual y muy preciso, y para poder tejer unas alforjas había que estar un día entero trabajando en el telar.

La pisa o batán se utilizó en los pueblos aprovechando la fuerza de los ríos o de pequeños arroyos. Una pisa estaba compuesta por cuatro postes sobre los que iban cuatro vigas, las "llaves" que soportaban el peso de dos piezas transversales o "cargaderos" con entalladura central, donde en un eje o "yugueto" se apoyaban los "tirantes", de los cuales pendían los "mazos".

La pieza fundamental de la pisa era la rueda, que recibía la fuerza del agua y podía así transmitir su giro al resto de las piezas. Disponía de un grueso eje, que en los extremos llevaba bujes de hierro para permitir girar. Sobre el eje iban cuatro radios o "aspas" unidas a los "cambones" formando una circunferencia donde iban encajados los "álabes", que eran paletas que al llegar a la rueda el agua permitían la comunicación con un cajón de madera o "peju" donde se colocaba el tejido, que necesitaba constantemente estar mojado.

Sobre el eje de la rueda se colocaban dos trozos de madera en forma de cruz, las "mazorgas", que al girar levantaban alternativamente dos mazos que golpeaban el cajón donde se encontraba el tejido.





El agua se desviaba desde un canal y la entrada a la pisa estaba regulada por una compuerta o “aguatoju”. La medida utilizada para pisar el sayal que había sido anteriormente elaborado en el telar era la vara, que se correspondía con cuatro cuartos y cada uno de ellos medía 22 centímetros. Hay que saber que el sayal al ser trabajado en la pisa siempre mermaba. En la pisa o batán se solían introducir piezas de 21 a 23 varas convenientemente dobladas, que eran golpeadas por los mazos y que cada seis horas debían de ser desenrolladas para volverse a colocar de nuevo en el interior del cajón.

En el año 1920 se cobraba la vara 20 céntimos y en 1982 cuando dejó de utilizarse la última pisa en el pueblo de Ledantes (Vega de Liébana) la vara se cobraba a 100 pesetas.

Conocemos la existencia de pisas y batanes en Liébana por el Catastro del Marqués de la Ensenada, en el siglo XVIII, donde se cita su existencia en pueblos como Aniezo.

Actualmente, aunque ya sin funcionar, Liébana cuenta con dos pisas en las localidades de Ledantes y de Aniezo, respectivamente.





Un artesano gallego en los Valles Pasiegos



José Antonio Álvarez Gómez





Mis manos fueron la fuente de todas mis aventuras,
realizadoras de ideas, creadoras de artesanías.
Con ellas modelé el barro, hice tallas en madera.
con ellas fragüé el acero, trabajé el cuero y la piedra.


Nicolás Ferrera Lamaita, poeta uruguayo.
A mis manos de artesano – Antología de sus versos.



e llama José Doce Vázquez, trabaja tanto la madera como el hierro. Nació en la parroquia de Franza o Santiago de Franza, en el concello de Mugardos, muy próximo a El Ferrol. El pueblo tiene una hermosa iglesia de un estilo neogótico dedicada al apóstol Santiago, dos capillas, una en el pueblo dedicada a San Vitorio y otra en medio del campo llamada "Capela do Lodairo". Allí comenzó sus andanzas nuestro protagonista, yendo a la escuela del pueblo, que estaba dividida en dos aulas, una para niños y otra para niñas. Ya desde muy pequeño tenía una tendencia innata para arreglar paraguas, tarteras, carros de ganado y otras actividades en la escuela. Él quería estudiar para ser ingeniero naval, ya que el espíritu de lo náutico se respiraba en los alrededores de El Ferrol. Pero su padre le mandaba a hacer otras actividades para la familia y ya aquella idea quedó olvidada, pero no del todo. Tuvo clases particulares sobre carpintería y ebanistería, sobre todo dibujo y delineación, que después le han servido para todos los trabajos que ha realizado hasta ahora. Así que cuando cumplió los catorce años entró de pinche en una ebanistería. Por eso él se considera más ebanista que carpintero. A los dieciséis, en otro taller de ebanistería más grande. Por fin, a los dieciochos años, en la naval de El Ferrol para trabajar en el interior de los barcos: salones, camarotes, etc. Un ingeniero, viendo las cualidades y el afán de trabajo de nuestro protagonista le tomó para hacer trabajos de calderería, pero de chapa fina, preparando plantillas para tolvas y otros artilugios.

Después de hacer una descripción de los orígenes de José Doce Vázquez, pasaré a comentar cómo llegó a este valle carredano. Frente a El Ferrol estaba el por entonces pujante astillero de Astano. Le enviaron a Bilbao y más tarde al antiguo astillero de Corcho que luego llegó a llamarse del Atlántico en San Martín de Santander, del que ahora queda solamente el dique de Gamazo. Allí tuvo unos compañeros carredanos que se habían incorporado procedentes del complejo industrial Calatrava de Gajano. Se relaciona con ellos y un día le llevan a las fiestas de la Virgen de Valvanuz en Selaya. Esto sin duda le marcará para toda su vida,





pues se enamora de una “chica de Selaya”, como dice él, y tras varias actividades en poblaciones de Andalucía y de Canarias, se casa con ella en el Santuario de la Virgen de Valvanuz. Y es aquí en Selaya, donde vive actualmente.

José Doce Vázquez, Doce, como le llamamos todos en el valle, es un hombre apasionado por su trabajo. En su taller se puede ver un revoltillo de piezas, maderas, hierros, verjas... y hasta maquetas en cartón de los últimos retablos para iglesias de la zona, que tiene pensado hacer. Sus ágiles manos trazan patrones en perfectos dibujos de lo que está preparando. No se le resisten las líneas, sean rectas o curvas. Se siente satisfecho de la perfección de los retablos que va haciendo, sin duda para capillas laterales con sus bóvedas que, según dice él, no las puede hacer un carpintero normal, pues él se siente ebanista. A un lado de su taller está la fragua donde moldea el hierro para las verjas que de vez en cuando le encargan. ¡Ah! y las plegadoras para el hierro o la chapa (una de ellas para hacer tubos). Es todo un artista, más que artesano, con ese espíritu fuerte y decidido que le ha llevado por diversas partes de España en las que siempre ha sido apreciado por su trabajo y disfrutando de las dietas que le han dado para ir de un sitio a otro. Un gallego indomable como tantos otros que, buscando mejor vida, ha salido de su tierra, pero a la que lleva en el corazón, pues allí en su pueblo natal la Parroquia de Santiago de Franza, del concello de Mugardos tiene una casa de su propiedad a la que acude de vez en cuando, pues la tierra de uno no se puede olvidar. En definitiva, es un gallego emprendedor y dinámico que por dondequiera que ha ido ha dejado la huella de su buen hacer. Que se lo digan a su esposa, una mujer de estos valles carredanos, pasiega de Selaya, también emprendedora que, junto al taller de su marido, tiene su sencillo salón de peluquería. Es que estas personas trabajadoras, cada una en su oficio y vocación, son las que levantan esta tierra nuestra, no sólo de la Montaña de Cantabria, sino de toda España, pues allá donde vayan crean riqueza. Cuando le pregunté por las obras que había realizado, me respondió que no se acordaba de todas, pero





yo sí que recuerdo algunas, por ejemplo, el ambón para las lecturas de la iglesia de Bárcena de Villacarriedo o el retablo a San Cristóbal de Abionzo.


Otro aspecto, y no menos importante en la vida de este ilustre artesano, es su afición a los caballos. Le llamo ilustre, porque todo buen artesano no es menos importante que cualquier otro personaje de la cultura por muy famoso que sea. Por eso desde las líneas de este libro les rendimos el homenaje que se merecen por su labor callada, sólo conocida con el entorno local que les rodea. Siguiendo con esta actividad de nuestro José Doce, puedo decir que doma a sus caballos con la perfección de un maestro de la equitación. Yo le he visto por las calles, carreteras y caminos de nuestro valle dirigir, como excelente jinete, a su caballo que trotaba de forma majestuosa. Esta vocación por los caballos le viene ya desde niño, y dado su buen temple y bonhomía, los caballos le obedecían con docilidad y confianza. Doce se siente orgulloso de sus caballos y en los pocos ratos libres que le deja su intensa actividad, disfruta de sus paseos ecuestres por este valle magnífico que es el Valle de Carriedo.

Nuestro José, no sé si llamarle Pepe, como le llaman en su pueblo, es un hombre religioso y amante de las devociones allá donde vive. Por eso al venir a esta tierra pasiega, enseguida se hizo devoto de la patrona de este valle carredano, La Virgen de Valvanuz, y tiene por ahí guardados unos versos que ha compuesto dedicados a ella. Como buen artista despliega su genio en múltiples facetas. Es un artesano, un artista culto. A la Virgen de Valvanuz le ha escrito un bello poema, sencillo, pero lleno de contenido. Por ser tan largo no le puedo copiar aquí. Pero sí voy a poner otro más corto que tiene un profundo valor ecológico.

El árbol

*Tú eres árbol querido el que oxígeno me das,
también me regalas sombra, por eso te debo cuidar.*



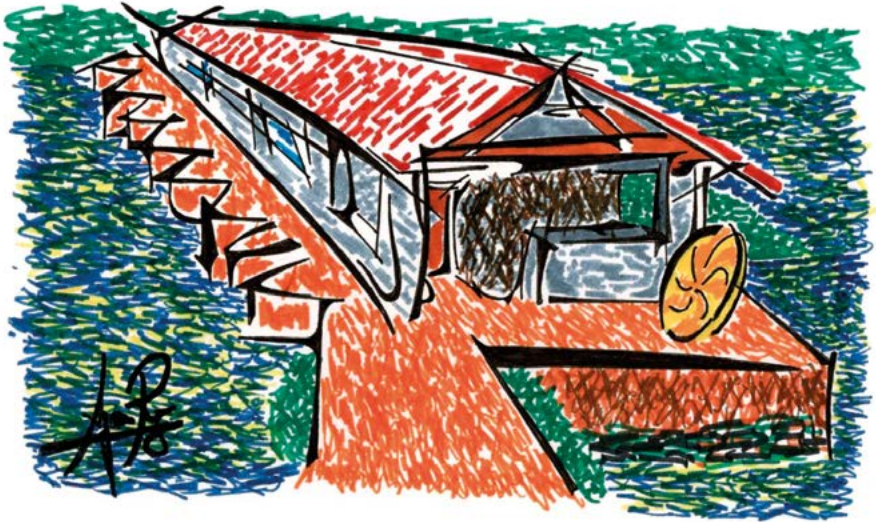


Aunque la gente no lo comprende, sin ti la vida se puede terminar.
Con tus hojas atraes el agua que los campos regarán
para hacer nuestros cultivos,
que sin ti, árbol querido, no podríamos cosechar.
Por eso cuando te miro y veo tus hojas brotar,
mi corazón se contenta y gran alegría me da.
Lo que no comprendo, árbol querido, es por qué te tienen que cortar,
sin plantar antes otros árboles que te puedan compensar.
Y con esto me despido a ver si los hombres se dan cuenta ya,
que sin ti, árbol querido, la vida se puede terminar.





El empecinado molinero de Santolaja



Javier Aparicio Ruiz





El de Santolaja, de diez ruedas, que se halla corriente y moliente, y pertenece a diferentes herederos; su renta la regulan en mil seiscientos y veinte y cuatro reales.

Catastro del Marqués de la Ensenada. 1753.

Molino de Santolaja.

Comprar cuantas acciones se puedan, echar cascotes de teja en él para la cría de Ostras; no permitir a nadie que treine en él, a no ser para el Rey; ni tampoco que saquen la porreta que suele criar, por ser muy conveniente para la cría de las Anguilas y demás Pescados.

Don Juan de Isla. 1755–1760.



n Isla, primeros días del mes de septiembre de mil y seiscientos y noventa años.


Adolfo dejó de cerner el cedazo con el fin de tomarse un descanso. Se palmeó las manos para librarse de la harina de maíz y se asomó al ventano más amplio de la estancia, junto a la puerta que da acceso a los tajamares del molino. Mientras estiraba los brazos, pudo comprobar que Marcial, el de Argatojo, ya había alcanzado con su carronato la falda del Cincho. El monte derramaba su sombra sobre el agua estancada, que parecía un espejo salobre salpicado de nenúfares y carrizos. De vez en cuando, algún aguilucho lagunero abandonaba su escondrijo entre la espesa vegetación para planear a gran altura sobre el paraje, provocando la ruidosa desbandada de un buen número de zarapitos y archibebes.

El atardecer vino acompañado de una suave brisa, que hacía repicar con timidez la pequeña campana de la ermita de Santa Eulalia. Adolfo tenía razones para ser feliz. Antes de que se hiciera de noche, podría emprender de nuevo la labor de la molienda. Había dedicado buena parte de la mañana a repujar la solera y la piedra voladera, ajustando después los rodetes del molino, así que todo estaba a punto para retomar el trabajo. No quedaba más que esperar a que la luna convocara de nuevo las aguas del Océano Cantábrico, cumpliendo con los designios del Creador, para que el grano de maíz mudara su naturaleza y se convirtiera en harina.

El resplandor del trébede comenzaba a inundar la estancia, desterrando las sombras más allá de las tolvas y los harneros vacíos, mientras Adolfo bebía a galletete un buen trago de chacolí. Se sentó en un pequeño banco de tres patas y dejó que el vino fuera invadiendo poco a poco sus entrañas, al tiempo que se deleitaba pensando en todas las razones que tenía para ser feliz.

A Adolfo le gustaba presumir de su molino. Siempre que tenía oportunidad, decía que no cambiaría aquel ingenio por nada en el mundo.





Sus muros calizos, hermanados con el mar y con una naturaleza desbordante, eran todo lo que necesitaba para disfrutar de su soledad.

—¿Estáis seguro de semejante afirmación, mi buen amigo?—, le había preguntado Marcial, el de Argatojo, momentos antes de marcharse, mientras cargaba la molienda en el carronato.

—A fe mía que estoy seguro, vecino. Mi molino y mi soledad colman mis días de dicha, a la espera de que el Altísimo tenga a bien liberar mi alma de estos despojos para toda la eternidad.


El campesino, que no podía disimular su extrañeza, continuó preguntando.

—¿Pero acaso no echáis de menos el bullicio del mercado y los diálogos detrás de la parroquia?, ¿no añoráis contemplar a los niños jugando al aro los domingos o a los ancianos echando la baraja bajo la solana?

—Una vez y mil veces preferiré mi boca las mismas palabras, Marcialillo. Mi soledad y estos parajes bendecidos por la mano de Dios consiguen que cada jornada que transcurre sea para mí venturosa y placentera. Todo lo demás son menudencias y zarandajas. ¿Habéis visto cómo separo con el cedazo el salvado incomedible de la sustancia almidonada que nos sirve de alimento? Pues lo mismo es menester hacer con todas las cosas materiales de la vida. Debemos aprender a separar lo superfluo para quedarnos con la esencia que nos permite agradar a Dios. Mis oraciones y mi soledad, amigo mío, son como la harina molida con piedras de fina estría, en tanto que el solaz ocioso y el jolgorio son el salvado indigesto que nos conduce al pecado.

Marcial se encogió de hombros, ajustó debidamente la collera bajo el horcate y arreó a la mula, sin subirse a la caja del carro de varas para no estropear los sacos de harina que en ella llevaba.

—En fin. Buenas noches os dé Dios, molinero. Aquí os dejo, con vuestras oraciones y vuestra soledad.





Adolfo recordaba divertido la conversación, igual que un niño que se libra de la reprimenda tras cometer una travesura. No es que hubiera engañado del todo al campesino con sus razonamientos, pero sí que había exagerado bastante respecto a su rectitud en el cumplimiento de los mandados de la Iglesia. En su descargo, cuando dijo que amaba su molino con toda su alma, y con toda su alma amaba también su soledad, había hecho gala de una sinceridad sin tacha.

–De algo hay que hablar durante la molienda, que ni el tiempo ni la saliva son de poca importancia, y cuanto más le doy a la lengua, más engorda mi talego–, se dijo mientras pegaba otro largo trago de vino blanco.


En efecto, Adolfo se mostraba muy locuaz con los aldeanos que le llevaban el grano. En contra de lo que podía parecer, no tanto para solazarlos con la conversación como para desviar su atención del harnero, y así poder sisar unos buenos puñados de harina, engordando el montante de su exigua maquila.

En lances como estos y otros parecidos trascurría la placentera vida del molinero, disfrutando de su soledad e incrementando su pegujal fanega sobre fanega y celemín tras celemín, cuando un buen día observó que se acercaba una pintoresca comitiva por el dique de piedra. Encabezaba el cortejo Marcial, el de Argatojo, que fue el encargado de las presentaciones, una vez que alcanzaron el molino.

–Adolfo, preparaos para escuchar las buenas nuevas que traen las altas personalidades que me acompañan, porque son los mensajeros que han de mudar vuestra vida solitaria en otra colmada de fama, de comodidades y de riquezas.

–Escucharé de buen grado la misiva de sus eminencias, aunque un pobre molinero no se merece tamaño honor–. Un tanto amoscado al observar la alcurnia de los visitantes, continuó. –Aunque bien sabéis, mi buen amigo, que yo no persigo más fama que la honradez, más como-





didades que las que mi viejo molino me ofrece, ni más riquezas que mi amada soledad.

Don Juan Fernández de Isla, arzobispo de Burgos, fue el primero de los reputados visitantes en tomar la palabra, frenando con un gesto de la mano al alcalde mayor de Santander, que se moría de ganas de intervenir.

–Amigo molinero, sabias son vuestras palabras y seguro que del agrado de Dios, pero son precisamente los designios divinos quienes os ofrecen acometer una empresa nunca vista por ojos mortales.

–Agradezco que su Reverendísima Excelencia se haya fijado en este humilde molinero para llevar a buen término la consecución de sus propósitos, pero reitero con discreción que no hay para mí oficio más dulce ni cometido más gratificante que disfrutar de mi soledad.

–¡Dejad a un lado gazmoñerías y remilgos!–, profirió el alcalde mayor. –Vais a tener la fortuna de dirigir el alzado del mayor de los molinos del Océano, allí donde el Miera vierte su caudal al mar. Dispondréis de los mejores canteros de Trasmiera, a las órdenes del insigne maestro João Turriano, que vendrá desde Coimbra en cuanto ultime las obras del Monasterio de Santa Clara. ¡Poco me falta para considerar que es soberbia lo que se oculta bajo vuestra aparente humildad!

–No ha de ser este sencillo molinero quien contravenga las ilustradas palabras de Su Eminencia–, replicó Adolfo, y prosiguió: –Mas reitero que aunque dócil, cristiano viejo soy, y no hay mejor testimonio de ello que los torreznos asados que podéis ver en el zaguán. No estoy hecho para orquestar fábricas colosales, pues no soy más que un pobre molinero sin letras que echarse al entendimiento, deseoso de disfrutar de su anhelada soledad.

Don Juan Fernández de Isla empezaba a mostrarse contrariado. Sin lugar a dudas, aquel no era su día. Por la mañana, se había llevado un gran disgusto al observar que las obras del palacio que había ordenado





levantar al oriente de la torre de Cabahigo no prosperaban como hubiera sido de su gusto y ahora, un molinero patán desacataba sus deseos por la simple menudencia de querer disfrutar de su soledad.


–Adolfo, hijo mío, permitidme que os hable como padre y no como ministro de Dios, que la paternidad, como bien sabéis, no está reñida con la prelatura. Los designios del Altísimo os han puesto al frente del más ingenioso propósito que ha emprendido la cristiandad. Sus diques y tajamares estarán dispuestos de tal forma que no habrá que posponer la molienda con la bajamar, porque sus ruedas continuarán girando tanto con el flujo como con el reflujó de la marea. Por mucho que insistáis, no voy a permitir que desechéis esta oportunidad por la banal contingencia de preservar vuestra soledad.

El molinero empezó a sentirse acorralado, aunque no por ello dejó de demostrar que le sobraban arrestos. Se encaró al purpurado y objetó con contundencia:

–Excelencia, que digo yo que si el Altísimo dispuso en el momento de la Creación que existieran las mareas, es porque desde su infinita omnisciencia ha convenido que es bueno pausar la molienda del molino al compás de la luna, y estimo que llevaba razón, porque este oficio demanda tiempo para recomponer los aperos, ajustar los tembladores y sellar los guardapolvos; y digo también que molineros sobran en Trasmiera para llevar a efecto el menester que os ha traído a mi humilde morada, y que yo de aquí no me muevo, porque no ansío otra cosa que el gozo y el deleite que me proporciona mi soledad.

No había salido la ilustre pareja de su asombro, cuando Adolfo golpeó con fuerza tres veces la puerta del zaquizamí que se encontraba al fondo de la estancia. Todos los presentes se volvieron y vieron que se asomaba en el umbral una mujer morena con una cesta de frutas en sus manos. Estaba descalza y los deshilachados volantes de un sayo de amplias faltriqueras dejaban al desnudo sus graciosos tobillos. Su cintura era grácil y rotunda al mismo tiempo y sus pechos, generosos y





enhiestos como tajamares, pugnaban por salir del corpiño, como si quisieran demostrarle al mundo que Newton no estaba en lo cierto cuando formuló la ley de la Gravedad, dos o tres años atrás. Adolfo correspondió con un guiño a su dulce sonrisa, se dio la vuelta para dirigirse a los egregios visitantes y concluyó:

—¡Ya les he dicho una y mil veces que por nada del mundo dejaría yo de disfrutar de mi amada Soledad!





Albarcas de madera...



De las expertas manos de Amado Gómez, el Albarquero de Carmona, han salido estas albarcas para la Infanta Leonor, además de unos escarpines.

Pedro Arce Díez





Albarcas negras, de cura rural, que brillan en el pórtico,
en la ringlera de la feligresía, ringlera demócrata, en que
los tarugos del labrador infeliz ocupan la misma losa que
los del terrateniente acaudalado...

Manuel Llano. *Brañaflor*. 1931.




o nací en la Cantabria rural y en unos tiempos en que aún persistían algunos oficios tradicionales, dada la forma de vida de hace ya varias décadas, lo que en nuestros días ha sido invadido por las emergentes tecnologías, por el consumismo y por los nuevos productos manufacturados de usar y tirar. Por ello, cuando se me ha presentado la posibilidad de hablar de los oficios tradicionales, he vuelto mis pensamientos a la niñez, época en la que recordaba aquellas albarcas que usábamos para sortear el embarrado suelo de las callejas de mi pueblo.... Aunque he de reconocer que el pensamiento también se me iba por otros derroteros y podría haber hablado de los maestros remolares que tan famosos se hicieron en Cudón (Miengo) o en Santander y que surtieron a las muchas flotas que se armaron en nuestros astilleros; o los carpinteros de ribera que construyeron pequeñas embarcaciones para los pescadores de nuestros puertos pesqueros; o los magníficos ebanistas que realizaron muebles centenarios, labrados con cariño, de los que todavía hemos llegado a conocer algunos en Cabezón de la Sal o Santillana del Mar; o los artesanos cabuérnigos de la garauja, que después llevaban a tierras castellanas para cambiarla por trigo o vino....

Despejada la duda, me he centrado en los albarqueros, tema prosaico, pero de gran interés y que ya casi han pasado a la historia de la etnografía de nuestra región e incluso de otras zonas de nuestra España, como las madreñas asturianas...

Y en mi niñez vi usar y usé en algunas ocasiones las albarcas, a veces remendadas, con los tarugos desgastados y no siempre con los escarpines o calcetines adecuados. ¡Tampoco era un artista para llevarlas con donaire...! Pero me mantenían los pies secos y calientes en aquellos fríos inviernos que yo recuerdo, quizás más fríos que los de ahora. Ya en aquellos años infantiles, siempre me sorprendía el conjunto de albarcas que solía encontrar en la entrada de la humilde iglesia de mi pueblo; eran de todo tipo y siempre los feligreses cogían las suyas, salvo cuando los infantiles gamberros se las movíamos de sitio y se ar-






maba la marimorena, con algún cabreo que otro, hasta que, resuelto el entuerto, volvía la calma. ¡Y a veces los mayores reían la gracia!

No tuve muchos más contactos con las albarcas, hasta que me fui a Asturias y allí topé con las madreñas, la versión asturiana de nuestras albarcas, que usaban mucho para andar por aquellas caleyas. Tras mi regreso definitivo a Cantabria, volví a reencontrarme en varias ocasiones con las albarcas; aún las usaba mi madre en ciertas ocasiones y tuve la oportunidad de visitar a algunos albarqueros que todavía pasaban las tardes invernales ahuecando la madera y hasta adquirí un par de ellas, más como objeto decorativo que para usarlas.

Y conocí a un buen albarquero, como Julián Díaz, el Sarruján de Carmona, quien me ha contado muchas vivencias y quiero recordar aquella experiencia que tuvo en La Cueva, cuando aún no había cumplido los siete años, aunque ya había recorrido muchos y escabrosos caminos y pasado varios veranos guardando el ganado en Sejos. Y me cuenta Julián como “en el invierno de 1931 se fue con su padre a hacer albarcas al monte Merodio, a un sitio conocido como La Cueva; allí estaban unos diez o doce hombres y dos chavales, uno de los cuales era el propio Julián. Pero La Cueva no estaba vacía, pues estaba ocupada por una osa y su cría y al detectar la presencia humana, se marcharon monte arriba, pero a media noche nos tiró piedras desde arriba de la cueva, pero nosotros lo que hicimos es hacer una fogata grande y no volvió a aparecer.

Los chavales estábamos ayudando a mi padre a arrimar la madera a la cueva y a atizar la lumbre y cuidar el puchero para que no se quemara. Y después de unos días se terminó la comida y mi padre me mandó a casa a por más comida. Y me cargó con un saco con albarcas a medio hacer. Y ahí me tienes a mí con un saco que abultaba más que yo, monte abajo. Cruzar la carretera en la Venta de Fresneo, camino de Celucos a Celis, Puentenansa y Carmona. Cuando llegué a casa me dolían todos los huesos de mi cuerpo, pues las albarcas hacen muy mala carga y te se clavan por todas partes. Y le dije a mi madre lo que quería






y ella empezó a prepararme la talega de la comida. Y a mí me mandó a la cama a descansar y me dijo: –Ya te llamaré yo, cuando salgan los pastores a los invernales. Porque relojes no teníamos y se conoce que ella se quedó dormida y cuando oyó albarcas en la calle me llamó. Yo cogí el saco de la comida y bajé a Carmona. Y no había nadie por las calles, seguí a Puente de Navas y nadie por la carretera. Seguí a Celis y nadie en las calles. De noche, pasé a Celucos, Riclones y llegué a la Venta de Fresneo ¡Y de noche! Allí me recosté contra una pared porque no podía cruzar la carretera, porque ya era el monte. Y me quedé dormido y me despertó un rebaño de cabras cuando iban a pastar al monte. De modo que mi madre me llamó, cuando subían los hombres de la taberna y me tiré toda la noche andando. Cuando llegué a La Cueva, me dice mi padre: –¡Mucho has madrugao! Yo no dije nada de lo ocurrido para que no echara la culpa a mi madre. No estábamos solos en La Cueva; había más hombres de Carmona haciendo albarcas, pues siempre se va en cuadrilla y por parejas para tirar de tronizador, que es una herramienta que hay que usarla entre dos personas.

A los montes a hacer albarcas se iba por medio de una subasta de hayas que comprabas al ayuntamiento al que pertenecía el monte, aunque si ajustabas diez hayas, cortabas quince y en vez de una semana te estabas dos, expuestos a que el guardabosques te echara a casa. La elección de la madera era una obra de expertos. Si cortabas un haya muy bonito, sin nudos, te podía salir con la veta rizada y entonces estabas perdido. Porque si la veta no es limpia no abre bien la madera. Los troncos se cortaban con el tronizador a unos sesenta y cinco centímetros o setenta, que es el largo de dos albarcas. Y según el grueso del tronco, podía dar seis u ocho pares, si abría bien. ¿Cómo se sabía si la haya tenía la veta rizada antes de cortarla? Era fácil para los entendidos o los que tienen experiencia. Se hacían probetas en el mismo tronco, sin cortarlas. Le dabas con el hacha dos o tres cortadas y a veinte centímetros más arriba, otro corte. Luego la dabas con el hacha para que saltara la pieza que quedaba entre los dos cortes. Si la pieza se quedaba





colgando, no era la veta limpia. Y veías muchas hayas muy bonitas con varios cortes de probeta, pero allí se quedaban. Porque esa madera no se puede trabajar, que siempre encontrarás líneas cruzadas y la herramienta no las quiere.

Las albarcas se desbastan primero con el hacha. Luego con la azuela albarquera, que tiene dos cortes, uno ancho y otro muy estrecho. Con ese estrecho se apoyan, que es hacer la casa de medio atrás, o sea, la parte que queda a la vista. Después se meten los barrenos para sacar la madera de dentro de la casa, que es donde se mete el pie. Más tarde, esa parte se limpia con la legra, que tiene su corte curvo para limpiar el interior de la albarca. Finalmente, se ponen a secar porque esta operación anterior es con la madera verde, recién cortada y se dejan a secar en la lumbre, que está todo el día encendida, con el fin de cocer los pucheros, pues cada uno pone el suyo y cada día le toca a uno mirar por ellos para que no se quemen. Y al tiempo secar las albarcas colgadas de las púas de un acebo o cosa parecida. Y de esa manera pierden peso para el día que se bajen a la carretera, donde estarán las mujeres o hijos esperándote para llevarlas a casa con las albarcas en el burro. Esta operación se suele hacer en primavera u otoño para almacenarlas en la vivienda y terminarlas en invierno. Cuando la nieve te mete en casa, en todos los portales se oían los golpes de la azuela, que era un golpear continuo y suave como si estuvieras acariciando tu obra de arte que estabas terminando. Después viene la resoria, que sirve para quitar las marcas de la azuela y dejarla más fina en su presencia. Luego se mete el cuchillo bien afilado, porque si no corta bien seguro que te corta al patinar en la madera. Esta herramienta la solemos hacer de navajas de afeitar, pues las hay que tienen buen acero y son las mejores. Más tarde, la lija por toda la parte que queda a la vista. Y después se le pasaba un hueso de pata de cordero con el fin de cerrar los poros de la madera. A continuación, venía el color, pues en aquella época no teníamos barnices, ni pinturas, y se daba con corteza de alisa; se le aplicaban dos o tres manos, frotando con la corteza sobre la superficie de la albarca






hasta que sacabas el color apetecido. Y ya luego, el dibujo, las de tipo de hombre de una forma; las de mujer de otra. Se distinguían en la forma de tamaño y dibujo. Por fin los tarugos, las que estaban preparadas para ellos, otras se dejaban para clavos o gomas”.

La primera vez que Julián me contó estas historias, me quedé absorto; después le he escuchado muchas veces porque Julián tiene una memoria prodigiosa y un verbo fluido y tiene deseos de contar sus muchas experiencias vitales. Sabe tanto de albarcas que afirma lo siguiente: “las poníamos a secar al calor de la lumbre y cuando estaban secas, se tiraban todas a un montón. Y cuando se iban a cargar en los sacos, venía uno cualquiera de la cuadrilla: –“Esta es de fulano, esta otra es de zutano...”, y repartía toda la pila sin equivocarse en una albarca”. Él ha hecho albarcas, las ha vendido para El Aldeano de Torrelavega o para Federico Perojo y su hijo Paco, de Solares; y también por las ferias y romerías de Cantabria. Julián ha sido amigo de muchos albarqueros, especialmente de uno, Amado Gómez González, hijo de Pepe el Albarquero, quien de bien pequeño ya comenzó a hacer albarcas y así se hizo el más popular de Cantabria, pues sus albarcas no sólo se lucen en nuestra tierra, sino que han traspasado todas las fronteras y mares, porque sus trabajos son obras de arte irrepetibles.

Y Julián sigue el relato: “Porque les diré que albarqueros tenemos todavía, algunos, no muchos, pero que hagan las albarcas iguales, una que otra, ninguno. Cada uno tiene su estilo y si preguntas a todos, les hablas, las tuyas son las mejores. Pero yo pregunté una vez a un gran albarquero de fama y me dijo que el 60 % de las albarcas que se lucían en ferias y festejos eran de Amado y que habían querido imitarle, pero jamás lo habían conseguido”.

Ya Carmona se quedó sin el atractivo de ver a Amado (Carmona, 1931-2007) acariciando un trozo de madera para hacer una albarca; ya está su banco solitario, ya sus herramientas cogerán óxido, ya no tenemos a Amado mirando por encima de las lentes a la vez que acariciaba





su trabajo, ofreciendo a los curiosos que le preguntaban y él contestaba con sencillez a cuántas preguntas le hacían. Igual daba que fuese un transeúnte, que la televisión, que un niño del pueblo. Porque lo de él era voluntad y arte. Trataba con esmero la jacha, la azuela, el barreno, la legra y no dejamos el cuchillo, hecho de una navaja de afeitar, con el que hacía los dibujos que tanta vistosidad daba a sus trabajos.

“En su funeral y entierro vimos a hombres y mujeres de toda la provincia con caras de sentimiento de haber perdido a un artesano, a un artista y a un amigo; hasta el Presidente, Miguel Ángel Revilla, se calzó las últimas albarcas que le hizo, para decirle el último adiós”, me dice Julián con tristeza.

...Y Julián le dedica estas estrofas:

*Y si pasas la Collada
y te asomas al Ribero
desde allí verás Carmona
la flor de los albarqueros.
Y la flor se marchitó
porque Amado era el primero
Los que en vida te quisimos
en la muerte no te olvidamos
espéranos en el cielo
el día que de aquí salgamos
y a sus familiares, mi sentido pésame*

Las albarcas carmuniegas tienen su propio lenguaje, que Amado y los demás se sabían a la perfección; como lo sabía Manuel Llano, quién nos lo dejó escrito de esta guisa: “Industria y arte peregrino que tiene poesía, que tiene espíritu y colores y brotes negros de ingenio y características maravillosas de la habilidad campesina... ¡Albarcas pulidas de los mozos de Brañaflor, tan pintadas, tan señoras!”





Unos ajos cambiaron la historia





En una vida hay muchas vidas.

Anónimo.



nos ajos pueden cambiar la historia de una familia y de un pueblo.

Había una vez un hombre que vivía en Bermeo (Vizcaya). Tenía un bote de remos con el que salía a pescar, y solía hacer un trayecto entre Bermeo y Santander, sí, a remo; ¡ah, y no sabía nadar!

Iba pescando y vendiendo en los diferentes pueblos de la costa. Un día entró a pasar la noche a una pequeña aldea de Cantabria, Isla, en el barrio de Quejo; dejó su bote y fue a la tienda del pueblo a comprar unos ajos para condimentar su cena. El tendero le dio los ajos, por los cuales le pidió una cantidad desorbitada de dinero, a lo que Lope Astuy, que así se llamaba, le dijo con su mejor intención: “no sé si te habrás equivocado”, y el tendero le contestó, que no. “¡Si quieres lo coges, o lo dejas, pero esto es lo que vale!”

Lope, cabreado, le replicó: “Esto es un abuso, voy a venir y te voy a arruinar, te voy a hacer cerrar la tienda”. “Jajaja, anda cascante, o lo pagas, o lo dejas”.

Embarcó en su bote y regresó a Bermeo. Junto con su mujer Benigna e hijos se fue a Isla. Abrió un negocio de tienda, bar y fonda, y arruinó al tendero que se rió de él.

Posteriormente, nació Ricardo, el cual tuvo que acompañar a su padre en la pesca, yendo en las traineras como ayudante; durmiendo a bordo, malcomiendo y sin paga, aunque Lope le daba alguna moneda de vez en cuando. Al regresar a puerto, se apresuraban al máximo para llegar los primeros y vender la pesca.

Más tarde, llegó el motor y lo pusieron en el barco; ya no había que remar tanto a pesar de su ruido infernal.

Ricardo creció y se casó con Esperanza. Formó una familia de tres hijos y puso vacas para vender algo de leche. Solía salir a pescar langosta con una barquilla en compañía de algún hombre más.





Estalló la guerra, y lo reclutaron, pero no quería matar a nadie; se sentía muy mal, por lo que se escapó, y estuvo escondido mucho tiempo en el monte Cincho de Isla, donde le acercaban la comida su mujer y sus hijos. Le descubrieron y le llevaron a fusilar a Santander, pero la noche antes, a través de un primo de Esperanza, le llegó el indulto.

Ya finalizada la guerra, Fidel, el hijo mayor, empezó a los 16 años a bucear a pulmón para sacar trozos de hierro y bronce de barcos hundidos en la costa para venderlo y sacar algún dinero. Esta iniciativa hizo que la familia de Ricardo viviera más desahogadamente. Fidel se compró una bicicleta de carreras, en la que podía ir a Santoña. Todo un lujo para la época; era casi el rico del pueblo.

La familia iba para arriba con la pesca de Ricardo, la leche de las vacas, las hortalizas de las fincas y la chatarra de Fidel.

En la primavera, tenían que ir a por varas de avellano para hacer las cestas que iban a utilizar para pescar langosta, preparar las fincas para plantar la hortaliza y poner los barcos a punto para la temporada.

En septiembre se recogían los pimientos para venderlos en el mercado de Santander. Recuerdo a mi abuela cargando un cesto de pimientos más grande que ella sobre su cabeza, como si no llevara nada. Eso sí, con un pañuelo retorcido entre la cabeza y el cesto. Lamento no tener fotografías de estas estampas tan increíbles.

Vivían de alquiler en la típica casa pareada con la cuadra abajo. Fidel obtenía bastante dinero con la venta de la chatarra de los barcos hundidos en la costa, la cual llevaban a los Altos Hornos de Bilbao para fundirla y sacar nuevas chapas y acero. Con lo obtenido hicieron una casa nueva.

Los hijos se casaron y Esperanza y Ricardo se quedaron solos. Ricardo se levantaba antes de amanecer; cogía su bote de remos y salía unas dos horas para llegar a los caladeros donde había pesca. Recuerdo un día que salí con él, yo remando, pues siempre me gustó por ser un deporte muy bueno para la espalda, me iba diciendo, un poco más a





la derecha, a la izquierda... hasta que echemos el ancla, que era una piedra con unas maderas cruzadas. Pero no era para fondear estáticos, era para dejarla colgada del bote e ir derivando. Echamos los aparejos y empezamos a subir cabras y julias, a dos bandas.

Lo que pescaba Ricardo lo vendía Esperanza a los turistas y vecinos. Cada verano, me guardaba unos "jibiones" (chipirones), que me ponía encebollados, y para mí era el mejor manjar que nunca he comido.

Ricardo después de comer, y echarse un poco de siesta, se iba andando junto a su esposa unos tres kilómetros a sallar los pimientos y tomates que tenían en unas fincas.


También tenía que ir a bajar a coger esquilas vivas para encarnar cuando iba a pescar. Era impresionante verle con el redeño coger las esquilas, sabía dónde y cuantas cogía en cada pozo.

En invierno iba a echar la partida y tomar un café y contaba las historias de la guerra, la pesca, los turistas, etc., y lo hacía de forma tan graciosa, que era famoso en su entorno. Yo no me he reído tanto en mi vida como con mi abuelo. Le tenía que decir: "para, que me muero de risa", me dolía la tripa de las carcajadas, imitaba las voces, los gestos de los protagonistas de las historias; increíble.

Era impresionante verle entrar, con sus 80 años, por la estrecha entrada rocosa, remando de espaldas a la parte interior de la ría, y en ocasiones haciendo surf sobre las olas, en baja mar con su bote azul, el Ven y Ven. Los turistas, que estaban viendo el espectáculo, decían: ¡Está loco!, pero ¿a dónde va? ¡Se va a matar! Yo también lo pasaba mal hasta que atravesaba ese callejón plagado de piedras aleatorias que mi abuelo esquivaba sin mirar. Recuerdo que pasaba de bote en bote, como el que anda por una acera asfaltada.

Ricardo era marinero, pescador, agricultor, ganadero, artesano, surfista, cuenta cuentos, simpático, cariñoso, padre y un estupendo abuelo. Quizá no conste como un oficio reconocido, pero puede que represente





a muchas personas que vivieron en nuestra querida e incomparable, Cantabria.

Unos ajos hicieron que el apellido Astuy se quedara como referencia en el pueblo de Isla.





La hija del albarquero

Área con Arte



69

Ana Bedia Andrés

Ana Bedia Andrés





Albarcas negras, de cura rural, que brillan en el pórtico, en la ringlera de la feligresía, feligresía demócrata en que los tarugos del labrador infeliz ocupan la misma losa que los del terrateniente acaudalado, de repletos desvanes. Albarcas de señorita remilgada, también negras, de líneas más suaves, más ligeras, más brillantes. Albarcas blandas, sin la color de la alisa, sencillas, pulcras, de hidalgo. Albarcas tostadas, de mozo roncero. Albarcas recias, de pastor. Albarcas con argolla y remiendos de lata en las hendiduras. Albarcas de mozas, con bordados y tarugo leve y motas, a manera de recosido gentil. Industria y arte peregrino que tiene poesía, que tiene espíritu y colores y brotes negro de ingenio y características maravillosas de la habilidad campesina... ¡Albarcas pulidas de los mozos de Brañaflor, tan pintadas, tan señoras!

Manuel Llano. *Brañaflor*. 1931.





os tímidos rayos del sol, que anuncia un nuevo día, se filtran entre las ranuras de las contraventanas en la vieja casa familiar. Su apacible luz y calor la despiertan con una sonrisa. "Pas" observa fijamente desde un lado de la cama. Ella se incorpora lentamente y le acaricia el lomo. El can, agradecido, le lame sus curtidas manos. Se recoge su larga melena plateada en una trenza, despejando su rostro, que no ha sucumbido al paso del tiempo, donde cada arruga refleja el ir y venir de las estaciones... Es una anciana menuda, de constitución delgada, pero con una gran vitalidad a pesar de su ya avanzada edad. Se dispone, como cada día, a encender el *hogar*. Entorna la puerta de paso para que su fiel compañero salga a desentumecerse. Levanta la mirada hacia el horizonte. La vista es espectacular. El valle de Polaciones se precipita a sus pies. Las montañas de Peña Sagra, Pico Milano, Peña Labra y Tres Mares aún se cubren de un manto níveo. Albergan prados de un verde seductor, ceñidos de hayedos y robledales. Los armónicos cantos de las aves le anuncian que la primavera está cerca... Nota el soplo del viento rozándole la nuca y no puede sentirse más feliz. **Agradece las infinitas sensaciones de bienestar que le producen todos estos elementos que conforman su existencia, considerándose privilegiada...**

Después de desayunar se calza los escaarpines, se pone sus albarcas (cuyos tarugos revelan el uso que han sufrido a lo largo de los años) y se dirige al pequeño taller que posee anexo a la casa. **Al abrir la pesada puerta de roble, una suave esencia de madera virgen la transporta a recuerdos de antaño, escapando un suspiro de lo más hondo de su alma.** Se acerca a la mesa de trabajo donde descansan la legra, la raso-ria, la azuela y el barreno, junto a troncos de abedul y noguera esperando tomar forma. Recoge varios pares de albarcas y un pequeño cuévano, repleto de mermeladas de frutos silvestres, que se coloca a la espalda. Cierra con cuidado el portón. Junto al perro recorre los escasos metros que distan del camino donde su buen amigo Hilario la está esperando. Hoy es día de mercado en Cabezón de la Sal, y gracias a este artesano





rabelista, vecino de Pejanda, que la recoge en su furgoneta cada sábado, podrá vender sus productos. Desde hace ya muchos años, primero acompañando a su padre y ahora en compañía de su fiel camarada "Pas", regenta un pequeño puesto. Se deleita observando a los turistas que vienen en busca de la gastronomía y los paisajes que rodean estas tierras, mezclándose con los lugareños afanados en sus compras...

Su rostro transmite bondad y a la vez ternura... La dulce sonrisa que emana de sus labios cautiva a todos los curiosos que se acercan a su *puestuco*, donde penden sus albarcas artesanas, tan delicadamente confeccionadas, que parecen tener alma propia. **Cada pieza de madera tallada a mano esconde una bonita historia.** Para conocerla habrá que retroceder en el tiempo....

Martina nació una tarde de verano en uno de los pueblos más altos de Cantabria, Los Cotillos. Por aquel entonces, apenas veinte *purriegos* habitaban la aldea, situada a 1.143 m., así que su nacimiento supuso mucha alegría y esperanza para todos los vecinos. De piel blanca como la nieve y grandes ojos negros como la noche, la pequeña irradiaba vida y colmó de felicidad a Manuel y Celia. Manuel era el albarquero de la comarca. Su oficio lo heredó de su padre, éste de su abuelo y así durante varias generaciones, donde los hijos varones solían seguir la tradición familiar. Fabricaba albarcas para las gentes de la zona. Tenía un pequeño puesto ambulante donde los días de feria, en los meses estivales, las vendía junto con algunos útiles de cocina que también confeccionaba con los excedentes de los maderos. Según sus vecinos, era un apasionado de su trabajo y un fabuloso artesano. **Tenía un don especial para tallar la madera. Sus rudas manos acariciaban los vastos troncos, dándoles forma con tal sutileza que cada pieza que engendraba era de una gran belleza...**

Martina aún no había cumplido un año cuando una gripe despojó a su madre de su último aliento de vida. Para Manuel fue un duro revés. Sólo la vitalidad y sonrisa de su hija apaciguaron el inmenso dolor de





su pérdida. Tuvo que asumir criarla solo, compaginando sus labores en el campo, en los meses de verano, con la fabricación de albarcas en la estación otoñal. Aunque quiso procurarle estudios en la capital, Martina decidió quedarse en la aldea, ayudándole con la siembra de patatas, hortalizas, el cuidado de los animales y las tareas cotidianas del hogar. Una vez viajó a Santander, pero el trasiego de la gente, los grandes edificios y las prisas de la ciudad no le gustaron mucho. **En su pueblo se sentía feliz, a pesar de vivir algo aislada y no tener muchas comodidades.**

Una vecina que había sido maestra en el valle años atrás, la enseñó a leer y escribir. De niña, aún no levantaba varios palmos del suelo, ya correteaba por los prados cuajados de lavandas persiguiendo mariposas bajo la atenta mirada de Manuel, que veía en el rostro de Martina la viva imagen de su esposa y eso le reconfortaba. De más *mozuca* la encantaba subir a las montañas aledañas en busca del ganado o recolectar flores y plantas silvestres medicinales que la señora María, la mujer más anciana del poblado, la había enseñado a identificar. También en los meses de julio y agosto se acercaba a los pies de Peña Sagra a recoger de las arandaneras los deliciosos frutos con los que fabricaba la mermelada que vendería en el mercadillo junto a su padre. A mediados de septiembre se unía a varios vecinos y hacían acopio de castañas por los bosques del Saja. De paso, aprovechaban para observar a los venados en plena berrea, donde **los rudos sonidos que escapaban de sus gargantas re-tumbaban por todo el valle.**

En los periodos otoñales, mientras Manuel subía a la braña a por madera de abedul, nogal o haya, que siempre cortaba en cuarto men-guante ya que la savia que va hacia las raíces la hace más resistente, la muchacha se reunía en las *jilas* y ayudaba a las mujeres a hilar y tejer los escarpines con lana de oveja o lino que calzarían después, manteniendo sus pies calientes dentro de las albarcas, al son de los rabeles que tocaban varios hombres de la villa, haciéndolas más grata la jornada.

Cuando su padre regresaba, ambos se recogían en el pequeño taller al calor de la lumbre. Martina se sentaba junto a él y observaba fascina-





da como comenzaba a tallar. Sus aguerridas manos desbastaban con la azuela la madera en verde, con precisión, sin prisa, acariciando los troncos, dándoles forma lentamente. Ayudado del barreno y la legra, ahuecaba el interior, sacando las astillas, que se desperdigaban por el suelo, aprovechándolas posteriormente para avivar las ascuas de la chimenea. Después de horas de duro trabajo los tacos ya habían tomado forma de zuecos. Con la rasoria y una antigua navaja de su abuelo los terminaba de afinar, adornándolos con diferentes dibujos, dándoles un bonito aspecto exterior. Los lijaba y completaba con altos tarugos que aislarían a los pies del barro, la nieve y el agua. La muchacha le ayudaba a cubrir con leche de vaca recién parida algunos pares y los tostaban al fuego, proporcionándoles el color oscuro que calzarían curas y viudas. Otros los recubrían con una fina capa de barniz, para dar un acabado más natural.

Una vez terminados se ponían a secar, de pie y a la sombra, para que ninguna imperfección emergiese de sus cuerpos...

Manuel se pasaba el otoño y parte del invierno confeccionando varias decenas de pares. Llegada la primavera, las albarcas estaban listas para su venta. El sol, que resurgía por encima de Sejos y Alto Campoo, les desperezaba con su tenue luz. Entonces salían bien temprano, caminando con sus pertrechos campo a través. Alcanzaban Pejanda justo a tiempo para tomar el autobús de las seis, que enlazaba con el tren que partía hacia Cabezón de la Sal. Una vez allí montaban el puesto. Pasaban la jornada vendiendo sus productos y recogiendo encargos de nuevas albarcas. La simpatía de la chica contagiaba a todos los que se acercaban al tenderete. Ella les mostraba feliz las piezas que su padre había labrado. ¡Se sentía tan orgullosa de él! **Manuel impregnaba su esencia en cada par, convirtiéndolas en algo único y muy personal...**

Pasaron los años y Martina se fue convirtiendo en una dulce muchacha. Le encantaba ayudar a su padre en la confección de albarcas y lo hacía con tal entusiasmo que Manuel la fue transmitiendo su conocimiento. A pesar de ser una dura labor, ella ponía empeño y en poco tiempo ya se defendía bastante bien. ¡Hacían un buen equipo de albarqueros!





Un día, a finales de primavera, Manuel empezó a no encontrarse bien. Pensó que los años de severo trabajo estaban pasándole factura. A veces se le olvidaban las cosas, otras no recordaba momentos y el cansancio lentamente se fue instalando en su cuerpo. Una lluviosa tarde de enero, cuando estaba a punto de terminar de tallar un zueco, el abismo invadió su mente, quedándose inmóvil y totalmente desorientado. Martina, que estaba dando barniz a unos pares terminados, corrió a su lado y éste, confuso, no logró reconocerla. Ella le abrazó y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Intuyendo que aquello no era bueno, fueron para casa y le acostó. Al día siguiente, Manuel no recordaba nada de la tarde anterior. Martina le convenció para bajar al valle y ver al médico. Semanas después de interminables pruebas la confirmaron el peor pronóstico: su padre sufría Alzheimer. Fue un duro golpe para la joven que, lejos de derrumbarse, se prometió a si misma cuidarle con el mismo amor y dedicación que él la procuró desde niña. Para que no sufriera decidió ocultarle lo que padecía. Y así pasaron los años. Lentamente, **a Manuel la enfermedad le fue devorando los recuerdos, la consciencia... Paulatinamente se fue olvidando de hablar, de moverse. Olvidó quién era, también el oficio que tanto amaba y tanta satisfacción le había proporcionado.** A veces confundía a su hija con Celia. Otras, parecía un niño asustado, incapaz de comportarse racionalmente, pero la chica le calmaba con un beso en la mejilla, con tanta dulzura, que su angustia desaparecía rápidamente al sentir el inmenso afecto que Martina le regalaba cada día. A pesar de lo duro que era verle en esas condiciones, no se rindió nunca y decidió tomar el relevo, comenzando a modelar, temporada tras temporada, las albarcas que su padre ya era incapaz de crear, compaginándolo con su cuidado, ya que Manuel se fue marchitando, perdiendo facultades a una velocidad vertiginosa en la última fase de la enfermedad. Le seguía llevando al taller, incluso cuando ya estaba en un estado casi vegetativo. Le sentaba junto a ella y pasaban las frías vísperas del invierno al calor de la chimenea. **Sus pequeñas manos daban forma a las piezas que labraba con esa maestría que le supo transmitir su padre siendo una niña.** La transfirió el don y habilidad suficientes para seguir creando bellas obras, tan necesarias en estas zonas rurales...





Una plúmbea tarde de octubre, de repente, Manuel, desde su silla de ruedas, eleva la vista hacia su hija y se la queda mirando. Esta vez su mirada no parece vacía. Martina, que estaba preparándose para tallar un tronco, instintivamente, se levanta con rapidez y le acomoda delante del banco de trabajo. Su padre, mecánicamente, agarra la azuela y comienza a tallar con dificultad. Ella le ayuda, afianzando con suavidad sus manos, guiándole en el proceso. Ambos crean las albarcas más bellas y exclusivas. Fue el último regalo de Manuel para su querida hija. En ellas **impregnó un trocito de su corazón para que permaneciese latiendo dentro del alma de esa madera, guiando a Martina en todos y cada uno de sus futuros pasos...**

Ya entrada la noche, extenuado por el esfuerzo, la muchacha le acuesta, arropándole con cariño. Manuel en ese último momento de lucidez, **donde el alzhéimer le ha mantenido prisionero tanto tiempo**, sonríe, la acaricia el rostro y llamándola por su nombre, cierra lentamente los ojos y emprende su viaje en paz...

Martina nunca ha dejado el oficio por el que siente una absoluta pasión. Y así ha continuado todos estos años con la tradición familiar. **Cuando elabora cada albarca se siente un poco más cerca de su padre...**

Pocos días después de morir Manuel, un ladrido quejumbroso la hizo salir afuera, encontrándose a un cachorrillo aterido de frío. Ha formado parte de su vida desde entonces y juntos se acompañan en las duras tardes de invierno o disfrutan en primavera del hermoso manto que visten las praderas cuajadas de flores, recordando con afecto a su progenitor...

Ya sólo habitan ellos en la aldea, pero no es algo que la preocupe. Allí arriba se siente en paz y mientras las fuerzas la acompañen, **seguirá creando albarcas y llevándolas a vender con las mismas ganas, empeño e ilusión que su amado padre, Manuel, el albarquero.**



Quizás la reconozcas entre los diferentes puestos que abarrotan las calles de Cabezón de la Sal los días de feria. Es una anciana menuda, de grandes ojos y buen corazón. La verás al lado de sus bellas albarcas, siempre en compañía de su fiel "Pas", que jamás se separa de ella...

Este es mi pequeño homenaje a todas las mujeres y hombres que nacieron en estas duras tierras, cuyos oficios giraron en torno a sus vidas. Ojalá Martina no sea la última artesana creando piezas únicas. Que estos trabajos tan nobles sigan formando parte de nuestra rica cultura montañesa y jamás queden en el olvido...





Ferreteros de ayer



Marisa Caballero Ruiz





Si usted trabaja sólo por el dinero, nunca lo va a lograr,
pero si amas lo que estás haciendo y siempre pones al
cliente en primer lugar, el éxito será tuyo.

Ray Kroc.



ermín! ¡Qué tienes gente esperando! ¡Baja!

–Ya voy! –dijo el pobre Fermín. Después de haberse levantado a las cinco de la madrugada para colocar el género y limpiar el local, había subido a desayunar su merecido tazón de sopas de pan con leche y bien de azúcar. –Un momento, que ha subido a desayunar –dijo Martina a Esteban, un buen cliente que venía a comprar unas cebillas para amarrar las terneras que acababa de comprar. También era muy madrugador. Ya había dejado arreglado el ganado antes de bajar a hacer los tratos a la Feria de los miércoles en Torrelavega, que era la mejor Feria de Ganado de toda España. –Bueno, contestó éste –no metas prisa al hombre, que si está desayunando a estas horas tendrá el estómago por el suelo. Esteban siguió la conversación con Martina. Como era tradición, los miércoles después de la feria pasaba por la ferretería de su amigo Fermín, y allí, mientras hacía unas comprucas, terminaba de matar la mañana contando como le habían ido los tratos y los ganaderos que habían estado en ella. Así se hacía una tertulia en la tienda, mientras llegaban otros hombres a abastecerse para toda la semana en sus quehaceres del campo. Llevaban cepillos de raíz para el ganado, escobones, almohazas, soga, sin olvidar dalles y rastrillos, Ahora que se avecinaba la primavera se notaba más movimiento en la ferretería porque los ganaderos preparaban sus herramientas para la siega y posterior almacenaje de la hierba para pasar el invierno.

–Ya casi es hora de comer Fermín –dijo Esteban, –vamos a tomar unos blancos donde Nazario; después, yo voy a comer con Jacinto el de Salcedo en la Isla de Cuba, y somos unos cuantos. ¿Por qué no vienes con nosotros? –No puedo ir. Ya sabes que hoy es día de feria y no descansamos al mediodía, pero le digo a mi mujer que se quede un rato y voy a echar la partida con vosotros. ¡Qué uno también es de Dios! –contestó Fermín –Esteban insistió: –¡Anda vamos un poco donde Nazario que esta ronda la pago yo! –pero, ¡qué dices! –exclamó Fermín un poco ofuscado por la insistencia, –¿cuándo he ido yo de bares?, cómo se nota





que llevas buenos cuartos en el bolsillo, ¿habrás vendido alguna vaca? –¡Sí!, hoy hubo buena feria; también he comprado unas becerras muy guapas. ¿Es que tú no te cansas de trabajar y de ahuchar? ¡Anda!, luego te veo a ver si te saco unas perras en la partida –contestó Esteban con buen humor mientras salía de la tienda para reunirse con la cuadrilla.

La mañana había sido muy animada y en el cajón había muchas perras, como le había dicho Esteban, pero todavía quedaba mucho día por delante. Martina había subido a terminar de preparar la comida. El puchero llevaba toda la mañana cociendo a fuego lento en la cocina económica. Martina la había prendido a primera hora con unas astillas y el carbón; se había hecho una buena brasa; a media mañana la atizaba un poco añadiendo unas cuantas piedras más de carbón, La cocina era la habitación principal de la casa, la ropa tendida de pared a pared secaba sobre el fogón en un pispás, su calor hacía el hogar muy acogedor y los mejores pucheros salían en estas cocinas.

Habían comprado un aparato de radio. Era un capricho que se dio Martina porque apenas salía de casa. Ellos tenían más suerte que muchos, no todos podían permitírselo. Tener radio en aquella época era un lujo. Solían escucharla mientras comían para enterarse de las noticias.

La tienda tenía un horario muy amplio. Los domingos por la tarde cerraban y era cuando salían a visitar a algún familiar o vecino. A Martina no le gustaba mucho ir de una casa a otra, pero Fermín se encontraba a gusto yendo, por ejemplo, a casa de Esteban, pues le gustaba ver los animales que tenía en la cuadra.

Después de comer Fermín se dirigió a echar la partida a la Isla de Cuba, una fonda que estaba muy cerca de su tienda y en los días de feria y mercado estaba a rebosar.

En la ferretería había una pared ocupada de lado a lado con una gran estantería dedicada al menaje de cocina, vasija de barro de distintos tamaños, platos, los más modernos de duralex color ámbar y verde,



tan duros que todavía hoy perdura alguna reliquia en nuestras cocinas, cazuelas de porcelana y sartenes de chapa. En otra pared, en una estantería de cristal con puertas correderas, estaban las vajillas de Santa Clara, las cristalerías y las cuberterías que las madres iban comprando para el ajuar desde que las niñas eran bien pequeñas. Esta misma tarde, Martina había hecho una buena venta a su amiga Rosuca. Se había llevado la cristalería y la vajilla de Santa Clara de 64 piezas. Se lo había metido en la cuenta que iba pagando mes a mes. Martina estaba contenta –¡Fermín! –le dijo cuando llegó, –Esta tarde ha venido Rosuca y se ha llevado la vajilla y la cristalería que teníamos en el escaparate, ¿no has visto el hueco?, –pues no me he fijado.–contestó Fermín –venía pensando en Esteban, siempre se está quejando del trabajo que tiene, de que es muy esclavo y muy sucio, de que los hijos no van a querer seguir en ello, porque la leche les pagan muy poco, y no les gusta, pues no tiene días libres. Yo le decía –continuó Fermín –que nuestro trabajo no es malo, pero tampoco tenemos libre apenas ni un día, bueno eso sí, los domingos por la tarde, claro que esto no se puede comparar con atender el ganado. –Ya, dijo Martina –acuérdate que mañana jueves, antes de abrir, viene Pablo el carbonero. Mañana también será un día duro, así que voy a dejar la comida encarrilada esta noche para que cuando vengan los chicos de la escuela no tengan que esperar. Luego, ya bajan a hacer aquí la tarea como todas las tardes.

Al día siguiente, jueves de mercado, la primera persona que entra en la tienda sobre las diez de la mañana es Ramona, una señora que venía de Vargas. Bajaba en autobús todos los días de mercado y traía dos docenas de huevos rojos. Ella criaba las gallinas con maíz y eso le daba un sabor muy bueno. Después de dejar los huevos bajaba andando hasta Llama, allí se celebraba el mercado. Entre otros, había puestos de verduras y productos del campo. Era un día de mucho ajeteo en la ciudad, las tiendas no se cerraban al medio día, algunas mujeres se detenían en la tienda al bajar al mercado y otras al regreso. Muchas de ellas paraban a comprar el menaje de cocina que necesitaban. Una de las asiduas de los





jueves era Mari. –Dame una cazuela de barro grande y, ¡escógeme una buena!, que no se rompa tan pronto como la última que te compré que se ajó a los dos días. Martina, que tenía mucha paciencia, la preguntaba, ¿la untaste con ajo por fuera antes de ponerla al calor o la sacaste muy rápido del horno?, –algo de eso sería –no sé, siempre hago lo que dices, Martina, pero estas cazuelas cada vez salen peores.

Voy a llevar una de porcelana roja para arreglarme y una sartén. ¿Me lo apuntas, aunque no te haya liquidado la cuenta todavía? Este mes lo tengo bastante apurado, tuve que ir al médico y también tuve gastos con el veterinario, una vaca que se puso mala. La dijo un poco azorada Mari, aunque sabía que por parte de Martina no había ningún problema. – Bueno Mari –respondió Martina, –ya sabes que aquí tienes confianza para eso, lleva lo que necesites, ya me lo pagas en cuanto andes mejor...

Martina y Fermín se habían casado hacía ya 15 años, y como muchas familias vivían de este oficio, el negocio lo habían heredado de la familia de él y lo estaban ampliando. Fermín era un buen negociador, ajustaba mucho los precios de compra para poder sacar el máximo beneficio haciéndose de grandes cantidades de género que sabía que no iba a tener problema en vender. En otras ocasiones, compraba muy poca cantidad de los artículos que no tenía muy clara su salida, porque como solía decir: “las ganancias se quedaban por los rincones”. Los dos tenían un trato exquisito con sus clientes, llegándose a considerar casi de la familia, es más, habían sido los padrinos del hijo de Fermín hacía ya cuatro años y no pasaba primavera sin que les invitaran a alguna boda de algún hijo de un cliente.

Los principios del siglo XX eran tiempos muy difíciles. Hubo una época de escasez en la que faltaban muchos productos, hasta comida, por eso después de la guerra algunas personas se dedicaron al estraperlo. Era un comercio ilegal que suplía algunas carencias.

El tendero era, más o menos, el que hacía de algo parecido a un banco. Los clientes solían vivir a costa de ir comprando lo necesario a





plazos, era un contrato de palabra. El tendero les proporcionaba lo esencial y lo apuntaba hasta que le iban pagando poco a poco, unos mensualmente, otros cuando vendían un animal. Así iban viviendo la mayoría de las personas en aquellos años de necesidad.

El tendero ferretero dependía de otros gremios o artesanos para disponer de artículos necesarios, entre ellos estaban el abarquero, el escobero, el ceramista, el cesterero, el herrero... Aún queda algún artesano, el albarquero, gracias al folklore y los trajes regionales. El escobero ha desaparecido, pues se ha sustituido la escoba por un cepillo de fabricación industrial. El herrero se ocupaba de colocar el asta al dalle. Unos de los mejores clientes que podía tener el ferretero era el ganadero mixto, que también ha desaparecido; a parte de un trabajo en una fábrica, tenían una cuadruca pegada a su casa con unas vacas que atendía la mujer la mayoría de las veces. Les aportaba unos ingresos extra para poder llevar una vida más holgada.

Hoy, a este negocio se le llama "pequeño comercio." Este tipo de trabajo era, en su mayoría, familiar. Se trataba de un pequeño local donde casi se desarrollaba la vida de familia y la del vecindario, El horario era muy amplio, había tiendas especializadas y otras que podías encontrar una variedad amplia de productos, incluyendo una pequeña barra de bar, artículos de ultramarino y prendas de hogar... Con la llegada de los grandes centros comerciales y la venta por internet, el pequeño comercio se ha ido especializando cada vez más. Por desgracia, mantener hoy en día un pequeño comercio es una labor difícil y estos negocios que pasaban de padres a hijos en la actualidad van desapareciendo, aunque nos duela, porque son la salsa de la ciudad.





La pescadora



Marisa del Campo Polo





En su libro *La España Negra* el escritor José Gutiérrez Solana decía de ellas:

las mujeres, con las piernas desnudas, abrumadas por el enorme peso de los capachos llenos de plateadas sardinas, por cuyas rendijas iba escurriendo todavía agua y escamas que se las pegaban al pelo; otras iban cargadas con bonitos azulados y con reflejos metálicos, con las agallas todavía chorreando sangre, enormes y panzudos.



escadora guapa y limpia
de la blusa remangada,
la del pañuelo a lo alto
y el delantaluco a rayas,
la que cuidaba a sus hijos,
a su marido y su barca,
curtida a todos los vientos
y, como el mar, tan salada.
La del cesto a la cabeza
que el pescadoregonaba:
¡Ay, qué rico está el bonito!
¡Sardinas como la plata!
-¿Cuántas quieres, buena moza,
que están frescas y baratas?
A ver qué tal mano tienes,
que tú me empiezas la caja.
¡Ay, qué rico está el bonito!





¡Sardinas como la plata!
Marchaba la pescadora,
puerta a puerta, casa a casa.
¡Ay, pescadora pejina,
tan típica y recordada,
que vivía en Puertochico
y su acento delataba!
¡Ay, pescadora de antaño,
Sotileza perediana!
¡Ay, Paulita Polidura,
la que con el Rey charlaba!
¡Ay, pescadora pejina,
tan bonita y tan honrada!
Yo te ofrezco este romance
que evoca tu recia estampa.



Óscar y el molinero maquilero





En esto, descubrieron unas grandes aceñas que en mitad del río estaban, y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando en voz alta dijo a Sancho.

¿Veis allí?, ¿oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido o alguna reina, infanta o princesa malparada para cuyo socorro soy aquí traído. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor? -dijo Sancho -¿No echa de ver que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

-Calla Sancho -dijo Don Quijote -que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas transcurren y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único reflejo de mis esperanzas.

Miguel de Cervantes.





El edificio del molino presentaba un aspecto sólido y acogedor con la presa que lamía la fachada principal, y ahora vertía las aguas que ya no movían los rodetes ni las ruedas que molieron el maíz, el trigo o la cebada; lo habían vaciado de tolvas y de las piedras que trituraron los granos. Tan solo dejaron una tolva y las dos ruedas, la fija y la que giraba movida por el rodete como muestrario y recuerdo.

Ahora el molino maquilero era un frecuentado y prestigioso restaurante con una pequeña porción de tierra a sus pies, una isleta adornada y vestida de frondoso arbolado.

Corría un mes de julio caluroso, y en la tarde propicia al descanso, en esa hora de siesta, sentado a la sombra de un frondoso castaño, que firme se erguía en la diminuta isleta que abrazaba las aguas del río Aguaclara, cristalinas y mansas a la sazón, Óscar repasaba mentalmente la historia de los entornos y principalmente la del molino movido antaño por las aguas, esa vena variable y al tiempo inagotable.

Molino en el que su padre, **Pepe el Molinero**, había pasado parte de su juventud y vida laboral como empleado y responsable del mismo. Óscar rememoraba el sonido y giro de las piedras, convirtiendo el maíz en el tesoro amarillo de la harina, depositada por la fuerza hidráulica en los amplios cajones pulidos y brillantes.

Las piedras de molino, algunas de hasta 400 kilogramos de peso, que para cumplir su cometido necesitaban de continuo ser picadas por las expertas manos de **Pepe el Molinero** con las picas y cinceles, que, a su vez, precisaban el puesto a punto del herrero en su fragua.

El molino que nos ocupa había adquirido fama por su fácil acceso, por su amplitud y en gran parte por el trato de Pepe y la pericia que demostraba para la molienda. Allí acudían labradores de los pueblos colindantes con sus caballerías, asnos y el garañón, que algunos labriegos mimaban por sus dotes de semental y animal de carga y tiro, transportando los sacos del grano para su molienda.





La báscula, que había sustituido a la tercia y el celemín como medida de peso más idónea y práctica, era el instrumento para calcular el pago de la molienda, que por eso se le conocía como...Molino Maquilero.

El desfile de labradores era continuo y heterogéneo, aportando los granos de desiguales partidas. Así, los de grandes cosechas venían con sacos repletos y capacidad de hasta 100 kilos, que después destinaban, entre otros menesteres para engordar el cerdo de la matacía en el crudo invierno.

También empleada para dar de comer a los polluelos y para amasar la torta de borona y cocerla sobre el llar librado de las brasas incandescentes y cubierta por la tapa de hojalata con esas mismas brasas. Otro destino de la olorosa y amarilla harina era cocer las pulientas. Condimento de aquellos tiempos, donde ese alimento resultaba un manjar

La estancia en el molino de los que traían el grano muchas veces duraba el día entero, por ello era costumbre aportar comida de casa que calentaban en la cocina sita en un extremo del local y se degustaba y repartía en un ambiente de camaradería y confianza

Óscar aún tenía grabado en su mente: cuando de niño desde el colegio cercano, regido por las monjas de la Caridad, donde aprendió a leer. Después de la clase tenía cita en el molino para comer con su padre el molinero y la madre que solícita les traía todos los días el frugal condimento que con manos amorosas había sazonado. Allí tuvo ocasión de conocer a los personajes del entorno que se turnaban en las tareas de molienda. Pepe gozaba de la confianza plena del patrón, por lo que había acordado un día determinado del año organizar, como obsequio a los clientes, una especie de fiesta. Consistía, además, de la comida en común, en una sobremesa donde participaban los comensales una vez satisfechos con la pantagruélica pitanza.

El día anterior a la fiesta, **Pepe el Molinero** tenía por costumbre madrugado y cerrar el agua que movía los rodetes. El cauce del río se quedaba sin corrientes, solo con pequeños pozos donde las truchas muscu-





losas y orondas se guarecían. Este era el momento para, armado de un palo, el redeño y un cubo, atraparlas sin grandes dificultades...

Ese día, las truchas, el anisado, el coñac y el orujo corrían por cuenta de la "casa."

Aquí, como dice el adagio: de la panza sale la danza, se cumplía de tal forma que Perico, el del Bosque, recitaba la poesía picaresca con alardes de rapsoda consumado y le seguía Toñín el de Arral con el cuento Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno de Julio Cesar de Ila Costa para sin transición, Paco, el de Tirio, cantante todo terreno, emulando a Carlos Gardel, con tono desgarrado y sentido, acallaba la euforia con el imperecedero tango..." La Cieguita"

*"...de aquel día que en paseo
vi en un banco la cieguita
y a su lado la viejita
que era su guía y amor".*

Repuestos del sino trágico de la "Cieguita", volvía la charanga y alegría culminando con...

*"Que polvo tiene el molino
que polvo la molinera..."*

Esos tiempos ya quedaban lejanos y Óscar los repasaba en el estío aquel y bajo la sombra muelle del castaño con disparidad de sensaciones. El olor a la harina molturada y la presencia y celo del buen padre cubierto con sombrero blanco con restos de harinas y siempre con las herramientas a punto para la buena marcha de los molinos, era otro recuerdo de la niñez que se acentuaban al socaire de aquellos parajes que contemplaban en derredor.

Con el ánimo más despierto y dada la placidez del entorno, se propuso culminar el momento ensayando unos versos que dejaran constancia de cuanto había recordado...





Molino maquilero de la infancia
del palacio de Acevedo buen vecino
y del Convento, otrora estancia
de la monja que inició nuestro destino.
Eras cita y encuentro, buen molino
de las gentes laboriosas de labranza
que partiendo de recóndito destino
te traían las cosechas de esperanza.
El chorro potente y estruendoso
del agua que movía los rodetes
era sangre y fluido poderoso...
¡Espumosa blanca sus ribetes!
Los trigos, las avenas, el maíz
transformabas en harinas olorosas
y el granero cambiaba de cariz
triturado por las muelas poderosas.
Hoy duerme la tolva y su oquedad.
Ha cesado el continuo remolino.
El agua calmada en son de paz
ya no mueve las ruedas de molino.
El viejo molino cambiado, transformado.
hoy depara solaz y buen sosiego...
Lejos el maíz por el asno transportado
para el pan que saciaba al buen labriego.
El estanque se aquieta, se represa,
morada de la trucha y de la anguila,
escapa por el borde de la presa,
ajena al rodete, la tolva y la maquila.
Acaricia a una isla diminuta
una isleta de belleza y hermosura.
¡Encuentro y equilibrio sin disputa!
¡Remanso de la paz y la frescura!
Las aguas que la besan y circundan






*desgranan al paso sus canciones.
Las brisas lo contagian y lo inundan...
¡Sinfonía de sublimes emociones!
El ave acuática ingrávida navega,
rodeada de sus cándidos polluelos...
Aumentando el encanto árbol y Vega
¡Siendo todo un premio de los cielos!
El plátano, el sauce y el aliso
dan sombra y empaque a este molino
El agua y la fronda es todo un friso
¡Un conjunto armónico y divino!
Es oasis este sitio y esta isleta
donde corren las aguas cristalinas
en simbiosis de música completa
que acentúa el volar de golondrinas.
Rebosa de belleza este paraje
que Naturaleza volcada lo acicala
y engalana sin rival, con su ropaje...
¡Es la cima y el súmmum de la escala!*

Óscar cerró la libreta que le había servido para plasmar un periodo de su vida, un recuerdo imposible de olvidar. El Molino Maquillero o de Aceña que con tanto mimo y pericia su padre había tratado y dirigido.

Tiempos aquellos cuando se incrementaron los molinos de agua por todo Cantabria - en el pueblo llegaron a funcionar once molinos durante un tiempo- y su conservación y puesta a punto precisaba de dedicación y competencia, tarea que en muchos casos fue hereditaria.

Oficio de Molinero, cual fue el de su padre, un oficio sencillo, pero no menos meritorio que otros, en aquellos tiempos donde proliferaron los molinos por Cantabria, su contribución al progreso y a las necesidades del momento; y hoy cerrados muchos, otros desaparecidos o reconvertidos en...¡Restaurantes!



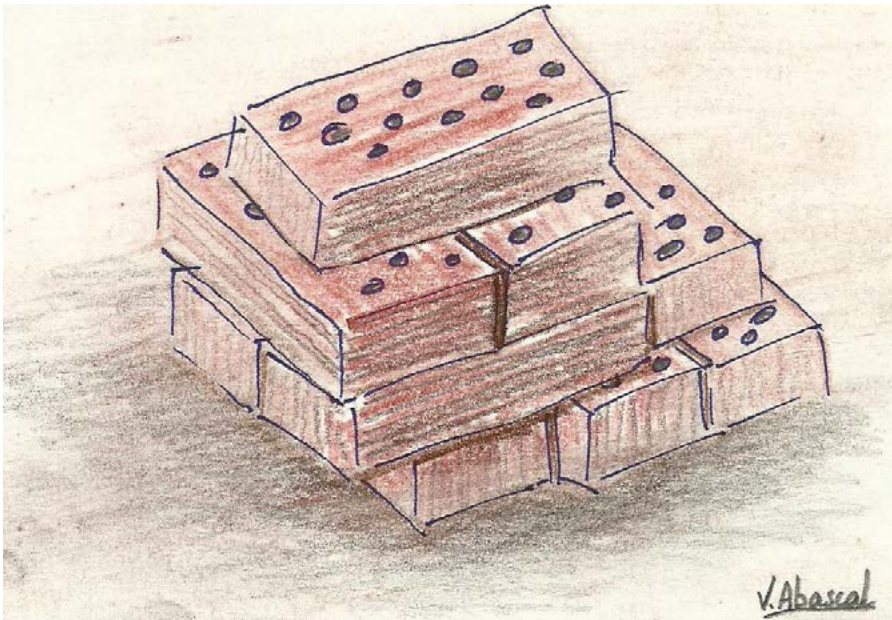


Quizás otro día, gozando de asueto, escribiría un nuevo poema, comparando los tiempos y derroteros actuales con aquellos de niñez... ¡Con aquellos que no olvida y que le retrotraen junto a sus queridos padres!



Asicuntó

Los trabajos de Modesta Camarga





Si hablas a una persona en una lengua que entiende,
las palabras irán a su cabeza. Si le hablas en su propia
lengua, las palabras irán a su corazón.

Nelson Mandela.



sicuntó...” – dijo de repente Modesta Camarga, dejando la palabra suspendida en el aire y quedando ella suspendida entre paréntesis. Regresaba al fuego de la lumbre desde una ensoñación. Sostenía en la mano derecha las tenazas de hierro negro con sus puntas blancas manchadas de ceniza. También el tiempo se quedó suspendido y silencioso.

Cuando en la familia de los Camargos pronuncian la palabra “*asicuntó*”, quien los escucha sabe que está a punto de empezar un relato de presentes mezclados con pasados desaparecidos y tristuras diluidas en las devastaciones que causa el tiempo. solo con el frío discurrir de sus pasos inexorables.

Los que han estudiado el hablar revesáu de los Camargos no se ponen de acuerdo sobre el sentido del *asicuntó*. Para la mayoría se trata solo de una palabra formada de tres: “*así*” + “*con*” + “*todo*” y tendría una función ilativa o copulativa equivalente a la conjunción “*y*”. Alguien ha querido ver en esta palabra concomitancias con el *however* y el *and so on* del habla inglesa e incluso con el *quelle que soit la manière de...*, que usan los franceses.

Sin embargo, más allá de una simple ilación, *asicuntó* transmite también un cierto temblor que se escapa al análisis y es muy difícil de describir. El *asicuntó* familiar de los Camargos preferentemente sirve para anunciar la apertura de un tiempo para la nostalgia y la rememoración “morriñosa”. El *asicuntó* avisa y prologa; llama a la atención y predispone anímicamente a la remembranza; preludia la revelación de dolores ocultos. *Así*cuntó se emite fonéticamente en un tono grave, íntimo y más próximo que el resto de la conversación. La *o* final se elonga tres veces más que las otras tres vocales y, finalmente, se emite oscilando despaciosamente la cabeza arriba y abajo. Nadie osará interrumpir el silencio narrativo, excepto el propio narrador. Cuando lo hace, usa otra expresión lexicalizada que suele elegir entre estas dos: “Me acuerdo yo como si fuera hoy”, o “tengo siempre presente el día que...”





Los camargos no somos de aquí -arrancó su relato Modesta Camarga después del *asicuntó* y del *tengo siempre presente el día que...* Yo aquí llegué andando desde el lado de allá de la Peña. Me trajo el difunto mi padre siendo yo una niña, entre los ocho y los nueve años, más ocho que nueve. Veníamos de un sitio donde la guerra mató a muchos hombres y algunas mujeres, muchos más hombres que mujeres. Una de las matadas fue la madre mía. Así que me quedé sin madre, tan chiquitina, y sin más amparo que mi padre que no sabía por dónde coger ni para dónde tirar. Mozos del tiempo de mi padre no se salvó ninguno, creo, nada más que él. Algunos quedaron vivos, pero estaban en la chandona y eso es igual que si estuvieran muertos. Muchas veces se quedaba mi padre pensando, pensando y pensando y al final soltaba un suspiro: Pues no sé por qué. No sé por qué.

No sé quién le daría razón de mi padre, pero de la noche a la mañana se presentó allá un manco que dijo que era el alcalde de este pueblo, sí, de este pueblo al que nos vinimos a vivir entonces. El manco iba con otros dos señores. Le dijeron a mi padre "pues te estábamos buscando". El mi padre, el pobrín, andaba aquellos días cagado: bringasáu andaba, decía él. "Venimos a por tí", le soltó el Manco y mi padre allí clavado en el suelo, mirándome y temblando sin saber qué. "Tienes que acompañarnos", dijo el alcalde.

El caso es que el Manco enseguida le dijo a mi padre que no tuviera miedo. Que le andaban buscando a él, porque aquí, en este pueblo, la guerra había quemado cinco casas enteras y varios pajares y necesitaban volver a poner en marcha una tejera que no trabajaba desde antes de la guerra. Una tejera muy buena, situada en un buen sitio, con agua bastante, carros y carros de arcilla de la mejor calidad; leña, escobas, carrascos y brezos para parar un tren. El Manco hablaba despacio como queriendo dar confianza. Los otros dos que le acompañaban no abrieron la boca. Y si mi padre, el probe, se portaba bien y no daba qué decir, -dijo el Manco- aquí podría quedarse para siempre él y la su nena. No les faltaría comida ni trabajo.





El mi padre recelaba. Les tenía más miedo que a los lobos desde que pasó lo de mi madre. Pero, la verdad, por otro lado, vio los cielos abiertos. Cuando se fue el Manco con los otros dos, mi padre bajó al chigre con mi tío Genaro, bastante mayor que él. Acordaron llamar a Blas el del Cotero y, ya más tarde, a la madre de Pachín. Pachín entonces era un críu, un rapacín un poco más grande que yo, pero para pinche valía. A la madre no le venía mal quitar una boca de casa. Se ajustaron, se dieron la mano y todo arreglado. Todos agradecidos y contentos. Y a los pocos días, aquí nos vinimos los cinco, con los arreos a cuestras, cargando también con los moldes viejos de madera que ya habían andado rodando por media España y estaban hasta desgastados.

Mira, ¿ves aquel tejáu? Allí hay puesta una tamarga especial, eso sí es verdad. Está ahí desde la primavera del cuarenta y tiene una cosa grabada por abajo. Yo bien sé qué teja es, pero solo lo sé yo. Cuando se caiga ese tejáu -te aseguro que el fallo no va a venir de las tamargas que esas están hechas a conciencia- cuando se caiga por culpa de la madera, o cuando lo tiren para hacer uno nuevo con teja de fábrica, puede que alguno encuentre la tamarga del cuarenta que vos digo, le dé vuelta y vea lo que tiene escrito por abajo: "Modesta xida maniatina de miaire". ¿Y quién lo va a entender entonces? Nadie, porque ya hoy en día, que sepamos el hablar revesáu nuestro, no creo que seamos muchos. En esta provincia solo la familia de los Camargos sabemos la xíriga. Y no todos, porque algunos se marcharon por ese mundo adelante y no han querido volver a saber nada de nosotros, ni de dónde vinimos, ni para qué venimos, ni a dónde vamos. A dónde vamos sí, eso lo sabe cualquiera sin preguntar: vamos al zosquín de la guxara. Como todos. Al huerto de la iglesia. Yo sí, yo sí sé lo que pone la teja de Pachu porque la grabó a escondidas, para que mi padre no se enterara y yo de aquel día me acuerdo de todo. Como si fuera hoy me acuerdo yo.

Lo de los Camargos es por el Manco. Cuando fue el Manco a Posada a buscar al mió pai pa la candelaria, anduvo preguntando: "¿Queda vivo alguno que sepa hacer ladrillos y que no esté mancu como yo?" Le





encaminaron a donde Frasio el tamargo, mi padre. Al Manco le dijeron "el Tamargo", pero él entendió "el Camargo", o igual se dejó llevar por el nombre de un pueblo que hay a este lado. El caso es que con "camargos" nos quedamos. De Frasio Álvarez el Tamargo, mi padre acabó en Frasio Camargo; yo Modesta Camarga, y los míos fíos, aunque tenían que llevar Fernández por el su padre, son camargos también. Así ha pasado con los nietos y los biznietos. Me dice una nietina mía que teníamos que habernos dado más a valer: Somos Álvarez, dice ella, o si no Fernández o si no tamargos, pero no camargos que eso nos lo puso el enemigo. Bah, lo que somos es teyeros qué más da, digo yo. El difunto mi padre el probe no tuvo entonces los urrancios suficientes como para verbeale esto al Manco y yo tampoco. En fin. A mí, la verdad, cosas son que igual me dan.

Eso sí, en la llamacea -bueno, llamacea es teyera, que esa palabra lo mismo no la sabíais-yo sacaba el trabajo palante lo mismo que cualquier paisano. A veces mejor que un paisano y hasta mejor que dos. En la llamacea se machuriaba de sol a sol y yo era la primera que me levantaba y la última que me iba al catre. Me levantaba a las cinco, me daban las nueve de la noche y allí seguía, mira qué manos, mira que ñudos. Lo llaman artrosis y dicen que es por aquellos fríos y por el barro. Y no me entretenía en hacer la comida, ¡ni las camas!, ni en barrer. El pinche se encargaba de eso a veces, otras yo y otras cualquiera de la cuadrilla. Yo lo mismo preparaba mila tamargas que lau mila morondos. ¿Qué diferencia podía haber entre un man y yo? En resultados, ninguna. ¿Ves esos tabiques rojos de la casa de enfrente? Todos esos morondos los hice yo uno por uno. Yo cavé -sola no ¿eh?, que éramos cinco- la arcilla como el primero; yo la separé del gurriu en la gurriera cuando hacía falta separarla y la mezclé con el gurriu si hacía falta mezclarla. Yo la amasaba, yo llenaba cestos y los ponía en la mesa, bien cogolmados, yo rellenaba los moldes uno detrás de otro. Yo les pasaba el ñansu, en esto era la maestra de la tejera, hasta que quedaran bien ñansados y bien finos. Vete a verlos, anda, vete a verlos, que ahí están.





Eso sí, en una cosa me ganaban los hombres de la cuadrilla, pero solo en esa. No sé por qué arte del charrán, los plostinos me ponían mala. Sufrí con ellos como no vi sufrir a nadie más. "Te pasa lo mismo que a tu madre", decía él. Nada más empezaba a calentar la tierra, después de abril y luego ya todo mayo y de ahí palante, el gurriu es como si se reventara, empezaba a echar plostinos y todos iban a por mí. Estaban al lado los otros de la cuadrilla y los cabrones mosquitos ni miraban para ellos. Conmigo era una cosa, que se ponían ciegos, y de noche en la chabola, lo mismo. Dicen que es por la sangre, la puta madre que los parió. No hay cosa que más me ofenda a mí que los plostinos, ni cuando... (*asicuntó...*) ni cuando cayó aquella nevadona, la grande, y me bajó el mió pai para aprovechar un poco los días en la escuela y cuando subí llegué con la cabeza llena de alicáncanos y liendres.

Genaro, Blas el del Coter y Pachín, por san Juan se tenían que volver a casa a estar con la familia y a hacer las labores de allí, pero nosotros dos, como nos habíamos quedado sin madre, sin casa, sin fincas y sin nada, no nos movíamos de aquí. Al final acabé casándome con Mauro Fernández y pasé la vida muy a gusto con él.

Ha subido gente a oírme verbear y preguntar cosas. ¿Puede una mujer ser tejera? Coño, ¿no me ves a mí? ¿Respeto? A mí no tardaron en tenerme respeto. Si ellos eran horneros, yo era hornera, tendedora, maserista, pilera y madre, tócate los urrancios. Y nunca se me cayeron los anillos a mí.

A la escuela fui muy poco. Todo lo que sé me lo enseñó el difunto mi padre. Cuando vino el mi marido de los pinos de Vizcaya dice: "Ahívalahostia. Pero si hasta sabes vasco". Y yo: "Qué va". Y él: "Cómo que no. A ver, cuenta hasta diez". Me pongo yo: "Bat bi iru lau bos sei saspi sorsi bederasi y amar..." Y Mauro: "¿Lo ves? Eso es vasco vasco". "¿Ah, sí? Pues pensaba que solo era la nuestra xíriga. La probe xíriga del mió pai"

Dejó colgada la tenaza con las puntas plateadas de ceniza y cerró los ojos. Tiempo después volvió a abrirlos y nos miró despacio, como si acabara de regresar de otra esfera. "*Asicuntó...*", dijo de nuevo.





La carpintería

Mi agradecimiento a Ramón Ortiz Ruiz por su
colaboración



Pintura sobre madera 96-54

Ramón Conejero García-Quijada





**Le dijo el roble al clavo: entrar entrarás y aquí dejarás
el rabo.**

Refrán popular.




a carpintería no es solo el lugar, el lugar físico o taller donde se elaboran los diversos útiles necesarios para la vida cotidiana (puertas, sillas, mesas y muebles en general), incluso los más variados objetos artísticos y decorativos, a partir de la madera y sus derivados. La carpintería es también un oficio, un arte, tal vez de los más antiguos del mundo. Y es probablemente Cantabria, por sus especiales características, por su riqueza forestal, la diversidad de los árboles que la pueblan y el reconocido espíritu observador y creador de sus habitantes (el cántabro en cuanto mira a un árbol ya observa dentro la cebilla o el cuévano que alberga en su seno, adivina las posibilidades artísticas que duermen dentro de aquel roble), la cuna de la carpintería mundial. Disponemos de argumentos que avalan esta hipótesis.

La primera prueba nos la ofrece un hecho evidente: la altura a la que fueron dibujadas algunas de las pinturas rupestres de nuestras cuevas prehistóricas. Es improbable que nuestros paleolíticos ancestros ejecutaran sus creaciones a coscoletas o subidos sobre los hombros de sus compañeros de cueva. Es más plausible que utilizaran una escalera, una mesa o cualquier objeto que le permitiera trabajar a esa altura. Se ha propuesto que el útil para la fabricación de aquella tosca escalera lo fuera una sierra elaborada a partir de un madero con una serie de microlitos (pedazos de pedernal de bordes cortantes, de 1-5 centímetros) insertados y fijados al trozo de madera. El inicio, la primera piedra de la carpintería moderna ya estaba allí.

El arte de la carpintería se vio sensiblemente mejorado con las desinteresadas aportaciones de las sucesivas migraciones que nos visitaron: en el Mesolítico (8.000 al 4.000, a. de C.) acudieron gentes procedentes de latitudes lejanas, tal vez de Asia, tal vez viejos sustratos indoeuropeos. En la Edad del Bronce arribó una peña de inmigrantes de origen mediterráneo, también sin papeles, a través del Valle del Ebro, coincidiendo con el punto álgido de la expansión de la cultura del Argar, que nos enseñaron muchos de los útiles y herramientas metálicas que seguimos utilizando en la actualidad. Y para completar nuestra instruc-





ción, en la Edad del Hierro nos visitaron, en el año 1.000 a. C., la primera oleada precéltica, en el año 850 a.C., los celtas arcaicos mezclados con gentes de origen germánico, y en el año 600 a. C. la gran oleada procedente de Bélgica, antes de que llegaran los romanos y se pusiera fin al periodo prehistórico.

Los cántabros se han dedicado a multitud de oficios: ganaderos, canteros, cencerreros, herreros, molineros, mineros, incluso pregoneros, amas de cría, hilanderas, heladeros y vendedores de castañas. Y también otros relacionados con la carpintería: serrones, afladores...

La madera, aparte de su utilización como combustible y la fabricación de papel, es sobre todo la materia prima para la fabricación de múltiples instrumentos. Las maderas podemos agruparlas en duras (olivo, teca, encina, cagiga, haya...) y blandas o tiernas (abetos, pinos, castaño, nogal, álamo, avellanos, cerezos...). La madera es un material fuerte, buen aislante, elástico, fácilmente moldeable, con unas características específicas que le prestan la idoneidad de su uso en cada caso: el color, las vetas, la densidad, su peso y su dureza....

A partir de sus restos obtenidos en el aserradero, se obtienen los transformados de la madera: contrachapados, tableros de fibra, listonados, aglomerados... Para su trabajo en el taller se utilizan multitud de herramientas: martillos, serruchos, hachas de dos cortes, brocas, garlopas de madera de encina y garlopines, lijas, gubias, azuelas, cepillos moldeadores de encina, escoplos o formones, taladros,... y otros artillugios recientes como las fresadoras, cepillos eléctricos, tornos, lijadoras, sierras radiales, circulares, caladoras, etc. que permiten ofrecerla en una amplia variedad de formas comerciales, chapas y láminas, tableros, listones y tablones, etc.

Los artesanos de la madera todavía hoy continúan trabajando multitud de útiles relacionados con la agricultura y la ganadería como las presejas y los potros para sujetar al ganado en los pesebres, yugos y yuguetas para uncir las parejas en los carros. Albarcas, almadreñas o





zuecos de madera de abedul, alisa, haya, castaño o nogal. Belortas y Rastrillos de avellano con pinchos de fresno o acacia. Instrumentos para la cocina: escudillas o cucharones, jarras, cucharas, suereros para el queso, mantequeros, jermosos o jarras de madera, zapitas y cuartillas para la leche y el vino. Muebles para el hogar, molduras, escritorios, saleros, viejas arcas y huchas, incluso juguetes. Los carpinteros aún son esenciales en la construcción: en las balconadas de castaño y de teca, y los artesonados de las típicas casonas y palacios que salpican el paisaje cántabro. Especial mención merecen algunos artilugios que se siguen fabricando en nuestra tierra: las Cebillas: horquillas de madera de fresno, con una llave para sujetar el ganado al pesebre y los elegantes Cuévanos con sus brazales de roble que se enganchan a los hombros para su transporte. Cuévanos fabricados con madera de avellano, varas de avellano ablandadas al fuego o con agua caliente, una vez encostilladas y en periodos de buena luna, y con paciencia de siglos. Existen diferentes tipos de cuévano. Desde la Cuévana o Cuevanita para llevar a los niños, el Bombo o Romeralo para llevar la hierba seca, la Cestaña para los quesos. Cestos grandes y profundos de diferentes tamaños y funciones: Jiros para transportar el verde, covanitos para traer la madera del monte, Canastas, Cuvas, Cuenus, Covañas para los burros aparejados... Dos creaciones más: el Palo Pasiego, de unos dos metros y para ejecutar saltos y juegos de fuerza y habilidad, y un sorprendente instrumento musical: el Rabel, habitualmente fabricado con madera de nogal, fresno, haya o cerezo.

Hoy en día, aún se conservan y se trabaja la madera en multitud de talleres de artesanía aquí en Cantabria. Se siguen utilizando los mismos instrumentos primitivos de madera de encina y las técnicas de siempre. Entre otros maestros carpinteros recordaremos aquí a Tanín Núñez de Vega de Villafufre, Pepe de Carcaval (especialista en cuévanos y cebillas), Juan *el Sordo* de Tezanillos, Jandro Pando de Aloños (el herrero), el veterano Gelo de Llerana (aunque nacido en Abionzo) y Ramón Ortiz, también en Vega.







Oficios de ensueño



Juan Carlos Corniero Lera





**Deshollinadores hay muchos aunque no trabajen en
bicicletas negras.**

El deshollinador - La Nación. Albaro Abós.



El aflador



El pito o chiflo anunciador de la llegada del aflador solía estar hecho de madera de buxo y calibrado para que diese determinadas notas de la escala musical.

"La música del aflador"- La voz de Galicia. Carlos Fernández.

*Siempre girando la rueda,
siempre en pleno movimiento,
gira que gira que gira,
con lluvia o con buen tiempo.
Dicen que anuncia tormentas,
sin ser nunca pregonero,
con su pitido tan fuerte,
que se oye desde lejos.
Aflador que ahora vienes,
trashumante mensajero,
dime si tú lo has visto,
por caminos o senderos,
pues es un niño precioso,
tan rubio, guapo y tan bello,
que si alguien le encontrase,
no olvidaría ese encuentro.
Aflador que ahora vienes,
se conmigo muy sincero,
que las noches son muy frías,
y mi niño es muy pequeño.*





El barquillero

El origen de este delicioso y sencillo dulce se remonta a la Edad Media, siendo una evolución del pan ácimo con el que se preparaban las obleas para recibir la eucaristía.

Alfredo Álamo.

*Siempre con su gorro blanco,
en mitad del Sardinero,
de chiquillos rodeado
está de pie el barquillero.
Y girando la ruleta,
con ella va girando el tiempo,
y el tiempo se va pasando
quedando solo el recuerdo.
"De Paris vienen los niños,
de Francia los barquilleros,
de Tudanca las negras vacas,
y los sobaos de mi pueblo",
así se canta la historia,
cuando se convierte en juego,
y saltando con la comba
hay estrellas en el cielo.*



El deshollinador

A su lado había un pequeño deshollinador, negro como el carbón, aunque asimismo de porcelana, tan fino y pulcro como otro cualquiera; lo de deshollinador sólo lo representaba: el fabricante de porcelana lo mismo hubiera podido hacer de él un príncipe, ¡qué más le daba!

"La pastora y el deshollinador". Hans Christian Andersen

*Las antiguas chimeneas,
eran siempre bien cuidadas,
por expertos carboneros,
deshollinadores del alma,
que muy tiznados de negro,
por los tejados andaban,
con los gatos en las tejas,
que alegres todos maullaban,
aguardando a que la noche,
trajera la madrugada
y las grisáceas palomas,
por el cielo ya volaran.*





El ebanista





La soledad es independencia, yo la había deseado y me la había ganado a través de largos años. Era fría, oh sí, pero también era tranquila, maravillosamente tranquila y amplia, como el espacio frío y calmo en el que giran las estrellas.

El lobo estepario. Hermann Hesse.






El fin había conseguido la cantidad de castaño que necesitaba. Era una buena madera. El encargo se lo había hecho la pareja que estuvo en el taller la semana anterior, un hombre y una mujer que ya no eran tan jóvenes como la ropa cara y algo adolescente que llevaban. La ventana de la nave absorbía los últimos rayos de sol que lograrían entrar esa tarde y no quiso desperdiciarlos para atender los golpes con que llamaban a la puerta. Por eso no se movió. Sabía que entrarían de todos modos. Les había visto maniobrar con el coche delante del callejón de la entrada y en seguida se dio cuenta de que eran de esos que se movían como solían hacerlo los que estaban seguros de todo.

El hombre no era bajo, y ni siquiera podía decirse que estuviera gordo, pero transmitía con sus pisadas una sensación de robustez que no escapó a su mirada. Había entrado con el coche en marcha atrás hasta la misma puerta del taller y detenido el motor en el pequeño trecho donde él había escrito "prohibido aparcar". Fue al entrar la mujer cuando el ebanista se dio cuenta de que no era la estatura del hombre, y tampoco era su peso lo que le daba ese aspecto de caminar pegado al suelo. Era la fragilidad con que ella movía sus tacones de aguja por entre las virutas, lo que provocaba este efecto en la figura de su acompañante. El contraste.

– Me encanta el olor de estos sitios –susurró ella.

Una pequeña confidencia hecha en voz baja para su amante, a la que el hombre no prestó atención. Ella aguantó bien la situación, siguió representando su papel delante del ebanista, sonriente. Llevó la vista alrededor y mostró un gesto de admiración exagerado, como si acabaran de entrar en un museo. Sin embargo, no estaba cómoda. Las virutas desperdigadas por el suelo se le enredaban en los pies y le estropeaban la visita y en seguida se le acabó esa versión de sí misma. Era evidente que no le gustaba el contacto frío y algo húmedo de los pequeños recortes de madera sobre la piel. Quizá era la incertidumbre de no saber qué había entre ellas, aire en el mejor de los casos, lo que la contrariaba. El





ebanista pensó que esa mujer estaba acostumbrada a caminar por lugares más asépticos. A relaciones asépticas.


Había caminado hasta él en pequeños saltos sobre los montones de virutas y eso le había hecho recordar a Mónica. Dejaba pasar demasiado tiempo sin barrer el taller. Sin poner en orden sus cosas. Por el amor de Dios, llevas un año entero sin tirar lo que cae al suelo cuando trabajas, le había gritado. La mayor parte del día centraba su atención en lo que necesitaba la talla que tenía entre las manos. En la veta viva y única que debía destapar. A veces, simplemente, dejaba que pasaran las horas tratando de percibir qué formas latían bajo su superficie. Era la esencia de esa madera, que debía ser capaz de entender y de sentir antes de empezar a trabajar, lo único que le importaba.

Lo que quitaba después pertenecía a otra parte, a lugares en los que él no solía pensar. Sólo lo hacía cuando Mónica se lo recordaba. Habían tenido una discusión el día anterior. Había sido más fuerte que otras veces y ella se había marchado. Se levantó y retiró las gubias con las que había estado trabajando para que la pareja pudiera sentarse en uno de los bancos del taller. La mujer le miró mientras se movía, pero siguió de pie. El hombre continuó caminando hasta la parte del fondo donde estaban las tallas.

Fue ella la primera en hablar, acababan de comprar una casa en el campo. Lo hacía con despreocupación, con cierta ligereza. Había sido amor a primera vista. Apenas se bajaron del coche se dieron cuenta de todo lo que podían hacer. En realidad nos gustó su potencial, aclaró el hombre sin dejarla acabar. Sí, claro, contestó ella con rapidez. Molesta. Eso era lo que trataba de explicar, se habían enamorado de los espacios.

– Muy poca gente es consciente de la importancia que tiene saber interpretar los espacios –sentenció el hombre.

Y entonces, durante el siguiente puñado de segundos, se interrumpieron con vehemencia.





Pensaron en lo que podían modificar, dijo ella.

Sustituir, aclaró el hombre.

Arreglar, corrigió ella.

El ebanista descubrió al hombre tocando sus tallas. Tocaba partes íntimas de las tallas que aún no estaban acabadas. Es asombroso, le oyó decir. Ella volvió a hablar como si lo anterior no hubiera tenido lugar. El problema siempre son las ideas preconcebidas, una vez que entran en tu mente resulta difícil decidir qué es lo más adecuado para cada espacio. Los obreros habían echado abajo casi todas las viejas paredes y habían encontrado un pequeño altillo adosado al salón. Era un hueco que había permanecido oculto durante muchos años, quizá cientos, ¿se imagina que después de haber comprado la casa hubiéramos encontrado allí los restos de un cadáver?, dijo y entonces soltó una pequeña risa infantil, aguda. Un cadáver emparedado en la casa, ¿se lo imagina?

Entonces el hombre volvió desde el fondo para hacer que callara.


– Son justamente los espacios los que dan significado al tiempo que pasamos en ellos y no al contrario, como mucha gente erróneamente tiende a creer –dijo.

Hubo una prepotencia en la voz que chirrió demasiado en los oídos. Era el mero desprecio por la conversación intrascendente que ella acababa de tener.

– Saber interpretarlos correctamente es algo, en definitiva, tan importante como nuestras propias vidas.

El ebanista pensó que la voz sonaba en el fondo un poco aflautada y que, quizá, con esa forma retocada de hablar tratara de compensar una cierta carencia varonil. Le habían estropeado lo que quedaba de tarde. Quería que se marcharan, por eso les pidió mucho más de lo que valía. Mucho más de lo que hubiera pedido a cualquiera que hubiera entrado en el taller. Él y Mónica habían discutido sobre dinero el día anterior y





estaba dispuesto a hacer alguna concesión sobre los trabajos que podía aceptar. Él le había gritado que no tenía la culpa de lo que sucedía. No tenía la culpa de que la crisis hubiera dejado a la gente sin dinero para pagar lo que valían sus obras. Simplemente no quería hacer cosas en serie, no había nacido para eso, no creía que fuera ningún delito pensar así.

– Y yo sí, claro, yo he nacido para pasarme el día trabajando para que tú puedas hacer obras de arte que nadie va a comprar, joder!

A la pareja que estaba en su taller no le importaba el precio, sólo querían estar seguros de que él era la persona que estaban buscando. Habían decidido que la mejor utilidad para ese espacio era convertirlo en una pequeña biblioteca y no querían a alguien que les cubriera las paredes con tablas rectas donde apoyar libros sin más. Necesitaban otra cosa. Necesitaban a alguien que entendiera el espacio como un lugar cargado de significados complejos, dijo el hombre.

– No buscamos un simple carpintero –aclaró ella–, los carpinteros no saben hacer curvas –rió otra vez con su risa aguda-. Buscamos a alguien que nos haga una obra de arte que dure para siempre.

Al ebanista la utilidad, lo mismo que las virutas, siempre le había traído sin cuidado. Sólo había algo que, desde niño, había sido capaz de conmoverle más allá de cualquier cosa, más allá del mundo que le rodeaba o de su propia existencia. Y eso siempre había sido la belleza que contemplaba con sus ojos. Con los años entendió que había una sensación aún más profunda y era la que surgía de la belleza que era capaz de crear con sus propias manos. Tenía la certeza de que sólo las cosas bellas tenían alguna posibilidad de perdurar. Era en cierto modo la eternidad lo que buscaba con las horas interminables en las que iba dando forma a la madera.

Sentía que estaba viva, que había algo dentro de cada pieza que debía sacar afuera. Una esencia especial que había nacido con el propio





árbol y que había ido tomando forma a lo largo de cientos, a veces miles, de años. Era esa sensación de estar haciendo algo que valía mucho más que la indiferencia que sentía por sí mismo lo que daba sentido a su vida, era su manera de soportar su insignificancia dentro el mundo que le había tocado vivir. Mónica nunca lo había entendido. Quizá la pintura hubiera sido más sencilla para ellos, jamás le hubiera recriminado que en sus cuadros solo buscara recrear la belleza más pura.

Se conocieron cuando él era un estudiante de Bellas Artes. Entonces a Mónica le había parecido bien su forma indiferente de vestir, su manera de estar siempre como ausente y su pelo descuidado, que ahora nunca parecía tener la longitud adecuada. Había sido amor a primera vista. Quizá ella también vio en ese instante el abanico de posibilidades que él podía darle y pensó en los espacios que debía modificar para que se acomodara a su forma de entender el mundo. Que sustituir. Después vino el contraste a estropearlo todo. Era la seguridad y la efectividad con que Mónica se movía, hablaba y vivía, lo que hacía que su vida pareciera tan caótica.

Había elegido castaño porque era dócil de trabajar, interminable. Una madera que podía durar para siempre.

– La madera es imprevisible –les había dicho–, trabajamos con un material vivo que irá sufriendo transformaciones a lo largo del tiempo. Es importante que lo tengáis en cuenta, no es fácil conseguir algo que dure para siempre.

La mujer le sonrió mientras sentía que el móvil se agitaba dentro de su pequeño bolso. Miró la pantalla y descolgó. Salió del taller. El hombre con voz aflautada se acercó hasta él.

– Yo no creo en las cosas que duran para siempre. Conceptos como fluidez y mutabilidad son imprescindibles para entender el tiempo en que vivimos –dijo y rompió a reír–, ¿te imaginas lo que sería un mundo donde las cosas no cambiasen nunca?





Dejó encima de la mesa un sobre con el adelanto de lo que les había pedido por la biblioteca.

– Lo que quiero es que me den un buen precio cuando venda la casa, hazme algo que consiga eso.

No quería renunciar todavía al calor de Mónica. Por eso estaba dispuesto a hacer alguna concesión. No sabía si volvería al día siguiente. Tal vez no. El amor nunca duraba para siempre, tal vez por eso nunca le prestaba la suficiente atención..





Los artífices de Trasmiera



Arnaiz
196

Luis de Escallada González





La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras
Se alegró cuando nació
y ha de llorar cuando muera.

Canción popular montañesa.



os maestros fundidores de campanas de Siete Villas

Trasmiera es una región autóctona, atrincherada entre la Cordillera Cantábrica y la mar, y enmarcada por las cuencas del Asón al Este, que forma en su desembocadura la bahía de Santoña, y la del Miera al Oeste, que da lugar a la bahía de Santander.

La base administrativa de la Merindad de Trasmiera eran los concejos, uno por cada población, que se agruparon en principio en las cinco históricas Juntas de Cudeyo, Ribamontán, Cesto, Voto y Siete Villas, a las que se unió en 1579 mediante una Carta de Hermandad la Junta de Tres Villas (Argoños, Escalante y Santoña), que luego quedó reducida a la Junta de Dos Villas (Argoños y Escalante).

La Junta de Siete Villas, nacida en la Edad Media, tomaba su nombre de las siete localidades que concurrían juntas al Valle de Meruelo donde celebraban sus ayuntamientos: Ajo, Bareyo, Castillo, Güemes, Isla, Meruelo y Noja, a las que posteriormente se añadieron Arnüero y Soano, quedando así conformada hasta el primer tercio del siglo XIX.

El año 1787, Francisco Javier de Bustamante, en su obra inédita **Entretenimiento de un noble montañés amante de su patria**, escribe:

“La Merindad de Trasmiera es muy antigua y noble, y sus naturales ingeniosos, vivos, industriosos y laboriosos, floreciendo de ella muchos sujetos, Arquitectos, Alarifes, Pintores, Escultores y demás artes, en competencia y con asombro de otras provincias muy cultas, y para donde salen a lucir”.

En la misma época, postrimerías del siglo XVIII, otro autor oculto por las siglas J. M., en su obra **“Estado de las Fábricas, Comercio, Industria y Agricultura en las Montañas de Santander”** dice:





“En las Merindades de Trasmiera, Siete Villas, Cesto, Voto y Parayas, son muy raros los que no se ausentan todos los años por la primavera a Castilla; y quizá son estos los únicos que salen sin perjuicio de la atención a sus casas y familias. Allí se emplean en las diversas profesiones que saben de Arquitectos, Escultores, Pintores, Campaneros, Canteros, Cuberos, y otros ejercicios, hasta el mes de noviembre que se restituyen a su Patria, para hacer la misma peregrinación al año siguiente”.

Por otra parte, ya a mediados del siglo XIX, Pascual Madoz, en su **Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus Posesiones de Ultramar**, menciona la existencia en Arnüero de campaneros, doradores y pintores, y en Isla de campaneros y doradores. De Bareyo refiere que salen sus moradores a construir campanas a varios puntos del Reino, y de Güemes dice que muchos de sus naturales se dedican a la carpintería, oficio que ejercen en otras provincias, y particularmente en la Corte.

Pero, de donde nace, en una región tan apartada de las rutas culturales como era Trasmiera, esa fuerza creativa de sus habitantes, que destacaron tanto en la construcción de edificios como en otras artes suntuarias capaces de decorarlos. Los documentos, abundantes a partir del siglo XVI, nos dan fe de un hecho innegable. En las seis Juntas que componían la Merindad de Trasmiera, una parte de sus habitantes se dedicaban al cultivo y defensa de la tierra, pero otros, en no menor proporción, construían por todo el Reino desde suntuosas catedrales a las más humildes ermitas, desde palacios para los Austrias y Borbones hasta modestas casas de villas y lugares, molinos y acequias, traídas de agua y primorosas fuentes, caminos y puentes, bodegas y lagares.

No sólo diseñaban y construían palacios e iglesias, sino que otros vecinos suyos las cuajaban de retablos y esculturas, sillerías y arcas, que, a su vez, otros doraban y estofaban; y en las magníficas torres que los canteros levantaban, los maestros campaneros hacían sonar la voz de sus campanas, que durante siglos marcaron la vida de los habitantes de las ciudades, villas y lugares donde dejaron la impronta de su saber.





Una vez dominado el arte de labrar la piedra y la madera, la transmisión de estos conocimientos fue muy sencilla; se la transmitían unos a otros, la mayor parte dentro de la misma familia, aunque en ocasiones se recurre a maestros de las distintas artes para enseñar a las nuevas generaciones. De ahí la proliferación de los contratos de aprendizaje que duermen en los archivos.

El aumento de la población a partir del siglo XVI, sobre la base de unos medios muy precarios de subsistencia agrícola, facilitó la creación de un numeroso artesanado (canteros, campaneros, ensambladores, escultores, carpinteros, doradores, etc.).

Hacia finales del siglo XVI, Trasmiera toma el relevo de la cantería de las poblaciones de la cuenca del Asón (Ruesga, Rasines, Ramales, Ampuero, etc.), que hasta entonces habían destacado en su desempeño. Los primeros que recogieron el relevo fueron los maestros de la limítrofe Junta de Voto, que dominaron la cantería hasta 1620-1630, momento en que las Juntas de Ribamontán y Siete Villas se incorporan masivamente a esta actividad.

Bastantes oscuros son los orígenes en Trasmiera del viejo arte de *fundir metales y reducirlos a campana*, como dicen los maestros campaneros en sus contratos. En apreciaciones del autor debe estar relacionado con la existencia en la zona de Siete Villas desde el siglo XIV de varias ferrerías en las que debieron de trabajar famosos fundidores de artillería. De todos es sabido que los antiguos maestros de fundir campanas también eran los que se ocupaban en fundir artillería.

En efecto, en el Valle de Meruelo existe en el Antiguo Régimen un apellido totalmente foráneo en Trasmiera, el apellido Simón, que ha pervivido hasta el siglo XIX, y que dio numerosos artífices, entre ellos destacados fundidores de campanas. Por otro lado en Meruelo está constatada la existencia de ferrerías desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, que aprovechaban para su actividad la madera de los numerosos bosques y el agua de sus ríos, el llamado de la Ferrería, el nombre lo dice todo, que





baja desde Güemes, y el Campiazo, que desciende de Fuente las Varas, en cuyo cauce tenía una herrería el Condestable de Castilla llamada de las Bergazas, y después existió la llamada de las Bárcenas, propiedad del Marqués de Velasco.

A principios del siglo XV existe en Santander una dinastía de forjadores y fundidores de artillería, los Ximones o Simones. El primero documentado es "Simón ferrero, maestro de fazer bombardas", que ya trabajaba en la centuria anterior, el cual fundó el año 1405 la ermita de San Simón en aquella Villa. Tuvo por sus descendientes a Juan Ximón y a Pedro y Alonso Gutiérrez Ximón, también maestros lombarderos, los cuales se desplazaron por encargo del Rey a Noya y Soria en 1430 para fundir estas piezas de artillería. Los Reyes Católicos encargaron al maestro Ximón y a García de Orejón, maestros lombarderos vecinos de Santander "faser e labrar tiros de pólvora e artillería, así grandes como medianos e menudos para embarcar". En 1478 dichos monarcas concedieron a Juan Ximón el lombardero, la alcaldía del castillo de la Villa de Santander y un solar para edificar, en agradecimiento a sus servicios.

Esta trayectoria artesanal le lleva a José Luis Casado Soto a escribir lo siguiente:

Estos artesanos debieron ser muy activos, hasta el punto de alcanzar tal notoriedad por la calidad y eficacia de las piezas salidas de sus manos, que las bombardas más conocidas y populares del siglo XV recibían el nombre genérico de Ximonas, recogiendo el de la dinastía de los forjadores santanderinos.

El autor entiende que uno o varios miembros de este activo linaje de fundidores tuvieron que recalar en el Valle de Meruelo, centro de la actividad de fundición del hierro en Siete Villas, y con ellos debió de llegar el arte de fundir campanas, que luego desarrollaron sus descendientes, y que aprendido por los vecinos de Siete Villas lo desempeñaron por todo el ámbito del Imperio Español. Ya para entonces estaba instalado otro linaje en Meruelo relacionado con las herrerías, el de Vierna, al que llega-





ron desde el Real Valle de Guriezo, según dicen, atraídos por esta actividad de las fundiciones de hierro, cuyos descendientes actuales cuentan veinticuatro generaciones seguidas residiendo en este Valle de Meruelo.

Desde la Junta de Siete Villas el arte de fundir campanas se extendió a finales del siglo XVI, aunque tímidamente, por las Juntas de Cesto, Cudeyo y Ribamontán, para ya en el siglo XVIII volver a sus orígenes y quedar este trabajo en manos de artistas de Siete Villas. La actividad de estos maestros se extendió por toda la Península Ibérica, incluso Portugal, el Sur de Francia y la América hispana.

Esta actividad de fundición de campanas tuvo diversos repuntes de su actividad a través de la Historia, entre ellos destacaremos dos:

Las tropas napoleónicas que invadieron España, a principios del siglo XIX, consideraban las campanas como botín de guerra, por lo que en el transcurso de la Guerra de la Independencia (1808-1814) desaparecieron numerosos ejemplares. Una vez acabada aquella nefasta contienda hubo que reponer las que desaparecieron, lo que hizo florecer muy intensamente el arte de la fundición. Parecida situación se planteó a resultas de la última Guerra Civil (1936-1939), cuando a su finalización brotaron numerosos obradores en Siete Villas.

Es el último arte, de tantos como llevamos relatados, que desempeñan todavía vecinos de Siete Villas, con obradores actualmente en Muriedas, Gajano y Saldaña (Palencia).

Creemos no fantasear afirmando que fue tal el número de artífices trasmeranos que trabajaron durante la Edad Moderna, que reputamos fue uno de los pocos casos conocidos de una concentración semejante en la Europa de aquella época. Abundando en esta afirmación el autor tiene documentados, sólo en la Junta de Siete Villas y en la Villa de Argoños, entre el último tercio del siglo XVI y mediados del siglo XIX, a más de 3.000 artífices, lo que da idea del fenómeno que supuso la existencia de tal foco de artistas en diez Concejos de reducida población.





Personas tesoro



Digna Mercedes Fernández González





El hombre no lleva a la muerte más que aquello que renunció en vida.

Realmente lo que dejamos en la tierra sólo es una cáscara vacía.

Lo que le da valor de tesoro está en nosotros mismos.

Auguste Villiers de L'Isle-Adam.



upe de **Mercedes Perales Villa** a través de las publicaciones y datos que hay sobre ella. Quise verla y acudí a la presentación de su Poemario "Amaneceres", que se celebraba en el Museo Marítimo de Santander. Allí la conocí, pero "por skype".

Se adivinaba ya, por su actitud y modo de comunicarse, que era una mujer valiente, defensora del Patrimonio Marítimo de Cantabria. Me cautivó, y los deseos de conocerla en persona, aumentaron.

Me presentaron a su hijo Txomin, fiel admirador y cómo no, orgulloso de todo el quehacer materno, quien me brindó la oportunidad de ir a casa de su madre, en Castro Urdiales. El momento acordado fue la mañana del 19 de febrero del presente. En esa fecha, se celebraba la VIII Edición del Día de las Letras en Cantabria y este año tuvo lugar en el Castillo-Faro de Santa Ana. Castro Urdiales., donde por la tarde, se hizo entrega de la Estela de Oro de las Letras de Cantabria, al profesor Don Ángel Sánchez de la Torre, a quien tuve también el honor de conocer, junto a su familia en dicho acto y posterior cena.

Acudí a primera hora de la mañana para conocer a Mercedes. Esperaba en el sofá del salón y su eterna sonrisa inundó toda la estancia. Me pidió que la acompañara a su lugar favorito, unos sillones muy coquetos junto a los ventanales que nos "invitaban" a coger un barco y salir a la mar. Estábamos prácticamente encima del agua. Comentó que nada más levantarse, a la hora que fuese, era allí donde se dirigía para ver los barcos cómo salían a fanear, recordando momentos....

Sus chispeantes ojos se iluminaban cada vez que me contaba anécdotas. Seguían transmitiendo ilusión, trabajo, Vida.

Disfruta de sus noventa y seis intensos años. Mercedes es un claro ejemplo de mujer luchadora, valiente, con una visión global que no la hace perder en ningún momento el objetivo o nuevo rumbo a seguir. Emprendedora a imitar.





A los doce años comienza a trabajar. Se casó con Justo Lecue, de San Vicente de la Barquera, que fue patrón y armador. Tuvieron varios barcos: "Mari Tere", "Juan de la Cosa", "Bonita de Perales", "Asunción de María", "Estrella de los Mares" y "Lecue".

Mercedes fue "muchacha", acarreaaba cestos, carbón, combustible...; también adobadora, tiñó mallas de algodón, hasta que el nylon hizo presencia, utilizó los "bolinches", que eran los aparejos de Seseña; también fue acopiadora de la Lonja de Castro, donde la conocían como "La bonita de Perales"...

Pero, sobre todo, fue y es una mujer buena, una mujer solidaria, que desde 2008 es costurera de la ONG "Stella María", cosiendo increíbles vestidos para las niñas del Tercer Mundo, utilizando y adaptando camisas masculinas. En un principio, el salón de su casa se convirtió en "Taller" y allí se reunían las voluntarias para realizar tan generosa y práctica tarea. Aún hoy, la máquina de coser preside con solemnidad y simbolismo esa forma de ser altruista y generosa, necesaria para dedicar el tiempo a los demás. Mercedes se lamenta, y sus "ojillos" lo confirman, porque sus dedos ya no la hacen caso, se doblan y se juntan entre sí, ("se hacen amigos" comentaba) impidiéndola enhebrar las agujas...

Pero "La bonita de Perales" es mucho más, en 2014 recibió el Premio Mujer Atalaya. Participa en las tertulias de la emisora Castro Punto Radio. Obtuvo premio en el IV Congreso de la red Española de Mujeres en el sector pesquero.

Participó en las tertulias que organizaba el Museo Marítimo de Santander, llamadas "La tertulia del muelle" y entre ellas las tituladas "Mujeres en la vela", "Del bocarte a la anchoa", "Mujeres de la mar, testimonios, recuerdos de historias de las protagonistas", "Adobadoras, rederas, neskatillas...", "panchoneras, pescadoras", "Los aparejos del anzuelo. Pesca artesanal".

Esto es el brevísimo resumen de una mujer que "pone en valor" la fuerza femenina.





Como expresarían algunas personas, “empodera” la figura de la mujer.

Yo, simplemente, digo que es una joven de noventa y seis años con una capacidad mental increíble, fiel reflejo de la mujer luchadora, trabajadora, familiar y defensora de los valores culturales.

El conocimiento de su vida, de lo que representa el mundo de la mar en Cantabria, bien merece un libro. Ese es el siguiente proyecto que logra hacer brillar aún más sus ojos. Será un verdadero placer escuchar todas sus experiencias y revivir con ella momentos únicos. Muy pronto más.

Quiero unir este texto con otro oficio que representa también a Cantabria, su música, sus sentires... es el de **Rabelista**, artesano que con sus manos y cinceles es capaz de sacar música de unos trozos de madera. Música seca, sin adornos, directa, con fuerza y sentimientos puros, como somos los cántabros, como es el espíritu de Cantabria (a mi entender).


Ché Salmones, desde los catorce años, trabajó la madera con su padre, siendo artesano del mueble, creando exclusivas piezas de reconocido prestigio y, al tiempo, su alma necesitaba una salida, una expresión que iba más allá de un mueble y así empezó a crear, a construir rabeles, sobre todo después de su jubilación.

Cuando le conocí y vi por primera vez parte de su obra, los rabeles que tiene en su taller, sentí una emoción inexplicable.

“Faltan todos los que tengo en el molino” decía. Estaba asombrada ante tanto arte.

Notaba, entre serrines, la espiritualidad y fuerza de un hombre hecho a sí mismo; poseedor de unas cualidades innatas para trabajar la madera, tanto con el saúco, como el cedro, cerezo, pino ciprés, abeto e incluso eucalipto.





Al decirme: “nunca estoy conforme, siempre busco cómo mejorar el sonido”, refleja ese espíritu insatisfecho que debe tener, creo yo, todo artista para progresar y seguir creciendo.

Eso es Ché Salmones, un creador del sonido puro.

Sus rabeles de 2, 3 e incluso 4 cuerdas están por toda España y uno de ellos es mimado por **Felipe Ruiz Varona**, tocando coplas creadas por él mismo, como las que hizo para dos presentaciones de mi poemario “Claraboya a mi interior”, tituladas “A Merche” y “Poemario de Merche”, donde las cantó y tocó, obteniendo una gran ovación del público asistente y mi agradecimiento eterno, pues fue una gratísima sorpresa para mí. Todo un regalo. Un lujo.

Como escribí en otra ocasión: “La música de Felipe es brisa y sus palabras son verdad”.

El rabel no es sólo un instrumento de cuerda frotada similar al violín, sino que es algo más porque forma parte de nuestro Patrimonio Cultural.

Como dijo Fernando Gomarín: “El rabel descende del fidel, cuyo origen es oriental”.

Podría, aquí, hablar del rabel y sus partes, del clavijero, el mástil, las cuerdas..., pero prefiero que ustedes, todos vosotros, investiguen sobre ello, que escuchéis su música, las coplas y os adentréis, poco a poco, en las raíces de Cantabria.

También me tomaría la licencia de citar los quehaceres de la Escuela de Rabel en Cabezón de la Sal, de la Asociación Eulalio Ferrer, del Certamen de Rabel que todos los años se realiza en Cabezón, de L’Asoma, Asociación Cultural de Rabelistas, fundada por Fernando Rabanal, pero quiero invitaros a que os informéis, a que os dejéis seducir por el sonido de lo auténtico, de lo autóctono, de nuestra cultura musical.

Me gustaría que fueseis a Sopena, a Cabuérniga, donde Manuel Llano, prosista y narrador montañés del Valle de Cabuérniga, transmitió





los sentimientos de tristeza y melancolía que tiene su poesía , la vida rural, la autenticidad cántabra en sus obras como “Retablo infantil” , “Rabel”(1934) o “Brañaflor” entre otros.

Por suerte, siguen existiendo “valientes” que desean conservar el patrimonio autóctono, unos con sus manos artesanas, como las de Ché Salmones, y otros con su voz pura, auténtica como la de **Chema Puente**, cuya presencia regia y clara, acompañada de su voz, siempre comprometida y fiel a sus valores y principios, representan el espíritu y la fuerza cántabra. Sin duda es un honor tenerle entre nosotros.

Mercedes Perales, aunque su apellido sugiera tierra, campo y el de Ché Salmones (agua, peces...) sus corazones están protegidos por una caja de rabel sonoro, sus almas atadas con unos cabos especiales guiados por el timón de la solidaridad.

Siguiendo con “el Guiño”: Chema nos ofrece un “puente” conciliador. Felipe Ruiz, genuino.

Todos son fuertes, enérgicos, pero con una capacidad infinita de darse a los demás. Son parte de nuestro Patrimonio

Como muy bien nos dijo Eva Ranea, Directora General de Cultura del Gobierno de Cantabria, en la presentación del Poemario “Amaneceres” de Mercedes Perales, en el Museo Marítimo de Santander: “la Unesco denomina **personas tesoro** a este tipo de personas, creativas, valientes, divulgadores de nuestro Patrimonio Cultural “y por eso, creo que tenemos que cuidarles a ellos, a los que trabajan por y para la conservación de las tradiciones de Cantabria.

Pienso que, entre todos, debemos potenciar y ayudar no sólo a su conservación, sino a la divulgación y conocimiento, como así nos brinda la oportunidad, por ejemplo, este libro sobre “los oficios de Cantabria”.





Oficios de mi tierra





Se perdieron los oficios de ollero y talabartero, sarruján y carretero; no había drogas, sí otros vicios. Y en claves de identidad se decía sus labores, y de mendigos mayores, pobres de solemnidad.

Otra vez. Pedro Crespo de Lara.



regonero. Veinte años llevaba Sabino haciendo sonar aquella delicia de instrumento que para él sonaba a gloria bendita. No era solo el silbato corto y retorcido que procedía, sin duda, de lo que se sirven las vacas para escuchar lo que oyen. A su pregón siempre lo acompañaba la gratitud de los vecinos que le recompensaban la llegada de las noticias con obsequios. Quiso que coincidiera su jubilación con el nacimiento de su primer nieto para anunciar a todo el pueblo sus dos importantes efemérides, sus dos grandes noticias. Y elregonero, con su silbato corto y retorcido, realizó varias estampidas que sonaban a celebración, a felicidad.

Campanero. Después de haber estado cinco años esperando que viniera la campana de la parroquia, había conseguido, por fin, que aquella necesidad se convirtiera en una realidad. Y gracias a las aportaciones de los vecinos del pueblo.


Era una simple situación de cuatrocientos participantes que se repartían en aquella laguna de inconvenientes. El campanero tenía asignado utilizar, cuando recibía el encargo, lo que llamaban el Sinsabores, un campanuco con tan pobre sonido que no alcanzaba ni al suelo. Por descontento que al pueblo tampoco llegaba por su lejanía.

Hablemos de su llegada. Una campana con un peso de cien quilos. Y allí estaba el campanero, esperando. Cumpliendo con lo mandado: no separarse de su campana durante el montaje. La bajaron de la grúa y al verla, el campanero y el Sinsabores se quedaron perplejos. Aquella campana bien pulida, grabada con su nombre.

Tres días se emplearon en su colocación. Hubo una gran celebración. El alcalde, el campanero y todos los vecinos daban la bienvenida a la tan deseada y necesaria campana.

Afilador. Es la historia de Pedro. Ocupaba un alto cargo en una importante empresa. Todos los días, al finalizar la jornada laboral, regresaba a su gran mansión para disfrutar de un descanso bien merecido. Vivía





con su mujer y sus dos hijos. Pero saboreaba la soledad que le permitía su familia. No coincidían sus horarios de ocio. No coincidía ni con su buen jardinero.

Le gustaba disfrutar al aire libre y de esa manera se relajaba de su arduo trabajo. En uno de sus paseos por el jardín, se dirigió a la caseta del jardinero, y al no verle, ya había acabado la tarea del día, se atrevió a "invadir" su espacio. Estaba todo muy bien ordenado y con las herramientas necesarias. Presidiendo la caseta se encontraba la carretilla. Le reconfortó ese cuadro visual.


Al día siguiente, y continuando con la rutina diaria, y al no encontrar a nadie en casa, volvió a encaminarse hacia la caseta del jardinero. La visita del día anterior le había producido mucho bienestar.

La carretilla relucía, el jardinero la cuidaba con un esmero prodigioso. Cada día parecía recién estrenada. Y Pedro se animó a cogerla y se dirigió a la parte del jardín donde se reunían todas las flores. Era la primera vez que se atrevía a tal cosa: Pedro tirando de carretilla y agachado recogiendo los pétalos de rosa caídos en el suelo.

Y volvió a "la caseta de la felicidad", así la sentía él. Y se fue familiarizando con las herramientas que allí subsistían. En un rincón descubrió algo que no acertaba a nombrar. Al día siguiente se apresuró a llegar antes de que se marchara el jardinero. Necesitaba saber el nombre de aquel artilugio. El descubrimiento le retrotrajo a su niñez. Recordaba cuando oía al afilador y veía a su madre presurosa con los cuchillos en la mano para que volvieran a ser "hacendosos".

Desde aquel momento su vida cambió. Todas las tardes se acercaba a la caseta y se iba derecho a aquella arcaica máquina que le dadas a la rueda y esa maniobra hecha con precisión te permitía afilar y poner en un buen rendimiento las herramientas

Se inició con la guadaña y acabó afilando todas las necesidades de los vecinos.





Hasta media tarde era un ejecutivo y el resto del día, un buen afilador.

De esta forma había conseguido equilibrar su vida. Una parte de ella sumergida en una opción más del intelecto y la otra la consideraba su bálsamo, su medicina.


Herrero. Era una mina de poca envergadura, no pasaban de cincuenta trabajadores. El herrero y su ayudante, casi diariamente, llevaban a la práctica el hacer revisiones a los caballos. Muchas veces tenían en la cuadra tres o cuatro averiados y eran ellos los que los curaban. El veterinario venía de cuando en cuando o les llamaba por teléfono. El más significativo trabajo que hacían era el de cambiar las herraduras. En la misma cuadra tenían instalado los aparatos que necesitaban; lo principal era dejarlos sostenidos por la barriga para ir clavando y ajustando la herradura.

El herrero y su ayudante todas las mañanas, a primera hora, llevaban, a la puerta de entrada a la mina, los ocho o diez ejemplares que escogían. Cada minero se responsabilizaba de un caballo. Caminaban por la galería hasta llegar a la segunda o tercera planta para extraer el carbón.

Los mineros estaban bien preparados y llegaban a la mina con toda clase de seguridad, dispuestos al trabajo duro que les esperaba. Con el pico rasgaban el carbón; se iban descolgando por la rampa y allí permanecían sujetos esperando los vagones para retornarlos a la superficie acompañados del porta carbón y de la mula o el caballo. Seguidamente se utilizaba el hacha para sostener con madera el carbón que allí quedaba aplastado.

Carretero. Estaban construyendo una escuela. El carretero echaba el día recorriendo el espacio desde los montones de piedra, que traían los camiones, hasta los lugares que el albañil les decía que lo depositaran, pero el conductor tenía el inconveniente que, después de que se ausentaran los otros dos trabajadores, aquel camión no disponía de nada





para poder girarlo, y el camionero tenía que, con una pala, ir arrastrando por encima del apoyo del suelo, cosa que le hacía sufrir mucho todos los días.

Por aquellos alrededores se reunían varios chavales, que ya habían dejado la escuela, para sus juegos y entretenimientos. El camionero se había fijado en ellos y, viendo que disponían de mucho tiempo libre, les pidió ayuda y, a cambio, recibirían una pequeña recompensa monetaria. Se acabaron sus sufrimientos, los chavales harían el trabajo encomendado; una de las tareas consistiría en facilitarle el giro de sus penurias.

Por aquellas fechas, nos cuenta el carretero, ya estaba desapareciendo el carretillo de madera, y estaba siendo sustituido por otro de chapa de hierro.

Lavandera. Juana la lavandera, así la conocían en su pueblo. La vida siempre la tuvo complicada. Se quedó huérfana de madre muy chiquitita, y cuando parecía que la vida con su padre estaba organizada, volvió a quedarse, ahora, en la más absoluta de las soledades. Estuvo en un orfanato hasta su mayoría de edad. Regresó a su pueblo, a la casa familiar. Los vecinos, compasivos, la ayudaban para que pudiera subsistir. Llegó el verano. Comenzaron a abrirse las ventanas de las casas solariegas de los señores que vivían en la capital. Y se acercó a una de ellas a pedir trabajo, con tan buena suerte que necesitaban una lavandera para llevar la ropa a lavar al río. Juana se sentía plenamente feliz. Todos los días iba a la casa a recoger la ropa y en un cesto se la llevaba al río. Después de darla varias jabonadas la aclaraba, bien aclarada hasta que no quedaba ni una “pompa de jabón” en ella. La devolvía a la casa y se ocupaba de colgarla para su secado. Entraba en la casa y se dirigía a la zona de la plancha. Se había convertido en una planchadora muy buena, tenía fama de primorosa; decían que Juana mimaba la ropa.

Molinero. Se presentaba un niño de diez años con una bolsa de maíz en el hombro pidiendo al molinero que le diera vez para tritularlo. Venía a mediodía, después de la escuela y nada más llegar, allí estaba Serafín,





siempre muy servicial para cogerle la bolsa y pesarla para darle el precio que le correspondía. Poco entendería el niño, pero desde luego no dejaría de decírselo a su madre cuando llegara.

El molinero no tardó en colocar el maíz en su báscula y darle el resultado del peso al párvulo que le estaba mirando muy interesado. El resultado se vino a cinco quilos y medio, y prosiguió a decirle que no podría venir a recogerlo hasta el día siguiente, pero que tendría que ser después de salir de la escuela por la tarde.


El niño lo aceptó, pero, como siempre hacía, se retuvo un buen rato con Serafín para ver el tinglado que se revolvía allí con tantos ruidos. Aquellas dos ruedas de piedra girando una sobre otra, como llorando, y sobre ellas cayendo el maíz dispuesto a que lo machaquen y tan cerca la harina, no muy blanca, pero sabrosa, empleada para cocerla y tomarla antes de acostarse, y algunos con leche de vaca.

El niño de diez años atendió la ayuda del molinero para ponérselo en el hombro sujeto con sus manos, y le decía que se frenara porque corría demasiado.

Al día siguiente su madre le tuvo en guardia para que no se olvidara. Ya lo tenía él preparado con un compañero para que lo acompañara. Siempre lo hacían de la misma forma: se cambiaban la harina del hombro, y sobre todo por el verano, al que le tocaba descanso aprovechaba para tomarse un refrigerio y hacer el camino más contento.

Barquillero. Desde hace muchos años los barquillos asomaban en las fiestas en manos del barquillero. Se colocaba en un buen sitio para que los niños tempraneros olfatearan de cerca la mercancía. Los padres les habían adelantado una o dos perronas que les servirían para el primer ataque. La mayoría no disponían siquiera de un deseado bolsillo, solo algunos llegarían a tener cuatro o cinco perronas que aprovecharían para el barquillo y para montarse en los caballitos. Cuando las perronas hubieran sucumbido, jugarían en el prado y el regreso a su casa lo harían





corriendo. No irían contentos si supieran que su fiesta solo la disfrutarían una vez al año.

El barquillero atendía muy bien a los niños y a los mayores. Nunca le faltaron barquillos, siempre había más existencias que bocas. Cuando descansaba la música, se acercaban a comprar un barquillo para recuperar fuerzas y continuar el baile.





El campanero de Isla



Alfonso García Aranzábal





Alejandro de Gargollo, natural de Arnuero, fundió la campana grande de Toledo. Dice la leyenda que cuando sonó por primera vez, del susto ‘malparieron’ todas las damas que estaban embarazadas en la ciudad.

Y lo dice un canto popular:

Si te casas en Ramales,
te llamarán ramaliega.

Si te casas en Sietevillas,
te llamarán campanera.

M^a del Carmen González Echegaray..



uanito atraviesa la portalada de entrada al monasterio de Arnue-
ro rodeado de marismas, al pie de un frondoso monte. Acude,
desde su taller de Isla, a la llamada del abad por un problema
que tiene con una de las campanas de la abadía.

—No suena igual que siempre —le explica el clérigo—. Quiero que
la examines porque temo que se haya rajado y si fuera así habría que
sustituirla y nadie mejor que tú para hacerlo.

—Va a ser difícil, reverendo, pues tengo varios trabajos encargados
desde hace tiempo y en verano marchó fuera. Os podría recomendar
algún discípulo de confianza, buen conocedor del oficio.

—No admitiré a nadie más que a ti. Tienes un gran prestigio como
maestro campanero y si en verdad hay que poner otra quiero un bronce
como corresponde a este monasterio, de gran calidad y duración. Ten-
drás que subir a la torre para revisarla.

—¿Esta campana se colocó cuando se construyó la abadía?

—Sí. Fue Paulino, el maestro cantero de Arnue-ro, quien edificó el
monasterio rodeándose de los mejores profesionales, carpinteros, eba-
nistas, canteros, fundidores...

—Paulino era mi bisabuelo. En realidad era maestro mayor arquitec-
to. Yo soy hijo de María, nieto de Asunción, la curandera de Arnue-ro,
hija a su vez de Paulino conocido como el cantero del Molino de Mareas
porque su padre era el molinero. Y mi padre es Juan, de Isla, maestro
campanero.

—¿La curandera de Arnue-ro? ¡Asunción era la bruja de Arnue-ro!

—Sobre eso entraríamos en discusión. Asunción fue una buena cris-
tiana toda su vida —le contesta Juanito, molesto por su afirmación.

—Sé quién eres —corta el abad, dándose cuenta de que puede que-
dar mal y perder a su campanero—. En tu familia siempre ha habido
buenos profesionales, por eso te he llamado.





—Miraré la campana en la torre, hablaré con el campanero que la hace tañer y buscaré una solución. Si está rajada o tiene algún defecto de fundición, que es lo más probable, no habrá más remedio que hacer otra.

—Me han dicho que cambiando el badajo de bronce por otro de hierro... —propone el religioso preocupado por el coste de la reparación.

—¿Queréis una solución definitiva?

—Sí.

—Pues no se hable más.

Después de la inspección de la campana deciden sustituirla por otra y Juanito empieza a planificar los trabajos necesarios.

Prepara una estructura de madera para poder descolgar la campana, unos andamios y una rampa, unas poleas en la torre y abajo un carro tirado por bueyes donde colocar el bronce una vez bajado. Separada del yugo que la sostiene y sustentada por maromas mediante poleas, dos hombres intentan balancearla para poder dejarla en el vacío mientras los demás aguantan tirando, desde el suelo, de las cuerdas que la amarran. Un empujoncito muy lento la irá sacando hacia fuera por el arco de medio punto que hace de ventana. Casi está fuera. Solo falta el último empujón. Ordena calma y hacer la labor muy, muy despacio. Todo está dispuesto. Por fin sale al vacío y bruscamente las maromas se tensan con todo el peso del bronce quemando las manos de los ayudantes y arrastrándolos sin piedad. La campana cae rompiendo a su paso el andamio y reventando la rampa y la carreta, produciendo graves heridas a los animales que debían transportarla.

El susto es enorme y da lugar a rumores y murmuraciones. La superstición anida en muchos de los habitantes de estos lugares que ven en este desgraciado accidente un mal presagio, causado por la mano negra de la bruja de Arnüero desde el más allá. El maestro campanero se encuentra con que nadie quiere trabajar en este proyecto y solo están dispuestos sus colaboradores habituales, a pesar de que muchos





de ellos también tienen miedo. En su taller, en Isla, trabajan numerosas personas, pues no solo se hacen campanas sino que también se fabrican almireces, braseros, tapas de azófar para los calentadores de cama, lamparitas, pies de candeleros, palmatorias, chocolateras, calderas de cobre para hacer aguardiente...

Mientras, el monje observa expectante y asombrado la multitud que se cierne sobre el monasterio, pues si bien la gente tiene miedo eso no es óbice para que sean numerosas las personas que se arremolinan a diario para ver las maniobras que se realizan en los trabajos de reposición de la campana. El abad no sabe muy bien si tanta gente traerá buenas o malas noticias.

Juanito, cuando trabaja en lugares alejados, acalda un taller al pie de los campanarios con un foso para el moldeo y fundición, un horno y una tejavana para evitar la lluvia. Ahora no merece la pena teniendo su casa tan próxima. A pesar del percance continúa su trabajo como si no pasara nada. Rompen el muro que rodea la abadía, pues por la portalada de entrada es imposible sacar la campana y la transportan hasta Isla donde la pesan en la romana para calcular el metal que pueden aprovechar y comienzan la fundición de la nueva.

Las dimensiones dependen del espacio habilitado en la torre del monasterio y el sonido varía en función del espesor, diámetro y mezcla de los metales, siendo el maestro campanero el encargado de afinarla.

Juanito hace dos moldes de madera con la silueta del perfil de la campana, uno interno y otro externo. Los cubre de arcilla fina, arena, paja y estiércol de caballo y los seca con un buen fuego colocándolos en el foso boca abajo. Lo rellena con arena muy compacta y vierte la colada de metales fundidos, cobre y estaño, previamente preparada en un horno, no sin antes acordarse de la anilla del badajo y las asas y finalmente hacer las inscripciones y decoraciones deseadas. Luego lo deja enfriar lentamente durante un par de días, rompe la capa de los moldes y vuelca la campana para liberarla.





Una vez hecha tienen que volver a construir la rampa que ha quedado destrozada.

Y finalmente llega el día del traslado desde el taller al monasterio. La campana tiene un diámetro de 1,35 metros y pesa unos 1.400 kilos. Habilitan una carreta arrastrada por bueyes y se dirigen hasta las marismas de Arnüero, que no distan mucho más de cuatro kilómetros, pero se emplea todo un día en llegar. Allí se deja todo preparado, dentro del recinto del monasterio, hasta el día siguiente.

Y al amanecer, Juanito y sus colaboradores se encuentran con que nadie, de todos los vecinos a los que han pedido ayuda, se presenta. La campana es muy pesada y necesitan la fuerza de muchos hombres para poder subirla tirando de las maromas enganchadas en las poleas de la torre. Si nadie ayuda es imposible izarla.

El clérigo se enfurece ante la importante contrariedad y amenaza a los parroquianos con arder en el infierno si no cooperan, lo que en vez de arreglar el problema contribuye a empeorarlo.

Juanito le aconseja que haga lo contrario, que prometa bulas e indulgencias, incluso algún beneficio a los arrendatarios del monasterio. No le parece mala idea y a regañadientes concede indulgencias a todos los que ayuden, pero se resiste a los beneficios económicos. Los vecinos comienzan a aparecer tímidamente. El abad se ve obligado finalmente a ofrecer unas ganancias, pero ni aun así logra vencer la resistencia de los aldeanos. Juanito propone llevar a su progenitora, la hija de la curandera de Arnüero, cuando se bendiga la campana. El religioso pone mala cara con la propuesta, pero no le queda más remedio que aceptarla. Ahora Juanito tiene que convencer a su madre, que cuando era muy pequeña fue prendida junto a su madre por el anterior abad acusándolas del delito de brujería. El monje garantiza un trato exquisito y la oportunidad de recibir las indulgencias prometidas.





—¿Qué indulgencia necesito yo, que siempre me he comportado como una buena cristiana? ¡Y tu abuela, que siempre ayudó a los demás!

—se queja la madre de Juanito.

—Madre, necesito vuestra ayuda. Si acudís, vos y el abad, los vecinos dejarán de tener miedo.

—Iré con una condición. Yo no necesito perdón ninguno, pero me gustaría que se restituyera el honor de mi madre.

Consultado el clérigo de las condiciones, vuelve a montar en cólera.

—En ese caso, reverendo, no veo manera de subir la campana y por tanto me veré obligado a dar por terminado mi compromiso con vos y os pasaré el coste de mi trabajo.


—¡De ninguna manera! El trabajo no se acabará hasta que la campana esté en la torre.

—Pues vos diréis qué hacemos.

—Dile a tu madre que venga. Pronunciaremos unas palabras recordando a tu abuela, la curandera, como buena hija de Dios y luego bendeciré la campana. Daremos bulas por escrito con beneficios económicos y subiremos la puñetera campana.

Y así fue. Una mañana muy temprano se llenó el monasterio de vecinos curiosos que no podían creer lo que se había anunciado. Allí llegó María, la hija de la curandera, una mujer peculiar y enigmática. Altiva y resuelta se dirigió decidida hacia el religioso quien la recibió correctamente, según lo acordado. Repartidas bendiciones, indulgencias y beneficios y proclamadas bellas palabras sobre Asunción, todos los vecinos se pusieron a tirar de las maromas enganchadas a las asas de la campana y a las poleas de la torre, ayudando a los bueyes. Así, lentamente, y con algún susto a mitad del camino, llegó la campana a su destino, fue introducida por la ventana y atada al yugo que la sustenta y al poco comenzó a tañer con el tañido más bello que se había oído en kilómetros a la redonda.



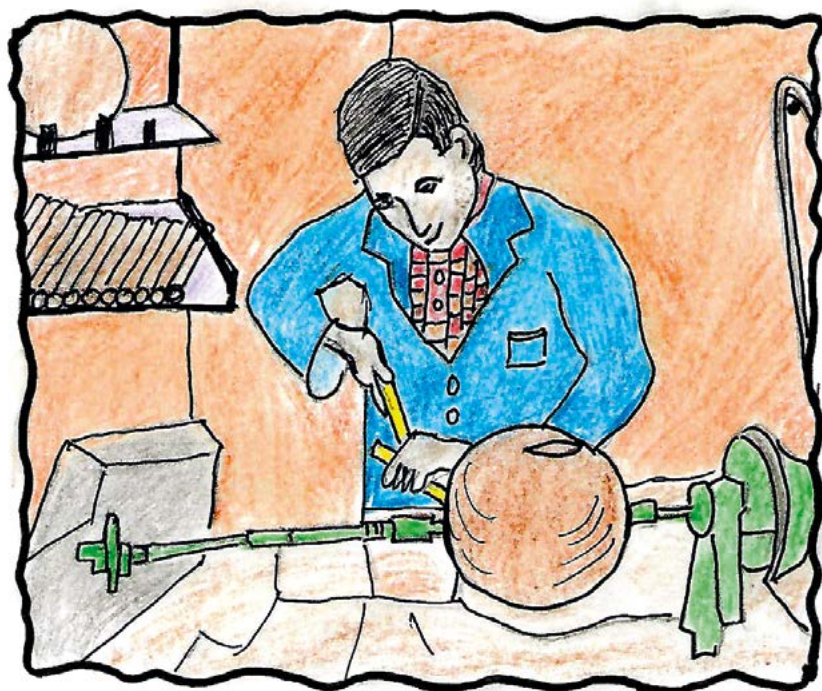


En nuestra tierra, sobre todo en la Trasmiera, muchísimos vecinos se dedicaban a este trabajo, en el que eran maestros campaneros, y vemos que todos los años, el día de San Blas, se despedían en una fiesta en Bareyo, después de disfrutar unas merecidas vacaciones veraniegas, como nos cuenta Sojo y Lomba, para repartirse por toda la Península, buscando en el honrado trabajo el bienestar de sus familias y proporcionando a éstas al mismo tiempo la honra artística extendida a toda la Trasmiera, rubricada con los caprichosos dibujos que en el bronce estampaban.

M^a del Carmen González Echegaray.



Raíces con tradición cántabra en Ampuero: Los torneros del pasabolo



García 19

Jesús García Pérez





Con dieciséis años inicié el oficio de tornero de la madera, en un principio, usando el torno de pedal.

Entre las muchas anécdotas vividas, quiero entresacar la de un farmacéutico de Arcenales (Vizcaya) que estaba en el ejército, en Madrid, que me escribió diciendo: Manuel, no te puedes poner enfermo porque nos quedaríamos sin bolos. Y es que, enviaba material bolístico por muchos lugares de España, incluso a México, donde el juego del pasabolo llegó de la mano de los indios.

Manuel Secunza Llamosas.



abemos que toda Cantabria Oriental es foco del ancestral juego del pasabolo – tablón, especialmente los pueblos que se encuentran entre las cuencas de los ríos Asón y Agüera.

Hablar de Ampuero, mi pueblo, y no estar al juego del pasabolo – tablón, es como hablar de un jardín sin flores. La misma comparación podemos emplear entre el pasabolo y la familia Secunza, torneros de la madera, artesanos especializados en el utillaje del pasabolo.

Esta saga de artesanos se inicia con Generoso, continúa con su hijo y acaba con el nieto, Manuel Secunza Llamosas. Manuel nació en el barrio de La Bárcena, en el lugar de “El Muradón”, en el año 1926. Hijo de Juan y Carmen y nieto de Generoso Secunza, el pionero de esta especialidad de bolos que se inicia en Ampuero en el año 1885. Prueba de lo que escribo la tenemos en el manuscrito de Juan Secunza, que su hijo Manuel guardaba como oro en paño. En 1967, año que mi gran pasión (oficialmente deporte) me llevó a alzarme con el subcampeonato de Cantabria, en la categoría juvenil, en uno de los muchos ratos que pasaba en su taller, escuchando amenas historias y curiosidades del pasabolo, Manuel me dejó, con exquisita amabilidad, el manuscrito referido. Transcribo la parte más importante:

“Aquí vino el pasabolo en el año 1880, pero se jugaba con nueve bolos y se birlaba como la palma, y mi padre lo rebajó a tres bolos en el año 1885, y viendo que gustaba, en seguida lo hicieron en Laredo, Rasines, Ramales, Carranza y demás”.

La primera bolera, Generoso Secunza, la construyó en el barrio de la Bárcena, muy cerca de su domicilio y de la casa torre de los Espina, donde actualmente está ubicada la casa de Áureo Carral. Hasta 1909 tuvo su bolera en este lugar. En 1910, se quedó en subasta con la bolera de la Nogalera para pasar luego el testigo a su hijo Juan y finalmente recibirlo el último de la saga, el nieto Manuel, que con dieciséis años inicia el oficio de tornero, en un principio, con torno de pedal. Con vocación, arte y profesionalidad se convierte en un magnífico artista. Qué perfección la





suya, torneando bolos y bolas de pasabolo y palma, balaustres, piezas de muebles y peonzas; las trompas que nos hacían felices en nuestra infancia.

Entre sus muchas anécdotas, quiero entresacar aquella que me contó de un farmacéutico de Arcentales (Vizcaya) que estaba en el ejército, en Madrid, cuando le escribió diciendo:

“Manuel, no te puedes poner enfermo porque nos quedaríamos sin bolos”.

Y es que enviaba material bolístico a muchos rincones de España, incluso a Iberoamérica, donde el juego de pasabolo llegó de la mano de los indios.

En este deporte se ponen a contribución la energía y la flexibilidad física del tirador. Imaginemos un carril de madera de 20 centímetros de anchura y 8,50 metros de longitud. La madera usada suele ser de roble o haya. En dicho tablón, por eso se denomina pasabolo – tablón, para diferenciarlo de otra modalidad conocida como pasabolo – losa; el de tablón, por estar más extendido y para abreviar se conoce simplemente como pasabolo, bien separados entre sí, se colocan tres bolos que han de salir disparados en línea recta al recibir el impacto de la bola; una bola del tamaño de una sandía que lanza el jugador con ímpetu extraordinario por el carril (tablón). La figura del jugador, en el momento de disparar la bola, es tan plástica, tan rítmica y al mismo tiempo tan musculosa que bien podríamos compararla con el clásico Discóbolo de Mirón.

La mole de madera se desliza rápidamente por el tablón, que ha sido mojado previamente para hacerlo más resbaladizo, y al tropezar en los bolos, estos salen con fuerza. Luego, según en qué raya caigan, irán sumando las jugadas.

La zona de rayas tiene marcadas siete rayas, distando cinco metros entre ellas. La primera se encuentra a doce metros del tablón; la puntuación se incrementa de diez en diez puntos o bolos. La primera vale





diez, la segunda veinte; así hasta la séptima que vale setenta. Si los tres bolos llegan a la última, la bolada suma doscientos diez. Los bolos derribados que no llegan a la primera raya tienen el valor de un punto o bolo.

Los bolos, de forma cilíndrica, tienen treinta y cinco centímetros de alto, con un diámetro de tres centímetros y un peso aproximado de doscientos gramos. La madera que se emplea para su fabricación es la de encina.


Las bolas, de forma esférica, macizas, con un diámetro que oscila entre veintidós y veinticinco centímetros, y con un peso entre cuatro y siete kilos. Tiene un agujero para meter el dedo pulgar y una hendidura (la llave en jerga del pasabolo) para el resto de los dedos a modo de agarradera. La madera más usada para las bolas es la de acerón, también se emplea haya, nogal y manzano.

Los torneros del pasabolo, en sus tres generaciones, usaron el torno de pedal, hasta que Manuel Secunza introdujo el eléctrico. A través de un siglo largo, la saga de los Secunza fue única en este oficio tradicional. Usaron el torno, el lápiz, los útiles de medición, la imprescindible gubia, el formón; también el berbiquí, la escofina, la lija y demás herramientas para la obtención de excelentes bolas, bolos y tablones que, con su talento y manos de grandes artistas hicieron historia. También trabajaron la madera para hacer muebles. Un hermano de Manuel (Leandro) fue un excelente ebanista; otro (Luis) un consumado zapatero remendón y una hermana una buena artesana de las alpargatas. El oficio de alpargateros estuvo muy extendido en Ampuero al final del siglo XIX y principios del XX.

Muchos fueron los torneros de la madera que se dedicaron a este oficio tradicional, pero los que marcaron la pauta en la especialización de torneros del pasabolo fueron los Secunza de Ampuero.

A Manuel Secunza, en el año 2009, la Asociación ADALA le distinguió con el "Adalino de Plata", por sus valores humanos y profesionales. Recibió el caluroso y emotivo homenaje de las gentes de Ampuero y





alrededores, que tuve el honor de presentar en un abarrotado salón de actos en la Casa de Cultura de Ampuero.

Manuel fue una persona auténtica, afable, con ética profesional, constante en sus objetivos, didáctico con los jóvenes que nos iniciábamos en el pasabolo. Un buen vecino, ampuerense de pro y, sobre todo, un excelente esposo, padre y abuelo. En mayo de 2012 se nos fue de viaje al recuerdo. Su esposa, Sari; sus hijas Eva y Ana Luisa; hijos político José M^a y Ángel, junto a sus nietos Iván (actual portero titular del Racing), David y Pablo, pueden estar orgullosos de la piña familiar que formó.

Que el romance que te dediqué cuando recibiste el Adalino de Plata, titulado "A Manuel Secunza" perpetúe tu memoria:

*Hoy te quiero dedicar
unas estrofas sinceras
de tu pasado Manuel,
de tu vida en la bolera.
A ti, Manuel artesano,
eslabón de una cadena
de la familia Secunza
del pasabolo pionera.
Con Generoso, tu abuelo,
se inicia esta cadena;
tu padre, Juan, seguiría
y tú, el tercer mecenas.
Has dedicado tu vida,
jartesano de maderal
a fabricar bolos, bolas
y mimar la Nogalera.
¿Y las trompas que hacías?
para jugar a las perras,
para jugar a las chapas,*

las dejabas tan perfectas...
Eras único artesano
en España toda entera
y enviabas tus trabajos
más allá de la frontera.
Responsable y con aplomo,
mantuviste tu bolera,
la más galana y bonita,
del pasabolo pionera.
¿Y las partidas de bolos?
llegada la primavera,
y tú, desde la cantina,
sacando aquella cerveza.
Tan espumosa "Cruz Blanca",
que sacabas en bandeja,
refrescaba las gargantas
y pagaba el que perdiera.
En mil novecientos nueve,
tu abuelo y la Nogalera
inician esta aventura:
"un siglo en la bolera".
A ti, ilustre ampuerense,
¡artesano de primera!
a ti, honrado Manuel
estas estrofas sinceras.





Lolín, el ruiseñor de Liébana



María del Mar Gómez Guerra





Cuanto más vacía la carreta, mayor es el ruido que hace.

La carreta vacía. Cuento anónimo.



El cielo era de color violeta intenso. Una aureola rojiza se transformó lentamente en rosácea hasta convertirse en un resplandor dorado y brillante, anunciando el nacimiento de un nuevo día

En aquel mismo instante, el llanto de Lolín rompió el inmaculado silencio de la alborada. Vino al mundo en una fría mañana de marzo sobre una antigua cama de madera de caoba con la ayuda de María, la partera, en el dormitorio de sus padres, Fructuoso y Aurelia.


Lolín era el séptimo de sus hijos, Era un niño menudo, de ojos grandes, expresivos y dulce sonrisa. Desde que comenzó a pronunciar las primeras palabras tuvo dificultad para expresarse. A medida que crecía el problema, lejos de desaparecer, se agravó. Tenía limitación para comunicarse con fluidez. Las frases se interrumpían de forma involuntaria, lo que le producía tensión muscular en la cara y en el cuello y mucha vergüenza. Sentía miedo de que los demás niños se burlasen de él. La tartamudez influyó en que fuese un niño más bien tímido, aunque siempre sonreía cuando alguien se dirigía a él.

A Lolín le gustaba escuchar a su madre cantar mientras hacía las tareas de la casa. Cuando nadie le veía él también canturreaba. Sorprendido, observó que, cuando ponía música al vocabulario, podía emitir frases sin alargar las palabras. Poco a poco su carácter cambió, volviéndose más extrovertido. Cantaba cada vez con más frecuencia, respondiendo, incluso de ese modo, cuando alguien le preguntaba.

Su ternura y bondad hizo que Lolín se ganase el cariño de todo el pueblo. Solidario y generoso tenía ese algo especial que solo tienen los limpios de corazón.

Su padre era el carretero del pueblo. A Lolín le gustaba trabajar la madera. Aprendió desde niño a construir carretas junto a su padre y dos de sus hermanos. Con un mazo y un cincel construían estas herramientas de transporte que duraban más de cien años y pasarían de generación en generación.





Eran muchas las personas que venían de pueblos lejanos a encargarnos los carros para transportar las mercancías.

Los vecinos del Valle de Liébana recorrían grandes distancias. Muchos de ellos se desplazaban hasta la mesa castellana a comerciar, llevando en sus carros, arrastrado por bueyes, patatas, manzanas, aceite, orujo, carbón o sacas de lana. Atravesaban cientos de pueblos comunicando poblaciones y comarcas. Solían ir en grupos. La gente los oía llegar desde larga distancia por el ruido que salía de las ruedas de sus carros.

Lolín construyó una carreta para uso propio. Le puso de nombre "suerte". Ayudaba a transportar a las personas que tenían problemas para desplazarse. Cuando su padre murió, él, junto a dos de sus hermanos, siguió construyendo carros.


Sus hermanos se casaron y se fueron a vivir a otros pueblos, donde se dedicaban a la ganadería o la labranza. Lolín se quedó con el negocio familiar. Vivía junto a su madre, enferma, en la casa donde naciera.

Sus privilegiadas manos le permitían hacer carretas diferentes, pero dotadas de vida propia. Lolín siempre decía que al estar construidas con la madera de los árboles, cada carro poseía alma.

Cuando su madre falleció, Lolín se quedó solo, pero siempre contó con el apoyo y cariño de sus vecinos.

Los años pasaron y Lolín se convirtió en un hombre viejo. A pesar de la vejez conservaba alma de niño. Siempre decía que si volvía a nacer quería ser un ruiseñor para volar en libertad y alegrar con sus trinos el corazón de la gente.

En los anocheceres cálidos le gustaba tumbarse en su carro y mirar las estrellas. Una noche de agosto se recostó, como de costumbre, para observar la grandeza del universo. Disfrutaba escuchando el canto de los grillos o el croar de las ranas. Lolín tenía espíritu de poeta. Entonó una





bella canción, bajito, para no perturbar el mágico silencio de la noche. Suspiró hondo, sonrió y se durmió.

A la mañana siguiente le encontraron en su carro, en posición fetal y con una sonrisa en los labios. Familiares, amigos, vecinos y clientes de diversos pueblos, consternados, custodiaron el cadáver hasta la iglesia. Sobre la carreta "suerte" el ataúd con el cuerpo de Lolín, cubierto de flores, iba camino de la iglesia tirado por dos bueyes. El chirrido de sus ruedas se asemejaba al llanto de dolor y despedida. Después del funeral de cuerpo presente, a las cinco en punto, familiares y amigos le cargaron a hombros hasta el cementerio. Guardaron silencio mientras el enterrador cubría el féretro con la tierra. Sobre la lápida rezaba: *Hasta siempre Lolín, el ruiseñor de Liébana.*

Cuando terminó el sepelio los asistentes a las honras fúnebres salieron del campo santo con el corazón encogido. Perplejos, observaron como la carreta permanecía bajo la sombra de un Tejo frente al cementerio. Un ruiseñor, posado sobre ella, cantaba sin parar. Los bueyes habían desaparecido. Nadie supo nunca quien los soltó. Los vecinos intentaron llevar la carreta al taller de Lolín para evitar que el sol la resquebrajase y la lluvia pudriese la madera, pero todo esfuerzo resultó inútil. Desde entonces la carreta permanece inmóvil en el mismo lugar de antaño. Cada veinticinco de agosto, a las cinco en punto, un ruiseñor se posa sobre la carreta y canta sin descanso hasta el ocaso.





Científicos con arte



Juan Andrés Gómez Ruiz





La ciencia es el pedestal de la verdad, el arte el de la
belleza.

Nicolás Salmerón.




icen que el arte es el bello espejo de la ciencia, la sabiduría y el conocimiento. Dicen que, tras las manos creadoras, existe una mente privilegiada capaz de comprender ciertos conceptos que no están al alcance de todos. Dicen que, tras la mente del artista, se encuentran saberes más allá del simple concepto artístico. Un pintor que se considere como tal, sabe de perspectivas, escalas, ángulos, luces, tonos, arquitectura, anatomía; sabe de cielos, tormentas, nubes o montañas; sabe del color intangible de lo emocional y la psicología que hay tras esas emociones, estas son expresadas en rostros, gestos, miradas y silencios, porque eso precisamente es la obra de un pintor, una imagen silenciosa donde el espectador pone la banda sonora cuando lo observa. Sin embargo, a pesar de todos esos conocimientos, a nadie se le ocurre pensar que el pintor es un científico. Pocos son los que relacionarán al gran Michelangelo Buonarroti – Miguel Ángel - con las matemáticas, la arquitectura o los conocimientos anatómico-forenses.

Cuando Julio II mandó la decoración de la Capilla Sixtina, situada en la Basílica del Vaticano, Miguel Ángel se tuvo que enfrentar a un edificio 40,9 metros de largo y 13,4 metros de ancho para crear su fastuosa obra. A tal tamaño espacio, se sumaba la división del mismo en tres niveles donde se situaban seis ventanas altas y arqueadas en cada lado, más dos en cada extremo y, por encima de todo ello, una bóveda de cañón situada a 20,9 metros de altura. Allí, durante 6 largos años, Miguel Ángel creó lo sublime.

A día de hoy el asombro de su obra deja sin palabras a los visitantes, quienes se preguntan ¿cómo lo hizo? Presumo que se hacen esa pregunta porque de aquel elevado artista solo permanece, en la mente del profano, el Miguel Ángel pintor y no el Miguel Ángel científico. En ese mismo proyecto participaron otros científicos artistas como Periguino, Ghirlandaio, Botticelli y Cosimo Rosselli. Todos ellos reconocidos creadores que disponían de un arma secreta más allá de su sensibilidad artística, y estos eran los conocimientos científicos que sustentaban su arte. Puede que, a estas alturas querido lector o lectora, se pregunte






¿qué tiene que ver Miguel Ángel, la Capilla Sixtina y la ciencia con los oficios tradicionales en Cantabria? He de responder que tiene todo que ver, absolutamente todo.

Antes de segar, es necesario picar el dalle, esto consiste en golpear con el martillo todo el perfil de la hoja, y para ello deberá ser apoyado en un yunque y así `machacar` todas las irregularidades que se hacen en el filo al golpear con las piedras al segar, esta acción sin duda requiere de una gran ciencia, desde tener nociones sobre las propiedades de los metales, hasta donde poder ejercer fuerza y presión sobre el mismo si ha sido dañado. Hace falta discernir qué tipo de herramienta utilizar en ese proceso y como utilizarla, siempre con gran precisión. Cada golpe sobre la hoja del dalle requiere la mente de una persona que, quizá sin pretenderlo, tiene unos conocimientos científicos sobre ciertos asuntos que no disponen aquellos que, quizá, desde la lejanía, observan las labores del campo de una persona a la que la ciencia ortodoxa posiblemente rechazaría como científico. Pero, sin embargo, nuestro querido labrador si lo es, es un científico, no de los libros, no de las aulas o de una larga carrera universitaria, es científico en su campo, demostrándolo en cada milimétrico golpe sobre la hoja de su dalle.

Si el trabajo es llevado correctamente se deberá `pasar la piedra` de manera meticulosa, casi delicada, sobre el filo para conseguir un corte preciso y rápido. Pero su labor no termina ahí. Nuestro labrador comienza la siega sabiendo que debe hacerlo en el momento justo. Sin sus conocimientos sobre botánica no sabría que debe cortar la hierba no demasiado cerca del suelo, porque si no las raíces se acortan y necesitaría más agua y abono para que esta volviera a salir de nuevo con vigor. Sin sus conocimientos en la rama medio ambiental, no sabría en que momento realizar la labor o que época sería la más adecuada para la siega. Sin sus conocimientos sobre procesos químicos, no sabría las ventajas del almacenamiento de esa hierba en los conocidos `rollos` de silo, donde esta se fermenta y se descompone, siendo un gran alimento para el ganado.






¿Cuántas veces siendo niños – y no tanto – habremos visto el sutil arte de picar el dalle y el laborioso trabajo de la siega? pero ¿cuántos de los que lo han visto y lo recuerdan, han apreciado el conocimiento científico que implícitamente está asociado a esta labor? Pensemos en ello.

Por desgracia, las artes y oficios tradicionales se van perdiendo, fundamentalmente por el amplio desarrollo tecnológico, la falta de demanda de ciertos productos artesanales y el abandono de las nuevas generaciones, quienes buscan su profesión en otro tipo de trabajos. Pero también existe otra razón, que, por ser políticamente incorrecta, se omite en este círculo de razones. No son pocos los que rechazan los oficios artesanos tradicionales por estar muchos de ellos asociados al entorno rural. Un entorno rural que, de manera abominable, algunos han asociado a la falta de estudios y conocimientos de sus gentes. Para ciertas personas, aquellos que se ganan la vida – cada vez menos – creando albarcas, yugos, yuguetas, cebillas, presejas, jarras, cucharas, remos, piezas de cantería o metálicas. Aquellos que eran o son albarqueros, maestros remolares, canteros, cuevaneros o alfareros entre otros muchos, fueron o son vistos como gentes sin estudios con oficios más propios del campo que de la moderna ciudad.

En la actualidad, el mundo de las nuevas tecnologías nos ha traído otros gurús, nuevos mesías de cartón piedra, nuevos maestros de mercadillo con pies de barro a los que seguir. Son muchos los jóvenes en Cantabria que conocen a personajes como “El Rubius”, supuesto referente juvenil de Youtube, cuyo logro es grabar sus comentarios mientras juega a la consola, o conseguir el mayor record de réplicas de un mensaje en la red social Twitter, con la palabra “limonada”, y muy pocos - no me atrevo a decir ninguno - conocen a Hilario, uno de los últimos albarqueros de Cantabria, con el que echar una tarde, es aprender de la vida y reconocer los saberes científicos tras su oficio, como los que presume tener sobre materiales, herramientas, pesos o medidas. Tanto “El Rubius”, como Hilario el Albarquero tienen videos en internet; el primero, por aparecer haciendo la peineta a su gato con una mano de plástico,

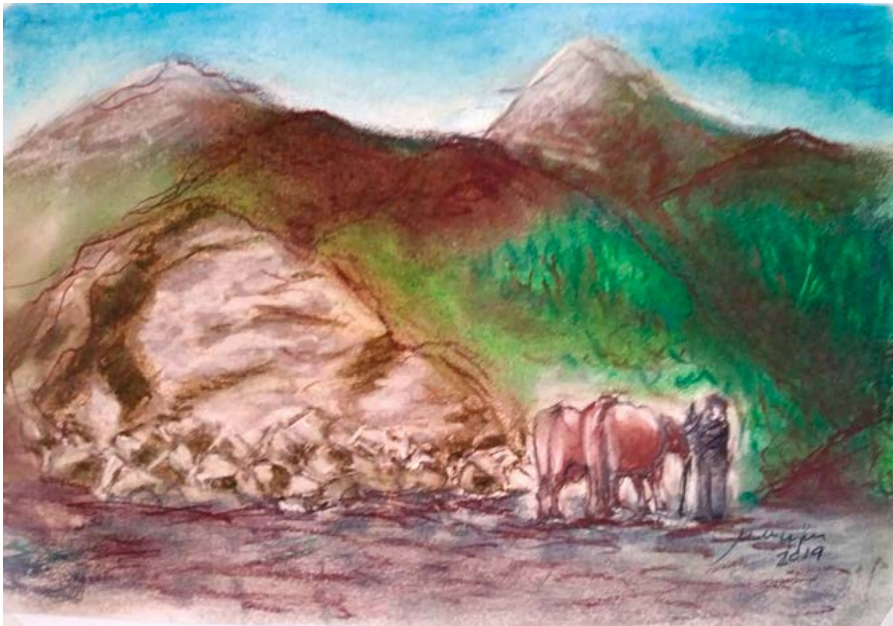




tiene casi nueve millones de visionados y más de cien mil comentarios. El segundo, nuestro Hilario, por demostrar lo que de verdad se puede hacer con las manos, apenas cinco mil visionados y siete comentarios. Sé que es ley de vida, pero, cuando se pierdan los oficios tradicionales, se perderá muchos de esos científicos que obraron como artistas y creadores. Tan solo nos quedará “El Rubius” y otros tantos, con sus millones de acólitos ¿sabrán ellos hacer albarcas?



Carreteros de Buelna



Área con Arte

179

Francisco Javier González Malagón

Francisco Javier González Malagón





Muchos de ellos no eran transportistas profesionales,
eran simples vecinos unos de otros, pero que poseían una
pareja o yunta para el trasiego ocasional de materiales.

Memoria y presente de los canteros en Cantabria.

Ángel San José Mediavilla.



manece en Buelna.
Los primeros rayos del alba
se posan sobre las lomas del Tejas,
iluminando el horizonte.
Duerme aún el valle.
Abajo en la callada llanura
cerrados los portones y ventanas.
Tan sólo alguna chimenea,
por entre humos rasgados
cuenta antiguas leyendas.
El ganado encerrado
en la penumbra de la cuadra,
nervioso en el restringido espacio,
espera la luz para empezar
el trabajo del día.

Chus se refresca medio dormido
en el agua del río
recogida en balde de latón usado.
Sin ruido apenas,
que los demás duermen
abre las contraventanas.
Sólo la noche camina en los fogones,
aunque ya humea el tazón de leche
junto al pan de ayer,
con mantequilla de natas
hecha en casa.
El brillo del día que nacía
hizo parpadear a Chus varias veces.
La jornada sería calurosa,
había que llevar la boina
algo de agua y el botellín de vino.





*El zurrón guardaba mimoso y recio
la frugal comida que la madre,
había preparado por la noche.*

*En las canteras del Dobra
las piedras, que el frío
había cubierto de rocío,
parecen de plata.
Caminaban con lentitud los bueyes,
uncidos por el yugo,
unidos con la lanza a la carreta
por manos expertas y dispuestas,
no exentas de amor sentido.
Compañeros del alma y del trabajo
los bueyes, la carreta, el carretero
y el camino andado y conocido.
Sin tropiezos en los baches,
ni caídas en las zanjas
que esconde la maleza en las orillas.
Se ha cargado tanta piedra
en el carro que han traído,
que hasta los enormes bueyes
parece que lo han sentido.
Más al silbido del amo
y al beso conocido de la ijada
que tanto los ha querido,
parece que son más altos,
más fuertes, más aguerridos.
Y la carreta y la carga
ya ruedan por el camino.*

Muy cerca de las canteras,
en un prado ya pacido,
bajo la sombra de un roble
descansan y toman fuerzas
del zurrón que han traído.
Desatan el paño atado
que cubre la tartera de viandas
y el botellín de vino.
Huevos con patatas fritas
y un buen trozo de tocino,
de postre queso manchego
y del cuarterón de "Caldo",
se fuman un cigarrillo.
Medio dormidos, hacen tiempo
tumbados sobre la reseca hierba
que en la mañana era fresca
y con gotas de rocío.

Es tarde ya,
hasta el sol se ha dormido.
Tras la montaña de Coa
hace rato que se ha ido.
Por los montes del oriente
la luna que ya ha salido
atenúa oscuridades
iluminando el camino,
entre recodos y esquinas.
Levedad y poco ruido.



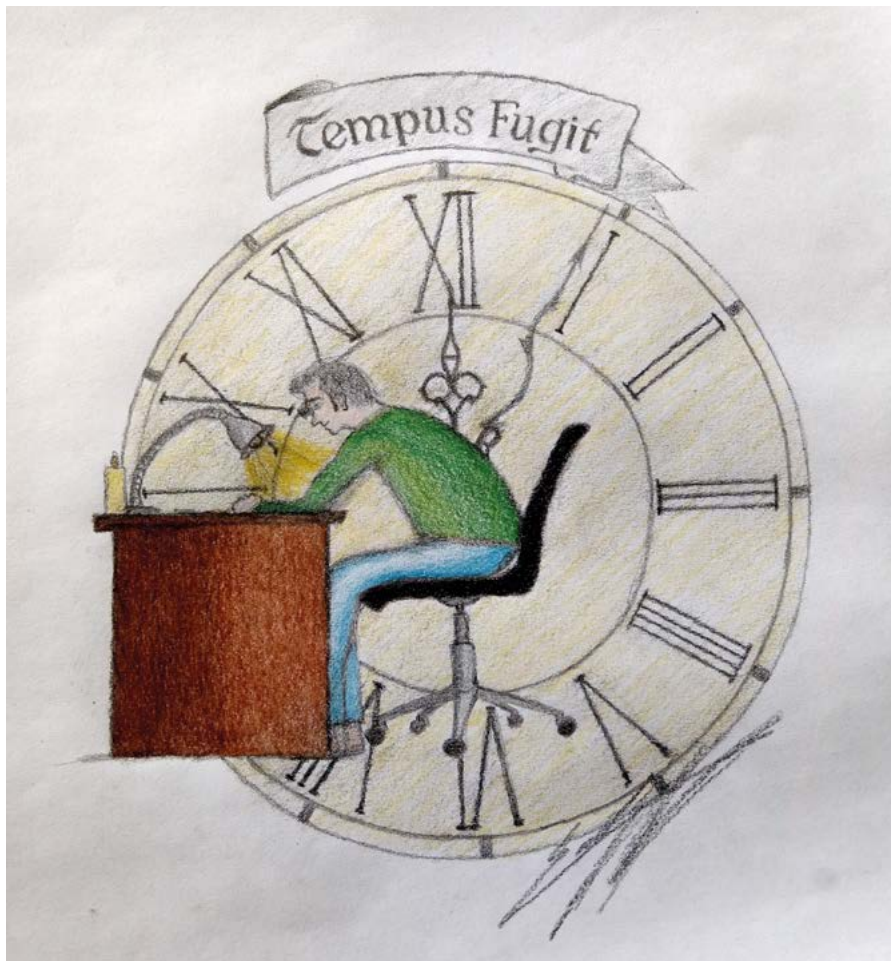


*Vuelven a casa alegres
los bueyes aún uncidos.
Tiran de la carreta
barruntando el descanso,
pesebre de hierba seca
y agua fresca del río.
Chus aseado al fin,
se recuesta en la carreta
sin bueyes ya, canturrea...
Y fuma otro pitillo.*





El último día





El tiempo que has pasado con tu rosa es lo que la hace importante.

Antoine de Saint Exupéry.



cho de la mañana. Martes, seis de febrero de dos mil diecinueve. Casi cincuenta años después de aquel día que se abrieron las puertas a una esperanza y un modo de vida.

Unos estridentes pitidos anuncian el comienzo de una nueva jornada. El objeto del que provienen es un semejante de los que dejarán de pasar por sus manos de forma definitiva en breves horas, tan amados como odiados, según la ocasión y el transcurso de los años. En cualquier caso, un viejo camarada que, por fin, va a alcanzar su tan merecido descanso.

El primer paso del día reposa sobre el templado parqué, el segundo sobre la torcida alfombra. Luego, ambos pies buscan las viejas zapatillas. El momento de incorporarse siempre es peliagudo, sobre todo en los últimos meses. Tras algún que otro crujido de huesos y el lamento sordo de los músculos, consigue ponerse en pie con una expresión en el rostro que refleja un esfuerzo cargado de dolor. La estampa habitual que nunca antes había llegado a sospechar poder sufrir.

Lo demás es también pura rutina: el aseo corporal moderadamente intensivo, un café sin acompañamiento preparado por su compañera en la vida desde hace más de sesenta años y una conversación con ella encabezada por disertaciones políticas y quejas de una salud resentida por un transcurso del tiempo que se niega a admitir. Más tarde, vestirse con la ropa perfectamente planchada y elegida por otras manos; calzarse con esos zapatos que nunca han dejado de hacerle daño y despedirse de su otra mitad hasta su regreso tras la, esta vez sí, última jornada laboral.

En el exterior el clima es tan frío como debe de ser, pero algunos rayos de sol escapan del encierro gris y vaporoso de los cirros y calientan la tierra. Sus pasos ya no tienen la ligereza de antaño y las lumbares protestan a su modo por el desgaste de lustros de posturas erróneas, lo que hace que, por un instante, valore la opción de recurrir al autobús, pero el encanto de un último paseo por el recorrido tantas veces concurrido a lo largo de los años lo llevan a decidirse por sus piernas como





medio para llegar a su destino. Y por el camino ve lo que ya le solía pasar inadvertido: personas desconocidas ya conocidas de tanto cruzarse sus rumbos; algún que otro local que se ha vaciado tras un intento inane de triunfar en su campo; otros que han cambiado de tipo de negocio en aras de multinacionales de variadas índoles, cuyos escaparates refulgen como faros guía en medio de la oscuridad circundante. Al comprobar estos cambios, siente la nostalgia de sus comienzos, cuando la mayor parte de los negocios eran familiares o de pequeños emprendedores, con un trato más íntimo. Aquellas tiendas que tan bien conocía entonces y de las que era cliente han cambiado para convertirse en comercios anodinos, impersonales, con un deslumbrante envoltorio radiante de claridad y luz, pero con unas entrañas vacías como un parque devastado por la lluvia. Y así continúa su camino, inmerso en sus pensamientos sobre un mundo que ha cambiado tanto en los últimos tiempos que ya no es capaz de reconocerlo.

Le saca de su ensimismamiento José, el quiosquero, cuyo pequeño cubículo atestado de diferentes tipos de publicaciones en papel está ubicado a solo unos metros de su tienda. El saludo es el de siempre, un “buen día se nos viene encima” cargado de connotaciones que van desde la cotidianidad hasta un sentimiento de cariño forjado por la fuerza del roce y la costumbre. Después, la imagen pasando a su lado de Cristina, la farmacéutica, siempre expulsando humo cual chimenea, vecinos del local adyacente y ya casi familia lejana. Nada diferente de lo habitual, un comienzo de jornada cualquiera.

Cuando quiere darse cuenta, se encuentra frente a la ya tan conocida persiana que le ha dado la bienvenida seis días a la semana durante tantos años. Saca las llaves de su bolsillo y abre la cerradura con un metálico ruido de arrastre. Después presiona el botón del mando a distancia y las lamas de aluminio se repliegan sobre sí mismas, permitiendo la vista del escaparate con ya pocos artículos, dejando al pasado la abundancia de lo que se vendía con facilidad y ahora dormita en una espera prolongada. Siente la tentación de saludar a esos compañeros ya tan






conocidos, pero el miedo a parecer un viejo loco detiene sus manos y su lengua. Otra llave, otra cerradura. La puerta abre sus fauces y el aroma a hogar llena sus fosas nasales. Está, por último día, en su segunda casa.

Luces encendidas, caja registradora a punto. Las vitrinas y expositores revelan otra vez lo que guardaban oculto en la oscuridad. Coruscan ciertos metales al contacto de los haces de luz, chapados cálidos y aceros fríos, incluso algún ricachón cubierto de oro, porque en todas las cosas hay clases. También la madera se une al conjunto, en mayor volumen y siempre adherida a la pared, retumbando sonora cuando se acercan los cuartos, medias y horas en punto. Tecnología del siglo pasado, con el encanto que solo lo artesano y decadente alberga en su interior.

Pero lo que realmente ama se encuentra en el piso superior, en ese pequeño taller repleto de herramientas, útiles y maquinaria que han compuesto toda su vida desde que le alcanza la memoria. Mira la mesa sobre la que reposan los enfermos a los que él devuelve la salud, no tan importantes como los humanos, pero sí, a menudo, más combativos. Las tripas de uno de ellos, el que significará su último trabajo, están desperdigadas con orden encima de la superficie de contrachapado. Diversas ruedas, un eje de volante, un áncora, el cubo con el muelle, la platina y sus centros... Una reconstrucción en toda regla. Se sienta en su sempiterna silla, coloca sobre su ojo derecho la lupa, se encorva en esa postura que le ha llevado a sufrir tormentos cervicales con el paso de los años y comienza su última reparación. Los minutos pasan y el tiempo vuela, su trabajo de precisión, pinza en mano, avanza a buen ritmo, solo interrumpido por la presencia puntual de algún cliente que acude con la intención de cambiar una pila o tal vez una correa a su reloj. Los que son asiduos y conocen su retiro le dedican algunas palabras de despedida, le dan algunos parabienes o muestran su tristeza por no poder volver a contar con sus servicios tras tantos años al pie del cañón. Incluso, cosa que jamás en toda su experiencia profesional ha hecho, se ve obligado a rechazar una reparación, explicando que es su último día de trabajo. Aunque, bien es cierto, su clientela se ha visto sensiblemente mermada





con el avance de otras tecnologías que han captado la atención de los usuarios y han llevado a estos a cambiar sus hábitos.

Los carillones tocan la melodía Westminster de once campanadas a imitación del clásico cuando está a punto de terminar su último cometido. Le gustaría, e incluso sabe que debería, dejar el reloj en revisión durante unos días para comprobar posibles desajustes y así poder corregirlos, pero su último día de trabajo ha sido fijado y ya no hay vuelta atrás. Además, a partir de ahora, ¿quién le va a poder reclamar?, ¿qué le puede importar lo que vaya a pasar con sus reparaciones de ahora en adelante? Toda su vida va a cambiar, y esos relojes que le han procurado un modo de subsistencia y mil quebraderos de cabeza quedarán atrás, como un simple recuerdo persistente de unos años que lo fueron todo para él, pero se desvanecieron en el tiempo para convertirse en nada. Solo su fama, ganada con justicia debido a su habilidad y dedicación, podría quedar resentida, mas, al fin y al cabo, no es ningún artista que pasará a la posteridad por sus grandes obras de arte, sino solo un mero mecánico vocacional con la fortuna de poseer manos precisas.

Sin embargo, el pasado quedará sumido en una memoria compuesta de jirones cada vez más imprecisos. Y todas esas cosas pequeñas y grandes, que quedaron relegadas a causa de horas interminables de trabajo, emergerán como púas de culpa, incluso remordimiento. Quizá saque en conclusión que podía haber pasado más tiempo con sus hijos; que debía haber estado más pendiente de su educación y desarrollo; que podía haber disfrutado con mayor intensidad de sus pequeños milagros. O visto más lugares de un mundo que se le volvió demasiado pequeño, encerrado, a menudo, entre cuatro paredes, aunque con la excusa de sacar adelante a una familia que dependía de él, de los ingresos que procurara su negocio. Y ahora, con todo el tiempo franco por delante, ya no siente la fuerza para salir y conocer y no tiene la posibilidad de ver crecer a los que ya han madurado.





El sonido de la puerta girando sobre sus goznes le saca de sus reflexiones. ¿Otro cliente más? Sin darse cuenta, ha terminado su trabajo. "Hombre, Alfonso, ¿cómo va ese último día?". El timbre de voz perfectamente reconocible de alguien que empezó siendo cliente y se convirtió en amigo. Como tantos otros. Aunque el carácter pertinaz en exceso de este en concreto le había llevado a ser un asiduo de casi visita diaria. Tal vez demasiado pesado, muy charlatán, locuaz hasta el agotamiento, pero buen hombre. Así que de esta manera va a ser su último día en activo. En lo que queda de mañana, tiene pendiente una charla repleta de nimiedades amables con ciertos tintes de *déjà vu* y el objetivo de arreglar con palabras un mundo que se desmorona por momentos y entregar esa última reparación. Espera que el cliente no se demore demasiado en venir a recogerla. Por la tarde no tiene pensado abrir. La una y media será la hora final. A la sazón cerrará por última y definitiva vez las puertas, esas que ha traspasado tantas miles de veces a lo largo de tantos años y que delimitan su mundo del exterior, actuando como frontera entre la futura libertad y esos muros grabados de recuerdos de toda índole. Tendrá que volver algún día a llevarse los restos que cuelgan de paredes y lucen sus reclamos en estanterías casi vacías, de eso es consciente, pero no será más que una visita de trámite, una postrera obligación.

Las luces se apagarán y las almas huirán, dejando como impronta un reducto vacío. Solo quedará la oscuridad, sempiterna guardiana, hasta que unas nuevas manos limpien las telarañas y el lugar vuelva a cobrar vida. Pero eso nadie sabe a ciencia cierta cuando sucederá, y solo el tiempo lo dirá.





Enredadas





Años que ella cuenta en los metros de hilo, tela de araña que se anuda y se hace densa y en la que puede leerse el tejido rechinante del tiempo; la lanzadera en su ir y venir, ágil entre sus dedos crea un ritmo de olas, de tempestades y de ausencias, mientras ella sueña con barcos que se enfrentan a mares embravecidos.

El mito de Penélope. Aurora Marco López.



aja por el empedrado, evitando el musguillo para no resbalar con las botas de media caña, las manos en los bolsillos del anorak, intentando alargar en ellas la sensación de calor, porque cuando salga de trabajar las yemas de los dedos parecerán uvas pasas.

La niebla todavía no ha levantado. En verano no le importa madrugar, pero ahora con el frío cuesta salir de la cama y, si es a golpe de teléfono, va con el cuerpo descolocado. Tan pronto está en el dique seco como llama el patrón con encargos para ayer y a veces sin tiempo ni para comer.

Cuando llega a la nave ya hay actividad, están clasificando las cajas descargadas para la subasta y venta.

En una zona apartada se encuentran sus compañeras, todas de mediana edad para arriba. Marina es de las más jóvenes.

—¡Hola! ¿Qué faena tenemos para hoy?

—Pues juzga por ti misma, reparar todo esto y ponerle los aparejos que faltan.

—Ahí tienes un termo grande de café y quesada que ha bajado mi suegra de la Vega.


—No te va mal a ti con tu suegra para que luego te quejes.

—Ya sabe de sobras la joya de hijo que traje pa casa.

Cada una ocupa el sitio acostumbrado y van formando un círculo para así comunicarse mejor. Comentan los trabajos más urgentes a realizar, siempre tienen prioridad los barcos de su cofradía, el ambiente en la lonja es helador, pero están acostumbradas y vienen pertrechadas para ello.

Las artes rezuman humedad, cada una con su labor delante, adivinan casi por el tacto donde tienen que meter la aguja y van reparando los desgarros para que cunda el trabajo de los hombres en las costeras.





Sin ellas no pueden salir a la mar aunque los barcos van mejorando y las roturas decrecen.

—¿Dónde está Carmen?

—No ha venido, está de una mano que no hace vida.

—Creo que la tienen que operar del túnel carpiano ese.

—Pues que se despida de la temporada.

—Sí...veremos cómo queda, que con los pesos que manejamos aquí...

La mar no se anda con chiquitas, en ocasiones trabajan a destajo y cuando acaban han de encargarse de las labores de casa y atender a maridos e hijos.


Los problemas cotidianos fluyen en las conversaciones. Son muchos años compartiendo vidas. Pocos secretos resisten a la charla de estas mujeres para bien y para mal, a veces los consejos o unas palabras de ánimo valen más que una consulta al psicólogo.

También hay tiempo para chanzas y risas. Desde hace unos meses reciben clases de zumba que les da Joao, un brasileño instalado en el pueblo, el cual se ha hecho muy popular a raíz del programa "Extranjeros en España" y también con él han salido en la televisión.

—¡Venga! Apretar el culo que hay que lucir palmito este verano.

—La operación bikini nosotras la empezamos en Navidad —le contestan.

El profe está encantado con ellas, su mejor grupo, no se les pone nada por delante, ni quejas de frío ni de calor, a diferencia de otro gimnasio de la capital, estas mujeres son auténticas, la mayoría son esposas de pescadores y tienen claro que hay que disfrutar el día a día.





A Marina, su mejor alumna, la está preparando para ser su pareja en un concurso de bailes de salón.

Ella por su carácter e inquietudes ha cogido un testigo, sin ser muy consciente, reivindica y pone en el mapa a la mínima la profesión de rederas, esta actividad complementaria a la pesca realizada de siempre por mujeres de forma callada.

Ha conseguido que el equipo de grabación haga un programa en una cadena nacional y difundan su problemática laboral, porque ahora están incluso más escondidas en las bodegas, pero al menos ya no se mojan por arriba y pueden poner una fuente de calor en los días crudos de invierno.

Haciendo buen tiempo trabajan en los secaderos del puerto, sentadas en el suelo o en unas sillas muy bajitas, donde en alguna ocasión han oído que parece que las ha puesto el Ayuntamiento para que las vean los turistas.

En las cofradías hay machismo, se saben invisibles, no cuentan como los demás profesionales de la mar, por ejemplo, para sumar por cada año cotizado dos meses más.

—Pues corre el rumor de que van a bajar las cuotas del verdel, a este paso nos vamos a tener que dedicar a la caloca.

—¡Vaya palo!

—Lo de jubilarnos aquí cada día está más negro. ¿Y a quién tenemos detrás? Nadie se quiere dedicar a esto.

—No me extraña, no tenemos horario, cuando toca estamos de guardia como la funeraria y encima no nos consideran ni en los sitios oficiales.

Marina intenta templar gaitas.





—Venga chicas, vamos partido a partido. El lunes hemos quedado un grupo de varias asociaciones en la Seguridad Social, hay que insistir para que nos reconozcan las enfermedades profesionales. ¿Quién nos iba a decir a nosotras hace unos años que íbamos a tener una calle en Santander?

—Yo cuando vea que con el paro de la anchoa cobramos la subvención como ellos, entonces nos podemos dar con un canto en los dientes.

—Bueno, de momento, esta noche tenemos la cena de Navidad, así que a ponernos “guapis”. Trece más uno: ¡Cuando nos vean llegar al asador argentino con el brasileño!

—Sí... que de *pescao* y *parrocha* estamos hasta el moño.

En la cena olvidan la dureza de sus condiciones de trabajo, disfrutan como crías. Marina ha preparado un sorteo con regalos: cremas de manos, sesiones para un spa, manicuras...

—La crema esa noruega no vale *pa ná*, a mí como la de Beranga o la que hacen las monjas, que se quiten las demás.

—Pues si te la das y después te pones unos guantes de algodón *pa dormir... mano de santo hijuca*.

—Sí, y cuando me vea Ciuco dirá que si celebramos algo.

A Marina le ha tocado un paquete que no tiene controlado: Es un chal tejido a modo de red con hilos de colores y detalles en relieve: lo ha traído Joao. Sus mejillas se tiñen del color del coral.

—Es típico de algunas regiones costeras de Brasil.

—Es precioso, gracias.

—Pero... ¡mozuca, qué sosa! ¡Qué menos que un piquito!



La vida se abre en un horizonte tornasolado, pero últimamente a Marina el sol se le antoja más cálido aunque estemos en invierno.

De los políticos regionales, quizá por la proximidad de elecciones, han conseguido un compromiso para que esta profesión sea reconocida con todas sus consecuencias a nivel laboral.

La conquista de las redes no solo se libra en internet, bajo la mar se extienden las redes tejidas por muchas mujeres que desde tiempos inmemoriales se han dedicado a este oficio.





Los oficios artesanos y la música popular



José Hernández Úrculo





Soy miembro de una Ronda de Cabezón de la Sal y cantando una de las canciones de la Ronda: **Los Mozos de Brañosera**, que entre otras cosas dice:

Segador que bien siegas con el rocío.
Quien pudiera ayudarte cariño mío.
Segador pica, pica el dalle borrado
y a la noche a la jila ponte a mi lado.
Ya vienen los segadores.
Piensan en los sus amores
después de segar y segar.

Me pareció evidente la estrecha relación de los oficios con la canción popular de Cantabria y eso me inspiró a escribir este relato.



Oficios artesanos de Cantabria Oficios interrelacionados y otros en desuso

Los oficios artesanos en general traen como consecuencia, a su vez, otros relacionados entre sí. Por ejemplo, el ganadero precisa de una serie de utensilios para su labor diaria como yugos, colodras, dalles, yunques, cestos y cuévanos, cadenas, carros, herraduras y un largo etcétera de instrumentos que el ganadero utilizaba en sus quehaceres diarios. Así, antes de segar la hierba hay que “picar” el dalle. Para ello se coloca la hoja de éste sobre un pequeño yunque para así reparar las irregularidades producidas por su uso. Posteriormente, el dalle se afila con la piedra y ésta a su vez se guarda en la colodra que suele ser frecuentemente de madera. Una vez afilado el dalle, tras la siega, hay que rastrillar la hierba y recogerla en el carro y transportarla hasta el silo o el pajar. Tan sólo con este procedimiento se emplean diversos utensilios en los que se implican varios artesanos: carpinteros para hacer la colodra, el mango del dalle, el rastrillo, el carro, la narria, el yugo, las cevillas, el potro para herrar los animales de tiro. Para el yunque y la hoja del dalle, las herraduras de los animales de tiro, la horca para recoger la hierba, para todas estas herramientas y otras más que sería prolijo enumerar, se precisaba de los herreros.

Si seguimos interrelacionando los oficios con la cultura y las costumbres de Cantabria es de destacar también la imbricación de los oficios con la música popular de nuestra tierra. Así los albarqueros, un oficio que estuvo a punto de extinguirse, pero que afortunadamente aún perdura y en los últimos años ha experimentado un gran auge, tiene su reflejo en canciones como estas:

*Para hacer bien las albarcas
hay que tener buena azuela.
Buen pulso con el barreno
y jugar bien con la legra.*





O también esta otra canción de ronda que dice:

*Cuando amanece las tus albarcas
por las callejas las siento yo.
Por las callejas que es un primor.
Cuando amanece viene mi amor.*


Las labores de siega tan enraizadas en nuestra tierra, aunque ahora con la mecanización de las labores agrícola-ganaderas, son menos penosas. Ha sido siempre una labor muy dura, y los segadores trataban de mitigar ese esfuerzo cantando, así se les solía escuchar cantar:

*Segador que bien siegas con el rocío.
Quien pudiera ayudarte cariño mío.
Segador pica, pica el dalle borrado
y a la noche a la jila ponte a mi lado.
Ya vienen los segadores.
Piensan en los sus amores
después de segar y segar.*

El oficio de cantero, de la que tantas obras importantes han dejado huella en Cantabria, (la universidad de Comillas por poner un ejemplo, entre otros muchos) y fuera de ella donde se pueden admirar grandes obras, también ha sido objeto de estrofas de la canción popular de ronda:

*Un cantero de Buelna
me" tié" labrado
un corazón de piedra
que no me ha dado.*

Otro oficio fue el de carretero, y que con la motorización prácticamente se ha extinguido. Este oficio, muchas veces singular y con gran predicamento hasta época muy reciente, también ha sido objeto de las letras y música de la canción popular, así la composición de Lucio Lázaro dice:





*Cuando subes carretero (bis)
a lo alto del pinar
desde el molino se escucha (bis)
a tu carreta cantar.
Carretero, carretero, si al monte por leña vas
dame un poco de romero que Dios te lo pagará.
Con aire*

Otro de los oficios que prácticamente está desaparecido es el de pastor y que también ha sido objeto de la canción popular de ronda:


*Pastor que estás obligado
a dormir en las cabañas.
Cuando bajes a Sopeña, sí,sí, ay,ay,ay
dormirás en buena cama.
En buena cama dormí, en buena cama no puedo.
Tengo el ganado en el monte, sí,sí,ay,ay,ay
Tengo de ir a por ello*

Relacionado con este oficio era el de sarruján que era el aprendiz de pastor, como fue en sus inicios el inolvidable escritor de Sopeña Manuel Llano, para cuyo homenaje el magnífico compositor torrelaveguense Nobel Sámamo, compuso una notable canción: **Homenaje a Manuel Llano** y que dice en un pasaje de la canción:

*En lo alto está Carmona
Sopeña está en el llano
y hay un puente que les une
que se llama Manuel Llano.
Y en Cabuérniga le llaman
el sarruján de Carmona.*

Otro oficio desaparecido por mor de la industrialización y los recursos petrolíferos es el carbonero, para el que también hay letra y música popular:





*Mi carbonero madre, no vino anoche.
Yo le estuve esterando hasta las doce.
Vaya una maña, vaya un salero
que tiene madre mi carbonero*

Otro oficio secular y muy enraizado en la cultura y la sociedad, así como objeto de libros, leyendas y demás demostraciones literarias fue el de molinero, también está reflejado en la canción popular como no podía ser de otra manera:

*A la puerta del molino hay un ratón con un lente
mirando a la molinera cómo sorbe el aguardiente.
El peral del molino no tiene peras
que se las ha comido la molinera.
La molinera, niña, la molinera
el peral del molino no tiene peras.*



Argimira



Delia de los Ángeles Laguillo G.





Mi niñez es como un álbum
de flores amarillentas,
al contacto con las cuales
mi mundo de ayer despierta.
Yo recuerdo mi niñez
a menudo en mis paseos
e imagino un recorrido
cada vez y lo recreo
con paisajes y personas,
con historias y sucesos,
que iban tejiendo mi vida,
dándole orden y concierto.

Otra vez. Pedro Crespo de Lara.



rapero, el trapero! Siempre era verano cuando yo escuchaba esa "dulce melodía". Sol, mucho sol, mucha luz, niños alborotados que recibíamos con entusiasmo la aparición, siempre sorpresiva, de aquel señor que nos preparaba para realizar el primer trueque de nuestra corta vida; enseñanza que nos iniciaba a esa otra vida, todavía oculta, dormida en la inocencia infantil que nos distinguía.

¡Mamá, mamá, trapos, quiero trapos, muchos trapos! Nunca tuvieron los trapos una solicitud tan tierna. Los acogíamos en amoroso abrazo y como ofrenda sagrada los recibía nuestro trapero ilusionista. Lo escribo con la misma emoción que sentía en aquellos maravillosos momentos. La espera albergaba unas cosquillitas que me hacían reír y saltar con una alegría desaforada para los ojos de otras miradas más vividas, ya más pausadas. Pero la alegría infantil es sustancial sentirla y mostrarla y los globos eran la respuesta. Globos artísticos, imaginativos, soñados: un perro salchicha, un pato, un pájaro... Querido trapero: gracias por dejarme ser una niña.

Estoy en esa fase inspiratoria de momentos y de encuentros en el baúl de mi memoria. Dejaré que fluyan mis recuerdos en un jardín de retazos de emociones.

Recuperar a Argimira es hacer un viaje al pasado. Montaré en el tren más lento que encuentre porque preciso mucha quietud para disfrutar y revivir un paisaje que se encuentra más allá del horizonte.

Era de noche, de una mano, mi abuela, y la otra cogida a Argimira. Íbamos a ver un espectáculo de titiriteros al Corralón. Era una explanada a la que se accedía por un arco, que a mí se me hacía grandioso. Llevábamos nuestra sillita para sentarnos. Se me quedó grabado el frío y un mago que sacaba de su chistera muchos pañuelos.

Mi casa era muy bonita, llena de flores y de árboles. Cerca había una vía para trenes de mercancías y allí, siempre alerta, Manolita la portillera.





Asomada en su garita esperaba el paso del tren para extender aquellas portillas que detenían a los carros, bicicletas, “vespas” y formaban una visión que yo contemplaba, varias veces al día, desde el mirador. Me costó desprenderme de aquella imagen que tanto tiempo me acompañó. Desapareció la vía, el tren, y mi entrañable Manolita.

En mi calle vivía Argimira, una mujer robusta, de maneras decididas y muy resolutiva. Era dueña de una gran tienda de comestibles instalada en la parte baja de su domicilio. Mi lengua de trapo le hacía mucha gracia y le gustaba que yo le contara cosas y reíamos mucho en ese palique sin traducción. Y nos encariñamos. Estaba soltera y me “adoptó”. La acompañaba a muchos sitios. Un día nos fuimos a Santander, con el permiso de papá y mamá. En el camino de la estación nos encontramos a María la recadista, así se la conocía, que también iba a la capital. Los clientes la confiaban sus paquetes y tenía que llevarlos al tren de Feve, a la estación de Renfe o a los lugares de salida de los autobuses para que llegaran a su destino, pero en esta ocasión se iba a ocupar ella misma del traslado. Las dos hermanas zurcidoras, Visi y Ción, eran unas excelentes artesanas de la costura, muy perfeccionistas y, por ese motivo, querían que la casullas destinadas al obispado llegaran en óptimo estado. De ese día en Santander tengo un recuerdo muy sabroso: a lo lejos, alcancé a ver y oír al señor de los barquillos “al rico barquillo de canela”; parecía que era yo la que llevaba en volandas a Argimira. Di vueltas y vueltas a aquella especie de ruleta que le acompañaba y el barquillero, con esa sonrisa que le caracterizaba, me acercó mi preciado y deseado barquillo. En el regreso, también me tocó premio. Algo que es “de toda la vida”. Sales de la estación y te encuentras con una negra máquina de tren, que parece turruscada, al igual que la castañera que la ocupa. Tenía magia la espera que aguantabas en la calle, con ese frío del invierno y al unísono esas ráfagas de calorcito que despedía el laborioso asado de las deseadas castañas, hasta que recogías ese cucurucho y lo protegías como el bien más preciado.

Carín era la primera persona del día que, con golpes de picaporte, llamaba a nuestra puerta. Siempre el mismo ritual: mamá abría la puerta,





cogía la perola de leche, la llevaba a la cocina, llenaba con ella un puchero de color granate - todavía recuerdo el color - yo asomaba mi cabezita, sonreía y el lechero me adornaba con algún piropo infantil mientras esperaba el regreso de su perola.

Tardes con notas de chiflo despertaban mi siesta. Tirurí, tirurirurá, ¡el afilador, se afilan cuhillos, tijeras, navajas...! Así reclaba nuestra atención. Particular sinfonía armoniosa que forma parte del paisaje del alma. Es la foto que guarda mi memoria: aquel afilador con su boina negra y una rueda arcaica de amolar que, con el pie, lograba "arrancarla" y ponerla en movimiento. Por mi puerta salían los utensilios que más necesitaban "una cura": la tijera de la costura, la tijera de la cocina y los cuchillos. Me sentaba en las escaleras del porche de mi casa, como si me encontrara en el circo. Llegaba el momento en que el afilador, que era mago, realizaba una escabrosa escena: colocaba el cuchillo en la rueda, pedaleaba y...¡chispas, luces! En mi infantil imaginación se convertían en pequeños fuegos artificiales. Y yo era feliz.

El ancestro del "flex", el colchón de lana, perteneciente a la prehistoria del descanso, nos proporcionó, en su larga vida, un buen refugio. Todas las temporadas arribaban las golondrinas en su nido construido en el alero de mi balcón. Testigos mudos, ellas y yo, de lo que acontecía en aquel patio. Un espectáculo fijado en nuestras retinas y que, año tras año, compartíamos. Todo estaba muy bien organizado. El pistoletazo de salida: "descorchar" los colchones para dejar, durante un tiempo, libres las "burbujas" exiliadas en ellos. Inmediatamente, la lavandera los acarrea para su limpieza. Después, hacía su entrada triunfal el artista: el colchonero. Acompañado de su vara de avellano, "porque son más lisas y no enganchan tanto", comenzaba la tarea para lo que había sido requerido: varear la lana. Colocada sobre un somier, "soportaba estoicamente" las sacudidas y fuertes golpes que recibía. En un descanso, me dejaban acariciar la lana y yo entendía que, por mi sensibilidad de niña, me correspondía sosegarla y aliviarla de tanto dolor. Al mismo tiempo, las golondrinas con sus trinos dulcificaban "su calvario".





Papá compró su primer coche. La empresa decidió renovar su parque móvil y los puso a la venta. En aquel entonces, su circulación todavía era muy escasa. Lo recuerdo con memoria de niña: muy grande, oscuro, de formas redondeadas. Papá me dejaba sentarme delante del volante y tocarlo suavemente, y mi fantasía metía la velocidad y subía hasta el cielo.

Argimira también tenía carnet de conducir. Era muy atrevida y decidida. Casi estoy por asegurar que era la única mujer de la ciudad que se lo había sacado, "por si hacía falta". Pero todavía no era el momento. Había nacido en la Vega de Pas y allí vivía gran parte de su familia. Yo sabía que quería llevarme para que me conocieran y, al mismo tiempo, enseñarme cómo era la vida en un pueblo. Se lo planteó a mis padres y todos encantados de que la niña estuviera en contacto con la naturaleza. Y nos pusimos en camino con papá y su coche. Volvería a buscarnos.

No sé bien explicar mi llegada al pueblo: asombro, ganas de salir corriendo, obligada a quedarme, gritar, llorar, tranquilidad... o una mueca de ¡qué contenta estoy! Decidí la mueca de felicidad, aderezada con unos polvitos de asombro. Y en esa disposición entré en ese mundo desconocido, nada cercano a mí, que se llamaba rústico, y que tendría que descubrir.

Mi dosis de asombro se derramó al acostarme en un colchón de hierba! Y para el día siguiente, me anunciaron "ir a hierba". Y solamente disponía de mi escaso raciocinio de niña para comprender. Y aquellos niños sabían claramente lo que decían los mayores. Y al fin lo entendí. Nos pasamos una gran parte de la mañana pisando y saltando encima de la hierba para aplastar la que ya estaba segada. Se guardaba en el pajar y de esta forma se podía manejar más fácilmente. Nos permitieron ayudar a subirla al carro. Resultó muy divertido. Mis juegos a los que yo estaba acostumbrada no se parecían en nada. La casa donde me encontraba era una cabaña pasiega y la llamaban casa vividora. Hecha de piedra y lastra. En la parte de abajo se guardaba a los animales; nunca había visto






tantas vacas. También tenían cerdos y corderos. Vamos a subir el “patín”, me decían los niños; descubrí que era la escalera del establo que iba por fuera de la casa. La parte de arriba mantenía una buena temperatura, siempre la lumbre encendida y el calor que daban los animales. Después de unos días me llevaron a otra casa que estaba en el centro del pueblo. Se escuchaba el martilleo del herrero y a la madera que “decapitaban” en el aserradero. Cada día que amanecía, aprendía algo nuevo, hoy: trashumante. El hombre de la familia que me acogía, hermano de Argimira, era ganadero trashumante. Así me lo explicaron: había temporadas que se iba solo, otras veces con la familia, y recorría con sus vacas todo el Valle de Pas, pero como era un auténtico pasiego y amaba mucho a su tierra, no salía jamás de su entorno. Ahora comprendo por qué nunca había ido a visitar a su hermana.

El desayuno se había convertido en la comida más exquisita. Las cocinas de las casas parecían obradores de confitería. Tenían unos recipientes muy grandes y allí echaban leche, harina, azúcar, huevos, mantequilla, canela y algún otro ingrediente mágico; y revolían, y no dejaban de revolver; después lo metían al horno de leña y salía algo riquísimo y dulce que lo llamaban quesada, pero no tenía queso. También elaboraban otra masa que se parecía al bizcocho y lo repartían en envases de papel: los famosos sobaos pasiegos, deliciosos. Con la nata de la leche hacían mantequilla y con ella untábamos ese pan de pueblo recién hecho. El primer saludo de la mañana eran esos placenteros olores que se escapaban, como niños traviesos, de la cocina.

Para finalizar mi periplo rural, Argimira me llevó a casa de sus dos tías que vivían en una casona con un escudo. Era la casa familiar. Me condujeron a una habitación que parecía una tienda de trajes. Me impactó un poquito. Estaba llena de maniqués. En cada uno de ellos había un traje antiguo y distinto. Me contaron que su bisabuela, tatarabuela de Argimira, había sido ama de cría. ¿Ama de cría? Una mujer que tenía un bebé y amamantaba a otros bebés. Las mujeres pasiegas eran las más famosas de su tiempo por la calidad de su leche. Entendí que debían dejar a sus





niños e irse lejos a alimentar a otros niños y que las otras familias las querían mucho. También me hablaban de “hermanos de leche”: eran los niños del ama y los otros que criaba. Ellas me explicaban con palabras de adultas y yo escuchaba con entendimiento de niña de lengua de trapo y de esta forma infantil lo he podido resumir. Y los trajes expuestos pertenecían a la tatarabuela cuando ejercía de ama de cría.

La bocina del coche de papá nos anunciaba la despedida. En un cuévano, hecho de varas de avellano, cargamos los regalos: quesos, sobaos, mantequilla y quesadas. La llegada a casa se convirtió en una noche de Reyes y nosotras en Magos repartidores de alegría.

Yo continuaba “estudiando” mi novedoso y preciado sentido rural.





Inolvidable tía Celia



Arca con Arte

215

Angelina Lamelas Olaran

Angelina Lamelas Olaran





La primera vez que supe que había pescadores que remendaban las redes fue leyendo el *Evangelio de San Marcos*:

Caminando a lo largo del mar de Galilea, Jesús vio a Simón y a Andrés, hermano de Simón, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores. Y Jesús les dijo: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Al instante, dejando las redes, le siguieron. Y continuando un poco más allá, vio a Santiago, el de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban remendando sus redes en la barca, y los llamó. Ellos luego, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron en pos de él.

(Mc 1, 16-20).





elia Osorio Castañeda era nuestra tía bisabuelastra y vivió varios años en Castelar 3 con nosotros.

–¿Bisabue... qué? –preguntó uno de mis hermanos pequeños.

Y se lo expliqué. Ramón Osorio, el padre de tía Celia, era hermano de Manuel Osorio Herrera, abuelo de nuestra madre, que casó con Cristeta Valle, y fueron los padres de María, Antonia y Alfonso. Cuando Ramón enviudó, se casó con Carolina, el ama de llaves. Tuvieron una niña, Celia, y un niño, Horacio.

Siempre le agradeceré a tía Celia la gran cantidad de historias que nos contó.

Su marido, Antonio Mancebo, al que llamaba por el apellido, Mancebo, aseguraba que se le había aparecido dos veces la Virgen del Carmen.

Tía Celia coleccionaba retales y recuerdos, y manejaba la máquina Singer con pericia y decisión. En los descansos contestaba a todas las preguntas que le hacíamos. Nunca alegó pereza o cansancio.

–Tía Celia, cuéntanos cuando ibas a Elche con la bisabuela Cristeta a tomar las aguas.

Nos lo había contado varias veces, pero siempre añadía algún detalle.

Se le alegraban sus ojos oscuros y empezaba:

–Pues veréis...

Era una mujer que ya había cumplido los ochenta y nunca pensaba en ella. Generosa y risueña. Ayudaba y sonreía. Estuvo en las casas de la familia cuando llegó alguna enfermedad. Vivió en casa de tía Ángeles y tío Alfonso cuando la pleuresía de tía Ángeles, y en casa de la abuela María cuando esta se metió en casa para no volver a salir a la calle.

Tuvo cuatro hijos y una hija, pero no vivió con ellos cuando dejaron de necesitarla.





Toño, su hijo mayor, murió en Riga, pues había ido a Rusia con la División Azul. Tía Celia dijo muchas veces que le gustaría ir a Riga para visitar la tumba de su hijo y rezar. Y esto lo contó en una entrevista que le hicieron en la revista *La Actualidad Española*.

Diego, mi séptimo hermano, que ya había leído mucho sobre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, le dijo a tía Celia en el cuarto de jugar, mientras caía la lluvia por las escaleras de piedra de Juan de la Cosa:

–Pero ¿tú sabes lo lejos que está Riga? ¿Cómo vas a hacer autostop? Tienes que ir casi a Siberia.

–No importa –respondió tía Celia–, si me empeño, yo sé que lo conseguiré.

No fue a Riga, pero siempre vivió en acto de servicio.

Cuando nació Marta, la undécima hermana Lamelas, nuestros padres nos dejaron ir al hospital a los tres mayores. Era guapita y con la piel algo tostada. Parece que tenía insuficiencia respiratoria. Solo vivió tres días. Recuerdo haber dormido sobre la mesa de pimpón como sacrificio para que la niña sobreviviera.

La ayuda de tía Celia volvió a ser providencial. A nuestros padres se les ocurrió una idea práctica para que mamá pasara un verano más tranquilo. Los tres mayores nos quedaríamos en Castelar 3 y el resto con tía Celia en un chalet que habían comprado en la calle Girasol de la Ciudad Jardín, frente al hospital Valdecilla. Allí nuestro padre era jefe del servicio de Cardiología, Endocrinología y Nutrición desde la fundación del hospital. Cuando nuestro padre llegaba al hospital tenía que correr una tablilla, y entonces aparecía su nombre; nosotros, los mayores, le pedíamos por turno que nos aupara para lograr el milagro de que apareciera su nombre.

Pero estaba contando lo que ocurrió aquel verano después de que muriera la niña de tres días Marta Lamelas. Se preguntó a tía Celia si ella





era capaz de vivir con siete niños en el chalet de la Ciudad Jardín. La voluntariosa tía Celia no lo dudó un momento. Hasta llegó a permitir a Ricardo, el sexto, que fumara un cigarrillo de anís de vez en cuando, y se llevó su risa cascabelera a aquel chalet.

Nuestra madre, que dio a luz con una hipertensión preocupante, tenía que recuperar la salud, y nosotros, con tía Celia al frente de la comisión, solo trataríamos de dar alegrías en el entorno.

En el chalet de la Ciudad Jardín se cenaban puré y croquetas casi todas las noches, o bollos suizos fritos partidos en cuatro trozos y rebozados en harina y huevo batido. Esto ocurría sobre todo cuando los hermanos que vivían en el chalet andaban insistiendo en que querían ver una película en el cine Alameda.

–A ver –decía tía Celia–, a ver lo que podemos hacer, que sois muchos: o cine, o filetes de ternera.

–Anda, que trabaja Gary Cooper.

Los raqueros se tiraban desnudos al agua desde la Machina, para sacar con la boca las monedas que les lanzaban al mar los señoritos. Dejaban la ropa doblada y seca, porque en sus casas no permitían que anduvieran con la ropa calada por el riesgo de cogerse una pulmonía.


Los que mejor se tiraban, los Caromas, que eran tantos hermanos como nosotros, lo menos diez. Llegaban al Barrio Pesquero: –Mama –nunca decían mamá–, que te traemos pan para todos.

Los padres solían estar en la mar pescando en las boniteras.

–Papa –nunca decían papá–, que a ver cuándo me llevas contigo, que ya tengo trece años.

En días de viento sur y mar bravío nos acercábamos a Puertochico para que nuestra madre nos viera desde el balcón. Luego subían los de la Ciudad Jardín un ratito a darle un beso y acababan con tía Celia en la





Machina, viendo cómo las pescadoras remendaban las redes. Algún pez gordo había hecho un destrozo al querer escaparse de la malla.

Tía Celia conocía a Amalia, que llevaba el género más fresco al Palacio de la Magdalena. Amalia también conocía a la abuela María y a la bisabuela Cristeta.

—Aquí están los nietos de doña María Osorio y los bisnietos de doña Cristeta Valle —decía Amalia.

—Anda, Amalia —le pedíamos nosotros—, cuéntanos cuando ibas al Palacio de la Magdalena a llevar el pescado fresco.

—Eso fue hace muchos años. Como ya me conocían los infantitos, daban brincos y jugaban a no equivocarse: este es un salmonete, esta una merluza, una lubina, una dorada, un pez espada... Había un infante, don Jaime, que no podía hablar, pero era bien listo y se fijaba en todo. La Reina les decía: "No los toquéis, que luego se queda el olor todo el día".


Una tarde probé en Puertochico a remendar redes, que no era muy difícil. Se metía un punzón por donde había más agujeros y quedaban como nuevas.

Si salía don Alfonso XIII, solía decir imitando la voz de las pescadoras:

—Los quiero bien frescos, que no me den gato por liebre.

Y se reía con la boca llena de dientes. Era dentón el Rey, pero bien sencillo y salado.

Aquellos días llegó a casa la noticia de que yo había ganado un premio literario que convocaba la Alianza Francesa para estudiantes de toda Europa hasta los dieciocho años de edad. Yo tenía dieciséis. El tema era casi libre. Se trataba de escribir en francés sobre un escritor español. Escogí a José María de Pereda. Yo había visto muchas veces el monumento que dedicó al autor montañés el escultor Coullaut Varela. El premio consistía en un viaje a París, que entonces era como ir a América.





Metí en una maleta lo imprescindible y una gitana de trapo. Tía Celia me regaló un escapulario de la Virgen del Carmen. Me acompañaron a la estación cuatro o cinco hermanos, tía Celia y mis padres. Tardé bastantes horas en llegar a la estación Austerlitz. Me esperaba una pancarta con mi nombre. Llegué emocionada al liceo Janson de Sally, donde nos hospedamos los treinta y dos ganadores.

Cuando abrí la maleta comprobé que tía Celia me había escrito unos consejos para viajaras muy jóvenes: no asomarse al exterior, no bajar en ninguna parada antes de llegar a París, pasarlo muy bien y fijarme en detalles para después contarlos. Nos hicieron entrevistas por la radio y un gran reportaje en la revista Paris Match. Nos llevaron a la Ópera a ver El lago de los cisnes, y visitamos Fontainebleau y Versailles.

Años más tarde volví a ganar un premio, esta vez el Hucha de Oro, por mi cuento Jonás. Pues bien, Jonás, al que le pusieron el mote del Muergo, llegaba todos los días al Instituto con ocho minutos de retraso. Con él llegaba un olor fuerte a carnada y pescado crudo. A muergo, sobre todo. Una tarde fui a su casa para que me explicara unos problemas de álgebra que no acababa de entender. Así conocí a los cinco hermanos de Jonás, pescadores de bajura, y a la única hermana, poco mayor que nosotros, remendadora de redes por las tardes, y al frente de un puesto de pescado en el mercado de la Esperanza todas las mañanas.

Gracias a Jonás pude ver cómo vivía una familia de pescadores y una remendadora de redes, y me he acordado de ellos al escribir hoy sobre uno de los oficios tradicionales de Cantabria más típicos y representativos de nuestra tierra.

Hoy, mucho tiempo después, he recordado a tía Celia, que nos llevaba a la Machina a ver cómo las pescadoras remendaban las redes. No sé qué hará en el otro mundo sin necesidad de ayudar a nadie.





La inacabada de Villardefrades



Olav Mazarrasa Mowinckel





Los pasiegos ven crecer la hierba, pero los trasmeranos
la oyen.

Juan Carlos Martín Ramos.



staban ya a mediados de octubre y comenzaban las lluvias, las obras se detenían hasta la llegada del buen tiempo. Francisco Antonio Pérez del Hoyo acababa de escribir a su familia a Carriazo, en "Las montañas de Burgos" como rezaba la dirección en el sobre. La carta tardaría no más de tres días en llegar a casa desde donde trabajaba, una iglesia del lugar de Villardefrades en Valladolid. Les anunciaba que saldría en mula el domingo día 28 para estar en casa en Todos los Santos.

Francisco Antonio terminaba de tallar las dovelas del arco de cantería de la fachada principal, le había costado trabajo el conseguir que la clave, la dovela del centro del medio punto, encajase perfectamente con el resto, pero lo había conseguido y estaba contento. Era un trabajo de cantero y él era el aparejador de la obra, pero tenía interés en fabricar el arco él mismo.

Estaría el 1 de noviembre en casa y ya tenía ganas de podar las viñas de su mano. El viaje no debería plantear problemas; quería salir rápidamente, pues su mujer le había escrito noticiándole de que había en Trasmiera tantos ladrones que se habían producido muertes violentas en robos y asaltos diversos; en Suesa, Omoño y otros pueblos se reunían los vecinos armados en las casas para hacer guardias, y en la suya se estaban quedando cuatro vecinos todas las noches. Se trataba de una banda de unos 40 malhechores; en todos los pueblos se perseguía a los sospechosos "aunque fueran en traje eclesiástico" lo que parecía haber contenido los latrocinios en el país.

Varios compañeros de la cuadrilla de canteros le acompañaban, Francisco Casuso, Juan Santos del Solar, Diego de Horna y Bernardo del Cagigal, todos ellos trasmeranos. Francisco Antonio había pensado detenerse en Medina de Rioseco donde quería visitar la capilla de Benavente en la iglesia de Santa María, una maravilla del siglo XVI que quedaba de camino y les entretendría durante muy poco tiempo; además, ninguno de los canteros la había visitado nunca. Hubo alguna protesta tímida,





pero se impuso su criterio, ya que, por otra parte, tenía mayor categoría que el resto. Francisco Antonio era aparejador, lo que significaba que sabía trazar un plano y la manera de levantar un edificio mientras que el resto no pasaban de canteros o simples oficiales de arquitectura. Una ampliación de la propuesta, de visitar la iglesia colegial de Villagarcía de Campos a mitad del camino, quedó absolutamente desestimada y no se insistió más; se limitaron a observarla de lejos desde el camino y admirar su magnífica fachada.

Al cabo de menos de dos horas se llegaban a Medina, justo a tiempo para oír la misa dominical y visitar la iglesia. La capilla enmudeció a los canteros y ninguno se acordó de las protestas iniciales. La denominación de Arte del Renacimiento que ahora singulariza a estas obras no hubiera sido ni siquiera sospechada por el grupo.

Todo se acompañó de una buenísima comida para un día especial: pan, garbanos y carne, esta última considerada por la cuadrilla como un lujo; todo el vino que quisieron beberse y de postre chocolate. Les costó 102 maravedíes por persona, la mitad del sueldo diario de un cantero, en uno de los veintidós mesones que había en Medina de Rioseco. En la zona, ese año de 1764 había estado el pan escaso y caro y hasta hubo preocupación porque se produjera un levantamiento; de hecho, la obra de Villardefrades había estado a punto de suspenderse y afortunadamente el rey a finales de agosto había enviado una orden prohibiendo subir los precios por encima de una cierta tasa.

En la cuenta se veía claramente la tremenda subida del precio del pan blanco al comparar con el resto del menú, situación, que, como sabemos ahora, tardaría en solucionarse. Este, y otros problemas provocaron un año y medio después el motín en Madrid contra el primer ministro del rey, Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache.

Domigo
 carne - 25 -
 cho coi - 30
 bino - 20
 pan - 22½
 garbanos - 4½

 102





Pero el camino continuaba; seguía hasta Palencia donde dormirían llegando apenas a cenar y descansar después de haber dado alojamiento también a las mulas.

El segundo día se empleó entero en llegar a Herrera de Pisuegra. Francisco Antonio ya había utilizado varias veces el camino de Reinosa a Santander construido solo diez años antes y cuyo contratista había sido su amigo Marcos Vierna el gran arquitecto trasmerano que llegó a ser "Comisario Real de Guerra y director de puentes y caminos del Reino". Por el camino de Reinosa bajaron a Santander entre el treinta y uno y el primero de noviembre de 1764 sin novedad; parecía que las noticias de robos y asesinatos solo se producían en Trasmiera. Y a Carriazo tras la siempre placentera travesía de la bahía en la barca, llevando a bordo las mulas, hasta el embarrado atraque de Somo donde ya anocheció. A oscuras llegó a su casa unas horas después sin los malos encuentros que temía.

–Bienvenido Francisco, mi señor y dueño.


–Mi querida Ángela, abrázame fuerte, pues vengo molido, hambriento y con deseo de descanso.

Ángela de la Tijera, su mujer, le puso al tanto de los pormenores y noticias del momento:

Los bandidos, que ya habían sido capturados y encarcelados..., la asistencia de su hijo Ángel a la escuela..., los problemas con los ingleses que acechaban en la costa a los navíos montañeses... Había tenido lugar una gran epidemia en la zona y habían fallecido los arquitectos Juan Antonio de la Fuente Septiem y Jerónimo Arnaiz. En los pueblos todavía se hacían rogativas a San Roque y a San Sebastián.

También le habló de la crecida del río en el pueblo de al lado, Villaverde de Pontones, la mayor desde que había noticias, en que llegaron las aguas hasta el altar mayor de la iglesia.





Ángela se desquitaba de los meses de ausencia, todo lo quería contar a la vez y es que su marido había marchado de casa a finales de marzo, cuando ya el tiempo permitía la construcción, y llevaba siete meses fuera.

Francisco Antonio le hizo entrega de las cosas que había traído, encargadas en Salamanca: un juego de mesa con doce cubiertos, una salvilla y salpimenteros.

Y se metió en la cama tratando de conciliar el sueño. Los problemas de Villardefrades se le amontonaban: el dinero que faltaba, el pagar a las cuadrillas de canteros trasmeranos y gallegos...y aquí, en Carriazo, reunir las fianzas necesarias para las obras. Su mujer parece que había logrado reunir una cantidad con el concurso de las mujeres de otros artífices, asunto bastante normal en la época: se comenzaba una obra que iba a ser financiada por la administración del reino o por un particular como en el presente caso en el que el comitente era un obispo de las Islas Filipinas que había nacido en el pueblo.

Pero el dinero tardaba en llegar y los arquitectos tenían que adelantarle. Conocía el caso de un compañero que, al no poder reunir la suma necesaria en una obra de la administración, un puente, había ingresado por deudas en la cárcel de Toro, a unas leguas de Villardefrades. En la mañana hablaría con su esposa de todo ello.

Esa noche tuvo sueños relacionados con sus preocupaciones, en su mente bailaban los dibujos de los arquitectos célebres de la historia; él mismo tenía en su biblioteca sus tratados, como el "Compendio matemático" de Tomás Vicente Tosca, la "Varia conmensuración para la escultura y arquitectura" de Juan de Arfe y Villafañe, "L'Architettura" de León Batista Alberti y otros muchos. Los dibujos de columnas clásicas, arcos de cantería, puentes, cuerpos geométricos...le llenaban la cabeza y le aturdían. La iglesia de Villardefrades se había empezado a construir a finales de los años 30 y había estado más de veinte años detenida por falta de fondos. El diseño había pretendido lograr un edificio que se






ajustase a la moda que empezaba en Europa en esos momentos; lo que ahora y en el mismo siglo XVIII dio en llamarse neoclasicismo. Las obras se habían reanudado, pero habían regresado los problemas de dinero y todo eran agobios.

A primera hora Francisco Antonio se levantó bastante animado dispuesto a realizar trabajos para la casa; el concepto de "vacaciones" en el siglo XVIII, sencillamente, no existía; tenía que podar las viñas, pues era la época de hacerlo. En su casa tenían las parras plantadas en la forma que hoy se denomina "espaldera": sustentadas por pilares de piedra y unidas entre sí por cordaje de forma que quedaban en alto. El aparejador pasó varios días podando su viña, orientada al sur, que al año siguiente le daría una cosecha con la que fabricar un digno chacolí casero. Todo esto si el tiempo ayudaba, no como cuatro años antes en el mes de agosto, al día siguiente de San Bartolomé, en que una nube levantada de Cabarga apedreó los lugares de Liérganes, Rucandio, Riotuerto, Navajeda, Entrambasaguas y Término, este último a menos de una legua de Carriazo, dejando las viñas y el maíz a palo seco.

Una semana después recibía una carta del maestro mayor de la obra de Villardefrades: la obra se detenía de nuevo por falta de caudales por lo que el maestro arquitecto dimitía de su obligación y le ofrecía encargarse de la construcción con el mismo sueldo, quince reales diarios, que había tenido él. Lo pensaría, pero, por el momento, se ocupaba de efectuar reparaciones en su casa, olvidarse de preocupaciones, descansar...; su mujer había quedado encinta por esas fechas y en agosto siguiente nacería su segundo hijo, Antonio, que con el tiempo sería el primer decano del Colegio de Abogados de Cantabria en 1838 siendo ya un hombre de avanzada edad.

A su vuelta a Villardefrades, en el mes de marzo, Francisco Antonio Pérez del Hoyo siguió, durante algún tiempo, ocupándose en la construcción, pero los problemas financieros persistieron; se oyó decir que el galeón que transportaba el dinero desde Manila había naufragado per-





diéndose el equipaje y la tripulación. Del comitente D. Francisco Andrés González Cano, obispo de Nueva Cáceres en las Islas Filipinas, no volvieron a tener noticias y la iglesia quedó inacabada tal y como la podemos ver hoy a la entrada de Villardefrades, en la carretera que une Tordesillas con Zamora.

A finales de siglo debió morir Francisco Antonio. Le sucedió Ángel, su hijo mayor, que siguió su misma carrera de maestro de obras.

Si el viajero pregunta en el pueblo por la iglesia de San Andrés, la gente responde:

¡Ah! ¿Se refiere usted a la Obra? Aquí mismo a unos metros la puede ver...

D. Juan José Martín González, desde su cátedra de Valladolid, dejó escrito qué hubiera sido de haberse concluido uno de los mejores edificios barrocos de toda Castilla.

Debo aclarar que los personajes de esta historia existieron realmente, y que todo parecido con la realidad es absoluto. A la imaginación del autor solo han quedado las vicisitudes del viaje a casa y algún ligero cambio de fechas y nombres que convenía al relato.





Tierra de rabel



Aurori Miranda Santibáñez





Polaciones, buena tierra,
pero nieva de continuo.
El que no mata lichón
tampoco come tocino.

Refrán Popular.



Entonces los inviernos eran largos y duros, en la zona suroccidental de la provincia, en las tierras del valle con fama de ser el más alto de Cantabria con sus novecientos metros sobre el nivel del mar, en donde el altivo río Nansa nace y baña distintos pueblos que, junto con pequeños riachuelos de montaña y el deshielo de las nevadas invernales, alimenta algunos embalses como el de la Cohilla o La Lastra.


La nieve, espesa en caminos y camberas, no perdonaba los cinco meses anuales y la cocina, de día siempre encendida y de noche hasta que se agotaba la brasa. Era la pieza de la casa donde se hacía la vida, con su mesa de madera plegables, allí se comía, se hacía la sobremesa larga o alguna siesta improvisada... Las paredes gruesas de las casas de piedra no facilitaban nada el calor y las sábanas, por la noche, estaban algo tías, costando mucho alcanzar el sueño, que parecía huir a tierras más cálidas. Los gatos no salían del hogar, prácticamente, solo al balcón a mediodía para dormitar cuando lucía algo el sol.

Esa nieve persistente llegaba, a veces, a alturas que obligaban a salir por alguna ventana para poder liberar el espacio de la puerta de entrada y tener que hacer, con unas palas, un camino que permitiera llegar a la carretera para recoger el pan y algunas cosas de necesidad más perentoria, como medicinas o de veterinaria para el ganado. Todo traído en una furgoneta, preparada para ello, desde Puentenansa.

La ganadería se convertía en su mayor preocupación, después de la salud, claro, pues era su medio de vida. Las tudancas, ovejas y cabras les proporcionaban los ingresos de subsistencia cuando vendían en las distintas ferias locales y anuales en la cercana villa de Potes. Dinero que empleaban en su justa medida en víveres, como garbanzos, alubias, lentejas, bacalao, vino y tabaco; complementos necesarios a cerdos, gallinas y patatas que era de lo que ellos precisaban.

Con estas perspectivas tan duras del invierno no es extraño que la vida entonces fuese muy casera y ello diera lugar a que carpinteros,






ebanistas o *manitas* de turno diesen en trabajar la madera para solventar sus problemas de reparación de carros, basnas para traslado de hierba, dalles, rastros y otros utensilios necesarios para la vida diaria más otros caprichosos, como podían ser algunas cajitas de madera talladas o unos singulares saleros del mismo material con dos huecos y una tapa común, tallada igualmente con dibujos de estelas cántabras, que giraba.

Pero en todos los pueblos existe, en mayor o menor medida el folklore y en Polaciones fue y es muy importante y sus manifestaciones en romerías, carnavales o bodas ha sido muy relevante.

Tuve la suerte de conocer esa vida muy de cerca desde los años 70 del siglo pasado. Fue una etapa de mi vida muy agradable y vivida con gran intensidad. Las familias, allí, te acogían cuando llegabas con mucha naturalidad y su cocina, con el llar siempre encendido, era la tuya, con el calor de la gente a flor de piel.

En aquella época yo estaba integrada en el pueblo de Lombraña y participaba con placer en los eventos de turno. Disfrutaba de las *jilas* en las cocinas o en la misa dominical, a veces, para cinco o seis personas, dadas las bajas temperaturas; pescar truchas en los ríos de montaña en primavera; disfrutar las setas que te regalaban; *matacíos* del cerdo que celebraban como si fueran bodas; pasear, subir por montes o recoger té del puerto o manzanilla en las laderas del Peña Labra. Hacer fotos de paisajes; avistar algún corzo cuando bajaban del monte a beber a los riachuelos muy de mañana; ver rebaños de ovejas y cabras, así como caballos salvajes con sus largas crines y gozar la primavera con los brotes nuevos en los árboles o el otoño decadente con las hojas caducas en colores ocre, que eran de una belleza espectacular.

En el pueblo, en el año 1998, realicé alguna exposición de mis acuarelas e incluso colaboraba con artículos en la revista local "Territorio purriego", que tuvo mucho éxito en las cercanías y se distribuía en la capital. Pasado el tiempo, se canceló por falta de medios.





Así conocí a D. José María de Cossío, que vivía en su casona de Tundanca. Fue en una boda típica de allí, por ser los novios vecinos del pueblo, en la que se cantaron, como era la costumbre, trovas de versos satíricos, coplillas y canciones muy personales, que uno comenzaba y otro seguía, de creación espontánea, teniendo, a veces, como no deseados protagonistas, al alcalde, al cura o al vecino más inesperado, pero todo en un ambiente muy agradable. Estas que recojo eran clásicas.

*De Polaciones no fíes
aunque te den la palabra
porque engañaron al lobo
en un corral de Lombraña.*

*Del valle de Polaciones
sacó el Rey sus consejeros.
Del condado de Pernía
pastores y borregueros.*

El ilustre invitado me pareció que disfrutaba lo indecible con estos cantos, sobre todo cuando intervenía la ironía, cosa que nos confirmó otro día que pasamos una tarde en su casa.

Habitantes singulares, claro que los había, y en relación con el tema que nos ocupa estaba Pedro Madrid, que le llamaban "el Maestro". Escritor costumbrista. Tocaba con rabel de tres cuerdas y posteriormente dio clases de folklore en Torrelavega.

Antonio Morante, "Quintana", de Salceda -uno de los barrios más fríos del valle-. Era, como casi todos, ganadero y salía también a otras provincias *a la madera, de serrones*, como se decía entonces, durante varios meses, con objeto de traer algún dinero costosamente ganado para comprar una vaca más o atender otras necesidades, pero cuando estaba en el pueblo, en sus ratos libres, aprovechaba para materializar una gran especialidad suya: construir rabeles, lo que hacía con mucho acierto.





En su casa, había en la sala una viga de madera llena de rabeles de los que era autor, como si fuera un luthier y una tienda especializada en instrumentos musicales, los cuales tenían, según decían, muy buen sonido. En su construcción desarrollaba varios estilos y usaba distintas maderas, como podían ser las de abedul, muy dúctiles y ligeras, cerezo y otras que localizaba personalmente en el monte cercano a su domicilio. Terminaba con tapa de piel y dos cuerdas de crin de caballos locales. Tenía una clientela fija de fuera del valle, pues era muy conocido por esa particularidad y oficio, así como por sus celebrados cantos picantes y autor de algunas trovas, que acompañaba con el rabel elegido para el momento.

Su cuñada, Adela Gómez, era otra persona de Salceda, célebre por sus jotas y cantos con el rabel o bandurria, como a ella le gustaba decir y, a veces, con la pandereta. Su especialidad era amplia: trovas, coplas, romances y poesías, que ella cantaba con su estilo personal, aprendidas en parte de su madre -la tía Mariquita- y con lo que cosechó mucho éxito.

Ostentaba fama y prueba de ello es que la visitaban periodistas para entrevistarla, casi diría que regularmente, así como intérpretes como Chema Puente, según dicen discípulo suyo y otros rabelistas para intercambiar impresiones o interpretar juntos en eventos y festejos. Su talento lo había heredado de su padre, Eloy Gómez Rey, que, según parece, también fue un personaje conocido por su relación con el rabel y se lo transmitió a sus tres hijos varones. En cambio, su única hija, Adela, aprendió, según ella, escuchándole y fue la que más sobresalió por su maestría y estilo personal.

Su foto, interpretando, sentada, con el rabel de dos cuerdas sobre las rodillas, salió varias veces en el periódico Diario Montañés y en el Alerta. Se la escuchó mucho en las emisoras de radio y su repertorio quedó recogido en el Romancero popular de La Montaña, de José María Cossío y en el Romancero de Cantabria, de J. M. Fraile. Fue reconocida con varios premios por sus interpretaciones del folclore cántabro.



Ambos fallecieron ya, Adela con noventa y siete años y "Quintana" con setenta y nueve, dejando su sello personal en estas tierras que, aparte de su riqueza ganadera, tienen también, entre otras cosas, la fama, bien merecida, que les proporcionó ese oficio tradicional de Cantabria, como es la creación de los rabeles, convirtiéndose al mismo tiempo en verdaderos maestros de la música que de sus cuerdas salía.

De aquellos tiempos conservo un ejemplar hecho para mí por "Quintana", artesano y a la vez intérprete, con un afecto especial.





Conciencia de soledad



Fernando Moreno Rodríguez





Soy farero de oficio,
vigía a todas horas,
capitán de una torre
varada entre las rocas.

Juan Carlos Martín Ramos.





o siento mucho, Paco, te digo que lo siento y te soy sincero, créeme. De alguna forma tal vez desearía ser yo quien estuviese como tú lo estás ahora, pero ya ves, Paco, querido amigo, lo estás tú. Tú tienes lo que siempre creíste tener y no lo has tenido en realidad, y yo ahora no tengo aquello que tuve y quisiera seguir teniendo; así son las cosas del destino cuando se le pone en gana muñir a la gente. Paco, querido amigo. Mira, al menos te podré hablar sin los miedos de siempre: los que he venido arrastrando conmigo mismo desde hace cuarenta años, cuando éramos chicos en el pueblo. ¿Recuerdas? que siempre te mofabas echándome en cara aquello de que me faltaban tres meses para igualarte en edad? Anda, mira, tú ahora estás como mudo y sordo, por eso me atrevo hablarte, siempre he sido muy poco cuando íbamos juntos, muy poco... casi nada, más bien diría yo. Por eso ahora no tengo miedo de hablarte, como estás como mudo y sordo, pues eso ¿no? Tú solo escucha; supongo que estés cómodo y si no lo estás, me imagino que poco lo vas a notar. Ese jergón es viejo, pero nunca ha dejado de ser mullido.

En este faro hay poco sitio para lo que no hace falta, aquí todo es redondo, desde la cámara hasta la luz de la linterna girando y girando, todo es redondo; la escalera de caracol es redonda, la cúpula solo gira continuamente, la veleta da vueltas y vueltas sin saber cuándo debe parar; como lo hace ahora el viento que está empezando a rutar contra los acantilados. Todo en esta vida parece querer ser redondo sin transición. Paco, amigo, hasta mis recuerdos por Isabel han seguido dando vueltas sin saber para qué exactamente. Isabel... la chica más guapa como nunca parirá madre alguna. Se metió en mi alma como la luz de la linterna de este faro. Nos quisimos mucho como se quiere a los diecisiete años, y no pretendo hacerte daño con mis palabras, pero tal y como estás me envalentona decírtelo. Sus ojos era la caricia de una madre: suaves y cálidos. No era hermosa, pero sí se le salía por los poros ese algo del que carecen las personas sin importancia. Yo estaba loco por ella, oye Paco, amigo, colado hasta los huesos. Y cuando mis labios bien rozaban sus





orejas, bien junto a la comisura descubriendo la artesanía del beso, o se dormían en su frente o en la fina pradera del valle de su pecho, sentía tener no solo un cuerpo de mujer sino mi propia vida. Éramos dos cómplices de una hermosa travesura unidos en el gesto. Nuestro cariño no fue aplacar la sed de juventud, era la gracia de la entrega, era la savia de la vida. Ella acariciando mi pelo, yo su caballera rubia como un velo para mí, no pura traslación al ayer tan enhebrado en la repetición, sino tan paralizado en el puente de la adolescencia que su sensación era fulgor sensible. Pero ya ves, al final se casó contigo.

Pero ¡calla! Parece que la mar se ha puesto con fuerte marejada. Vendrán las olas de barlovento NW contra el rompiente de la cala mayor. En ese rompiente el escandallo apenas marca quince metros y el paredón de olas saltarán por encima de la isla; siempre lo hace cuando el viento se emborrasca. De seguir así la singladura del oleaje irá a sotavento contra la cala pequeña de la isla, pero como está al SE, la embarcación en la que has llegado hasta aquí corre peligro. Para que luego digan algunos que los faros son como un estúpido cíclope de piedra pretendiendo emular al sol durante la noche. Ellos no saben que los faros son algo muy serio, ya lo creo, muy serio, Paco, amigo, y los torreros, ni te cuento. Porque yo me digo... ¿con una borrasca como la que se está formando ahí fuera, si yo me despisto o me pongo enfermo o lo que sea, y no se mantiene encendida la luz del faro? ¿Qué hacen los que están ahora en la mar a varias millas de tierra brincando sobre las olas, buscando con ansia cada relámpago de luz de este faro que los aleja de los bajíos y cantiles del litoral? La historia de los hombres de mar está trufada de episodios ligados a los faros. Y yo estoy tratando que a este faro le suban de categoría. Ahora es de cuarta, pero estoy seguro que como le den otra vuelta de tuerca lo ponen al menos de tercera. Es lo que se merece que, aunque pequeño, lo atiende un torrero mayor, de los pocos que salimos en la última promoción de la Escuela de Torreros de Faros. Ya ves Paco, siendo hombre de tierra me siento marinero. En todos estos años recorriendo faros me siento un torrero nómada






que ha ido envejeciendo entre roquedos de faros. Pero...aguarda, tengo que anotar las observaciones metereológicas de hoy; la tormenta rotará pronto al SE, y como te dije antes, un faro y su torrero son una cosa muy importante. De eso lo saben bien los chicos de por aquí. Todos los días me viene un grupo para que les enseñe matemáticas porque dicen que lo explico mejor que don Matías, el maestro. Por cierto, entre ellos viene el hijo que tuviste con Isabel, y el chico quiere ser farero, también. Cosas de muchachos. Pero bendito sea Dios, porque de esa forma veo a su madre cuando le acompaña. Ella me dice que tiene algún aire que le hace recordar a cierta persona que conoció años atrás. Y lo dice con retintín. Me callo por no contrariarla, pero es igual que tú. Tu mujer sigue teniendo ese atractivo interesante de cuando joven, aunque la verdad, no hay cosa que el tiempo no cambie. Ella no sabe lo que supone estar como lelo recordando a una mujer y vivir con la presencia de su compañia sin tenerla. Con ella descubrí el primer amor de mi existencia, que no fueron iguales los que tuve después, que fueron distintos porque ella era distinta; o así lo imaginé durante algún tiempo deslizándose a mi lado en alguno de los primeros faros donde estuve.

Hasta que fui conociendo a Teresa, María, Eva..., a diferentes nombres que nunca he sido, lo sabes, desagradecido en amores y en definitiva, es innecesario siquiera mencionarlo, precisara de ciertas relaciones. Pero no te digo más cuando me tuve que casar en Galicia porque yo no tenía dinero para seguir costeándome los estudios de torrero. Con veinticinco años mi mayor ambición era subir en el escalafón: de torrero de tercera a torrero de primera. El padre de ella era rico, pero cuando el cura dijo: *...con este anillo te desposo*, me rugían las tripas, y cuando: *...lo que Dios ha unido nadie lo separe*, contuve un clamor y tuve que morderme muy fuerte los labios para aguantarlo. Es duro, Paco, muy duro oír: *os declaro marido y mujer...* y no quieres que seas tú; que cuando acabó la ceremonia la claridad me hería los ojos. *Es la emoción de felicidad*, dijo alguien, *o tal vez una pestaña*, también escuché. Sí una pestaña imprudente llamada Isabel. ¿Te canso? Qué tontería...cómo te





vas a cansar, en el estado en que estás. Ya te advertí que ese orujo gallego se sube a la cabeza, te lo advertí... y acabaste la segunda botella sin importarte un higo mi recomendación. Como siempre, desde cuando chico insertando lo sensato con la exploración inconsciente de la aventura con pose de arrogante fanfarrón. Tal vez así fuiste engatusando a Isabel. Por eso se casó contigo. A saber. Aunque llegué a pensar como una demostración de estúpida vanidad sobre mí.

Consideré la posibilidad de tener hijos y enseñarles todos los secretos que cobijan estas torres tronco-cónicas, pero el vientre de la mujer con la que me casé estaba seco, igual que mis ojos ahora. Pero aprendí a vivir con los buenos recuerdos, pues las cosas las tenemos aquí, en la cabeza, Paco, se marchan e igual te ves riendo o llorando, retozando con mujer o con la pena, qué a gusto, que pones cara de tonto sin serlo, y de joven si darte cuenta que la mocedad se alejó de tu piel. Que la vida te da recuerdos buenos o te quita contento y te va dejando solo y te pierdes en la masa indiferente de cualquier bar. Pero dentro de mi faro, por un instante, la vida vuelve a brillar con mayor intensidad entre las sombras de la noche y la luz de sus ocultaciones dura más que la oscuridad. No te lo había dicho aún, pero poco antes de venir a este faro de nuestro pueblo se murió la mujer con la que estuve casado; se fue quedando como una favila bajo las mantas, apagándose, diciendo de qué día de lluvia, el cielo con ojeras, las nubes todas como sacos de carbón, que yo me asomé a la ventana para ver cómo se volcaban en agua. Luego se quedó la cama vacía, el hueco dejado por la que había sido mi mujer ¿Tú sabes cómo es preferible tener una manzana en las manos que ansiar la hermosa piña inalcanzable? Así comencé a darme cuenta de que había dejado escapar la manzana a mi alcance por un delirio ilusorio de juventud. Tonto me llamé, imbécil de pies a cabeza por haber cerrado los ojos a la realidad, por haber dejado marchar a una buena esposa, porque siempre fue buena y paciente conmigo, siempre intuyó la existencia de un amor callado en mis adentros. Idiota había sido inventándome una soledad estando acompañado; la verdadera soledad

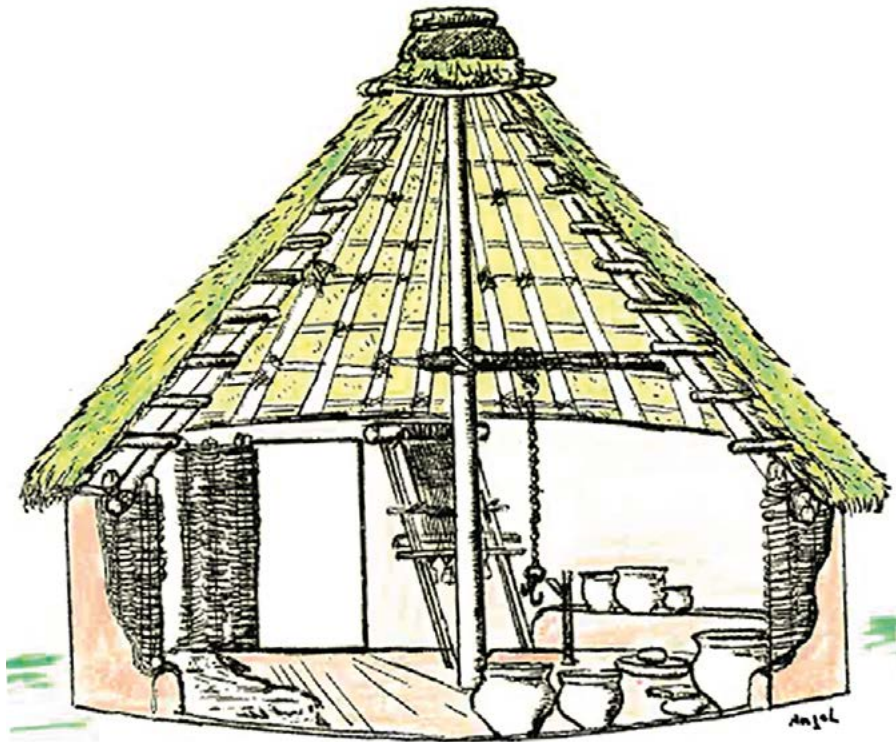


vino tras su fallecimiento, cuando al entrar en mi casa el ruido de la puerta al cerrarse se perdía en silencio, porque allí acababa toda compañía; no había nada más. Y te pones medio enfermo de silencio, y es que no sepa estar solo, pero no busco la soledad ni quiero que viva conmigo.





El techado con materias vegetales, un oficio perdido





... hasta el presente se sigue construyendo así con tales materiales en naciones extranjeras, como la Galia, Hispania, Lusitania y Aquitania, donde utilizan para techar tablillas de roble o bien paja.

Vitruvio. *De Architectura*, libro II, cap. 1,4.





n oficio que hace muchos -muchísimos- años tuvo que existir en el área cántabra fue el de techador con materiales vegetales.

En nuestro sector de la Cordillera Cantábrica el oficio debió perderse hace siglos. Todos hemos conocido ya las casas de nuestros pueblos techadas con tejas. No obstante, en zonas colindantes, como el norte de Palencia, el Bierzo y Riaño en León o más allá por la Asturias occidental y diversos lugares de Galicia, han llegado hasta nosotros casas y estancias para el ganado totalmente cubiertas con verdes retamas cortadas en el monte o cubiertas con dorados colmos de paja de centeno.

Esas diferentes coberturas vegetales, primorosamente dispuestas en tejados con la necesaria pendiente para que el agua de los desnieves o de la lluvia no penetre, dan a las construcciones el aspecto de las casas de los cuentos.


En un remoto pasado prehistórico y después, durante la época romana y aún durante parte de la Edad Media, las construcciones de miles de pueblecitos distribuidos por una gran parte de Europa debieron tener este tipo de techumbres.

El arquitecto romano Vitruvio en su obra *De Architectura*, escrita entre los años 27-23 a. C., ya se refirió a la perduración de este tipo de tejados en varias partes del occidente europeo.

Las casas de los castros, tanto de época prerromana como de tiempos romanos, tendrían ese aspecto, que hoy, por ejemplo, podemos apreciar, todavía en las cabañas del parque de Somiedo en Asturias o en los Ancares leoneses y gallegos.

Ciertamente, en el pasado siglo, en el mundo pastoril de nuestra zona cántabra aún se construían cabañas de pastor techadas con tapi- nes, con trozos cuadrangulares de céspedes, que se disponían ordenadamente sobre el armazón de madera del tejado. Seguramente tam-





bién, de manera ocasional, se hicieron algunas techumbres con brezos o con retamas -que aquí llamamos “escobas”-, pero hoy entre nosotros es un oficio perdido. Un oficio artesano que en nuestra tierra únicamente ha sido rescatado en contadas ocasiones al recrearse a tamaño real y al aire libre varias viviendas del antiguo mundo cántabro en los pueblos de Argüeso y Cabezón de la Sal.

En las citadas construcciones rurales de Galicia, Asturias y León aún podemos ver esas imágenes de un mundo perdido y, en versiones más lujosas, todavía pueden apreciarse estas techumbres en viviendas de encantadores pueblos de Francia, el Reino Unido, Alemania y muchos otros países del espacio europeo.

Hermanos Portilla: Una saga cántabra de fundidores de campanas



Marino Pérez Avellaneda





Campana.

Bordón.

En la torre
amarilla,
dobla una campana.

A Eugenio Montes.

Sobre el viento
amarillo,
se abren las campanadas.

En la torre
amarilla,
cesa la campana.

El viento con el polvo,
hace proras de plata.

Federico García Lorca.
Gráfico de la Petenera del Cante jondo. 1921- 1922




Siempre me han llamado la atención las campanas, incluso cuando era muy niño, y más aún desde que tuve que lidiar con ellas varios años durante mi época de monaguillo en la localidad castellana que me vio nacer, un pueblo en el que, por aquella época, eran las encargadas de marcar los días y las horas: Toque a la misa diaria, al rosario, a "tente nubló", a difuntos, a boda, a bautizo, y no digamos las llamadas de aviso o socorro por algún incidente, fuera éste de fuego, de riada... Todo tenía su toque y su son, con un lenguaje inteligible por la gente de campo, que actualmente está desapareciendo...

En mi vuelta a Cantabria, a finales del verano de 1990, me topé de nuevo con ellas, pues dio la casualidad de que a poca distancia de la casa en que me instalé en Muriedas, se encontraba una fundición regentada por Miguel Portilla, maestro campanero, instalación que siempre suscitó mi interés, acrecentado por el hecho de ser reconocido artífice de campanas más allá de las fronteras españolas.

Por otra parte, con motivo de la apertura del arca de las reliquias de San Vitores, santo venerado en Cantabria en diversos lugares como Hijas en Puente Viesgo, La Veguilla en Reocín, Salcedo en Valderredible, Riaño de Ibio, y los dos San Vitores, el de Medio Cudeyo, y el de Valdeprado del Río, en el año 2016 en la localidad riojana de Zorraquín cercana a la villa de Ezcaray, se fundieron las campanas antiguas para construir unas nuevas de mejor sonido, a una de las cuales se le bautizó con el nombre del patrono del pueblo, San Vitores.

Cuando se convoca este nuevo libro colectivo de la SCE sobre los oficios antiguos, enseguida me viene a la cabeza realizar mi trabajo sobre los campaneros. Me acerco a la fundición cercana para visitar el taller e intercambiar impresiones con el artesano, pero me la encuentro cerrada... Pregunto a un vecino que vive en la casa de al lado, y me dice que **Miguel Portilla**, el campanero, había fallecido recientemente, añadiendo para mi pesar, que el taller permanecía cerrado desde entonces.





Me indica, no obstante, que un sobrino suyo sigue con la tradición de campanero.

Decido comenzar investigando sobre mi ex - vecino campanero, y encuentro datos muy interesantes sobre su vida y obra. Me entero de que la fundición de Miguel tiene, o mejor sería decir, tenía, un horno de 4.000 kilos y un crisol de media tonelada. De que a lo largo de su vida llegó a fundir miles de campanas, esparcidas por toda la geografía española y sudamericana; de que desde 1940 tuvo una fundición en Bogotá (Colombia) con su hermano Marcelino, hasta 1968 en que vuelven y se instalan en Muriedas. De que campanas suyas enriquecen y adornan hoy el culto en multitud de templos católicos y protestantes de medio mundo: Australia, Islandia y América principalmente. Una de sus campanas más aparatosas, de 4,5 toneladas y 1,82 metros de altura, sigue alegrando con sus tañidos la catedral de Cartagena de Indias en Colombia. Suya era también una de las que quedaron sepultadas el 13 de noviembre de 1985 por el volcán Nevado del Ruiz, también en Colombia: la que tocaba a misa en la localidad de Armero, arrasada por la tragedia. En España persisten muchas como, por ejemplo, la del campanario de la iglesia del Salvador en la localidad valenciana de Casas Bajas, fabricada en su taller de Muriedas en el año 1990, con el nombre de "Sagrada Familia".

Miguel Portilla perteneció al selecto club de carrillonistas europeos, compuesto solamente por 14 profesionales. Era el único español que asistió al congreso celebrado en 1988, y el único de ellos que mantenía la tradición iniciada en España con el primer carrillón que se instaló en El Escorial en el siglo XVII, el cual había sido construido en los Países Bajos, donde se comenzaron a fabricar en tierras de Flandes, hacia mediados del siglo XV.

Como dato relevante, cabe reseñar que Miguel Portilla construyó, en 1986, un carrillón de 14 campanas y 2 toneladas de peso para el santuario paraguayo de Caacupé, ubicado en el Departamento de la cor-





dillera andina, que él mismo hizo sonar dos años más tarde en ocasión de la visita del Papa Juan Pablo II, cuando elevó la categoría del edificio religioso a Basílica. Según cuentan las crónicas, Miguel Portilla viajó expresamente para ello desde España, y bajo su “batuta” el carrillón interpretó las *Ave María*s de Gounod y de Schubert, así como el himno de la patrona de la ciudad paraguaya, Nuestra Señora de los Milagros, a quien está dedicado el templo, que es el más grande del país, y que también ha sido visitado por el actual Papa Francisco en 2015.

En la fundición, mantenía el primitivismo de las fórmulas, un rasgo vivo de la Edad Media; pero en el último tramo de su vida se las tuvo que ver con los mecanismos electrónicos y el mando programable que acciona los martillos de sus campanas afinadas sobre la base de un microprocesador. Según contaba, antes que él ejercieron el oficio varias generaciones de su familia. Esta es la saga: Constantino Linares Ortiz, que tuvo el taller en Carabanchel Bajo (Madrid). Su sobrino Marcos Portilla Linares y su hermano Eduardo, con taller en San Bartolomé de Viena. Marcos Portilla Matanza, que se trasladó a Pedreña, y sus hermanos Miguel, Marcelino, y Mario.

En la actualidad son tres familiares los que mantienen la tradición en Gajano (Marina de Cudeyo): Abel Portilla Bedia y su hermano Marcos, nietos de Marcos Portilla Linares y sobrinos de Miguel, y Melchor Bedia, su primo. Abel completó su formación viajando a Brasil donde trabajó con Giacomo Crespi, fundidor italiano que en 1972 instalaba 12 campanas de bronce en el centro de Canela, en el Estado de Río Grande do Sul. En el taller de Gajano se elaboraron en 2016 unas 60 campanas.

No recuerda Abel quién fue el primer miembro de la familia en dedicarse al oficio, pero sí sabe que un tío de su abuelo era “tan bueno que fue contratado personalmente por el Rey”. Pensamos que pudo ser Constantino Linares Ortiz que fue a Madrid hace doscientos años para convertirse en proveedor de la Real Casa.





Según cuenta la leyenda, el rey Felipe II trajo a España a un grupo de holandeses expertos en fundición de campanas para que llevaran los ecos del cristianismo hasta el último rincón de la Península. Estos maestros artesanos se establecieron en las cercanías de Laredo, donde enseñaron su oficio a los habitantes de la zona. Se iniciaba así una tradición que, cinco siglos después, todavía mantiene sus señas de identidad de lo que en la actualidad sigue siendo una empresa familiar: **Hermanos Portilla**, cuyas campanas, además de en España, se venden en Francia, República Dominicana, Perú, Brasil o Colombia... Los Linares-Portilla han surtido los campanarios de las iglesias españolas e iberoamericanas desde hace más de cuatro siglos.

Las campanas que se construyen en el taller de Gajano son de tipo renacentista, y las elaboran siguiendo la tradición familiar, aplicando las mismas técnicas de fundición que usaron en el Renacimiento escultores italianos, como Miguel Ángel (1575-1564), u orfebres, como Benvenuto Cellini (1500-1571). Utilizan, como ellos, materiales tan precarios y aparentemente frágiles como el barro, el cáñamo o la cera, mediante la construcción de los tres moldes que darán forma a la colada de bronce una vez se solidifique, en un proceso largo y complejo cuya descripción obviamos por razones de espacio. Solamente queremos apuntar que, antiguamente, los campaneros se trasladaban por largas temporadas a las zonas de encargo para construirlas in situ, dadas las grandes dificultades para el transporte que suponía moverlas por su gran peso. Los maestros campaneros de Cantabria realizaban un sorteo cada año por San Blas, el 3 de febrero, por el que se repartían las regiones de España que iba a atender cada uno. Allí se trasladaban con alguno de sus hijos o con ayudantes, y durante varios meses permanecían dedicándose a la fabricación de las mismas, realizando el trabajo "a pie de torre", es decir, en el mismo lugar en que iba a ser colocada la campana, que podía llegar a pesar varias toneladas.

A partir de la implantación del ferrocarril y otros medios potentes de transporte, se elaboran en los talleres de fundición. No obstante,






los Hermanos Portilla, también siguen desarrollando el proceso a pie de torre, en ocasiones.

Su taller es referencia señera en un sector en que la mayoría de empresas de fundidores actuales se han decantado por métodos modernizados e industrializados. Sus campanas resuenan en las torres de multitud de iglesias españolas, entre las que podemos citar algunas como la catedral de Santander, las últimas ocho fundidas en 1999, donadas por la Fundación Botín; o la de Sigüenza (Guadalajara), con una de 5 toneladas, quizás la más grande que ha hecho. Digno de mención también es el carrillón de las torres de la basílica de Covadonga, que toca, cada hora, el himno de la Santina.

Su método de elaboración con el sistema de fundición "a la cera perdida" (se evapora con el calor), les permite conseguir que cada una de sus campanas tenga un estilo y sonido único, adaptable a las preferencias de cada cliente o región. Como dice Abel Portilla: "En Cataluña las bandean, sin que lleguen a dar la vuelta del todo, mientras que en Valencia disfrutan al girarlas y hacer mucho ruido. En Galicia, les gusta que la nueva suene exactamente igual que la que tenían, con tañidos melancólicos, que van contra las tendencias actuales, de sonidos más alegres". La calidad y singularidad de las campanas que consiguen es única, de tal manera que duran entre cuatro y cinco siglos porque están bien elaboradas. En época reciente se han tenido que refundir bastantes, debido a que las que se elaboraron durante la Guerra Civil y la postguerra eran de mediana o mala calidad, y sufrieron un deterioro prematuro.

Hace tiempo que Abel desea rescatar el patrimonio artesanal dejado en la región por generaciones de fundidores, aunque de esa tradición hoy tan sólo sobrevive el taller que regenta con su hermano Marcos. Para salvaguardar su conocimiento y devolver a Cantabria esta seña de identidad, ha propuesto al Ayuntamiento de Meruelo, donde ya existe un Museo de campanas en el que se puede seguir todo el proceso de fabricación, la creación de una escuela de fundidores similar a la recu-





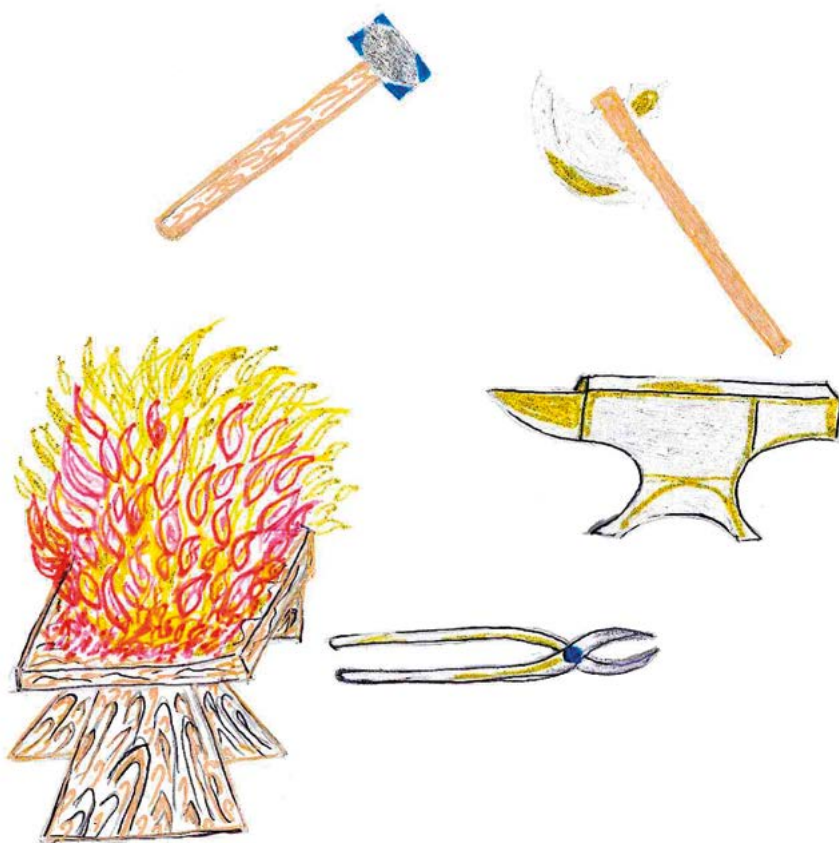
perada "Escuela de canteros", de tan intensa e interesante tradición en Trasmiera.

Para terminar, señalamos algunas cosas curiosas sobre el mundo de las campanas. La más antigua de España data de 1219, tiene por nombre "Wamba" y se encuentra en la catedral de Oviedo. Se suele considerar la más grande una que se halla en Toledo con un peso de casi 15 toneladas, conocida como "La Gorda", que fue fundida en 1753. También es destacable por su calibre la campana "María" de la catedral de Pamplona, construida en 1584, con algo más de 10 toneladas. Cuando sea realidad el proyecto de Abel Portilla de fundir una de 20 toneladas, se convertirá en la más grande de España, lejos, no obstante, de la que se considera la mayor del mundo, la Tzar Kolokol ("campana del zar") del Kremlin en Moscú, fabricada hacia 1733, que tiene un peso de 220 toneladas...

¡Larga vida a los campaneros!



Temple Real





El trabajo consiste en lo que un organismo está obligado a hacer; el juego consiste en lo que un organismo no está obligado a hacer.

Mark Twain.



manecía un nuevo día en Reinos, en el que Abilio, su herrero con más prestigio de la región, se disponía a tomar su tan querido desayuno. Amaya, su mujer, ya andaba por la cocina en sus labores rutinarias, y no dudaba ni un momento en la abundancia que le preparaba a su marido para desayunar.

—Tanto no me prepares, cariño —sugirió Abilio.

—Tienes que tomártelo todo para cumplir bien con tu trabajo.

—Me tomaré el café y el revuelto de huevos solamente.

—Pues acompaña ese café por lo menos con unas galletas.

Abilio no protestó nada más y desayunó todo sin prisas, pero con la mente ya puesta en su trabajo.

Tenía suerte, pues la fragua la tenía pegada a su casa y era de su propiedad. Nada más abrir, no pasaban ni cinco minutos, y ya tenía gente para que les reparase las hachas, azadas, rejas, parrillas y otros utensilios. Además, también forjaba cosas nuevas, como tenazas, cerraduras, herraduras, etc.

Sin tardar mucho, Abilio ya preparó el fogón alimentado de carbón natural de roble y haya. Activó el fuelle para avivar las brasas y a golpe de martillo y en el yunque daba forma a las diversas herramientas que tenía que arreglar. El temple lo daba en una cubeta de grasa animal en la que ponía la herramienta unos cinco minutos y de ahí la pasaba al agua unos segundos. Ya solo le quedaba colocar la herramienta en el torno y darla unos retoques con la lima. Una vez hecho esto, ya la tenía preparada para entregar y el trabajo había concluido.

Abilio tenía fama de buen herrero por toda la región y desde toda la comarca acudían a él para reparar y forjar sus herramientas. En la fragua, además, él, en todo momento, contaba chistes y los clientes siempre estaban de juerga, pasando un rato ameno entre cada reparación.





Ese mismo día, y ya acabándose la mañana, llegó una persona que decía que era un mensajero real. Abilio no sabía si se trataba de una broma, pero por los ropajes que llevaba el supuesto mensajero, no parecía que se tratase de ninguna.

—Buenos días buen señor — dijo el mensajero.

—Sí, buenos días--, ¿Qué quería usted?

—Vengo por mandato del rey para que usted forjase para él un hacha.

—Está bien--, ¿y para cuando la quiere?

—Vendré dentro de una semana a recogerla. Muchas gracias.

El mensajero real se despidió, y Abilio algo nervioso pensó en cómo podría hacer un hacha que fuese del gusto de su realeza.

Ya en la comida se lo comentó a Amaya y esta se puso muy contenta con la noticia. Se le había quitado el apetito por los nervios, pero su mujer le dio mucha tranquilidad diciéndole que era un honor para él y un prestigio increíble para su familia. Sus dos hijos también le animaban y le calmaban diciéndole que él era el mejor herrero de la comarca y que haría el hacha muy bien a gusto de su majestad.

Los días siguientes fueron algo estresantes para Abilio y en la fragua casi no se oían sus chistes. Se tomó muy en serio el trabajo encomendado y la forja del hacha ya estaba dando sus frutos. La tenía ya hecha y solo le quedaba darle el temple y unos retoques. Era un hacha preciosa y su corte parecía perpetuo. La verdad es que se había propuesto hacer un hacha bien, y le había quedado una obra de arte.

La semana concluyó, y el mensajero real llegó para recoger el hacha. Quedó muy sorprendido por su belleza y se dispuso a pagarle los honorarios estipulados anteriormente.

Ese día, Abilio y su familia quedaron enorgullecidos por tal labor. Todo



regresó a la normalidad; reanudaron los chistes y las carcajadas en su querida fragua. El rey, al poco tiempo, le mandó una carta en agradecimiento por tan buen trabajo. El hacha era una magnífica pieza a la que no se le saltaba el corte. Le emplazó para nuevos trabajos a realizar en un futuro próximo. El humilde herrero de Reinosa cobró fama nacional. Su trabajo creció de manera enorme, dándoles a él y a su familia un prestigio incalculable.





Mi ama

Dedicado a Alejandra Carrasco Fernández, in memoriam.



María Luz Quiroga Feijóo





Se necesita una nodriza o ama de leche que no pase de un año que haya parido, que sea amable, aseada, leal y trabajadora. Las personas que han dejado este encargo en la Agencia e Imprenta del Diario manifestaron además que preferirían a una pasiega de iguales circunstancias.

Diario de Santander, 19 de Junio de 1848.
José Manuel Fraile Gil. *Amas de cría, campesinas en la urbe.*
En www.cervantesvirtual.com.



e vuelto a la casa de los abuelos, en Castelar. Ha sido un día muy lento, después de otro en el que los hechos se precipitaron, sin apenas tener tiempo para asimilar el encuentro y la despedida de Josefa Cobo Sainz. A ella, de 42 años, la hemos enterrado en Ciriego esta tarde.

Allí hemos estado sus amigos y única familia: mi padre, Nicolás del Corral y mi madre, Carmen Bilbao; mis abuelos maternos, Juan y Eloísa –todavía “de pie”-, Benito, el chofer de papá, Concha Cobo –tía de Josefa y fiel sirviente de mis abuelos- y yo. Tres generaciones con las que ella convivió, entre Santander y Madrid, y una colmena de recuerdos en la mente de cada uno, que siguen presos aún en este dolor vivo y lacerante que nos traspasa.

Quiero estar sola. Quiero estar con ella en esta primera noche. Acurrucarme en su regazo como tantas veces hiciera siendo niña, cuando tenía sueño, pero me daba pereza ir a la cama porque estaba fría. Ahora soy yo quien te quiere abrazar y contar nuestra historia para que nos acompañe en esta noche gélida en la que tú estás en mí y yo en ti, más presentes que nunca.

Soy tu niña Carmina. Nací hace veinte años aquí, en Santander. Mamá casi se muere de parto en Valdecilla y, desde entonces, sufre una cardiopatía que la limita mucho, aunque, ya lo sabes tú bien, todos la hemos cuidado, empezando por ti, que llegaste a casa cuando apenas tenía yo dos días y mamá se debatía entre la vida y la muerte en el hospital.

Traías contigo a tu hijito Pepín de dos meses, en el cuévano y también una *maletuca* de cartón piedra, como el *cabás* que llevaba yo al colegio cuando me hice mayor, aunque más grande que éste –¡claro! Bueno, eso es lo que tú me has contado, pero yo ahora te lo recuerdo por sí, con tanta *quimio*, se te ha ido de la cabeza y... como siempre





me dices que “hay que empezar por el principio”... Pues eso, fueron a buscarte a Sarón papá y Concha para que me dieras de mamar a la vez que a tu hijo. Así que Pepín era mi hermanito y tú mi *ama de cría*, y yo te llamaría “AMA”, sólo una “M” menos que “MAMÁ” y una tilde, sí, que no falte la tilde porque si no, es otro el sonido y..., me dirías: “no te equivoques ‘pequeña’ que tienes que hablar bien para llegar a ser una señorita cuando crezcas”. Porque tú eras maestra y habías viajado a Castro cuando acabaste la carrera. Un día me contaste aquella historia, tu historia con Vicente, al que nunca más verías después de que *te hiciera el hijo*. Huyó al monte con otros más, los pillaron y murió en el Dueso de tuberculosis, sin haber renunciado a sus ideas. “Eran malos tiempos —me decías—. Estaba lleno de odio. La guerra para él no había terminado, sólo acababa de empezar. No me dio tiempo a convencerlo, sólo pude advertirle, y ni siquiera la responsabilidad de un posible hijo le hizo cambiar de idea. Las cosas eran y son así”. Y me enseñaste una foto de él con dos camaradas. Era muy guapo. Tú le querías mucho y sólo hablaste de ello conmigo. Fue una vez que yo te pregunté; tenía entonces unos doce años y empezaba a descubrir la vida... Te adoraba, eras mi “ama”, pero también mi amiga, mi hermana..., eras todo lo que yo necesitaba que fueras en cada momento.

Mamá también te quería. Yo sé que miraba a otro lado cuando llegaba el verano e íbamos al cementerio. Visitabas dos tumbas en dos alas opuestas del recinto, la de él y la de vuestro hijo, José Vicente (Pepín), *mi hermano de leche*, que murió apenas lo destetaste (¡maldita infección!, que se llevó a tantos niños aquel verano).

Realmente, yo no me acuerdo de Pepín, aunque a fuerza de verlo en las fotos creo que lo he conocido, que lo he tocado, que había dos cunas y tú nos cantabas una canción mientras tejías, hasta que dejabas de hacerlo y entornabas la puerta de la habitación para dejarla en penumbra. Entonces Pepín rompía a llorar y tú lo cogías en brazos y lo acunabas, y yo también lloraba para que tú me acunaras igual. Pero, no sé si me lo estoy inventando... porque me acuerdo de que ya en el colegio de las





Irlandesas, en Madrid, yo siempre decía a las demás niñas que mi hermano había muerto, pero me inventaba historias sobre él. No soportaba la idea de ser *hija única*, porque todas mis amigas tenían un montón de hermanos y yo hice de Pepín un hermano único, imprescindible, el mejor... Y ¿te acuerdas, Ama? Cuando ibas a buscarme al *cole* y luego me ayudabas con "los números", con la caligrafía y el significado de las palabras, y decías: "Lo quieres saber todo, deja algo para más adelante y haz las cosas bien. Cada cosa que aprendas tienes que cuidarla porque tiene que crecer contigo; es como una planta: puede dar muchos hijos, muchos esquejes, pero tendrás que cuidar a la planta y a cada nuevo esqueje que plantes".

Eras muy sabia, Ama. Así que mamá y papá estaban felices de que te quedaras en casa y no hicieras aquellas oposiciones para "ciudades de más de diez mil habitantes" que... ¡hemmm!, me parece que nunca después se convocaron. Pero luego, cuando yo cumplí los trece años, papá y mamá determinaron que tú debías pensar en un futuro. Al fin y al cabo, eras como su hija mayor y entonces pediste el reingreso en *el cuerpo*, y te destinaron a Heras, en Santander.

Aquel día de ese verano, en el que tú no regresaste con nosotros a Madrid y te quedaste con Concha y los abuelos en Santander para ir y venir a Heras, cada día, yo lo pasé mal y sospecho que tú también. No nos despedimos..., fui consciente de que las cosas eran así.

Han pasado siete años, Ama. "No te preocupes. Viviré por ti y te llevaré conmigo para contarte estas cosas y más: "nuestras cosas". Esto no es una despedida, es sólo un día después".





Félix el molinero



Félix, el molinero

Isidro Rodríguez Castanedo





El corazón de un hombre es una rueda de molino que trabaja sin cesar; si nada echáis a moler corréis el riesgo de que se triture a sí misma.

Martín Lutero.



n una ocasión escuché que el molinero era el artesano del trigo y que estaba bendecido porque convertía el grano en el alimento más sagrado para la humanidad: en el pan de vida.

Yo no creo que haya que elevar a sublime categoría el oficio de molinero, pero voy a contar una historia, la de un humilde y esforzado hombre que vivió entre los siglos XIX y XX en las altas tierras del sur de Cantabria. Allí donde el frío es compañero inseparable, incluso en los meses de estío cuando el sol se oculta y una misteriosa niebla desciende por las laderas de las montañas hacia los valles envolviendo con su silencio las casas de los pueblos que encuentra en su camino.

Félix, que era como se llamaba, había heredado de su padre el oficio de molinero. Desde bien pequeño se instruyó en este trabajo observando y ayudándole. En aquellos años no había otra aspiración para un niño nacido en el seno de una familia modesta y sencilla como era la de Félix. Tan solo le cabía la posibilidad de ingresar en el seminario de Santander para formarse como sacerdote y así aliviar a la familia de una carga económica, algo poco probable para él puesto que ya dos de sus hermanos habían tomado ese camino, el mayor que llegó a consagrarse a Dios bajo la orden capuchina y que libremente quiso irse a las misiones en Sudamérica, y otra hermana que eligió los hábitos en un convento cercano. Pero, también él sabía que para eso le faltaba voluntad y devoción.

Así que, le quedaban muy pocas, por no decir ninguna, alternativa. Y fue creciendo hasta que llegó el día en que tuvo que hacerse cargo del molino al dejar su padre este mundo repentinamente. Cuando este infeliz desenlace sucedió, aún era muy joven para tomar tanta responsabilidad, pero lo pudo superar con mucho esmero y beneficiándose de la enseñanza adquirida en todos esos años.

Con el paso del tiempo el negocio creció y Félix no tuvo mas remedio que agrandar el molino con otras dos piedras, llamadas paletas, que se posicionaban horizontalmente una encima de la otra. La situada en la parte superior era la que giraba sobre la inferior que permanecía estática





y en la que se depositaba el grano. La intensidad del giro dependía de la fuerza y volumen del flujo del agua que se deslizaba por un canal por el que circulaba hacia los bajos del molino en donde movía otra piedra vertical unida por un eje a la piedra rotatoria. El molino de Félix estaba situado en la confluencia de dos arroyos de corrientes rápidas que bajaban con ímpetu de las cercanas montañas, por lo que siempre sus piedras estaban disponibles para moler. Llegó a convertirse en el molinero con más trabajo de toda la comarca a dónde acudían clientes incluso de puntos lejanos, traspasando las fronteras razonables a mucha distancia. Llegaban carros tirados por caballos o bueyes no solo del valle y pueblos cercanos, sino que incluso algunos de sus clientes eran capaces de recorrer hasta treinta y más kilómetros en un solo día para llegar a su molino.

Y así es como el molino de Félix cogió tanta fama que el pobre hombre no dejaba de trabajar desde que salía el sol hasta que se ponía. Las grandes paletas de piedra rechinaban con el constante roce y los ejes de madera crujían con un ruido seco y constante sin parar, transformándose en un hermoso concierto. La harina que salía de los granos molidos casi flotaba en el aire tiñendo todo del blanco elemento.

Un auténtico derroche de energía y entrega para sacar adelante el trabajo. Pero esta dedicación y esfuerzo le estaban pasando factura. Aunque aún era joven, las arrugas de su cara empezaron a manifestarse antes de tiempo empujándole hacia una apariencia algo envejecida. Tanto nerviosismo por cumplir con los encargos y atender a todos los clientes, lo fue superando, pero a un alto precio. Para mitigar esta angustia y controlar tanta tensión se fue escondiendo detrás de un cigarrillo que cada vez con más frecuencia colgaba de sus labios. Él nunca fue charlatán, más bien todo lo contrario, poco hablador, siempre pensaba que de su silencio era el dueño absoluto, pero que hablar mucho te puede convertir en esclavo de tus palabras, y ahora esa costumbre se volvió más palpable, aunque su expresión siempre era amable y cercana.






Y, llegó un día en el que en su molino apareció un carro tirado por dos caballos de tiro conducidos por un hombre de mediana edad a quién acompañaba su hija. Estaba cargado hasta arriba de granos de trigo. Venían desde otro valle no muy lejos, aunque si lo suficiente para tener más de tres horas de viaje. Un valle que esconde valiosas ermitas rupes- tres auténticos baluartes de una historia dorada en Cantabria. Era el mes de septiembre y Félix no daba abasto, tuvieron que hacer fila, detrás de otros clientes, que esperaban para moler sus granos. La rutina se había apoderado de él y daba la impresión de que todo lo demás, fuera de este trabajo, no existía en su vida.

Félix también tenía tiempo para entretener con amabilidad a todos los que esperaban su turno. Hablaba con ellos y les ofrecía incluso algo de comer y hasta un poco de vino. Pero cuando vio a la joven que había llegado acompañando a su padre, su cara se iluminó y en su interior sintió algo nuevo, una sensación que nunca antes había experimentado, como si le costara respirar y tuviera dificultades para articular alguna palabra coherente. Sus ojos no supieron disimular un sobresalto cuando se encontraron con los de la joven. Ella irradiaba una serena belleza con una sonrisa silenciosa y sensual que cautivó a Félix desde el primer momento en que la vio. Se puede decir que fue un flechazo, un amor a primera vista que cambió por completo su vida. El caso es que su cara rejuveneció y la rutina diaria del trabajo pasó a un segundo plano, pues a partir de este encuentro en su mente solo aparecía la cara de la bella joven.

Las semanas fueron pasando, y a Félix los días se le hacían eternos mientras esperaba que sus ojos pudieran de nuevo contemplar a la mujer que le había hecho entender la vida de otra forma. El trabajo ya no era lo más importante, no, ahora solo deseaba estar a su lado, poder mirarla y hablar con ella. El primer encuentro fue muy rápido y apenas intercambiaron palabras. Tan solo supo que se llamaba Paulina.

Cuando atisbaba un carro a lo lejos no dejaba de seguirlo con la mirada para comprobar si en él venía la mujer que le había robado su





corazón. Tuvieron que pasar varias semanas antes de que pudiera volverla a ver. Un día en el que el sol debilitado de otoño proyectaba sus rayos pálidos y descoloridos sobre el frío valle cubierto del blanco rocío, intentando, sin conseguirlo, calentar los congelados campos, Paulina volvió al molino de Félix. Los dos estaban deseosos de verse de nuevo, porque sus ojos brillaban los unos frente a los otros y porque pudieron comprobar como sus corazones galopaban felizmente por los senderos del amor.

No necesitaban mucho tiempo. Pronto ambos contrajeron matrimonio y se quedaron a vivir en el molino. Félix continuó trabajando con la misma intensidad que antes, pero con la ayuda ilusionante de Paulina quién no se quedaba atrás a la hora de echarle una mano. Pero ese camino imparabile, que es el tiempo, transcurrió sin detenerse cumpliendo años y dejando atrás tanto trabajo y tanto esfuerzo, pero trayendo los primeros hijos. Y los dos jóvenes se fueron haciendo mayores, y la humedad permanente de los arroyos que rodeaban el molino castigaron los delicados pulmones de Félix golpeados por el tabaco al que estaba perdidamente entregado. Y, por recomendación médica, tuvo que abandonar sus tareas de molinero. El matrimonio se mudó con sus cuatro hijos a una zona mas alta del valle, fuera del alcance de los húmedos prados del molino. Su vida de molinero llegó a su fin, ahora tuvo que adaptarse a otras labores, y es así como reemplazó las ruedas del molino por ganado, la siega y el cultivo de la huerta.

El amor de los dos nunca desapareció, continuaba fuerte como el primer día, y fruto de ese amor llegó su quinto hijo, un varón que llenó de alegría el hogar de Félix y Paulina. La misma entrega que tuvo en el molino, ahora la desarrolla en otras tareas, pero siempre con el aliento y dedicación que ha atesorado en toda su vida.

Sin embargo, sucedió algo contra lo que Félix no pudo luchar. Un día Paulina apareció caída en el suelo de la cocina. Su esposa que tanto amaba, su compañera, su único amor, por las vicisitudes de la vida, se



murió. Y él empezó también a morir en vida. Fue un golpe muy duro que no pudo soportar. Quería estar con su amada, allá donde estuviera, y la única forma de conseguirlo era emprender su mismo camino. Escondido bajo su boina y perdido entre cigarrillos, Félix ya no estaba en este mundo. Descuidaba su trabajo y su estado de salud. Cada vez que respiraba se escuchaba el aspirador de flemas trasegando el aire húmedo de sus pulmones encharcados. Apenas transcurrió un año de la muerte de su esposa y Félix se murió. Cuando esto sucedió, su hijo más pequeño ya se había convertido en un adolescente y al acercarse a la cama en la que se encontraba su padre se cruzó con el sacerdote. Pensó en lo peor y aligeró el paso. Cuando llegó su padre había muerto. Ahora su alma caminaba al lado de su amada. En su cara aparecía una sonrisa de felicidad.

¡Ah! Se me olvidaba decir que Félix Y Paulina eran mis abuelos y su hijo pequeño, mi padre. ¿El pueblo donde estaba el molino?, Olea.





El guía de cuevas

La magia de la prehistoria

Area con Arte



279

Ludovico Rodríguez Liaño

Ludovico Rodríguez Liaño





Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por ello con técnica que puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

La poesía es un arma cargada de futuro. Gabriel Celaya.





los guías de arte rupestre que hacen magia de su saber
cada vez que enseñan el misterio que las cuevas guardan.

*Rumor del viento entre valles de hojas,
agua incesante de unas gotas locas,
la niebla se mece en las cimas
dando lejanía donde se juntan cielo y tierra.
Día gélido en la triste caseta de los guías,
la gruta, una distancia muy corta
entre la pobreza, el olvido
y la prehistoria que de ella mana.
La espera, la soledad de una vida,
recuerdos que vuelan inciertos
y que se pierden en la riada
que desde la distancia nos llama.
El rumor del viento, gritos perdidos,
confundidos con el silencio
y abrazados con la niebla en el valle,
esconden la lúgubre entrada de la cueva.
Despertar del tiempo con el tiempo,
el fuego, los fuegos de las sombras,
niños, mujeres y hombres, olor de humo
que el humo viste y la sombra agranda.
Mirar el horizonte, sentir como gime el agua
cuando se rompe entre las piedras en mil cascadas,
oír algún perdido canto
cuando el viento calla a su paso.
Boca de la caverna, llena de huesos y palos,
fogata de rayos danzantes,
pavesas que viven cuando el viento las abraza
y otras manos arriman madera para avivarlas.
Unas piedras de hogar,*





unos golpes de talla que suenan
y un cuchillo corta la carne
que la brasa cincela con chispas de grasa.
Frío en la cueva, fuego que no cesa,
unas pieles casi curtidas nos tapan,
la luz se mueve por arte de magia,
una sombra enorme se pierde en las negras entrañas.
El viento, la lluvia no descansa, el río protesta
con un caudal que rebasa,
y desde la luz de la cueva, unas voces cantan
con chisporroteos de fuego y desgarros de viento y agua.
Las canciones se oyen en el valle, el eco las acompaña,
el fuego acaricia las sombras y las pieles el alma
y desde la oscuridad profunda
una luz temblorosa sale parida de la montaña.
Recoge el guía su morada,
los caminantes se pierden en la distancia,
alegres, pensativos, nacidos a una nueva mirada,
con los versos del brujo pintando sus entrañas.



Juana “la molinera”





En 1263 en las Partidas de Alfonso X el Sabio, aparecen mencionadas las amas de cría:

Fazer debe el rey guardar sus fijos e los que primeramente deven fazer esta guardia ha de ser el rey y la reina. Deben haber buenas amas que ayan leche asaz, e sean bien acostumbradas e sanas e fermosas e de buen linaje e de buenas costumbres e señaladamente que non sean muy sañudas. Ca si hobieren abundancia de leche o fueren ben complidas e sanas crían los niños sanos e recios, e si fueren fermosas e apuestas amarlas han más los criados que habrán mayor placer quando las vieren, e si non fueren sañudas criarlos han más amorosamente e con masedumbre que es cosa que han mucho menester los niños para crezer aína. *

*Fraile Gil, J.M

*Información sacada de: *Amas de cría: Un oficio real* de María del Carmen Gómez Magdaleno.
Licenciada en Historia del Arte.





Juana "la molinera" se había casado con Manolo el de Paco, eran estos, vecinos de un pueblo de los valles pasiegos. Como la mayoría de los recién casados, allá por el año 1910, su economía era muy precaria. Manolo era ganadero. Al contraer matrimonio, sus padres le dotaron, con mucho sacrificio, con una vaca preñada llamada "la pinta". Los padres de Juana le dieron cuatro gallinas y un gallo, así como un cerdo recién destetado para su crianza y una pareja de conejos. Ellos se irían a vivir a una rentera a Pisueña. Allí arrendaron una cabaña de piedra con el tejado de lastras; en la parte baja se encontraba la cuadra donde guardaron a "la pinta" e hicieron un apartado para criar al cerdo. El resto de los animales correteaban en libertad por el costoso prado verde, y por la noche eran guardados en la cuadra. En la planta superior había un pajar, aún vacío, pero que en breve se llenaría, pues el mes de julio estaba presto y el verde en la finca no se había segado por el anterior dueño. Además del pajar, estaba la vivienda. La verdad es que esta cabaña era todo un lujo, pues no todas las cabañas disponían de habitaciones. Pero el dueño de esta finca era Ramón el cantero y la había hecho a todo confort en aquellos tiempos en que las demás cabañas solo tenían el pajar para dormir, si es caso una habitación matrimonial y la cocina donde se hacía la vida carecía de chimenea para la salida de los humos, ya que, con correr una lastra, estaba el problema resuelto, y esto hacía de chimenea. Pero Ramón quiso algo más moderno y cómodo, y así lo hizo. Con el tiempo decidió bajarse a vivir a Selaya, pues estaba más céntrico y tenía más comodidades y también era mejor para su trabajo como cantero, pues en Pisueña estaba más aislado y era más complicado contactar con los clientes. Juana era la hija del molinero y era quien normalmente se dedicaba a moler el grano que sus vecinos le llevaban. Al casarse con Manolo, se dedicaría a las tareas del hogar y a ayudarle con el ganado y la huerta, pero Juana no olvidaba su oficio anterior de molinera y soñaba con el día en que pudiese tener su propio molino.

Los meses fueron pasando y Juana se quedó embarazada; ellos seguían con sus quehaceres; las gallinas y conejos habían criado, pronto





podría Juana ir al mercado semanal a Selaya, que se hacía los domingos, podría llevar a vender los frutos de la huerta; las berzas, repollos, puerros..., así como los huevos y algún pollo y conejo, pues se acercaba la Navidad y estos productos eran muy demandados por las renoveras que venían desde Santander e incluso de Bilbao, y estas eran quienes mejor lo pagaban.

Juana y Manolo vivían muy felices, disfrutaban de cada momento, como dos enamorados haciendo planes para el futuro, Manolo le decía a su esposa:

–¿Tú qui crees qui será nuestro chicu? ¿Será chicu u chica?

–¿Tú qui quieras?

–No, yo pur querer, quiero un chicu

–Pus yo no, yo quiero una chicuza

–Hombri, el primeru, mejor un chicu, ansí no perdemos el apellidu.

–Pus si, piru a mí, mi gustaría más una chicuza.

–Buenu, si es rubiuca y con los ojus azulis como lus tuyus, tampocu estaría mal, esu sí, qui enentoncis antis di un año tienis otro.

–¿Y si son dos, chicu y chica?

–Ah pobri, enentoncis no parís más.

Los dos se abrazaron y permanecieron así, muy juntos durante largo tiempo.

El momento del parto se acercó y Manolo fue en busca del médico a Selaya; éste subió a caballo y se dirigió a su casa; la madre de Juana también estaba en la cabaña para atender a su hija. Tuvieron un precioso niño rubio, con ojos negros, era muy blanquito de piel y había nacido muy gordito.





–Bueno Manolo, aquí tienes a tu hijo, como verás ha nacido muy sano y con buenos pulmones, eso sí; hay que verle como llora ¡menuda raza tiene! Os felicito, es un niño precioso.

–Muchísimas gracias don José, dígame cuanto le debo

–No, no quiero dinero, eso sí, si tuvieras un trozo de tocino te lo agradecería, pues con la casa de comedores que tengo...

–Pues sí, haci pocu hemus hechu el matancú, esperi un momento.

Manolo le preparó una buena envuelta del chon al médico

–Aquí tieni, esperu qui li gustin las murcillas y el churizu qui ha hechu la mi Juana

–No, hombre, no me des tanto, con un trozo de tocino tengo suficiente

–¡Ni hablar! Si ha pasau usté toda la nochi con la mi Juana, bien miriciu lu tiene usté.


–Bueno, pues nada, muchas gracias Manolo, si me necesitas, si surge algún problema, que no creo, ya sabes en donde estoy.

–Muchísimas gracias don José.

El médico subió a su caballo y se fue loco de contento con su envuelta, pues en su casa eran muchos, su esposa, siete hijos y tres criados. Una vez en su casa abrió el paquete, su mujer no podía creer todo lo que le habían dado; un buen trozo de tocino, cuatro morcillas, dos riestras de chorizo, un trozo de lomo y media costilla. En aquellos tiempos de hambre y miseria, con tantas bocas que alimentar esto era un auténtico manjar.

Manolo bajó a casa del cura, don Estanislao, para hablar sobre el bautizo de su hijo. Este cuando le vio, le dijo:





–Hombre Manolo, ahora iba a ir a tu casa, mira que bien que has venido

–Pus sí, he viniu a sentar al chicu y a ver cuandu mi li bautiza usté.

–Muy bien, pasa Manolo, vamos a hablar, ¿Cuándo te parece bien que sea el bautizo?

–Pus el duminu en la misa, quantu primeru mejor.

–Pues nada, ya está. Yo quería hablarte de otra cosa, verás, ya sabes que se están marchando muchas mujeres a criar a la casa de los ricos y las están pagando muy bien. Una marquesa de Granada me ha solicitado encontrar un ama de cría pasiega para criar a su hija, quiere una muchacha joven y sana y sobre todo que sea pasiega. Yo he pensado en Juana, en un par de años o tres a lo mucho, os podéis hacer con un pequeño capital que mejorará sin duda vuestras vidas.

–Ya, piru nusotrus no habíamos pinsau en separarnos, y luego está el chicuzu, qui es mu chicu pa que si quedi solu sin su madri. Hay muchus chicus qui, si muerin purqui lis falta el cuidau de la madri, y sabi usté, qui prifirimus ser más pobris a perder a nuestro chicu.

–Hasta en esto tenéis suerte Manolo, el niño no se va a separar de su madre, pues la marquesa quiere que, para mayor tranquilidad y bienestar del ama, tu mujer se lleve al niño y allí lo criará otra nodriza, y Juana podrá estar con él y con la niña que criará. Consúltalo con Juana y deberíais aceptar, es una buena oportunidad para vosotros.

–No sé, no sé, ya le diré cuandu habli con la mi Juana.

Manolo se fue muy pensativo para su casa, el corazón lo tenía en un puño. Él no quería separarse de su mujer y su hijo recién nacido, pero por otro lado todas las amas de cría que se habían ido, a su vuelta habían comprado terrenos, vacas y hasta casas. Ellos con el medio de vida que tenían nunca podrían hacerlo. Pero la sola idea de separarse de su muy





amada esposa le rompía por dentro. Cuando llegó a la casa le contó a Juana lo que el cura le había dicho.


–Manolo, creo que es muy buena oportunidad para nosotros. Quien sabe, tal vez si tenemos más chicos y voy a criar con todos, podemos comprar un molino, y con las vacas y la molineta podemos vivir muy bien.

–Sí, mujer, pero lo de separarnos tanto tiempo es muy duro.

–Pues sí, pero yo creo que merezco la pena, que nos sacrifiquemos por los chicos.

Manolo bajó a hablar con el cura, lo arreglaron todo y después del bautizo Juana se fue a Granada con su hijo para criar a la hija de los marqueses. Era una niña preciosa, muy morenita y pequeña, Juana enseguida se encariñó con ella. Y los marqueses con el niño de Juana, hasta el punto que la propusieron adoptarlo, pues la marquesa había tenido un parto muy complicado y no podía tener más hijos. Ellos le prometieron que le criarían como a su hijo, le darían la educación que correspondía a su linaje y sería su heredero junto a su hija. Pero Juana se horrorizó ante semejante proposición. Jamás daría a su niño a nadie, era suyo y aunque creciera pobre, era suyo y de Manolo y le darían todo el cariño y felicidad. Los señores marqueses, viendo que no le darían al niño en adopción, no insistieron más. Juana estuvo casi tres años en Granada viviendo en un hermoso palacio con grandes jardines repletos de flores, árboles, figuras y fuentes. Nada les faltaba a Juana y a su hijo. Margarita, la niña que amamantaba, cada día era más hermosa y se criaba fuerte y sana. La leche de Juana era sin duda de extraordinaria calidad. Sus padres llegaron a coger mucho cariño a Juana. El tiempo de regresar a la provincia de Santander llegó. Ahora Juana debía olvidarse de los grandes lujos que había disfrutado en el palacio de los marqueses. En Pisueña no había grandes cortinas, ni alfombras, ni esas preciosas lámparas que colgaban de las paredes, esas vajillas de fina porcelana ni las cuberterías





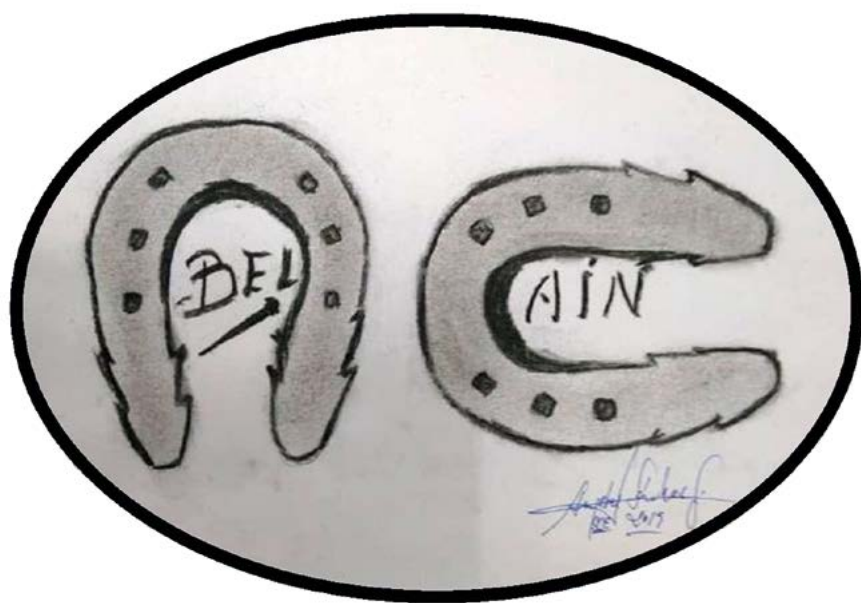
de plata, pero allí se encontraba su muy querido Manolo esperándola. No había jardín más hermoso que las montañas de su Selaya, de su Pisueña del alma.

Juana se quedaría tres veces más embarazada y de todos sus hijos se fue de nodriza. Hizo un pequeño capital y por fin pudo cumplir su sueño de comprar una buena finca con cuadra y un molino harinero en La Abadilla de Cayón y así pasó a ser Juana “la molinera”.





Abel y Caín



Ángeles Sánchez Gandarillas





LA HERRADURA

Sobre las hojas secas del polvoroso camino
hálleme una herradura, que incógnito corcel
dejara abandonada. El signo peregrino
quizás la dicha misma encerraba con él.

Tal vez algún Pegaso de sidéreas regiones
descalzó, por mi suerte, su pezuña viril;
creí que en mi desgracia brotaban floraciones,
¡diamantes como estrellas sobre la arena vil!

Mas fui tan desdichado como en antes lo fuera
a pesar de aquel símbolo de felicidad...
Y miro la herradura sobre mi cabecera
y algo hay en mí que espera, casi con terquedad.

Manuel Toussaint, escritor mexicano, 1890-1955.
26-I-1926.



El 3 de septiembre de 1949, los hermanos, Caín y Abel, salieron de la cama sin abrir el día. Su madre, enlutada y con el rostro anegado de arrugas y seco de lágrimas, devota a ultranza –decía que su marido renacería al lado del *Altísimo*–, había preparado el desayuno, digno de un picapedrero. La esposa de Caín acomodaba en una alforja una marmita de barro con cocido montañés, guisado la tarde anterior, y una hogaza de pan, que todavía quemaba, de la panadería de Mel, el sustento para aquella jornada. Si el trabajo requería más días, conocían a dos familias que, por un módico precio, los albergarían a pensión completa.

A pesar de que su padre había fallecido tres días antes, Caín y Abel, a lomos de un percherón, pusieron rumbo al *potro*¹ del pueblo de Gandarilla para herrar el ganado. Abel, delgado y de aspecto endeble, era veinticinco años menor que Caín; iba en la grupa del caballo sobre el estribo de la cola. Caín, fornido, alto y de barba poblada, montaba en la hermosa montura del finado. A Abel, de ojos claros e inquietos, le molestaba el sol que se asomaba, prendido en los suspiros del viento sur que acrecentaba los colores y los aromas. De vez en cuando, acariciaba el colgante que llevaba en el cuello, una herradura dorada, su única herencia. Caín, el primogénito, fue el heredero del herradero y de los cientos de clientes en treinta kilómetros a la redonda; eso incluía la casa familiar, donde ya vivía con su esposa y los cuatro hijos. Caín era el quinto en la generación de herradores, y su hijo mayor, un año menor que Abel, sería el futuro sucesor. Y Abel no lo entendía. Y menos que Caín fuera quien tomara las decisiones por él y por su madre, sus tres hermanas y por todas las propiedades de la familia... Para evitar la cambera pedregosa que llevaba a Gandarilla, tomaron el atajo que cruzaba por un robledal. Las aves saludaban el día; los aromas de la tierra húmeda y las flores silvestres relajaban a Abel; imaginaba que las hojas multicolores que caían eran mariposas en vuelo. Tras cruzar por una manzanera, a rebosar de frutos, llegaron al pueblo. El viento potenciaba el tufo de los prados, recién abonados, y regalaba el perfume de manzanas al horno que salía





por las ventanas de las casas y el olor del humo a la madera quemada, pino y eucalipto, que escapaba por las chimeneas de las cocinas. Sólo alteraban el silencio del lugar los chiquillos que jugaban alrededor de la iglesia y los mugidos de las vacas, libres de las *cebillas*² que las sujetaban en los pesebres, retozando al sol. Abel desmontó el primero; su trasero estaba adormecido, pero menos magullado y herido que las tres veces que acompañó a su padre. Estaba contento de ir curtiéndose para ser un buen herrador, ¡el mejor! Despertó de aquel sueño y miró, despechado, a Caín, que, durante el camino, le había manifestado: «Padre dejó dicho que has de estudiar contabilidad en un internado de Santander, que es necesario para llevar las cuentas del negocio y que un primo de madre arreglará los papeles». Abel no podía creer que su progenitor mandara semejante cosa, porque sabía que trabajar como herrador era su mayor ilusión. Intuía que su hermano quería deshacerse de él. Caín le entregó las riendas para que amarrara el caballo cerca del bebedero y lo cebara con hierba fresca. El herrador saludó a los hombres que esperaban para herrar y curar alguna de las heridas del ganado. Se colocó el mandil de piel de cabra y preparó el potro. Hubo suerte, la primera vaca era mansa. Tenía las cuatro pezuñas destrozadas, porque su dueño, el carretero, un avaro de cuidado, no quiso herrarla al final de la primavera. Pretendía que la vaca llegara sana al invierno para seguir con la compra-venta de carbón y de mercancías, desde San Vicente a los pueblos de alrededor. Caín sujetó una de las patas delanteras en el *apoyadero*³ y comenzó la faena. Con la pata entre sus piernas y de espaldas al animal, se agachó para desherrar y limpiar, con un cepillo de brezo, la suciedad de la suela del *callo*⁴, entre los dos dedos, y en ambos talones. Quedó al descubierto una infección. Recortó el casco agrietado con la tenaza cortadora; Abel se encargó de alisar el corte con el pujavante. Caín le pidió, con brusquedad, el punzón de bordes afilados para purgar el conducto infectado. De nuevo, se dirigió a Abel con malos modos: «¡Trae los trozos de tela y el bote del sulfato! ¡Espabila!» Abel se sintió ofendido, porque, antes de que él lo pidiera, ya se lo estaba llevando; la mirada de Caín emanaba resentimiento. Introdujo en la llaga la tela empapada





con el sulfato de cobre, a modo de gasa, para limpiar la herida. La vaca mugía de dolor, y el dueño intentaba calmarla con puñados de maíz. Caín introdujo el callo, previamente *adobado*⁵, en una pequeña fragua que los ganaderos habían encendido la tarde anterior y, una vez que tomó la temperatura adecuada, lo colocó sobre una *topera*⁶ que hacía las veces de yunque, golpeando con el martillo hasta conseguir la forma de la pezuña. Caín, bañado en sudor, metió los clavos y los aporreó con el martillo chato hasta hacerlos salir por el otro lado del casco, y dobló la *oreja*⁷ por encima de la pezuña. Cortó la punta de los clavos al ras y ordenó a Abel que los limara con la escofina. Repitió la faena con los callos restantes, después de comprobar que no tenían infección.

Fueron dos días de trabajo incesante que Caín llevó a cabo con diligencia y saber. Abel hubo de reconocer que casi era tan bueno como su padre. Trajeron desde el pueblo de Abanillas dos bueyes para herrar. Abel se escalofrió al recordar que, cuando tenía cinco años, un buey se escapó del herradero que tenían en la huerta Lanza y le embistió, pasándole por encima, y que, antes de perder el conocimiento, notó, horrorizado, como la barriga del animal rozaba su cara... Un burro que procedía de Serdio, desastrado, cojo, dolorido, fue el último que llegó al potro; rebuznaba y tiraba coces, y no se dejaba ni tocar. El dueño hubo de ayudar a Caín para aquietar al burro. Le apretó y retorció las orejas con una tenaza de madera dentada, inventada por el padre de los herraderos. Caín, con mucha precaución –un burro le había coceado; la mitad de su oreja así lo atestiguaba–, sujetó la pata del animal en el apoyadero para examinar la pezuña. Abel, en su afán de aprender, se acercó. Su hermano le decía al dueño: «El burro padece el *hormiguillo*⁸. Lo mejor que puedes hacer es venderlo para carne y algo sacarás por él». Caín, sabedor de la escasez en que vivía el hombre, no le cobró...

De nada había servido suplicar al hermano para que le permitiera trabajar con él en el herradero. Abel sabía que su padre había dejado una clausula donde decía: «Si Abel quiere trabajar como herrador, tendrá la cuarta parte del herradero», y eso, Caín, no lo iba a permitir. El mu-





chacho, moqueando, guardó en una maleta la ropa con dos libros —*El caballo español* y *El arte de herrar*—, sus lágrimas y el dolor insufrible de la partida, que se iba transformando en rencor... Y además, estaba *ella*, que también se iba a quedar allí, pero ese era un secreto que compartía con su madre. La madre fue quien acompañó a Abel y al hijo de su primo hasta la estación de La Acebosa, donde subieron al tren con destino a la capital, Santander. Abel apenas apreció el paisaje que, por aquel camino de hierro, se adhería en las ventanillas del convoy, porque las lágrimas apesaban sus pestañas. Permaneció asomado a la ventanilla durante las casi tres horas de viaje, para disimular el llanto. Llegaron a la estación de Santander y Abel se quedó atónito ante la algarabía de pasajeros que iban y venían por aquellos andenes interminables, y de los numerosos trenes que llegaban, y del ruido ensordecedor que provenía de aquellas máquinas de vapor. En la salida del edificio de la estación, los esperaba el primo de su madre. Una vez en la calle, Abel se quedó sin respiración al ver el tráfico de automóviles de todo tipo, pero le sorprendió, aún más, que su primo tuviera coche propio. ¡Cómo le gustaban a Abel aquellos automóviles y sus cómodos asientos! No tenía nada que ver con viajar a lomos de un caballo. El primo lo trasladó hasta el internado, donde le mostraron su habitación, el armario y los aseos. Le entregaron las normas del centro por escrito y, a continuación, fue llevado al comedor, donde cenaban los demás alumnos, también recién llegados. La primera regla era levantarse a las seis de la mañana, asearse, desayunar y acudir a clase... Estudió con el empeño que solo produce la rabia y consiguió el título de contabilidad sin dificultad. Los fines de semana, trabajaba como limpiador en una empresa de distribución y venta de coches, furgonetas y camiones y, dado que era hábil y constante, le abrió las puertas para trabajar como contable en esa misma compañía. Trabajó sin descanso hasta conseguir el capital suficiente para montar su propia agencia de compra y venta de automóviles.

Se casó y tuvo tres hijos que, sumados a sus ocupaciones, lograron que se olvidara de *ella*... Hasta que falleció su madre y acudió al





entierro. Era la primera vez que volvía a San Vicente desde hacía veinte años. Supo que Caín había alquilado, empeñando todo lo que poseía, el bajo de la casona palacete de Corro y que no le iba nada bien. Y *ella*, la venganza, también estaba. En menos de dos años, estableció dos filiales de su negocio, una de ellas en Cabezón de la Sal, especializada en camiones, tractores, y *carrocetas*⁸. Promocionó sus vehículos, incluso avaló a los compradores, y logró que una gran parte de los campesinos, ganaderos y carreteros cambiaran sus cuadrúpedos por los potentes y eficaces medios de locomoción. Regresó al pueblo —no lo hacía desde el entierro de la madre— y respiró profundamente; olía a las salazones de las fábricas de pescado, pero faltaba el tufillo característico del herradero. Y sonrió satisfecho. Se acercó hasta el local del hermano, que parecía abandonado. El herrador, demacrado y envejecido, se dirigió a él con los brazos abiertos, que Abel ignoró. Caín le dijo que apenas llevaban animales a herrar, tan solo algunas vacas de leche y que, prácticamente, estaba en la ruina. Abel sonrió con maldad y le ofreció trabajo en su empresa para barrer los expositores, garajes y zonas de aparcamiento. Caín, humillado, aceptó. Abel dio por finalizada la venganza y se colocó la corbata de seda con petulancia... Pero *ella*, la venganza, siempre viene atada con cadenas largas y pesadas y, además de no servir para conseguir la felicidad, es un arma de doble filo. Caín, enfermo y humillado, fue encontrado en el herradero colgando de una soga. Abel, horrorizado, contemplando el saldo de su desquite, condujo hasta el alto de Santa Catalina, desde donde se precipitó al mar montado en su flamante *Cadillac*.

1 Potro: Estructura que sirve para sujetar los caballos, burros o vacas y facilita el herraje. **2 Cebilla:** Utilizadas para atar el ganado al pesebre; fabricadas artesanalmente con madera. **3 Apoyadero:** Se utiliza para apoyar las patas de los animales y agiliza su herraje. **4 Callos:** Dos chapas independientes que se colocan en las pezuñas de vacas o bueyes. **5 Adobada:** Herradura o callo con las medidas aproximadas para calzar la pezuña. **6 Topera:** Parte exterior de la topera, fija y metálica, del final de vía para parar un tren. **7 Orejas:** Aseguran el callo al casco de los ungulados. **8 Hormiguillo:** Enfermedad que deshace las pezuñas como si estuvieran apolladas. **9 Carroceta:** Pequeño camión, todo terreno, utilizado para cargar madera en la tala de los montes.





El mítico oficio de carbonero



José Luis Sánchez Landeras





Ni moza de mesonero, ni saco de carbonero hay sin agujero.

Refrán Popular.



Siempre he admirado y respetado el oficio de carbonero, prácticamente desaparecido a fines del s. XIX por mor del imparable desarrollo industrial, tras analizar el sacrificio, el esfuerzo, el valor y el tesón desplegados por estos admirables artífices del carbón vegetal.

Al amanecer de un día del inicio o del final del estío, los carboneros del valle de Piélagos, agrupados en cuadrillas formadas por cuatro ó por seis individuos, dejaban, por una temporada, sus respectivas moradas y familias para acampar, como los antiguos tramperos y cazadores en uno de los muchos montes del citado territorio.

Una vez allí, instalaban, con ramas de árboles, helechos y con matorrales, una pequeña cabaña o un chamizo para degustar sus sobrias viandas, echar una siestezuca, dormir durante las noches y para protegerse del nocturno relente, de los rayos solares, de la pertinaz lluvia o de un inesperado y fuerte chaparrón.


Seguidamente, troceaban los troncos de los árboles acostados en el suelo y cortaban sus fragmentos para obtener la leña.

Realizada esta operación, desplazaban, "a hombros" o "con caballerías", la carga de madera hasta un liso terreno, inmediato a la base de la ladera de dicho monte, para construir con ella una o varias carboneras y, por lo tanto, para producir el carbón vegetal, de un poder calorífico, superior al de la madera, tras un largo periodo de combustión.

Conocían, a la perfección, la morfología de este paraje, su variada vegetación, las especies de aves y de animales que lo poblaban, su climatología y, por supuesto, todos los aspectos relacionados con su rudo, meritorio y peligroso oficio, gracias a su probada experiencia profesional, su innata capacidad de observación y a su acusado amor por el medio natural.

A través de una antigua fotografía que ha llegado a mis manos, he podido contemplar las enjutas y casi irreales figuras de estos sacrifica-





dos seres; sus sobrios ropajes raídos por las zarzas, los escajos y por los matorrales; sus sudorosos y negruzcos rostros tiznados por el carbón vegetal; y las carboneras, semejantes a los volcanes o a las cónicas tiendas de un poblado indio.

La madera, materia prima del carbón vegetal

Los montes comunales vinculados a los términos locales del antiguo Real valle de Piélagos o posterior municipio de Piélagos y poblados de cajigas, tocios, encinas, hayas, acebos, castaños y de espinos durante los s. XVII, XVIII y principios del XIX, por lo menos, suministraban leñas quemadas o chamuscadas por los continuos incendios provocados por los rayos o por algunos desaprensivos, a la Real Fábrica de Cañones de la Cavada (municipio cántabro de Ríotuerto) para facilitar la fundición de los cañones instalados en los navíos de la Marina de Guerra Española.

Por lo general, se reservaban los troncos y las ramas de los árboles adultos, vivos o en perfecto estado de conservación, tales como los robles y las encinas, para fabricar la estructura de madera de las rústicas viviendas, las pértigas y las ruedas de los carros y los aperos de labranza y, sobre todo, para los Reales Astilleros de Guarnizo dedicados a fabricar los barcos de guerra españoles entre los s. XVI y XVIII.

A principios del mes de marzo de cada año, el comisario de Montes, acompañado por un perito carbonero, solicitaba a cada uno de los regidores pedáneos de las distintas demarcaciones locales del indicado término municipal la designación de un apoderado para que los acompañara durante las sucesivas visitas que deseaba efectuar a cada uno de dichos montes concejiles.

Los anteriores iniciaban este periplo en la demarcación local de Mortera y en sus montes concejiles titulados la Dehesa Real, el Plantío y las Pilas y proseguían su avance, a través de los términos locales de Liencres y de su monte común llamado Salga; de Boo y de sus montes comunes conocidos como la Cueva Quebrada y el Callejón; de Oruña






y sus montes públicos identificados por las denominaciones de Peñas Blancas, de la Entrada de la Encina y de la Dehesa Real; de Arce o actual Puente Arce y de sus montes llamados Obeña, la Cajiga del Borcil, Guspederín, el Cajigal de Juan Gómez, la Horcada y Cobalejo; de Vioño y de sus montes designados con los nombres de la peña Mala, la Cruzada, la Dehesa Real, del Calero, del Cerro, del Sel, de las Vacas y de la Cruz de Piedra; de Zurita y sus montes concejiles nombrados la Cajiga del Caballo, la Quemada del Pastor, los Isos, las Tasugueras de Arriba y Entrambos Ríos; de Renedo y sus montes denominados la Campana, la Cajiga de la Campana, el Royano, la Herbosa, el Vao de los Rozines, sobre Rucuevas, los Caminos Cruzados, de Entre las Gándaras y la Citalaya, las Gándaras, el Sel de las Tablas, las Quebrantadas de Porciles, Entre Porciles y el Carrimón, las Vegas, la Lindera María, el Acebal y la Casa- Venta de dicho lugar; de Parbayón y sus montes designados el Regato de la Lastra, la Campiza de Arriba y de Abajo, la Roscosa, el Vadán, Porciles, el Carrimón y la Dehesa Real; de Quijano y sus montes llamados el Escorial, el Campo Sobrerón, Debajo de las Lastras, Gorce llán, las Sierras Gándaras y la Dehesa Real; de Barcenilla y sus montes públicos nominados la Cruz de piedra, las Martas, la fuente de Lisanes, los Polancos, la Tejera o la Dehesa Real, la Sutia, Rucallejo y la Cajiga del Campo; hasta llegar a la jurisdicción local de Carandía y a sus montes comunales conocidos como la Espina, el Rojedo, Miriego, la Medoria de Arriba y de Abajo, la Peña del Tasugo y la Cerroja.

Finalizado este arduo itinerario, el perito evaluaba la cantidad de madera disponible que se desplazaba, por medio de carros tirados por bueyes o por caballerías, hasta las carboneras ubicadas en este centro fabril que transformaban a dicha materia prima en carbón vegetal.

Para sufragar el costo de los continuos pleitos, la construcción o la rehabilitación de los caminos vecinales, de los templos locales, del cementerio y de la casa-venta de abastos, el procurador y el prior de cada uno de dichos pueblos autorizaban, con la venia de su concejo reunido a son de campana tañida en su lugar acostumbrado, a los carboneros ave-





ciudadanos en ellos la utilización del arbolado, seco o muerto para producir el carbón vegetal que se enajenaba a los distintos vecindarios y a las numerosas herrerías y fraguas diseminadas por este término municipal.

El sitio de “la Carbonada” asentado en la población de Parbayón y, en particular, en su barrio de la Hilera o de la Aguilera y próximo al Ríosape-ro o río de Parbayón; el de “la Carbonera” localizado en el lugar de Re-nedo; y el de la llosa de los Palacios y su sitio de “la Carbonera” ubicado en la entidad local de Vioño, confirman la existencia de unas superficies de tierra radicadas junto a las bases de las laderas de los montes y em-pleadas para instalar sus carboneras, tal como precisan el catastro del marqués de la Ensenada (año 1753) y los Protocolos Notariales (fines del s. XVII - principios del XIX).

Los artífices del carbón vegetal

Los carboneros de estos lares organizados en cuadrillas formadas por cuatro ó por seis personas, entre las que destacaba su capataz, y adecuadamente ataviados para soportar las inclemencias del tiempo, la accidentada orografía de los montes y la dureza de su noble oficio, abandonaban, como hemos referido, sus hogares para pasar una tem-porada en el medio natural, un escenario en el que se movían, como perico lo hacía por su casa.

Cada cuadrilla viajaba con varios mulos o con burros que transportan en sus alforjas, de un lado, el menaje de cocina compuesto de botijos, pucheros de porcelana o de barro cocido, cazuelas de barro cocido y sartenes; los productos alimenticios consistentes en determinadas can-tidades de tocino, cecina, chorizo, queso, pan, agua, patatas, castañas, avellanas y alguna que otra garrafa llena del vino denominado chacolí; y, de otro, la herramienta imprescindible para desarrollar su dura activi-dad, tales como los picachos, mandarrias, rodillos, burros, tronzadores, porras, picos, palas, sardas, cribas, rastrillos, escaleras, hoces, cestos y las hachas.





La recogida. La corta de la madera

Recogían la mayor cantidad de troncos secos desperdigados por el suelo que troceaban o fragmentaban en varias secciones, mediante un tronizador o sierra manejada por dos serrones y dotada de un filo curvo y de un mango en cada uno de sus extremos.

Más tarde, cortaban, con la ayuda de porras y de cuñas de hierro, los trozos apoyados sobre un picadero o madero que sustenta a otro que se pretende adelgazar para obtener unos maderos que medían unos ochenta cms. de largo y unos veinte cms., de grosor.

Para desplazar la carga hasta la superficie de tierra donde se instalaba la carbonera, inmediata a la base de la ladera del monte, aplicaban el procedimiento denominado "a hombros" y consistente en asentarla sobre un "burro" o cilíndrico armazón de madera y éste, sobre los hombros de cada uno de ellos; o bien, colocarla sobre dos grandes y sólidos ganchos de madera unidos, por medio de una sogá y estos últimos, sobre los lomos y los costados de unos machos o mulos.

Subrayamos que se efectuaban estos desplazamientos a través de los claros abiertos en dicha vertiente o bien, aprovechando las sendas, los trechorios y los caminos concejiles trazados en ella para evacuar los cargamentos.

Antes de armar la carbonera, considerada una auténtica obra de artesanía, si nos atenemos a la dificultad, la precisión, la paciencia y el esmero que exigía su diseño, limpiaban el terreno elegido, que debía ser llano y lo apisonaban o compactaban para evitar el acceso del aire a su interior a partir del suelo.

Culminada esta operación, procedían a la confección de la carbonera u holla, de forma cónica o casi semiesférica y, por tanto, de base circular y cúspide, más o menos, puntiaguda y de diferentes dimensiones, según los casos, siguiendo este proceso:





1. Hincaban un pie derecho o eje principal en el centro del espacio circular reservado para instalar la olla que podía alcanzar una altura de seis ms. y un diámetro, de diez a dieciséis cms.
2. Colocaban las leñas gruesas en la parte inferior; las medianas, en la central; y las más estrechas, en la superior, de forma inclinada y alrededor de dicho eje, hasta que concluían la estructura de madera.
3. Procedían, con paja y arena o bien con helechos, hierba, musgo, hojarasca o con césped, a la instalación de la cubierta o protección externa que aislaba la madera de la zona externa.
4. Una vez retiraban el pie derecho, con el concurso de una escalera de madera, convertían el cilíndrico espacio que quedaba libre en una chimenea o conducto, a través del que salía el humo al exterior.
5. Confeccionaban, con helechos o bien, con palos horizontales sostenidos por otros, verticales, un anillo o corona, distante un metro del suelo y situado alrededor del perímetro de la armadura para sustentar y, por ende, para evitar desprendimientos de tierra en su parte alta.

Su ignición

Finalizada la construcción de la pira de leña, procedían a su encendido, utilizando el siguiente procedimiento:

1. Encendían una hoguera, aprovechando unos pequeños fragmentos de leña para aprovechar sus brasas.
2. Desplazaban, con la ayuda de una mandarria o pala de madera algo pesada, el carbón encendido hasta la abertura de la chimenea y lo empujaban, mediante un barnero o alargada vara, hasta el fondo de dicho conducto para que ardieran las leñas con facilidad antes de taparlo.





3. Por lo general, esperaban entre treinta y sesenta minutos para contemplar la salida del fuego, señal inequívoca de que éste había alcanzado la debida intensidad.
4. Durante unas horas, poco más o menos, contemplaban, con suma atención, el momento en que se producía la carbonización de la corona o tramo superior de la hoya.
5. Abrían unos cuantos orificios o agujeros en las zonas donde existía menos calor y cerraban las que habían alcanzado una alta temperatura para que la cocción fuera homogénea esto es, ni muy alta ni muy baja.

Su enfriamiento

Este cometido constaba de los siguientes pasos o etapas:

1. Eliminaban, con un rastrillo, la capa de helechos que no se habían quemado.
2. Removían, con un rodillo o apero de labranza semejante a un rastrillo y sin púas, la tierra quemada o cisco y cerraban los poros de ventilación para apagar los focos de fuego que permanecían activos.
3. Pasadas unas horas, empezaban a sacar, con un picacho o herramienta provista de un cilíndrico mango hecho con madera y provisto de dos curvos dientes, de hierro, el carbón vegetal que diseminaban, mediante un rastrillo, por la superficie del terreno.
4. Finalmente, introducían el carbón en unos grandes sacos de cáñamo que desplazaban, a lomos de mulos o de burros, a sus lugares de destino.





FUENTES DOCUMENTALES, ORALES Y BIBLIOGRÁFICAS

- *Información aportada por algunos ancianos del municipio de Piélagos.*
- *Toponimia del municipio de Piélagos. José Luis Sánchez Landeras. Pendiente de edición.*
- *BIBLIOTECA MPAL. DE SANTANDER. Colección de Eduardo de la Pedraja. Visita de Montes realizada entre los días 13 y 20 del mes de marzo del año 1797. Ms. 204.*
- *ARCHIVO HCO. PROVINCIAL DE CANTABRIA. Catastro del marqués de la Ensenada. Año 1753 y Sección de Protocolos Notariales.*
- *El valle de Piélagos. Las Instituciones Históricas de una Jurisdicción de Cantabria. Enrique San Miguel Pérez. Ediciones Tantín. Año 1999.*
- *Artículo publicado en Zainak 14. Cuadernos de Antropología-Etnografía de Eusko Ikaskuntza. Miguel Polancos Aretxabala. Año 2000.*
- *Serrones de Cantabria. Los últimos obreros forestales manuales de España. Ángel Mediavilla San José. CEM. Santander. 2003.*



El albarquero



José Ignacio Terán Hoyos





Albarcas pulidas de los mozos de Brañaflor, tan pintadas,
tan señoras.

Tajos de nogal, trocados en arte peregrino, con
rayezuelas blancas en el bermellón suave de la corteza
de alisa; leve el pico, campantes los tarugos, refinados
con filo de cristal.

Manuel Llano.



Entre los varios oficios tradicionales de Cantabria, existe uno muy peculiar: "El albarquero".

Para la redacción de este relato he recurrido a mi buen amigo José María Pernía, nacido en Bostronizo y criado en Campuzano.

Coleccionista de todo lo relacionado con las costumbres y oficios de Cantabria, y quien ha tenido a bien facilitarme información y documentación sobre el citado oficio.

En el escaparate de su gestoría se exhiben albarcas en distintas fases de su ejecución, así como también las herramientas empleadas para lograrlas.

Dejo testimonio de mi agradecimiento por tan bello gesto.

El albarquero

Me cuenta José María que hubo magníficos albarqueros en Valle de Cabuérniga, Ruento, Carmona, Puentenansa, Cos, Los Llares, Carrejo, La Lomba...

- Maderas empleadas: abedul, nogal, alisa, haya y algo de castaño.
- Herramientas: hachas, azuelas, barrenos grandes, legras, resorrias y cuchillos.
- Como elemento indispensable, la "rebolla" o gran tocho de madera, que le sirve a manera de yunque o "tajandrino".

OPERACIONES:

1. **Aponer de jacha-** Elegido el trozo de madera y colocado sobre la "rebolla" se le da forma basta a golpes de hacha, quedando marcadas sus principales partes. Operación que se efectúa utilizando el "ojímetro".





2. **Afolar-** Consiste en ir desbastando la forma lograda en la primera operación mediante acertados golpes de "zuela". Tiene su misterio, que se reduce a tener buen pulso y dar los golpes "asentaos". Todavía burdamente ya son reconocibles las diversas partes: "calcaño" o "traseira", "pico" o "delantera", "pies" o soporte para los "tarugos" y "papo" o superficie convexa del "pico".
3. **Jacer el fliquillo-** Con un cuchillo se marca y resalta una especie de muesca para delimitar la parte delantera de la "boca".
4. **Joyar-** Colocada la pieza sobre la "rebolla" se procede a abrir la "boca", que facilita posteriormente la "capilla" o parte interior de la albarca.
5. **Joracar-** Con la barrena se agujerea el interior. Para ello se coloca la pieza en el "taller" sujeta con una cuña de madera. En esta operación interviene sobre todo el "ojímetro".
6. **La media-** Con un pequeño listón de madera, graduado en centímetros condicionados, se toma la medida de los "joracos" realizados para ajustarlos al número en alpargata del cliente.
7. **Legrar-** En el mismo "taller", y con herramienta llamada "legra", se desbasta el interior o "capilla" Requiere un esfuerzo conjunto de los brazos que dan fuerza y del hombro que dirige el trabajo.
8. **Resoriar-** Con la rasoria o "resoria" se desbasta cuidadosamente el exterior.
9. **Empicar-** Sobre las rodillas, y con un cuchillo, se acaba de refinar.
10. **Dibujar-** Sigue el cuchillo en acción y con su punta se trazan los dibujos que, según la zona o comarcas, reciben los nombres de "limuecas", "bujeles" y "jamuecas".
11. **Lijuar-** Con papel de lija se refinan finalmente por el exterior e interior, recibiendo, en este último caso, la operación el nombre de "alimpiar".





12. **Pintar**- Última operación que consiste en, como su nombre indica, aplicar un barniz o colorante a la superficie exterior. Se realiza de tres formas: 1) por medio de goma laca extendida con un "pincel de fortuna"; 2) un baño de pimentón disuelto en aceite; 3) la que resulta más clásica: "tostándolas" a la lumbre después de "pintás" con "calostros".

La corta de la madera se realizará un día bueno natural, teniendo en cuenta la luna para que no se "montée".

El haya será cortado en la menguante; la alisa, en la creciente de mayo; el abedul, en cualquiera. Los tarugos serán de avellano.

Las albarcas de la mujer, más estilizadas, más ligeras, carecen de tarugos y llevan en su lugar unos tacos de goma clavados. Van pintadas de esmalte negro.

La ventaja que ofrecen las albarcas es conservar el pie constantemente seco y limpio el escaquin o la alpargata.

"Tras-tras" de las albarcas montañesas. Una canción que nos acompañará en su recuerdo. Fama tiene la subida con albarcas desde Cartes, la víspera de San Cipriano hasta Cohicillos. Y más recientemente el día de San Blas desde Torrelavega a La Montaña. En la feria de La Llama también brillaron las albarcas.

En la artesanía de la madera en Cantabria, el oficio de albarquero fue importante, siendo para los trabajadores del campo y el ganadero una actividad complementaria.

Este oficio se transmitía de padres a hijos, pues su colaboración era necesaria más por necesidad que por vocación.

En la actualidad van quedando pocos artesanos que se dediquen a este trabajo por motivos muy diversos, entre ellos, la escasez de madera y el hecho de que el uso de las albarcas ha quedado reducido a unas pocas zonas de Cantabria.





Recuerdo que también las calcé en mi niñez, cuando tenía que hacer trabajos en el campo o con el ganado. Tristes y, a la vez, gratificantes recuerdos.

Cuando íbamos a la escuela las dejábamos en el portal. Y cuando asistíamos al rosario en el atrio de la Iglesia. A veces, una traviesa anjana las intercambiaba y se armaba la “marimorena”, siendo al final el señor cura el que ponía orden.

Nelón, un viejo albarquero, maestro del oficio (ficción literaria). Así se le conocía en el pueblo por su elevada estatura y su corpulenta talla. Se le quería y se le respetaba. Su matrimonio con Teresa duró sólo siete años, pues una infecciosa enfermedad acabó con su vida. Padre ejemplar, luchó para criar a sus dos hijos, Manuel y Carmela, de cuatro y seis años. El trabajo no tenía horarios para él, pareciéndole poco todo el tiempo para atender un rebaño de ovejas y las labores agrícolas. Una buena vecina, llamada Claudia, se hacía cargo de los críos cuando el atendía sus trabajos fuera de casa.

Nelón sentía una gran devoción por su oficio. Su padre fue su gran maestro, además de las dotes especiales que tenía para realizar las albarcas, pues todas ellas tenían un sello especial.

Cuando su hijo Manuel terminó los estudios primarios en la escuela del pueblo, le dijo un día a su padre: “Quiero ser albarquero como tú”. Nelón no pudo ocultar la alegría que esta confesión le produjo. Abrazó a su hijo, y con lágrimas en los ojos, le dijo: “Manuel, tu serás un gran albarquero, pues tu padre algo sabe de este oficio”. Y, en silencio, los dos tuvieron un mismo pensamiento y recuerdo para la esposa y madre.

Manuel, un ejemplo de hijo, con 14 años, recibió de su padre toda la experiencia que había ido acumulando a través de los mismos. Nelón en una ocasión dijo “que, con el tiempo, sería tan bueno o mejor que su padre”.





Carmela, su hija, era la que llevaba la casa, además de colaborar en algunos trabajos relacionados con las albarcas.

Nelón se sentía muy orgulloso de sus hijos, pues su comportamiento era ejemplar. La falta de su esposa, Teresa, se hacía notar, pero se encontraba compensado por Manuel y Carmela con tanto cariño que le demostraban.

Transcurrieron los años ... y aquéllos dos críos pasaron la pubertad y llegaron a la juventud.

Cierto día, Manuel, en la romería de San Cipriano, coincidió con una moza de un pueblo pegado al suyo, a la que ya conocía de otras romerías. De regreso, la acompañó hasta su pueblo. Algo especial debió ver en ella para prometerle ir a visitarla al domingo siguiente. A Lucía, que así se llamaba la moza, tampoco le pasó desapercibido Manuel, pues vio en él a un guapo mozo varonil. El tiempo se encargaría de los demás. Acabaron haciéndose novios y disfrutando del romance que los tenía envueltos de felicidad.

Un 13 de diciembre (Santa Lucía), Manuel aprovechó para hacerle a su novia, que ya eran novios, un regalo especial: unas albarcas muy originales que llamaban la atención. En la parte exterior de la capilla, en una de las albarcas, figuraba el nombre de Lucía, y en la otra el de Manuel, ambos en el interior de un corazón. Y cuando se las entregó, Lucía no pudo contener la emoción y, abrazando a su novio, le dijo: "Es el regalo más bonito que he recibido en mi vida". Un apasionado beso rubricó la escena. Manuel también se emocionó, viendo en Lucía la futura madre de sus hijos.

PROSA POÉTICA:

*Así decía la moza
a sus queridas albarcas:
siempre que os llevo puestas
me siento más guapa y alta.*

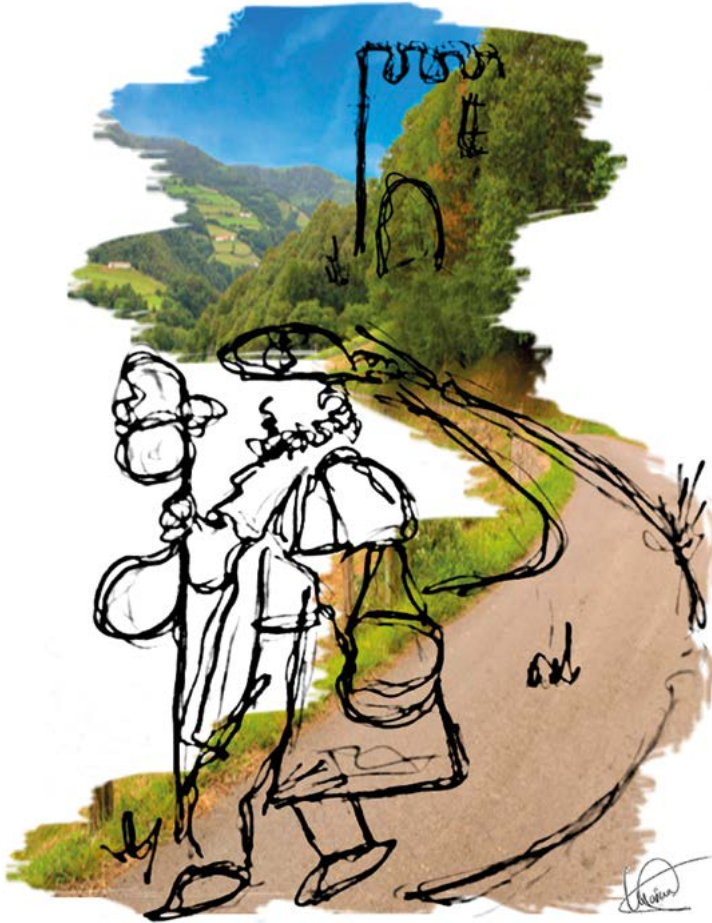




*Y el mozo la respondía:
No me importa mi mozuca
que seas más baja o alta
para mí siempre serás
mi amor querido del alma.
Y cuando voy a rondarla,
el "tras-tras" de mis albarcas,
a mi moza pone en ascuas
al sentirse ya abrazada.*



De profesión, peregrino



Área con Arte

317

Valeriano Teja Oruña

Valeriano Teja Oruña





Traté de ponerme en figura de romero,
... principalmente por comer a todas horas
y por no ayunar en todos tiempos.

Vida y hechos de Estebanillo González. Anónimo.





nte este título, más de uno se preguntará: pero... ¿no es una idea muy peregrina eso de ser peregrino de profesión?, ¿no resulta un tanto absurdo considerar un oficio algo que “se hace con los pies”?, ¿es posible que, a lo largo de su existencia, alguien pueda ganarse la vida peregrinando?


Para tratar de encontrar una respuesta a estas cuestiones, nos zambullimos en el inmenso mar de las referencias jacobeanas en busca de datos al respecto, buceando también, a partir del *Códice Calixtinus*, en uno de los géneros literarios más significativos de la peregrinación: la literatura odepórica.

Históricamente, la tumba del apóstol Santiago se descubre en el año 813. A partir de ese momento, da comienzo el fenómeno de las peregrinaciones. Al principio, y dada la gran religiosidad existente en la sociedad de la edad media, el motivo de ponerse en marcha hacia la tumba del apóstol era mayoritariamente de origen espiritual. Hay que tener en cuenta que el hombre del medievo consideraba la vida como una búsqueda de Dios, que a veces se convertía en la única razón de su existencia. Las reliquias ante las que podía postrarse y orar le ponían en contacto casi material con la divinidad, con su salvación. Este es el motivo fundamental que da origen a las peregrinaciones. Pero, poco a poco, surgen otros motivos para realizar “*la peregrinatio*”.

Uno de ellos bastante llamativo son las **condenas de la justicia**. Nos referimos a personas que debían realizar el Camino para cumplir una condena impuesta por el Tribunal de la Inquisición, o como castigo por una causa judicial dictada por cualquier otro organismo civil de la época, al objeto de redimir sus penas.

En otras ocasiones el camino se realizaba **por encargo**, es decir, los señores pudientes pagaban por que alguien se desplazase hasta Santiago para traerles la Compostela y contar así con un salvoconducto para alcanzar la vida eterna.





En uno de los libros referentes del Camino (*Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid 1948-49, de Uría, Lacarra y Vázquez de Parga), éste último sintetiza de la siguiente manera las diferentes opciones:

“La peregrinación no fue en la Edad Media una práctica que respondiese únicamente a la satisfacción de un acto individual de devoción, ya fuese espontánea y obligada por un voto formulado en un momento de grave peligrosidad o enfermedad. Muchos peregrinos emprendían el viaje forzados por una penitencia canónica o por una sentencia civil, y cuando se admitió el principio de sustitución, hubo peregrinos a sueldo...”

Al respecto dice Pablo Arribas en su libro *Pícaros y picaresca en el Camino de Santiago*:

“En esto de la conmutación de votos que tanto se prodigaron, pues era fácil comprometerse en circunstancias apuradas; la típica promesa de si... o en agradecimiento a..., prometo ir a Galicia, que luego por... -lo que fuere- no puede cumplirse, pero que hay que cumplir por encima de todo, y como resulta insoslayable el ir de camino o buscar compensación por el equivalente, para salir del *impasse*, el pragmatismo, pro domo sua, que algunos aciertan a hermanar con la espiritualidad, acude a la figura de la conmutación de voto, que suele adaptarse a unas tarifas”.

En los siglos finales del gran auge del Camino Jacobeo (siglos XIV y XV) se extiende e intensifica esta modalidad de peregrino, empezando así a aumentar el número de personas (profesionales pagados) que “hacen el Camino” por encargo de un tercero. Las personas que hacen la peregrinación por encargo de otras son conocidas como “palmeros” (portadores de un ramo de palma) o “bordoneros” (portadores del bordon o bastón de la persona que les encomienda la peregrinación).

No entramos aquí a valorar un tema muy interesante (que daría para uno o más libros) como es el de todos aquellos individuos que se lanzan al Camino, haciendo del mismo su propia casa y viviendo de lo






que encuentran o consiguen en él. Ganándose la vida, en definitiva. Las épocas de hambruna empujaron a grandes masas de personas a lo largo de los caminos compostelanos, gente que estimaba *el primum vivere* como lo más importante de cada día. Y alrededor de todo ello pululanos dice Pablo Arribas Briones- “una pendenciera compañía de pícaros, giróvagos, gallofos, tunantes, adivinos, nigromantes, pseudo-alquimistas, bribones, trotamundos, belitres, buhoneros, *coquillards*, buhoneros merodeadores, saltimbanquis, embaucadores, vagabundos disfrazados de peregrinos, volatineros, holgazanes, farsantes, truhanes con llagas falsas, mendigos profesionales, falsos tullidos, parejas amancebadas, charlatanes, mimos, histriones, prestidigitadores, bufones, saltadores, comediantes, bailarinas, contorsionistas, prostitutas, estafadores, predicadores ambulantes, desertores, fanfarrones, pobres vergonzantes, frailes giróvagos, goliardos, *clerici vagantes*, hidalgos venidos a menos, desheredados, ermitaños... una entera humanidad”. Una entera humanidad que recorre el Camino como si se tratase de un peregrino más, desempeñando cada cual sus oficios para ganarse el pan.

Vamos a centrarnos ahora aquí (por la escasez de espacio) en aquellos caminantes que realizan la peregrinación por encargo percibiendo un estipendio por tal cometido.

Una de las primeras referencias históricas de las que tenemos constancia es un documento del año 1312 en el que se detalla cómo el francés **Yves Lebreton** cumplió los requisitos de la peregrinación por delegación a nombre de la condesa de Artois, también conocida como *Mathilda*, hija única de Roberto II de Artois, Conde de Artois y Amicia de Courtenay. De esta misma cortesana se tienen referencias de que también pagó y encargó efectuar la peregrinación en 1317 por la muerte de su hijo. Y al parecer le cogió gusto (y tenía caudales para ello) y siguió enviando comisionados en 1321, 1326 y 1327.

Lo cual nos demuestra que existían diversas personas dispuestas a realizar tales menesteres y que se dedicaban a ello. Por lo que no debe





de extrañarnos que surja la figura del peregrino vicario como un oficio más. En un acta datada en 1.313 y existente en la Corte de París, el Maître Juan de Acre figura como “buscador de perdones”.

Existen referencias en diversos escritos que recogen cómo en el año 1412, cuando fallece la reina Margarita I, son enviados a Compostela tres peregrinos con el fin de que cumplan *“la peregrinatio”*, con el fin de obtener que el alma de la fallecida reina danesa descansase en la paz del Señor.

Asimismo, hay registro de la existencia de un personaje danés llamado Kaeller, conocido por ser un peregrino profesional, quien al parecer (como recoge la profesora e hispanista Grethe Christensen en uno de sus trabajos) caminaba a la ciudad del apóstol Santiago por petición de otras personas que principalmente por razones de salud no soportarían los 3.500 kilómetros de distancia hasta Compostela, a cambio de lo cual recibía una recompensa. Al parecer lo realizó en diversas ocasiones. En su tumba situada en Tysted, pequeño y tranquilo pueblo en la península de Jutlandia, en Dinamarca, está representado con una palma y en su bolsa muestra una concha de vieira, signo inequívoco de que efectivamente peregrinó a Santiago.

Y aunque existen muchos ejemplos más, sirvan estos como prueba de gentes que hicieron del hecho de peregrinar un trabajo remunerado. Son PEREGRINOS PROFESIONALES.

Ya hemos expuesto y comentado que hay suficiente documentación histórica como para conocer que eso sucedió antiguamente, pero ¿es posible encontrarnos casos similares en la actualidad?

Por sorprendente que parezca, no tenemos más que asomarnos a páginas de internet, donde podemos toparnos con cosas como esta:

¡HAGO EL CAMINO POR TI!





Está claro que, en pleno siglo XXI, también existe la figura del peregrino de alquiler y, al igual que hace siglos, sigue vigente. Y continuamos leyendo la propaganda del anuncio anterior, que reproducimos textualmente por lo curiosa:

Si tu no puedes peregrinar, yo lo hago por tí. Soy experta peregrina. Llevo trece años haciendo los distintos Caminos, Francés, Sanabrés, Aragonés, Vía de la Plata, Primitivo, Camino de la Lana... y de distintas maneras, a pie, en bici y a caballo. Lo he hecho en verano y en invierno.

Cuando hago el Camino por otra persona, lo hago con la seriedad, respeto y espiritualidad que se respira en él. Llevo algún objeto personal suyo para llevar su energía, pongo velas por él en los templos y estamos en contacto diario hasta mi llegada a Santiago donde entonces le envío la Compostela, credenciales y fotos de SU Camino.


Porque no todo el mundo puede, si quieres que tu huella quede impresa en el Camino al igual que la de los miles de peregrinos que han caminado a lo largo de los siglos llevando sus promesas y esperanzas a Santiago, ponte en contacto conmigo. peregrinajeasantiago@gmail.com

Puede parecer sorprendente, ¿no?

Pues hay más, bastante más. He aquí otro ejemplo de un peregrino actual:

Roland Banka es un caminante húngaro que ya no concibe su vida si no es vinculada al Camino de Santiago. Ha realizado muchos kilómetros a lo largo de varias de sus múltiples rutas conocidas. Nacido en Miskolc (Hungría), Roland Banka era maestro de gramática y literatura húngara en una escuela secundaria, trabajó en diferentes empresas, hizo teatro... Pero después de su primer Camino, decidió «cambiar la forma de vivir». «También quiero hacer cosas diferentes en el futuro, tengo algunos proyectos, pero ahora me siento perfecto en el Camino, soy un 'peregrino profesional'» manifiesta.





Pero no sólo nos encontramos “peregrinos profesionales” en el Camino de Santiago, también los hay que van a otros lugares sagrados como Fátima.

Este anuncio es un ejemplo de ello:

“Peregrino de alquiler cobra hasta 2.500 euros para ir a Fátima”

Si usted busca el perdón de Dios, pero la idea de caminar descalzo durante días le desagrada, es un potencial cliente de este peregrino de alquiler. Carlos Gil, de 52 años, portugués, ofrece una amplia gama de servicios a distintos precios: poner velas, rezar jaculatorias, andar los últimos metros de rodillas y un amplio etcétera a “módico precio”.

Y ahora cabe hacernos la pregunta: ¿hemos cambiado algo en estos más de 1.200 años desde el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago en Compostela?

Porque, ya no contentos con anuncios como los que acabamos de ver, nos encontramos con toda una gran industria “profesional” que se genera en torno al peregrinaje. Y proliferan los “oficios” de toda clase: centros de masajes profesionales, organizadores de tours, fotógrafos, porteadores que llevan las mochilas, taxis, bares, restaurantes, hospedajes, pensiones y hasta hoteles de gran lujo ofertan servicios profesionales a “los peregrinos”.

Como vemos, no solamente han existido y existen “profesionales peregrinos”, sino oficios y profesiones que viven en el entorno del camino de peregrinación. Mientras el fluir de peregrinos continúa, cada uno en su búsqueda particular...

¡¡¡ULTREIA!!! ¡¡¡ET SUSEIA!!!

(1) Saludo antiguo de los peregrinos: al grito de “*Ultreia*” (“¡sigue adelante!”), el otro respondía “*Et suseia*” (“¡y más allá!”).





El bisabuelo Pablo



Pablo Tresgallo Vallejo





Nadie es una isla por completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo de un continente, una parte de la Tierra. Por eso la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y, por tanto, nunca preguntes por quién doblan las campanas, porque están doblando por ti.

John Donne, poeta metafísico inglés del siglo XVII.



antabria es tierra de leyendas, de misterio, de mitos y de historias perdidas en el tiempo. Algunas guardadas en la memoria de sus habitantes, otras en papel, y por eso hoy podemos recordarlas y hacerlas nuestras. En mi cabeza ronda, desde que era un niño, una que me contó mi abuela, y que siempre guardaré como un tesoro familiar. El protagonista es su padre, mi bisabuelo, del mismo nombre que quien escribe. Hace poco visité de nuevo el lugar donde ella nació, Castrillo de Valdelomar, en Valderredible. Hoy está casi deshabitado, pero no siempre fue así. Sus calles no estaban vacías como ahora, la escuela permanecía abierta, la iglesia de Santa Leocadia se llenaba cada domingo. Por la noche, las luces de las ventanas situaban aquel pequeño centro del mundo en la inmensa oscuridad del vasto valle.

Uno de sus vecinos, Pablo Ballesteros, se pasaba jornada tras jornada trabajando en un oficio que adoraba, hoy ya extinguido en la zona. Hacía campanas. En su fragua creaba esos instrumentos de música celestial que luego sonaban en campanarios de toda España. También alguno fuera de nuestras fronteras, ya que su fama las traspasaba, aunque él no se diese ninguna importancia. Pablo era feliz en su pueblo, en su fragua, con su familia. Todos le respetaban, nadie podría decir nada malo de su vecino más ilustre.

Todo era tranquilidad en Castrillo de Valdelomar. Gente sencilla, humilde y trabajadora, sin mucha preocupación por lo que ocurría más allá de las afueras del pueblo. Sin embargo, sin saberlo, estaban predestinados, desde que nacieron, a ser testigos de la parte más triste de nuestra Historia. Sabían que el país estaba en guerra, pero esperaban que no les afectara. Muchos pensaban que allí no llegaría, otros no eran tan optimistas. Nadie quería posicionarse, el ambiente se enrareció mucho. La rutina se alteró, había más silencio que nunca. Una calma tensa, incómoda y peligrosa convivía con la cotidianidad de un lugar que no permanecería ajeno a la realidad de un momento tan complicado.





En aquel otoño de 1936, cercano el invierno, sonidos de disparos y obuses en las cercanías del pueblo eran habituales. Nadie había oído antes algo así; lo más parecido, el disparo de una escopeta de caza. Todavía hoy pueden verse agujeros producidos por las balas en las fachadas de las casas. Las tropas nacionales querían hacerse con el valle. De momento, salvo alguna localidad aislada, todavía estaba en manos republicanas.

Para Pablo no ocurría nada, trabajaba en su fragua como si su vida no hubiese sido alterada. Su mujer, Carmen, y sus hijos, no lo entendían. Tenía seis, pero uno de ellos emigró a América. Estaban en guerra, y él no lo aceptaba. De esa forma ponía en peligro a todos, aunque él no lo viese así. Su testarudez era a veces una barrera infranqueable con la que chocaba cualquier intento de hacerle cambiar de opinión. Sólo quien lo conocía bien sabía que tras esa férrea fachada se escondía un corazón blando y generoso. Por eso necesitaba esa coraza, sin ella quedaba demasiado expuesto.

Ocurrió en una noche fría, asomando el invierno de aquel año fatídico. Pablo había estado trabajando en su fragua todo el día hasta tarde. Se dirigía a casa, sólo había unos metros hasta la puerta, suficientes para encontrarse con dos muchachos armados.

–¿Qué hacéis merodeando por mi casa? –les preguntó, en tono amenazante.

–Somos soldados republicanos –contestó enérgico uno de ellos.

–¿Esa es tu respuesta, muchacho?

–Un poco de respeto, abuelo.

–Deberías tener cuidado con ese arma, podrías matar a alguien.

–De eso se trata, ¿no? ¿Acaso eres un fascista?

–Yo soy campanero, niñato, hago campanas.





–Métase en casa. Hace frío y los fascistas están siempre merodeando por aquí.

–Vamos –les dijo, haciendo un gesto con la mano para que le siguiesen.

–¿Eh? ¿Qué dice?

–Que me acompañéis y os metáis en casa. Mi mujer hará unos huevos con patatas.

–Pero ¿qué dice usted?

–¡Qué entréis, coño! –les gritó, provocando el ladrido de los perros.

Obedecieron la orden, como la venida de un superior. A pesar de pillarle por sorpresa, Carmen trató de actuar con naturalidad. En principio, pensó que le habían detenido, pero Pablo les obligó a sentarse a la mesa, y entonces sonrió. En silencio, los dos soldados engulleron su cena ante la atónita mirada de ambos. Sus hijos dormían, no se enteraron de nada. Por la mañana los conocerían, no iba a dejarlos dormir en la calle.

Pero esa noche guardaba todavía más sorpresas. Llamaban a la puerta. Todos se sobresaltaron; todos, excepto Pablo, que acudió a abrir sin vacilar.

–¿Qué hace? –le alertó uno de los soldados, el que parecía algo más mayor.

–Abrir la puerta, han llamado –le contestó con naturalidad.

–No lo haga, espere –le dijo, recuperando su arma, que había dejado momentáneamente colgada de la silla en la que se había sentado mientras cenaba.

–Estoy en mi casa. Dispara si quieres, pero pienso abrir –le soltó, ante la mirada atónita de Carmen –. ¿Quién es?





–¡Abra! –le dijeron, por fin.

–No os dejaré entrar si no me decís quiénes sois.

–Somos soldados del Ejército Nacional.

Sus “invitados” le prohibieron abrir con un gesto. ¿Qué podía hacer? Un tenso silencio se adueñó de la cocina. Sólo el crepitar de la madera en el fuego lo rompía. Ante la sorpresa de todos y con decisión, Pablo abrió. Ni él ni Carmen supieron cómo, pero sin mediar palabras y en un segundo, se encontraron con cuatro fusiles apuntándoles. Dos por cada lado. “¿Qué hacéis, idiotas? ¿Queréis que muramos todos aquí?” –les gritó –. “¡Aquí no va disparar nadie!”. Decidido, bajó el arma de uno de los recién llegados con su mano. Los dos eran muy jóvenes e inexpertos, al igual que sus enemigos. Sus hijos despertaron y desde el piso de arriba asomaron la cabeza. Carmen subió a su encuentro. Pablo miró fijamente a los ojos de cada uno de los hombres que apuntaban. En medio de aquel paréntesis, sucedió algo extraordinario. Casi a la vez y sin decirse nada, los cuatro bajaron sus armas. Todos se sentaron juntos en la mesa, a pesar de la desconfianza. Carmen les sirvió sopa caliente primero, antes de freír más huevos y patatas. Sus estómagos lo agradecieron, olvidándose de con quién compartían su cena. Pablo lo había logrado, había ganado, imponiendo su cordura en medio de aquella sinrazón. Un pequeño triunfo que no acabaría con la guerra, a no ser que hubiese más hombres como él.

–Dormiréis aquí los cuatro al lado del fuego y mañana madrugaréis para ayudarme en la fragua. Os traeré unas mantas.

–¿Trabajar en la fragua? ¿Pero qué dice? –no dejaban de sorprenderse.

–Sí, hay que ganarse la cena y también la del resto de los días que estéis aquí, chaval.

–Tengo nombre, me llamo Vicente.






—Y a mí qué me importa. Sólo eres un crío con un arma en mi casa. Deberás ganarte mi respeto y mi perdón. Lo conseguirás trabajando. De momento, me llevo las armas.

—¡No puede hacer eso!

Claro que podía. Al día siguiente, a las seis de la mañana estaban en pie. Después del desayuno y cediendo de nuevo a la terquedad y autoridad de aquel hombre, decidieron obedecerle y trabajar juntos. Se acostaron siendo soldados, levantándose como ayudantes de un campanero de pueblo. Tardarían varios días en acabar las dos campanas que le fueron encargadas, aunque sabía que la guerra las impediría llegar a su destino. Castrillo se había quedado sin las dos de su iglesia. Se las llevaron para fundirlas y hacer balas, por eso se quedarían allí, no irían a ningún sitio. Pablo les enseñó el oficio. Los cinco, jornada tras jornada y sin echar de menos la guerra en aquellos días tranquilos, experimentaron una sensación que reconocerían acabarían gustándoles. Ya no había enemigos, ni siquiera entendían cómo pudieron querer matarse. No había ningún motivo para odiarse, tenían muchas cosas en común. Formaban un equipo, la construcción de aquellas campanas se convirtió en un buen fin común. Su forzado compañerismo se convirtió en auténtica amistad. Cuando por fin lo hicieron, un espontáneo júbilo estalló en la fragua. Todo eran risas y alegría por el trabajo bien hecho. Pablo observaba la escena con satisfacción, objetivo cumplido, y no estaba pensando en las campanas precisamente. También sintió pena, ya no había ningún pretexto para retenerlos por más tiempo. Por la mañana, cada uno fue por su lado. Se despidieron entre abrazos, aunque con el arma al hombro.

La guerra acabó y Castrillo intentaba volver a la normalidad. Una mañana de abril de 1940, un joven forastero llegaba al pueblo. Era Vicente, un superviviente de los cuatro chicos que trabajaron con Pablo. Venía a darle las gracias por todo lo que hizo por ellos. Su compañero había muerto. De los otros dos no sabía nada. Se enteró que Pablo había





muerto también, se lo dijo su hija Dionisia, a quien Vicente recordaba bien. La fragua fue destruida. Le señaló la iglesia de Santa Leocadia. Había una campana. Sí, era una de las que ellos construyeron, donde hoy todavía puede admirarse “¿Qué ocurrió con la otra?” –le preguntó. “Alguien se la llevó cuando acabó la guerra”.

Vicente y Dionisia, mis abuelos, no supieron nunca el lugar exacto, pero en algún campanario de algún lugar del mundo, el sonido de esa otra campana puede oírse todavía hoy. Su firma, P.B. acompañada de las de esos cuatro muchachos, anuncia muda su autoría. Las dos campanas siempre repicarán por lo mismo, por la PAZ.





Memoria

Oficios vigentes en Cantabria antes de finalizar el siglo XVIII





Extraerá igualmente los sobrantes de los tejidos y lanas, y otras cualesquiera manufacturas, cuyas materias primas abundan en Castilla y León; se aumentará la gricultura; se multiplicarán y perfeccionarán las fábricas, en que dándose ocupación honrosa y lucrativa a los habitantes, no desamparán sus casas, impelidos por la necesidad, con lo que se poblarán los pueblos desiertos, se llenarán de gente los habitados, y en una palabra, se harán felices unos reinos, que siendo los primitivos de la Monarquía, y por naturaleza opulentos, se van despoblando, y están reducidos sus habitantes a poco menos que la última miseria.

Autor desconocido, de quien, no obstante, sabemos que fue Alcalde Mayor y Subdelegado de Rentas, así como presidente del Ayuntamiento de la ciudad de Santander, cargo este último que estaba ejerciendo al momento de la instalación de la fábrica de cervezas de Campo, por el año de 1786.



e han tomado como base de este relato los oficios que aparecen detallados en el Informe Económico del **Manuscrito N° 103**, de la colección Pedraja, titulado el **Estado de las Fábricas, Comercio, Industria y Agricultura en las Montañas de Santander**, se comenzó a redactar en 1786 y se concluyó en 1798, el cual fue enviado, al parecer, a Eugenio Larruga para confeccionar su famosa "Memoria", siendo ministro de Hacienda Cayetano Soler. Manuscrito que se guarda en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander.

Se trata de un meticuloso examen de todos los males que impedían el florecimiento económico en la Montaña, elaborado treinta años más tarde de que por bula de Benedicto XIV, en 1754, se creara el **Obispado de Santander**, primer impulso decisivo para nuestra región, cuya jurisdicción coincidía, en líneas generales, con la posterior provincia de Santander y la actual comunidad autónoma de Cantabria, aunque con intromisiones territoriales de las diócesis limítrofes, perteneciendo a Burgos: Reinosa y Campoo - Los Valles: el Valle de Polaciones, a Palencia; Liébana, a León; y alguna parte limítrofe del río Deva, al arzobispado de Oviedo, viéndose, no obstante, compensado con numerosos pueblos de las Encartaciones vizcaínas y valles del norte burgalés, como el Valle de Mena.

Por otra parte, como respuesta a los *motivos que concurren en la ciudad y puerto de Santander para hacer el comercio con América con más utilidad, comodidad y ventajas que otra alguna de las marítimas de la costa del mar Cantábrico*, en 1785 se creaba el **Consulado Marítimo de Santander**, el cual siguió dependiendo administrativamente de la Intendencia de Burgos y, aunque Carlos IV creara en 1801 la provincia marítima de Santander, ésta no tuvo efecto hasta 1816, año en que la capital montañesa adquiere su propia jurisdicción con intendente propio. Así mismo, siete años antes, el 28 de julio de 1778, fruto del famoso Pleito de los Valles y de las asambleas que los representantes de los nueve valles, y otros, celebraban en la Casa de Juntas de Puente San Miguel, se creaba la Provincia de Cantabria, a la que, curiosamente, no pertenecía Santander.





Finalmente, será en 1833, cuando se erigen las cincuenta provincias, el momento en que el territorio cántabro pasa a denominarse provincia de Santander, actualmente comunidad autónoma de Cantabria. Cuenta la Biblioteca Menéndez Pelayo con varios informes económicos pertenecientes a la época, pero es éste el que con mayor clarividencia, e imbuido del espíritu ilustrado, plantea los problemas y los “**estorvos**” que denuncia, siendo la doctrina central que domina el informe el reformismo, apoyado en criterios objetivos a los que ha llegado el autor, por cierto, desconocido, mediante un riguroso análisis crítico.

Así, tras examinar todo el contenido del mencionado **Manuscrito nº 103**, puedo afirmar que en él hay constancia de una excelente copia de oficios, tales como arquitectos, escultores, pintores, campaneros, canteros, cuberos, herreros, carpinteros, tejedores de lino, cáñamo o lana, cerrajeros y demás artes: de madera, hierro, cobre, latón, etc. Tundidores y otros artesanos, peones y abundancia de simples jornaleros; alojeros, regatoneros, molineros, renoveras de ferias y romerías, mujeres prontas para ir cargadas dos o tres leguas; escribanos, comerciantes y mercaderes. Señalando que en Santander aumentan los tenderos en demasía; arrieros (con sus millares de carros tirados por bueyes), obreros de fábricas, ferrerías y minas, cerveceros, harineros, peleteros y curtidores; en ferrerías: maestros, oficiales, carboneros, *trajineros* y conductores; finalmente, hilanderas.

Por razón de espacio, únicamente haré referencia, por orden alfabético, a aquellos oficios que a mi juicio pueden tener mayor dificultad de comprensión en nuestros días. No obstante, me fijaré especialmente en los maestros de obra y cantería, denominados entonces arquitectos, apelando al trabajo complementario de Marino Pérez Avellaneda, dedicado a los campaneros, aquellos maestros campaneros de Meruelo, por ejemplo, que entrando el otoño salían a caballo por toda España para acopiar pedidos, que entrados en la primavera pasaban a ejecutarlos, de lo que Luis de Escallada ha dejado cumplido testimonio. Así, pues, comenzaremos por los arquitectos.





Arquitectos, no de carrera universitaria, sino auténticos maestros en el arte de la construcción, principalmente de obra pública, como puentes, calzadas y viaductos; edificios nobles, como iglesias, palacios señoriales y catedrales, de los que tanto abundaron en Trasmiera, con gran tradición arquitectónica, cuyos habitantes se empleaban en oficios relacionados con la construcción, principalmente como canteros, escultores y campaneros, destacando con luz propia el cántabro Juan de Castillo (1470-1552), natural de la merindad de Trasmiera, (de Castillo-Siete Villas), maestro de obras y arquitecto hispano-portugués, en portugués, Joao de Castilho, artífice de cinco obras patrimonio de la Humanidad, con el convento de Cristo en Tomar, Monasterio de los Jerónimos en Lisboa, y los magníficos monasterios de Batalha y de Alcobaça, además, de la fortaleza de Maza-gán en Marruecos, estudiado todo ello a satisfacción por María Ealo de Sa.

Lo mismo que los de Buelna y Valdáliga, caso de Juan de Herrera (1530-1597), artífice del real monasterio de San Lorenzo del Escorial y de la catedral de Valladolid –enterrado en Maliaño-, o Juan de Rasines, con apellido, como otros muchos, de la localidad que le vio nacer (1490-1542), en la cuenca del río Asón, maestro de cantería y arquitecto del tardo gótico, que trabaja en la Rioja y es el creador de la real colegiata de Berlanga de Duero, prototipo y paradigma de las denominadas iglesias de planta de salón, -como, por ejemplo, las de Liérganes y Comillas-; iniciada la de Berlanga en 1526 e inaugurada cuatro años después, en 1530, aunque sin finalizar todo el ambicioso proyecto, para cuya ejecución fueron demolidas las diez iglesias parroquiales, románicas, con que Berlanga contaba.

Obra promovida y financiada por los señores de Berlanga, don Íñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla, y su mujer Ana María de Tovar, duques de Frías, cuyos escudos de armas, de los Tovar y de los Velasco, se encuentran sobre la puerta de entrada a la Colegiata.

Linaje y poderosa dinastía de los Velasco que, oriundos de las riberas del bajo Asón, según se cree, en un barrio de Carasa, en la Cantabria





oriental. Con casa propia en Laredo, y que no pudieron adentrarse en la posterior merindad de Trasmiera, pero sí lo hicieron, y con creces, en la cuenca alta del Asón hacia las tierras castellano - riojanas del alto Ebro. Así, por ejemplo, don Pedro Fernández de Velasco (1401 – 1470) décimo tercer abuelo de la dinastía, señor de los valles de Soba y Ruesga, y de las villas de Briviesca, Arnedo, Medina de Pomar, Santo Domingo de Silos, Salas de los Infantes, Villalpando, y señor de Haro, Belorado y Frías, entre otros más; merino mayor de Castilla la Vieja (1419-1470), casado con doña Beatriz Manrique de Lara y Castilla, y primer conde de Haro. Tutor del rey Juan II y su camarero mayor. Tomó parte, con Fernando, tío y tutor del joven Juan II, el de Antequera, en la toma de esta ciudad, quien, más tarde, tras el Compromiso de Caspe, pasó a ser rey de Aragón como Fernando I (1312-1316). Intervino también el Velasco, - junto con Íñigo López de Mendoza, entonces señor de la Vega y seguidamente primer marqués de Santillana-, en la toma de la villa de Olmedo, año 1445, e influyó en la caída de don Álvaro de Luna.

Obra suya fue la construcción del denominado alcázar o castillo de Medina de Pomar. Villa ésta que, andando el tiempo, se convertirá en la capitalidad del poderoso estado señorial de los Velasco, con residencia en su castillo-alcázar, donde en el convento de Santa Clara tienen el panteón familiar.

Juan de Castillo y Juan de Rasines, ambos, artífices de dos emblemáticas iglesias de las denominadas de planta de salón, la de los Jerónimos de Lisboa y la colegiata de Berlanga, ambas de traza renacentista y de considerable y similar altura, sobre cuyas columnas se abre un magnífico palmeado de nervaduras que, desafiando las leyes de la gravedad, sustentan todo el entramado de muy extensas y casi planas bóvedas, comparables con las telas de araña. Con la diferencia que, Juan de Castillo, en el monasterio de los Jerónimos de Lisboa, sustenta todo el enorme embovedado sobre altas y esbeltas columnas, auténtica filigrana, mientras Juan de Rasines, en la colegiata de Berlanga, lo hace con gruesos y altos pilares, circulares, claramente renacentistas, que,





asimismo, sustentan el también enorme y casi plano embovedado de las tres naves principales, aparte las capillas laterales.

Mas volviendo al tema de los oficios y habiéndonos fijado especialmente en los grandes maestros de la construcción, los maestros de obra y cantería, tan abundantes en las tierras cántabras, representados en las personas de Juan de Herrera, Juan de Castillo y Juan de Rasines. Únicamente aclararemos el significado de algunos oficios, por si resultaran extraños o pudieran inducir a error, entre los que señalamos los siguientes:

Alojeros, personas que hacen o venden aloja, bebida hecha de miel, agua y especias.

Arquitectos, no de carrera universitaria, sino auténticos maestros en el arte de la construcción, principalmente de obra pública.

Artisanos, con sus derivados: artesanía, artesanado, artesano, artesana. **Artesanía**, trabajo o labor de artesanos y conjunto o clase de los artesanos. **Artesanado, artesanía** y conjunto o clase de los artesanos y, finalmente, **artesano, artesana**, persona que ejercita un arte mecánico, ajeno, sin duda, al proceso de la producción industrial en serie.


Cubero: persona que hace o vende cubas.

Regatoneros, regatón, persona que regatonea o que regatea mucho, siendo **regatero** o **regatera** la persona regatona que vende al por menor lo comprado al por mayor o, también, que regatea mucho. **Regatear**, Debatir, discutir el comprador y el vendedor el precio de una cosa. // Revender. **Regatonear**, comprar al por mayor para vender al por menor, y regatonería, Regatería u oficio del regatón.

Tejedores de lino, cáñamo o lana, ver más abajo.

Trajineros: Trajín, acción de trajinar; **trajinar**, acarrear o llevar mercancías de un lugar a otro, o andar de un sitio a otro con alguna ocupación; **trajino**, sinónimo de trajín; **trajinante**, el que trajina o acarrea






géneros de un lugar a otro; **trajinería**, ejercicio de trajinero, y **trajinero**, sinónimo de trajinante.

Tundidores: grupo semántico de la familia del verbo **tundir** con los vocablos derivados de él: tunda, tundición, tundidura, tundidor y tundidora.

Tundidor, persona, generalmente mujeres, que tunde los paños. Oficio consistente en cortar o igualar el pelo de los paños, a lo que se denomina con el verbo tundir. Recibiendo el nombre de **tunda** el acto de tundir los paños, independientemente del significado de castigo de palos, azotes o paliza. Siendo sinónimos de tunda, **tundición y tundidura**, acción de tundir los paños; mientras, por **tundidor** entendemos, el que tunde el paño, y **tundidora**, indistintamente, máquina que sirve para tundir los paños, o mujer que tunde los paños. Significantes todos derivados del verbo transitivo **tundir**, con el significado de cortar o igualar el pelo de los paños. Mientras, por otra parte, independientemente del significado de los verbos tundir y tundear, el primero, **tundir** homófono, homógrafo y homónimo del oficio de cortar e igualar el pelo de los paños y, el segundo, **tundear**, ambos tienen también el significado de castigar con golpes, palos o azotes, y dar una tunda o paliza.

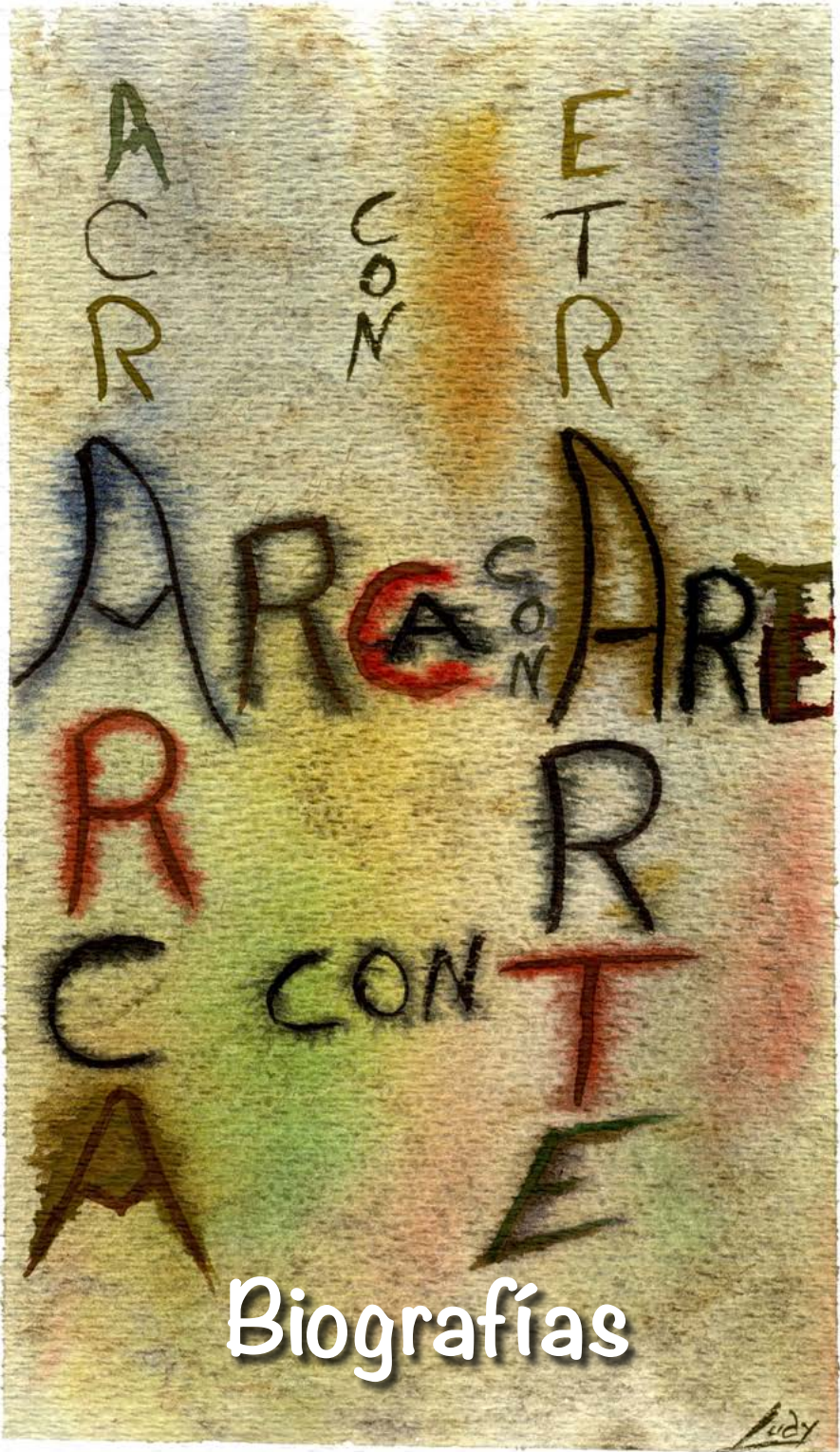
Previo al oficio de tundidores es el de tejedores de lino, cáñamo o lana, oficio al que el autor del citado manuscrito concede gran importancia, como industria pionera capaz de surtir de paños, principalmente, a la población de las antiguas Montañas de Burgos, es decir a lo que más tarde se conocerá como la provincia de Santander, la actual comunidad autónoma de Cantabria, además de servir tejidos e hilaturas a las regiones limítrofes, especialmente mediante la navegación de cabotaje, por ser el medio de transporte más cómodo y barato, lo cual redundaría en beneficio de los habitantes de nuestra tierra.

En conclusión, entendemos que en la Cantabria de finales del siglo XVIII, además del excelente y continuado oficio de nuestros maestros de obra y cantería, auténticos arquitectos del ranking europeo y occidental,



también existían, justo cuando se llevaba a cabo el tránsito de la Edad Moderna a la Contemporánea, muy variados oficios, como los recogidos del más arriba mencionado manuscrito, en orden a promocionar y desarrollar el tan necesario progreso y la mejoría de la vida de nuestro pueblo que, sin duda, influyeron en el posterior despertar y resurgir económico y social cántabro.





Biografías

Ludy





JAVIER APARICIO RUIZ

Autor de los dibujos en las bandas

Nacido en Santoña, en 1966 y residente en Isla, Cantabria. El veredicto, incontestable: culpable. Tutor en excedencia de poemas inacabados y novelas sin desenlace, puede presumir en su descargo de su amor por la literatura. Por ahí, en algún cajón, muchos versos y relatos condenados a un libro de páginas en blanco encuadernadas en blanco. Más de una docena de villancicos cántabros han visto la luz con timidez, en su creencia de que está más dotado para juntar palabras en versos que frases en el universo del relato.

En cualquier caso, adutodidacta, apostando más por la academia del mundo que por la universidad de la vida. Como la mayoría de los reos, cuenta también con algo a su favor. Un devenir de la marea le ha reconciliado con la anécdota de existir, empujándole a partir de ahí a compartir su mundo imaginario con todos los que le rodean.

Se ha proclamado ganador del certamen literario "Santoña... la mar" y ha sido premiado en el concurso de relatos de la Asociación Gallega de Amigos del Camino de Santiago y en el certamen literario Doctor Guerrero Pabón, en Córdoba. Varios de sus relatos han sido publicados por la Sociedad Cántabra de Escritores en sucesivas ediciones de sus libros colectivos (Inspiraciones cervantinas, Goterales, Magia en la Cueva y en el presente volumen). Además, ha contribuido con un poema en la publicación del poemario de la asociación "Poemas sin Fronteras".

Es miembro del jurado del Certamen literario "Santoña... la mar" y promotor y competente del jurado del certamen de relato corto "Ecoparque de Trasmiera".

Entretanto, sigue con la esperanza de que algún inusitado fenómeno no registrado hasta el momento dilate las horas y los días del calendario para burlar a sus obligaciones profesionales y personales y dedicar más tiempo a su pasión por escribir.





AURORI MIRANDA SANTIBÁÑEZ

**Autora de las letras capitulares, de las albarcas y del barquillero
para las transiciones**

Nació en Polanco y reside en Torrelavega.

Trabajó en Camimet-Torrelavega: Taquígrafa de Dirección.

Trabajó en agencia de seguros propia hasta su jubilación.

Miembro de la Sociedad Cántabra de Escritores desde 2006 y de la Junta Directiva.

Autora de los libros "De viuda a viuda" - "Relatos en azul" - "Nubes de papel" - "Cosas de la mar... y otras perlas" - "La casa de la mora" - "Negro sobre blanco".

Coautora de los libros *Amaneceres* - *Balconadas* - *Sueños* - *Obrus-sae Cantabricae* - *Mar.es* - *Hila... de la rima a la prosa* - *1616: inspiraciones cervantinas* - *Goteriales* - *Pliegos poéticos La Horadada-Poemas sin Fronteras III* - *Magia en la cueva*. Editados por la Sociedad Cántabra de Escritores. *No soy una muñeca*. Editado por el CEPA de Los Corrales de Buelna.

Reconocimiento oficial del Ayuntamiento de Torrelavega por una vida dedicada a la Cultura.

Miembro fundador de la Tertulia "Sago", en Torrelavega, de pintores y poeta.

Jurado de certámenes poéticos de, relatos, pintura y teatro para:

Ayuntamientos: Unquera, Piélagos, Ayto. Torrelavega, Asociación de Mayores "Ramiro Bustamante", Centro Gallego, Cofradía del Queso, "Elena Soriano-Infantil", Corte Inglés y Sociedad Cántabra de Escritores.



Acuarelista con varios premios: primeros, segundos, terceros y menciones.

Autora de un mural sobre valla en el Colegio Cervantes de Torrelavega.

Autora de portadas de libros...

Premiada en varios concursos nacionales de relato corto.





LUDOVICO RODRÍGUEZ LIAÑO

Autor de las ilustraciones de presentaciones, autores, biografías, autores e ilustradores y Certamen de Relato Corto

Ludovico Rodríguez Liaño nace en Hijas, Puente Viesgo, un 29 de Julio de 1954. Cursa los estudios primarios en Las escuelas de Hijas, siempre a la luz del Monte Castillo. El bachiller en el Instituto Santa Cruz de Castañeda e Información y Turismo en la Escuela Altamira de Santander.

Miembro de la Sociedad Cántabra de Escritores.

Desde hace mas de 30 años trabaja como guía cultural en las cuevas del Monte Castillo y de Hornos de la Peña.

Vive en Sopenilla, San Felices de Buelna donde su cueva de Hornos de la Peña sigue enseñándole el misterio de la Prehistoria.

Desde muy joven ha sentido una inquietud por el arte y la escritura, sobre todo la poesía como forma de expresión escrita, de aquí surgió la publicación de dos obras:

La Grúa de Piedra, editada en 2004 y Rincones de Silencio, editada en 2007.

Siguiendo este camino de creación, da un paso e inicia su contacto con la pintura como otra forma de acercarse al mundo más primitivo y básico, como puede ser el arte rupestre y su interpretación en el mundo actual.

La humedad de la cueva hace que tome el papel acuarela como soporte. Poder mojar el papel y ese contacto con los colores naturales encontrados por todos los rincones de la naturaleza hace que sea un acercamiento real a la busca de los principios prehistóricos.





Las exposiciones con esta técnica proliferan:

2019- "La magia de la Prehistoria", obras de pequeño formato en la Biblioteca Central de Santander.

2016- "De unas Manos a Otras", Palacio de La Isla, Congreso de IFRAO, Cáceres.

2014- "La Llamada de la Prehistoria", Castro Urdiales, Cantabria.

2013- "La Llamada de la Prehistoria", San Vicente de La Barquera, Cantabria.

2013- "La Llamada de la Prehistoria", El Astillero, Cantabria.

2013- "La Llamada de la Prehistoria", Los Corrales de Buelna, Cantabria.

2013- "D'Une main à L'Autre", P.I.P., Polo Internacional de la Prehistoria, Francia.

2012-Bezana, Cantabria.

2012- "Redes de la Prehistoria". Inauguración de exposiciones en M.U.P.A.C. Santander.

2011- "Lenguaje de la Prehistoria", visión de un guía, Castillo de Argeso, Cantabria.

2011- "La Llamada del Ocre", Cacicedo, Cantabria.

2011- "La Casa de Las Hojas", Hijas, Cantabria.

2010- "Huellas" en Tarriba, San Felices de Buelna.

2010- "Pasión por la Prehistoria", San Román de Candamo, Asturias.

2010- "Muestra de verano", Torrelavega, Cantabria.

2010-Exposición en Sarón, Cantabria.

2009- "Tránsitos", Molledo, Cantabria.





2009- "Tránsitos, Polanco, Cantabria.

2008- "Aritmética 47", colectiva, Can Oliva, Mallorca.

2007- "Misterios de la prehistoria y la Naturaleza", Oñati, Guipúzcoa.

2006- "Colores de Otoño", Les Eyzies de Tayac, Francia.

2005 "-Encuentros, Les Eyzies de Tayac, Francia.

2004 "-Colores de Amanecer", Caja Cantabria, Torrelavega.

La idea de cambiar la humedad de la cueva por el soporte del arte rupestre en la misma hace que se cree otra forma de poder representar el arte rupestre y así nace la forma de hacer piedra sobre madera.

La utilización de diferentes arenas de canteras, tanto españolas como francesas, así como polvo de mármol y diferentes colas, ha logrado crear una textura que puede parecer el soporte del arte rupestre además de poder dar volúmenes y grabar y pintar estas piedras.

Esto lleva a poder crear formas que la gente invidente pueda tocar y acercarse también a esas formas y sensaciones del arte rupestre.

De esta nueva idea ha realizado varias exposiciones:

2019 "-Los Latidos de la Prehistoria", en La Casona, Reinosa.

2018- "Amanecer en luces y sombras", Parque de la Prehistoria de Teverga, Asturias. Ayuntamiento de Lons, Francia. Restaurante Parada de San Martin, Santander.

2017- "Arte Rupestre: luces y sombras", en el Gran Casino del Sardinero, Santander-

2016 "-Arte Rupestre", Biblioteca de Aguilar de Campoo, Palencia.

Este mundo y esta idea, hace que en cada rincón y en cada pensamiento, la Prehistoria esté a nuestro lado. Sea como una nota este cuarteto del poema, Siluetas, de "Rincones del Silencio":

*Quiero pintar la silueta del monte,
quebradiza idea que la noche esconde.
Y entre bramidos de estrellas responde
con sus gibas de mamut y bisonte.*

Autor de los grabados prehistóricos del libro coral, "Magia en la cueva", Cantabria y su patrimonio prehistórico, editado en el 2018 por la Sociedad Cántabra de Escritores.





VÍCTOR ABASCAL ACEBO

Autor de la portada, contraportada y doble página

Mace en Villacarriedo (Cantabria) 1946. Su primera escuela fue en Torrelavega, Escuelas del Oeste, hoy Colegio Cervantes y cursa el bachillerato en el Instituto José M^º de Pereda, hoy Santa Clara, de Santander. En la Escuela de Comercio culmina los estudios de Profesor Mercantil.

En el plano deportivo, obtiene el título de Juez Nacional de Saltos de Esquí en Madrid (1966) y el de Entrenador Nacional de Atletismo en Granada y Málaga (1992 a 1994). Autor del libro "Guía Básica de Jogging" en castellano y francés (2000) y múltiples artículos en diversos medios de comunicación. De 1997 a 2011 cooperó con el Instituto Municipal de Deportes y la Concejalía de Sanidad de Santander impartiendo clases prácticas y charlas en relación con los beneficios de la Actividad Física. Como atleta ha participado en numerosas pruebas de ámbito regional, nacional y mundial: Maratón de NY, Berlín, Paris, Atenas, Aberdeen (Escocia), Dublín, etc. Campeonatos del mundo, europeos, nacionales y regionales (pista, ruta y cross) obteniendo infinidad de medallas.

Comienza con la poesía y el relato en años tardíos, aunque la afición le viene desde joven. En este sentido ha obtenido diferentes premios, siendo los más importantes los siguientes:

1º Premio de poesía en castellano del 4º Certamen "Pedro Hernández Salinas" de Rubí (Barcelona) 2013.

1º Premio del XVII Certamen Literario "Eulalio Ferrer" en la modalidad de Relato Corto (Santander) 2016.

1º Premio III Concurso de Minipoemas "Mundo Escritura" (Toledo) 2016

Finalista del 9º Certamen de poesía "Miradas de Navidad" de la Editorial "La Fragua del Trovador" (Zaragoza) 2013.



Finalista del Primer Concurso Internacional de Microrrelato Erótico de "Diversidad Literaria" (Madrid) 2014.

Finalista del XVI Concurso Internacional de Poesía "Club Cultural de Miami" EE.UU) Atenea 2014.

Finalista del 1º Premio Nacional de Poesía "Villa de Madrid" 2015.

Miembro de la junta directiva de la Sociedad Cántabra de Escritores y coopera en el Libro Colectivo de la SCE con trabajos de prosa, poesía e ilustraciones.

Aficionado al dibujo y la pintura.





Ilustradores

Yudy

ÍNDICE de ILUSTRADORES

- | | |
|------------------------------------|---|
| Víctor ABASCAL ACEBO | <ul style="list-style-type: none">– Entre vacas– Asicuntó– Los oficios artesanos y la música popular– Mi ama– Los carboneros del Valle de Piélagos. |
| Javier APARICIO RUIZ | <ul style="list-style-type: none">– El empecinado molinero de Santolaja– Inolvidable tía Celia |
| Pedro ARCE DÍEZ | <ul style="list-style-type: none">– Albarcas de madera |
| Juan ARNÁIZ DE GUEZALA | <ul style="list-style-type: none">– Los artífices de Trasmiera |
| Fidel ASTUY SAIZ | <ul style="list-style-type: none">– Unos ajos cambiaron la historia |
| Joaquín BESOY | <ul style="list-style-type: none">– Oficios tradicionales de Liébana |
| Encarnación BLANCO GÓMEZ DE SEGURA | <ul style="list-style-type: none">– El campanero de Isla |
| Marisa CABALLERO RUIZ | <ul style="list-style-type: none">– El tendero– Oficios de mi tierra– Científicos con arte– Memoria |
| Juan CARLOS CORNIERO LERA | <ul style="list-style-type: none">– Oficios de ensueño |
| Susana CUEVAS CRESPO | <ul style="list-style-type: none">– El ebanista |
| Teresa DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ | <ul style="list-style-type: none">– Temple real |
| Juan GARCÍA PACHECO | <ul style="list-style-type: none">– Óscar y el molino maquilero |
| Jesús GARCÍA PÉREZ | <ul style="list-style-type: none">– Los torneros del pasabolo |
| Cintia González Hoyos | <ul style="list-style-type: none">– Un artesano gallego en los Valles Pasiegos |





- | | |
|-----------------------------------|---|
| Francisco Javier GONZÁLEZ MALAGÓN | – Carreteros de Buelna |
| Ángel GUTIÉRREZ ARAGÓN | – La inacabada de Villardefrades |
| David GUTIÉRREZ DÍAZ | – El último día |
| Gerardo HERNÁNDEZ NEVADO | – La hija del albarquero |
| Kodama | – Personas tesoro |
| Eva MANTECÓN ANUARBE | – Juana la molinera |
| Víctor MATEO | – La carpintería |
| Aurori MIRANDA SANTIBÁÑEZ | – La teta de la vida |
| | – Lolín, el ruiseñor de Liébana |
| | – Enredadas |
| | – Argimira |
| | – Tierras de rabel |
| | – Hermanos Portilla: una saga cántabra de fundidores de campanas. |
|
 | |
| Fernando MORENO | – Conciencia de soledad |
| Ángel OCEJO | – El techado con materias vegetales, un oficio |
|
 | |
| Daniela PELAYO | – El bisabuelo Pablo |
| Ludovico RODRÍGUEZ LIAÑO | – El guía de cuevas |
| Raquel RODRÍGUEZ TORRE | – Félix el molinero |
| Ángeles SÁNCHEZ GANDARILLAS | – Abel y Caín |
| Indalecio SOBRINO | – La pescadora |
| Marina TEJA DE JUANA | – De profesión, peregrino |
| José Ignacio TERÁN HOYOS | – El albarquero |



ARCA ARCA
W W W
AR AR
CON

VI Certamen de
Relato Corto

www.scescritores.es

VI CONCURSO DE RELATO CORTO 2018

TEMA: LA COSTA ORIENTAL DE CANTABRIA

(Colindres, Laredo, Liendo y Castro Urdiales)

El día 11 de Mayo (viernes) a las 19.30 horas, tendrá lugar en el Castillo-Faro de Castro Urdiales, la presentación de las obras premiadas y sus autores.

El acto estará amenizado por la Agrupación Coral Santa María de Castro Urdiales.



Colabora:





1^{er} Premio



Arca con Arte

361

Daniel Angulo Picó

El viaje de Céfito

Daniel Angulo Picó





o tengo nombre ni edad pero eso poco importa. Vivo en esta tierra desde hace mucho tiempo poblando sus bajas montañas, ubérrimos pastos y bravíos mares. Conozco esta comarca palmo a palmo, cada lugar, cada rincón...

Disfruto pasear por esta costa oriental cántabra; ora por un embarcado camino, ora por las frías montañas, otras veces por cualquier *callejuela* con gente o sin ella. Amo este lugar por sus olores: el que desprende la espuma del mar cuando rompe impetuosa contra la roca quebrada, el de la yerba recién cercenada por el dalle o el de la tierra empapada por las primeras lluvias de septiembre; pero también lo amo por sus colores: ocre en otoño, plumizo en invierno, verde en primavera, dorado en el verano.

Soy el viento que cada día peino los prados, rizo las olas y acompaño a las aves que surcan el cielo. En ocasiones tengo forma de deliciosa brisa pero otras veces soy cortante como la hiel, galerna en el litoral y tempestad en la mar. Me dicen viento gallego porque vengo de poniente y a mi paso empujo nubes que riegan esta tierra verde.


Ya viene amaneciendo y desde el mar voy apremiando con mi sople a un pesquero que arribando al puerto de Colindres deja a su paso olor a salitre y bocarte. Bien lo saben las cien gaviotas que por encima revolotean esperando un bocado que nunca llegará. Sus graznidos y el monótono ronroneo de los motores alertan a un marinero de edad prolecta que en el puerto se prepara para recibir los cabos del buque y así abarcarlo a los noráis del muelle.

– ¿Cómo fue la noche? – le pregunta al patrón mientras éste pone pie en tierra firme.

– Mucha mar y poca faena, *lín* – le responde con ademán de fastidio.

Apenas dejo atrás el puerto y remontando unos metros el río Asón, avisto el lugar donde estuvieron los astilleros reales y es aquí donde una sensación inefable de siglos pasados recorre mi ser. Puedo evocar





con nitidez la botadura de grandes galeones de guerra, navíos de tres cubiertas y más de noventa cañones que defendieron nuestro país en tiempos de guerra. También recuerdo la construcción de la Santa María, la mayor de las Tres Carabelas que capitaneada por Colón pudo demostrar la finitud del océano. Yo fui el primer viento en empujar su velamen hacia unas tierras de las que jamás volvería.

Me acerco al pueblo y oigo el murmullo de sus gentes, el revuelo del mercado y el golpeo seco de los bolos. Cuatro mozos juegan al pasabolo con la ayuda de un niño que arma las maderas en la arcilla mientras un corrillo de vecinos comenta y aplaude las mejores tiradas.

Continúo soplando hacia el este, sereno pero con decisión. Laredo me recibe engalanado y florido, pareciera una ciudad en una primavera perpetua. Decenas de carrozas adornadas desfilan altaneras en torno a la Alameda Miramar y ante la atónita mirada del público que grita y vitorrea. Dalias, margaritas y claveles de plúrimos colores son clavadas en el contorno de la escultura ofreciendo una colorida estampa a su paso. Los carroceros marchan no menos orgullosos: meses de pírrico trabajo que se verá marchito en tan sólo unos pocos días. Sus flores son efímeras pero su arte inmarcesible.

Apenas me alejo del ajeteo de la Batalla, descubro una playa con forma de media luna a la que no encuentro fin. Esta arena bruñida por un mar leve y acompasado me hace recordar sucesos pretéritos que aquí tuvieron lugar. Hace ya más de cinco siglos que Carlos V, emperador entonces de medio mundo, hundi6 su pie en este arenal. Debía frisar los cincuenta y cinco años de edad, si no los sobrepasaba, tenía una gota avanzada, las fuerzas mermadas y el carácter agriado. Viajaba en una nao distinguida de tres gavias que yo mismo acompañé grácilmente desde Flandes.

Dicen que a su llegada, tras solventar algunas tempestades y otros infortunios en la mar, el monarca musitó: "me salvé", quedando bautizada desde aquel momento la playa en la que desembarcaba y que yo





ahora sobrevuelo. La nao que utilizó en su viaje, empero, zozobró en el puerto aquella misma noche debido a la fuerte galerna que azotó el litoral. Una vez más y como tantas otras veces, el mar aplicaba su rigurosa ley sin distinguir a quién, hostigando lo mismo el esquife de un humilde pescador que el bajel del mismísimo rey de las Españas.


Me entretengo recorriendo las rúas y plazuelas de la Puebla Vieja, la muralla medieval que desde entonces la abraza, sus casas de piedra con insignes blasones y las tabernas de techos bajos de madera en donde se reunían y reúnen almas pejinas de cualquier suerte y condición. Dejo atrás monasterios y ermitas y subo por Ruamayor para perderme entre sabrosos olores que invitan a pararse. Antes de llegar a la Puerta de la Blanca giro a la izquierda para encontrarme con la iglesia de Santa María, estoica al paso del tiempo, lugar de veneración pero también de socorro cuando corsarios y demás bribones extranjeros asaltaban los puertos de la costa practicando el latrocinio y haciendo gran destrozo entre la población.

Asciendo por caminos pindios hasta la Atalaya en donde recorro las ruinas del Fuerte del Rastrillar levantado por los franceses para defender la ciudad. Desde aquí salto al vacío y mientras caigo contemplo inigualables vistas: el mar a un lado, la playa al otro y un triste Puntal ahogado por el peso de tanto cemento y ladrillo.

El sol marca el mediodía en el cielo mientras continúo sintiendo el litoral a mi paso, allí donde la costa se vuelve más abrupta, más quebrada. Una enorme pared sujeta la Peña de San Julián que hace equilibrios imposibles para no precipitarse al mar. A sus pies esconde una pequeña cala que parece haber sido sacada de una historia de piratas y corsarios pues bien podría ser éste lugar para esconder un buen tesoro.

Salvando los altos acantilados, vuelo hasta el húmedo y hermoso Valle de Liendo. Me reconforto en la tranquilidad que desprende este lugar, recorro veloz y entusiasmado todos sus caminos y jugueteo con las yerbas y hojas de los árboles que me susurran palabras que sólo yo





entiendo. Distingo escudos en las casonas del Valle que me hablan del pasado hidalgo y linajudo de sus vecinos. Camino por Hazas admirando casonas montaÑesas, torres, palacetes, portaladas, casas de indianos y lujosos chalets modernos. Pese al eclecticismo, todo se aviene en una cuidada armonía que refleja el mimo y lucidez de sus lugareños.

En los barrios de Rocillo y Sopena coincido con dos peregrinos que caminan hacia Santiago y que me permito ayudar con un suave viento a sus espaldas. Sus rostros fatigados muestran el cansancio de la jornada y sus abultados equipajes menguan un andar flébil y quejoso. Su sino, sin embargo, les conduce hacia adelante, convirtiendo en verdad aquel verso del poeta: "caminante no hay camino, se hace camino al andar".

– Cuánto viento hace por aquí – dice uno de ellos.

– Sí, pero empuja por la espalda – responde el otro.

En seguida me topo con una mole de piedra inconmensurable de formas filosas: es el Monte de Candina. Recorro sus pequeñas hoyas pobladas de hayas y encinas y vuelo hacia los Ojos del Diablo que se abren en la roca como dos ventanas al mar. Paso sibilante por debajo de los arcos y respiro de nuevo el olor del agua salada. Allí abajo la playa de Sonabia parece apenas un grano de arena comparada con el tamaño de la montaña.

Y cuando menos me lo espero un ave de gran envergadura me saja en dos. Aprovecho la circunstancia para subirme a sus lomos y deleitarme con el planeo de sus alas que apenas se mueven. Descubro asombrado otra gran cantidad de buitres que también sobrevuelan los acantilados. Pareciera que van a estrellarse contra la roca pero en el último momento hacen alarde de su pericia y continúan el vuelo. Se mueven sigilosos, flemáticos e impasibles buscando con su aguda mirada la deliciosa carroña de alguna alimaña a la que devorar.

Ya veo el arenal de Oriñon y en uno de sus costados presencio la muerte del Río Agüera que besa sus aguas dulces a las saladas del mar,





cerca de donde las olas han dibujado con capricho una ballena de piedra. A mi paso hago tintinear las jarcias de un balandro fondeado entre unos islotes que dan nombre al recoleto pueblo contiguo. Entre sus aguas, un modesto puerto esconde no más de dos o tres viejos bateles que permanecen varados y sin calafatear, con la quilla al sol y adarce en sus cuadernas, resistiéndose a que la podredumbre roya definitivamente sus esqueletos de madera.

Sobre Islares otra montaña hercúlea se erige impetuosa. Desde sus lomas veo saltar temerarios parapentes de colores a los que conduzco dócilmente para deleite de sus pilotos. Paso por Cerdigo y luego por Allendelagua, en donde caballeros templarios levantaron una fortaleza de la que apenas quedan sus últimos vestigios.

Por Urdiales voy entrando en Castro donde sonidos sinfónicos me conducen hacia Los Jardines, un pequeño parque donde la música nace de los árboles y las plantas. Una figura pétrea en el centro de la plaza parece moverse al compás de las notas que suenan y sus manos que otrora dirigieran las mejores orquestas de Europa, empiezan a tomar vuelo para dibujar bellas melodías en el aire.

Soplo vehemente en la Calle Ardigales, más tarde en la Rúa y luego en la Correría en donde me mezclo con la multitud que se arremolina en las tascas y demás puntos de encuentro. Uno que saluda al vecino, aquél que sale de una casa, el otro que comparte la última noticia del pueblo... La bonhomía de sus gentes, el desparpajo en el habla y un genuino acento que entona cada pregunta, son suficientes para distinguir al verdadero castreño del que no lo es tanto.

El bullicio me conduce hacia la zona del puerto donde cientos de marmitas son cocinadas a fuego lento para presentarse ante el jurado. Es el día de La Asunción, día grande en el pueblo y la muchedumbre disfruta de la jornada festiva revelando que los castreños son ante todo gente de compartir la fiesta con la calle.





Soplo hasta la iglesia de Santa María y me recreo al pasar bajo los arbotantes, recorriendo la forma de sus pináculos y filtrándome entre hermosas vidrieras. Las milenarias piedras claman una pronta rehabilitación que evite su conversión en polvo y arena. El edificio, sin embargo, no ha perdido su boato, más aún, hoy parece más catedral que nunca.

Recorro ahora las ruinas de la ermita de San Pedro, las almenas del viejo castillo con su faro en lo alto, el puente romano, el rompeolas y Santa Ana, allá arriba en el peñasco. Desde aquí avisto una trainera de color bermejo que boga con denuedo por la bocana de la bahía buscando el abrigo del malecón tras el que poder aliviar el esfuerzo.

Anhelo permanecer más tiempo en este lugar pero debo seguir mi recorrido hacia el este en donde encuentro playas repletas de veraneantes que apuran los últimos rayos de sol. Contemplo el cargadero de Mioño, vetusto y quejumbroso, testigo de otros siglos más vigorosos, a punto de vencer su peso al mar, desesperado de tanto esperar.

Pronto llego a Saltacaballos y al acariciar esas lomas silentes recuerdo que no hace mucho tiempo estuvieron pobladas de ruidos de pico y pala, explosiones de dinamita y gritos de minero. Siento a mi paso las cicatrices que la época industrial dejó en esta montaña horadada de túneles y galerías. Veo en aquellos montones de escombros la ambición de unos pocos y el sudor de muchos.

Llego al final de mi viaje en el pueblo de Ontón y subo hasta El Haya donde miro tras de mí para contemplar el camino recorrido. El arrebol en el cielo ofrece un bello crepúsculo acentuado por unos débiles rayos que ya fenecen. El mar se obscurece pero la luna asoma entre las nubes del horizonte rielando nuevas luces y reflejos.

La inmensidad de la noche lo recubre todo, de una punta a la otra y los sonidos de la vida se enmudecen hasta alcanzar el conticinio. Es en este preciso momento cuando se escucha mi silencio en esta tierra, rumbo al este, rumbo al nuevo día que ya se intuye y acontece.





2º Premio



La galerna

Javier Díez Carmona





lovía, como siempre.

Las gotas resbalaban por los cristales en largas lágrimas de polvo y desazón. Llovía, como siempre. Y, como siempre, traíneras y vapores descansaban en la dársena, protegidos de los embates del Cantábrico por diques y oraciones. Tiritando bajo el grosor de las mantas, sudando y maldiciendo el paso del tiempo, el viejo Anselmo se dejaba arrullar por los sonidos que marcaron su existencia, una existencia cuyo desenlace, conocido y repudiado desde siempre, le rozaba el rostro con el hielo de su aliento.

A través de las estrechas rendijas de los párpados intuía la presencia de su nuera, una silueta callada, difusa bajo lágrimas reseca, que velaba sus últimas horas con la fidelidad de quien nunca supo anteponer sus anhelos a los de sus seres queridos. Una sonrisa trató de abrirse camino entre las grietas de los labios. Su hijo tuvo suerte. Una suerte inmerecida, pensó mientras la sonrisa se diluía bajo el peso del ayer.

Quizá Magdalena intuyó algo de esa desazón, porque abandonó la silla para posar una mano olorosa a pescado y recuerdos sobre su frente.

—La galerna. La galerna... —susurró con los restos de una voluntad vencida.

—Esté tranquilo, Anselmo. No hay galerna hoy— su mirada buscó el lomo del océano, revuelto al otro lado del rompeolas —solo lluvia. Como siempre— concluyó buscando el perfil de Santa María que, entre sombras y bruma, le pareció más ceñudo, más amenazante, que protector.

Tenía dieciocho años cuando atravesó por vez primera el portón de la catedral. Acostumbrada a la recogida paz de la iglesia de Santa María de Llovera, la grandiosidad de aquella construcción fortificada, erguida sobre el Cantábrico como el eco de un pasado perdido, le hizo sentirse insignificante, no importaba que todas las miradas estuvieran pendientes de su paso ni que el vestido regalado por sus suegros, brillante bajo el destello de los cirios, fuera la confirmación en paño y seda de los sueños nupciales de toda joven.





Veinte años después, contemplando desde un dormitorio hediondo a muerte y senectud las líneas robustas de la iglesia, recordó el día de su boda, recordó la felicidad que desbordaba el rostro de Mariano y algo agrio como la hiel se cerró en torno a su garganta.

Magdalena era la única hija de unos agricultores sin tierra ni futuro cuyo caserío de Otañes se desmoronaba bajo el paso del tiempo y la miseria. Mariano, el primogénito de uno de los industriales más preeminentes de la comarca. Para Magdalena, el porvenir era el tiempo que mediaba entre comidas. Para Mariano, el porvenir hablaba de mecanización, de artes nuevas para la pesca, de conserveras y comercialización. Que el soltero más deseado se enamorara de una moza que, cada día de mercado, arrastraba hortalizas desde la montaña como quien carga su destino, era improbable. Que, apenas confirmado su interés, los padres de Magdalena la empujaran a un matrimonio indeseado fue, en cambio, previsible.

Como previsible fue que, durante la ceremonia, dedicara menos tiempo a su esposo que a buscar entre los feligreses la espigada silueta de Domingo.

El viejo Anselmo dormía un sueño trenzado de dolor y pesadillas. Cada ronquido parecía un estertor, cada jadeo un adiós definitivo. Consumido por una fiebre que los paños humedecidos no podían contener, deliraba aferrado a la manta con la endeble fe de quien se aferra a los restos de un naufragio.

Y Anselmo sabía de naufragios.

Asomada a la ventana, dejando que por el lienzo de sus recuerdos resbalaran las gotas quebradizas del cristal, Magdalena contemplaba la calma buscada de la dársena y la impotente furia del temporal. Eran muchas, demasiadas las tardes gastadas así, vigilando el Cantábrico con un nudo en la boca del estómago y una oración ansiosa en los labios en espera de ver a la Virgen del Carmen doblar por la bocana.





La Virgen del Carmen. La trainera de Domingo.

Mariano era un buen hombre. Un mozo grande y sencillo, demasiado sencillo para ser el heredero de una de las fortunas más pujantes de la costa cántabra, demasiado bueno para una mujer que soñaba con las caricias de otro hombre. Dueño de dos de los vapores recién llegados a Castro, dos buques de 15 metros de eslora y máquinas bajocubierta capaces de imponerse a la fuerza de las peores marejadas, solía patronear el *Urdiales*, el más pequeño, a pesar de que su padre nunca dejó de insistir en que no era bueno mezclar su trabajo con el de los pescadores. Pero Mariano necesitaba sentir el salitre en el rostro, necesitaba comprender lo que sufrían, y disfrutaban, los marinos a su cargo para, contra la opinión del resto de industriales, responder con justicia a sus demandas.


Fue así, mezclándose entre pescadores y rederas, haciéndose uno con quienes entregaban a la mar lo mejor de sus vidas, como supo que su esposa se encontraba cada tarde con el hijo del dueño de la Virgen del Carmen, una de las traineras más destartada de la villa.

No hizo nada. El miedo a perder a Magdalena fue más fuerte que la humillación de saberse señalado por la espalda por quienes encuentran en el dolor ajeno consuelo a sus miserias. No hizo nada en espera de que algo cambiara.

Todo cambió una tarde de agosto de 1.912. Los dos esposos paseaban por el muelle, protegidos del sol y las miradas por sombreros de ala ancha y discreción buscada. El sudor tintaba cercos en su ropa, resbalaba denso por sus frentes y esculpía en las mejillas surcos que podrían confundirse con lágrimas de incomprensión. Pero era sudor, el mismo que corría por los rostros ajados de las mujeres que remendaban redes sin perder de vista la bocana por donde debían regresar los pescadores.

Sucedió en unos minutos. El viento, una brisa suave, inusualmente cálida, roló al norte, y un vendaval de hielo hizo ondear las faldas de las





rederas y estremecer sus corazones. Aterradas, dejaron lo que estaban haciendo y, el ancestral miedo a los elementos royendo sus vientres, se acercaron a la orilla.

No era extraño que días tan calurosos como aquel terminaran en tormenta. El bochorno extremo del final de la tarde y un repentino descenso de la temperatura eran señal inconfundible de la formación de una galerna en alta mar.

—Pero el viento no puede enfriarse tanto en tan poco tiempo— susurró una voz trémula, inútilmente asida a una esperanza que comenzaba a resquebrajarse. Lejos, sobre la línea del horizonte, las nubes se agrupaban dibujando una sombra gigantesca que se precipitaba sobre la costa. El océano comenzó a revolverse, a golpear el frontal del rompeolas, y la espuma les salpicó mucho antes de que la tempestad desplegara todo su poder. La lluvia barrió los tejados, los diques y a las irreductibles mujeres que, firmes a pie de puerto, luchaban por distinguir bajo el resplandor azulado de los relámpagos la silueta de los botes enfilando la bocana.

La noche se cerró como un sarcófago, llena de muerte y desolación. Despertaron las sirenas, y sus bramidos angustiados salieron a enfrentarse con los truenos. Decenas de fanales se desperdigaron a lo largo del espigón en una batalla desigual por mostrar a las traineras la ruta de regreso. Todas sabían que alguna quedaría atrás. Todas sabían que semejante galerna, capaz de alzar el mar por encima de los balcones más próximos al acantilado, cobraría su tributo en vidas y porvenires. Todas tenían un hijo, un padre, un marido, fuera del abrigo del puerto.

Magdalena tenía un amante.

Cuando se giró hacia Mariano, la lividez de su rostro y el pánico que nublaba sus pupilas fue mensaje suficiente. Él sintió el frío de la certeza cerrarse sobre sus esperanzas: la certeza de que lo de Domingo no era un capricho pasajero. Ella comprendió que él lo sabía.





—¡Por favor! ¡Te lo ruego! Vete a buscarlos. El vapor puede enfrentarse a la galerna, pero la trainera de su padre no tiene ninguna posibilidad en este infierno. ¡Por favor! Y te juro que jamás volveré a verlo.

Desde el calor del dormitorio, las olas que estrellaban su frustración contra los diques se le antojaban embates inofensivos de un mar vencido por la pereza. A través de los cristales velados, Magdalena contemplaba la marejada, pero en el envés de su mirada permanecía impresa la imagen del *Urdiales* saliendo por la bocana, Mariano al timón, las máquinas rugiendo mientras el vapor se lanzaba contra una galerna nacida del averno. Entonces, aterrada y confundida, Magdalena sintió por vez primera que amaba a ese hombre a quien bastó cruzarse de brazos para acabar con su rival y, sin embargo, prefirió jugarse la vida por la felicidad de una esposainfiel.

Y cuando, horas más tarde, los focos recortaron bajo la lluvia el perfil recio del *Urdiales*, sintió que lo amaba aún más.


—La galerna. La galerna...

Los gemidos del viejo Anselmo le arrancaron de la ventana, de los rescoldos de lo perdido para siempre. Del pasado irrecuperable donde permanecía encerrada veinte años después del regreso del vapor. Tomó asiento junto al anciano, enjugó el sudor de su frente y dejó que su mano, deforme de años y trabajo, se cerrara sobre la suya buscando un último tacto de este mundo. Recordó la primera vez que lo vio, firme y extenuado al timón del *Urdiales*. Recordó la angustia, el sudario de su vestido empapado, el terror al comprender que, sobre cubierta, solo había dos marinos: el viejo Anselmo, y su hijo Domingo.

Mariano nunca regresó.

Hubo misas. Hubo homenajes, muestras falsas de condolencia, abrazos vacíos de quienes la culpaban sin palabras. Mariano pasó a formar parte del santoral laico de la villa marinera, parte del propio litoral en la forma de un monolito sufragado por el pueblo al borde mismo del





acantilado, parte de la épica de un pueblo acostumbrado a la furia del Cantábrico.

Pero nada pudo consolar a Magdalena, viuda el mismo día en que comprendió cuánto amaba a su marido.

—La galerna— insistió Anselmo tratando de incorporarse.

—Descanse, Anselmo, descanse— susurró arropándole con el cariño de una madre sin hijos.

—No— Con la fuerza de un último estertor, cerró la mano sobre la muñeca de su nuera. —No puedo descansar. No puedo. — Boqueó como un pez fuera del agua, angustiado como quien llega tarde a un desenlace. —No puedo. Tu marido... — a través de los huecos negros de sus dientes resbalaba una saliva densa que goteaba despacio sobre el brazo inmóvil de la mujer. —Tu marido no se ahogó. Domingo lo mató— Gimió, tomó aire, y se derrumbó sobre la almohada —Mariano nos salvó la vida, y mi hijo lo empujó al agua. — Sus ojos se cerraron despacio, velados de cáncer y remordimientos. —No puedo descansar. Nunca pude. Nunca.

Al otro lado de la puerta, los escalones crujieron bajo el peso de unas botas, botas sucias de pescador arrastrando cansancio y hastío. La lluvia golpeaba los cristales en un llanto mudo mientras, expiados su pecados, Anselmo exhalaba su último suspiro y, en algún lugar imposible y repetido, un vapor conducido por un solo hombre seguía enfrentado lagalerna.





3^{er} Premio



Lluvia en la encrucijada

Pedro Enríquez Gómez





ra un día oscuro, así como su ánimo. Nubes densas poblaban el cielo de Castro Urdiales y las lluvias, aunque esporádicas, eran intensas y llegaban a empapar a los viandantes poco precavidos que no habían creído necesario el llevar un paraguas encima. Era un día más de aquella semana, una gran borrasca pasaba por todo el norte de la Península, dejando precipitaciones en forma de lluvia o granizo y fuertes vientos.

David se acababa de levantar, se había puesto el albornoz y ahí estaba, tiritando frente a la ventana cuando un escalofrío le recorrió de pies a cabeza al recordar la pesadilla de la que acababa de despertar. Su mirada atravesaba el cristal, la lluvia y el Parque Amestoy y se perdía en el mar, buscando la calma que en él siempre encontraba. Las imágenes eran confusas y cada vez más borrosas e inconexas. Por una parte quería dejar de pensar en ello para que así cesara esa sensación que se había apoderado de su cuerpo. Sin embargo, esa sensación era lo único que aún le conectaba, de una forma casi mística, a esa sucesión de proyecciones oníricas que su mente había creado, y que, ahora que había despertado, poco tardaría en olvidar.

David llevaba mucho tiempo esperando ese día, con alegría e impaciencia al principio, que pronto había mutado en estrés y ansiedad, transformando esa espera que debía ser un jardín de flores y sonrisas, de promesas y caricias, en una agonía lenta, como la del reo que espera a la silla. Y al fin había llegado. Aquel día la vida de David cambiaría drásticamente, eso lo sabía; pero si le hubieran preguntado, jamás habría sabido decir dónde estaría ni cómo se sentiría cuando la luna sustituyese al inexistente sol en el cielo. Aquel día era el día de su boda.

De repente, David sintió una intensa sensación que lo impulsaba a salir a la calle, a su Castro Urdiales natal, en el que tantos buenos momentos había vivido. Necesitaba sentir sobre su piel una vez más la fría lluvia que tantas veces le había mojado, sentir cómo lavaba su cuerpo y su espíritu. Sabía que, después de ese paseo, fuera cual fuera su decisión, sería la correcta.





Salió de casa y se dirigió hacia el ayuntamiento, llevaba puesto un abrigo pero nada en el mundo podría haber hecho que se pusiera la capucha. Era sábado y las calles estaban desiertas, lo que a David le pareció consecuencia de la combinación de hora y clima. El único sonido en el Ayuntamiento era el de las gotas rebotando irremediadamente contra los tejados y el suelo, y serpenteando por las pedregosas calles para finalmente encontrarse de nuevo con el mar y fundirse con el furioso oleaje, que ponía el contrapunto perfecto acompañado por algún que otro graznido de gaviota que completaba la melodía. Los barcos del puerto se mecían considerablemente llevados por la marea, desde pequeños botes de pesca a veleros y lanchas de mayor longitud de eslora. A lo lejos, David pudo divisar la barca de su abuelo, Sofía, llamada así en memoria de su abuela. No era la embarcación más imponente ni la más bonita, pero al verla, todas las madrugadas pescando con su abuelo volvían a su mente, evocando esa emoción infantil que provoca lo desconocido, lo inexplorado.

Algo más calmado, David se centró en la materia que lo ocupaba. Ese día tendría que decidir entre dos mujeres: una de ellas era su prometida, Adriana. De origen brasileño, Adriana representaba todo lo que una mujer podía darle. Era inteligente, cariñosa y con un sentido del humor mordaz que nunca dejaba de sorprenderle. Su sonrisa llevaba implícita una promesa y su pelo castaño era brillante y olía como una tarde de verano en la playa. Sus ojos verdes le miraban como nunca antes le habían mirado y su piel era cálida y de color avellana y al tocarle, era capaz de excitarle hasta unos límites que antes él creía inalcanzables. Su amor era sencillo y sincero, humilde y precioso.

El amor que le daba la segunda mujer era diferente, era mucho más primario, mucho más evidente, era salvaje y antiguo, profundo e inabarcable. Ella le conocía mejor que nadie y no importaba cual fuera su tormento, siempre conseguía calmarle. Era sabia consejera; con sólo alzar la mirada y fijarse en ella, era capaz de tocar en su corazón y enfriarlo, permitiéndole analizar y decidir sin miedo a equivocarse. Y era hermosa, era hermosa como una noche de luna llena.





La decisión se le antojaba imposible, eligiera a la que eligiera, una parte de él se quedaría con la que dejara atrás. Era la enésima vez que llegaba a la misma encrucijada, y por enésima vez se iba a dar la vuelta antes de elegir uno de los dos caminos que ante él se encontraban. Intentaba hacer comparaciones, pero ellas no se podían comparar, intentaba hacer una lista de pros y contras, pero solo quedaban pros cuando terminaba de redactarla... Era la decisión que llevaba demasiado tiempo posponiendo, siempre presente en un rincón de su cerebro, convirtiéndose en una carga que estos últimos meses lo había transformado en una sombra del hombre que era, marchitando y tiñendo de depresión todo lo que tocaba.

Hoy ese David mustio y dubitativo quedaría en el pasado. La boda con Adriana era lo único que lo devolvía a la realidad. Si no decidía antes de las doce del mediodía, la vida, enfundada en un traje de novia, se encargaría de decidir por él. Y no podía permitirlo, ninguna de esas dos magníficas mujeres se merecían algo así.

Debía ser valiente y poner fin a sus dudas. Antes de volver a su casa, habría aclarado sus ideas, o eso quería creer...

Paseó a buen ritmo por todo el rompeolas y dio la típica patada en el paredón antes de girar ciento ochenta grados, para después subir las escaleras y emprender el camino de vuelta por el lado más elevado. Desde allí la panorámica era envidiable: a un lado todas las embarcaciones del puerto y el paseo marítimo; al otro, la inmensidad del cantábrico, con sus tonos índigo y blanco, allí donde había espuma creada por el oleaje, que rompía impetuoso contra la larga pared creada con ese propósito.

Al frente los símbolos de su querido pueblo se alzaban poderosos, al igual que los recuerdos que consigo traían: la ermita de Santa Ana, un enorme peñasco que emergía del mar, con un balcón a unos cinco metros desde el que David y sus amigos solían saltar cuando eran más jóvenes, coronado por un segundo balcón aún más alto con un tejado rojizo sobre el que siempre había posada alguna gaviota. A su derecha





el puente romano desembocaba en el castillo del faro que se alzaba desafiante al borde del acantilado. Quimera entre fortificación y guía para los navegantes extraviados, estaba construida para cumplir ambas funciones. Cuatro altos muros y cuatro sendos torreones protegían celosamente el torreón interior, que sobresalía por encima de los demás y dibujaba un camino de luz en el cielo, que se podía ver en intervalos fijos, conforme el sistema de alumbrado daba una vuelta completa. Cuando estuvo más cerca, David escudriñó los muros en busca de las muescas provocadas por balas de cañón que sabía que en ellos se encontraban. Imaginando las batallas que debieron librarse en ese mismo escenario se giró para enfrentar el lugar en el que debía ser su boda.

De estilo gótico, la catedral de Santa María era un inmenso monumento que para David siempre había estado rodeado de un halo de misterio. Formada por tres naves, fue la primera catedral gótica de la costa cantábrica. Su belleza era extraña y compleja; la primera parte era la más obvia y la descubrías si te fijabas en los numerosos arbotantes, en las gárgolas y animales tallados con esmero, en las vidrieras recibiendo los rayos de sol si los hubiera, pero por supuesto no los había. Para apreciar la segunda belleza había que ser un observador experimentado; se basaba en alejar un poco el punto de vista y fijarse en el conjunto, no sólo en la catedral como unidad, para poder admirar ese marco incomparable que David se sentía orgulloso de poder llamar hogar. Por último, la tercera belleza era sólo para aquellos que habían pasado largas tardes observándola, para aquellos que habían fabricado recuerdos en torno a ella. Esta última y preciosa belleza residía en lo más profundo de la antigua piedra. Emanaba de ella y no era algo que pudieras ver. Más bien era algo que se podía sentir en el tañido reverberante de las oxidadas campanas, en la solidez de los cimientos. Era la belleza de un testigo de valor incalculable de las peripecias del hombre a lo largo de los siglos; y que, siguiendo el plan establecido, también sería testigo de su unión con Adriana.

David avanzó por la plaza situada entre estos dos gigantes enfrascado en su lucha interna. Llegó al acantilado, franqueado por un muro,





y fijó su mirada en el horizonte, ese punto en el que el mar y el cielo parecían tocarse y al que jamás podría llegar.

Su cabeza echaba humo en el momento que dejó de llover. No obstante, David estaba abstraído, su cuerpo estaba allí, pero él estaba en otro lugar. Estaba en su horizonte particular, en el que las dos mujeres de su vida parecían tocarse, parecían poder coexistir, parecían entender que él estaría incompleto sin alguna de las dos... pero David sabía que jamás podría llegar a él. Como el horizonte, era un lugar irreal, mágico, imaginario...


Por un instante se pasó por su cabeza tomar el camino fácil y no decidir. ¿Qué clase de futuro le esperaba si tenía que renunciar a una de ellas? Tenía ganas de gritar, de llorar, de saltar y acabar con todo. ¿Qué mejor forma de morir que en el mar que tanto amaba?

Cuando se dio cuenta de que había dejado de llover, el sol se abrió paso en el cielo abarrotado de nubes. David cerró los ojos y sintió el agradable calor en su piel. Cuando los abrió, el espectáculo ante él hizo que se le erizasen todos los pelos del cuerpo. El sol, al posarse en el mar despedía miles de brillos en todas direcciones que le hipnotizaron. Sobre el agua, un arcoíris incompleto decoraba el cielo mientras varias gaviotas planeaban y otras tantas estaban posadas en la superficie. Las olas rompían contra el acantilado, y las gotas que salían despedidas, proyectaban toda clase de colores al ser atravesadas por la luz solar. Esta era la magia de su tierra, era un argumento inapelable.

Densas lágrimas comenzaron a resbalar por la cara de David, pero en su expresión no se divisaba ni un atisbo de tristeza. Era la expresión decidida y resuelta de quien al fin sabe lo que quiere. Era la expresión triunfante de quien ha tomado una decisión.

De repente, un frenesí imparable invadió su cuerpo y echó a correr. Tenía que comunicarle a Adriana su resolución. No sería fácil ni rápido, pero ella se merecía todas las explicaciones que él podía darle. No sabía





si lo entendería, pero no podía ir con ella a Brasil tras la boda, no podía dejar atrás a la que ahora sabía que era el amor de su vida.

Ella era verde y armoniosa, dadivosa y exuberante. Era cada grano de arena, cada gota de lluvia, cada brizna de hierba; era su hogar y era infinita. Su nombre era Cantabria, y nunca la abandonaría.



ARCA
COM
ARCA

El Arte del Arca
se alumbró, como
Buena Noticia,
en la Navidad
del año 2019



Autocaricatura de Tonetti en su versión de la pescadora.

Imagen cedida por Marisa del Campo.

